



Blutstein

Allyn O'Callaghan

Blutstein

Allyn O'Callaghan

Copyright © 2018 Allyn O'Callaghan

Todos los derechos reservados.

Dedicatoria

Para María, por ser la luz que ilumina mis noches.

Y para mi familia, por haber confiado siempre en mí.

Prólogo

Ceuta, corría el mes de octubre, el viento no dejaba de ser una brisa costera y la temperatura era muy agradable pese a que días antes un temporal había sacudido la ciudad africana. Mohamed había salido del restaurante en el que trabajaba, situado cerca de la Plaza de los Reyes, a toda prisa, ya llegaba tarde a su cita y aún tenía que pasarse por su casa, en la barriada Manzaneda, para cambiarse. Así que en vez de regresar caminando, como solía hacer, decidió pedir un taxi.

Al llegar a su casa, un pequeño piso en la quinta planta de un bloque que tenía un total de ocho, fue directamente a la ducha y luego se cambió, se puso una camisa negra con trazos blancos y un pantalón vaquero oscuro, cogió bastante dinero de su mesilla y se dispuso a salir sin ni siquiera saludar a sus padres.

—¿A dónde vas? —le preguntó su padre que había salido al pasillo malhumorado.

—He quedado con Fátima a las...

—Cuántas veces te he dicho que la dejes —lo interrumpió.

—Papá, ya te he dicho que me gusta mucho y que no la voy a dejar, quieras tú o no.

Su padre se fue al salón refunfuñando.

—Llévale una milhoja de chocolate —le dijo su madre que había querido consolarlo después de escuchar la breve conversación paterno-filial—, seguro que le encantan, las he hecho hoy...

Antes de poder interrumpirla, su madre ya se había ido a la cocina. Esperó en la puerta hasta que regresó con una fiambarrera con dos milhojas. Mohamed puso cara de disgusto, pero enseguida tuvo que sonreír, su madre, a diferencia de su padre, veía con buenos ojos su relación con Fátima, una cristiana hija de

un funcionario de hacienda, ella decía que enriquecería su vida, sin embargo, para su padre era una ofensa contra el Islam y su cultura.

Se despidió de su madre con un beso en la mejilla y volvió a coger un taxi para ir al centro de la ciudad, esperaba no encontrar a Fátima muy enfadada, ya le había escrito dos mensajes, el primero para pedirle perdón (habían quedado a las seis y ya eran más de las siete y media) y el segundo para decirle que irían a comer a un nuevo restaurante frente a la playa de la Ribera que habían abierto la semana anterior, sabía que a su novia le gustaba ese tipo de restaurantes, donde además de buena comida, el lujo y la música melódica acompañaban una cena romántica. Confiaba así que no le reprochara demasiado el llegar tan tarde. Fátima era comprensiva y sabía que tenía que aprovechar al máximo su trabajo como camarero, pero hasta ella tenía un límite y ya era la tercera vez en una semana que la hacía esperar.

—Ya era hora, hoy qué ha sido ¿un partido de fútbol o es que te has detenido a cocinarme algo? —le preguntó Fátima en cuanto lo vio aparecer, parecía enfadada, pero Mohamed notó que le sonreía y miraba a la fiambarrera.

—Me gustaría decirte que estos dulces te los he hecho yo, pero no, fue mi madre quien me obligó a traértelas, los iba a dejar, pero me dio la fiambarrera y no me he podido negar.

—Espero que tu padre no los haya envenenado...

—Fátima, no digas eso, deja que pase el tiempo, verás cómo al final le caes bien. Si te viera ahora mismo se daría cuenta de que soy el hombre más afortunado por tener de novia a la mujer más bella de Ceuta.

—¿Sólo de Ceuta?

—No he estado más que en Marruecos algunas veces, cuando salgamos de viaje ya te lo diré —puso su cara de ofendida y él cambió de tema—. Bueno, vamos a cenar, si quieres dejo las milhojas y me las llevo de vuelta, me han dicho que...

—No —interrumpió Fátima—, no pedimos postre y luego vamos a algún sitio romántico a comérnoslas, a tu madre le caigo bien y no quiero que eso cambie, además, seguro que están buenísimas.

—Bien, después de cenar iremos a las Murallas Reales y nos comeremos el postre.

—Y solo te comerás las milhojas, porque no te pienso besar hasta que me compenses por dejarme tirada...

Siguieron hablando durante el corto trayecto hacia el restaurante, una vez dentro, los sentaron en una mesa para dos y pudieron disfrutar de una velada íntima, cenaron dos platos cada uno, ella como primero comió ensalada de pulpo con langostinos y mayonesa especiada y de segundo una lubina con chipirones y tinta de calamar, todo acompañado de cerveza (algo de lo que Mohamed no le había hablado a su padre, ya que le daría peor imagen a Fátima), él tomó de primero foie de pato y de segundo un chuletón de buey con verduras y patatas, el postre lo dejaron para después del restaurante.

Mohamed pagó y se fueron dando un paseo hasta las murallas, cuando pasaron por el foso, se sentaron en un banco y contemplaron las luces que salpicaban el litoral marroquí. Ya era de noche y había refrescado bastante, pero los dos querían subir a las Murallas Reales y disfrutar de algo más que de las milhojas.

Las murallas que en un principio habían sido construidas para dividir la ciudad en dos en el siglo X, ahora formaban parte de los monumentos más representativos de la ciudad, Mohamed conocía la historia de su construcción y alguna vez se la había contado a Fátima para impresionarla, pero esa noche no tenía demasiadas ganas de contarle nada por miedo a aburrirla.

—¿Izquierda o derecha? —le preguntó a Fátima al entrar.

Ella sin contestarle le tiró del brazo hacia la derecha, dejaron atrás la entrada, a través de la cancela por debajo del adarve, y subieron por la rampa que estaba frente al grupo de restaurantes y bares interiores de las murallas. Se

levantó algo de aire, las palmeras del patio se movieron levemente y fue cuando Mohamed olió algo extraño.

—Deben de haber desinfectado hoy, ¿no hueles a Zotal? —Fátima asintió y se tapó la nariz, pero siguió caminando hasta llegar al adarve.

El mal olor, en vez de desaparecer aumentó, decidieron subir más y ponerse junto a uno de los viejos cañones que adornaban la parte alta de la muralla. Las dos garitas, una en cada extremo miraban hacia el mar, él se apoyó sobre el cañón oxidado mirando hacia la garita más lejana. Fátima lo miró con desgana.

—Creo que deberíamos ir a otro sitio, sigue oliendo muy mal.

—Sí, ¿quieres que vayamos a...

—Mira —lo interrumpió a la vez que señalaba a la base del cañón.

Vio un pie, supuso que alguien estaría durmiendo (un hombre por el tamaño del zapato) acomodado en el cañón y sería él quien habría impregnado aquel olor a insecticida tan fuerte. Su novia sonrió con malicia, conocía aquella sonrisa y esa mirada juguetona, iba a despertar al hombre. Él se lo desaconsejó, pero no pudo evitar que tras un forcejeo ella saliera corriendo hasta una posición donde podía ver al dueño del pie.

Le cambió la cara, abrió los ojos y se puso blanca, luego se llevó las manos a la cara y soltó un grito de terror.

Mohamed corrió a abrazarla, no sabía por qué había gritado así hasta que se dio la vuelta y miró hacia donde debía estar el hombre, una espantosa imagen fue lo que vio, los pies y las manos yacían amputadas en la base del cañón, le habían cortado la cabeza que descansaba sobre el pecho desnudo clavada en uno de los antebrazos. El resto del cuerpo estaba bañado por un líquido blanco, no había rastro de sangre. Antes de verse rodeado por las personas que subieron corriendo pudo distinguir el semblante de terror que aún se reflejaba en la cara de la cabeza mutilada.

Primera parte: Dolor.

1

Múnich, puente Max-Joseph, apoyado sobre la baranda de piedra, Carlos Aguilar miraba el río Isar o más bien se abstraía escuchando el ruido del agua. Con el teléfono móvil entre sus manos, pensaba, aterrado, en lo que unas horas antes había leído, un mensaje de su hermana que ahora no se atrevía ni a mirar. Lo había llamado cinco veces, pero al estar trabajando no pudo contestar, ahora era ella la que no respondía a sus llamadas.

Con la última parte del mensaje en su cabeza, caminó por el puente en dirección a la farmacia a la que lo habían enviado esa mañana, tenía que reinstalar unos programas de gestión de stock, no era lo habitual, pero aceptó con gusto por estar cerca de su piso y para despejarse un poco de su monótono trabajo, programar aplicaciones, ya fuera para webs, bancos o cualquier otro tipo de empresa.

Había nacido en Almería hacía treinta años, era el mayor de tres hermanos, corpulento gracias a sus casi un metro y noventa centímetros de altura y sus más de noventa y cinco kilos, se había dejado más largo de lo habitual su pelo rizado y ahora con un blanco casi enfermizo debido al clima germano, echaba mucho de menos el de la ciudad andaluza donde había disfrutado de su playa en cuanto el tiempo lo permitía desde casi que nació. Había crecido rodeado de su familia, sin salir de su ciudad natal salvo para estudiar, pero una vez terminó la carrera de Ingeniería Informática en Granada (tres años atrás), no tuvo más remedio que viajar a Alemania para encontrar un buen trabajo. Siempre se había sentido atraído por el país centroeuropeo, sobre todo gracias al fútbol (inculcado desde pequeño por su padre) y al mundial del noventa (que ganó la selección de Alemania) que era su primer recuerdo nítido de ese deporte, así que cuando la empresa Infoapp GmbH afincada en Múnich le hizo una oferta de programador, no se lo pensó dos veces y aceptó. Dejó en Almería a su familia, a sus amigos y a una exnovia más preocupada por su físico que por cualquier otra cosa.

Su adaptación a la ciudad bávara no fue tan bien como esperaba, pese a tener un nivel de alemán bastante aceptable, el verse solo, el adaptarse a una nueva cultura y el trabajar todo el día sentado frente a un ordenador no lo ayudaron en nada, siempre había preferido el trabajo con esfuerzo físico a cualquier otro, de hecho ayudaba a su hermano menor, Juan, cada vez que podía en su invernadero, pero su madre siempre le decía que tenía que aprovechar su inteligencia, “el campo siempre estará ahí, Carlos” era su frase preferida. El clima de Múnich también había sido un impedimento para disfrutar en su primer año en Alemania, casi siempre húmedo, con continuas lloviznas, mucho frío en invierno y salvo algunos días al año en el mes de julio frío también el resto de estaciones. El segundo año, una vez conoció y tomó confianza con sus compañeros de trabajo, la cosa fue mejor, seguía sin gustarle el clima (se podía decir que casi lo odiaba), pero el resto de cosas le gustaban bastante, los Biergärten (o jardines de cerveza en español), la vida nocturna, sus nuevos amigos y sobre todo el Oktoberfest hicieron que llegara a amar a Múnich como lo había hecho con Almería.

Su peor año fue el tercero, sus padres fueron a visitarlo por primera vez desde que se había mudado, se fueron de Múnich más que contentos, pero nunca llegaron a Almería, el taxi que pidieron en Málaga (donde había llegado su vuelo procedente de la ciudad alemana) chocó de frente contra un coche poco después de salir del aeropuerto, “por culpa de un reventón de una de las ruedas” le dijo su hermana cuando lo llamó para comunicárselo. Después de ese día no fue el mismo, ya no era aquel joven tranquilo, alegre y paciente que había sido siempre, sino que ahora estaba casi siempre irascible, se enfadaba por cualquier comentario en su contra y pasaba solo casi todo su tiempo libre. Cuando su hermano pequeño (era el más joven de los tres, cuatro años menor que él y dos menor que su hermana) fue a visitarlo, recuperó en parte su anterior comportamiento, pero no lo hizo para siempre, porque Juan, antes de regresar a España, le pidió que aceptara vender la casa de sus padres para invertir el dinero en otro invernadero, todavía no sabía por qué se enfadó tanto con él al oír sus planes, seguro que era una buena inversión, pero quizás el miedo a perder el lugar donde había pasado su infancia con su familia había hecho que echara a Juan de su piso con una negativa por respuesta. Desde entonces no había vuelto a hablar con él.

De eso habían pasado cuatro meses, y ahora no parecía que su vida fuera a mejorar, otra mala noticia le había llegado a través del mensaje de su hermana, algo que iba a cambiar su forma de enfrentarse a la vida.

Llegó a la farmacia donde le pidió al dueño usar su teléfono para llamar a su jefe. Tenía que arreglar muchas cosas ese día.

Tras hablar un buen rato con su jefe, Peter Baum, consiguió que le adelantaran las vacaciones a abril (las había pedido para julio) además de dos días de permiso. Recogió lo que había llevado a la farmacia (un portátil y dos memorias USB) y le dejó una tarjeta de la empresa al dependiente. Fue a su trabajo y dejó el coche de la empresa, luego cogió su bicicleta sin ni siquiera pasar por la oficina para evitar preguntas innecesarias y se dirigió a su piso situado en Ismaninger Straße en la tercera planta de un edificio a la altura del Finanzgericht München (Tribunal financiero de Múnich). Tendría unos ochenta metros cuadrados, con tres habitaciones, una cocina, un salón y dos baños, todavía no sabía por qué vivía en un piso tan grande cuando apenas tenía visitas. Recogió sus maletas y comenzó a llenarlas de ropa, cuando estaba metiendo unas corbatas se forzó a detenerse, estaba actuando sin pensar, mecánicamente, como si tuviera que realizar un trabajo como el de la farmacia de esa mañana, aún no sabía nada más que lo que había leído en el mensaje de su hermana, no podía seguir actuando impulsivamente.

Se sacó el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón y reunió fuerzas para leer de nuevo el mensaje.

Tienes que reunirte en Ceuta conmigo, ha muerto, tenemos que reconocer su cadáver.

No decía más, supuso desde el primer momento que se trataba de Juan,

aunque no podía creerlo, de sólo veintiséis años, lo había visto unos meses atrás y se encontraba perfectamente, ¿cómo había muerto, qué hacía en Ceuta?, esas y otras preguntas se le venían a la mente entremezcladas con la culpa de la última despedida entre ambos y las continuas llamadas que recibió de su hermana después de que se marchara de Múnich. Primero para convencerlo de que vender la casa era la mejor opción, “yo vivo con mi novio, Juan vive a las afueras cerca de su invernadero y tú vives en Múnich. Tenemos que vender la casa por mucho que nos duela”, le decía al principio, pero luego vio que el simple hecho de que Juan viajara a Alemania sólo para convencerlo de que vendieran era lo que más le había dolido, así que Ana había querido desde entonces reconciliarlos, le decía que Juan miraba por todos, aunque a Carlos le daba la sensación que su hermano iba por libre como siempre había hecho. Nunca le dijo a su hermana por qué no se disculparía con su hermano, estaba más dolido por los últimos comentarios que le dijo al darle su negativa. “Siempre te has alejado de nosotros, siempre, por tu culpa murieron” le dijo Juan antes de irse, desde ese momento decidió que hasta que su hermano no se disculpara no volvería a contactar con él.

Pero ¿y si todo fuera una broma de mal gusto? o ¿Juan no fuera a quien tuviera que reconocer?, es más, Juan nunca había mencionado Ceuta antes, así que no entendía por qué su hermano debía estar allí, ni siquiera sabía cómo llegar.

Dejó su móvil en la cama y buscó en internet cómo se podía llegar a Ceuta lo antes posible desde Múnich, bien por helicóptero desde Málaga o bien por ferry desde Algeciras, la primera opción era la más rápida, pero debido a un temporal no tenían prevista salidas en los próximos días, así que tendría que viajar en ferry. Llamó a su hermana para ver dónde encontrarse, pero su teléfono estaba sin cobertura, llamó al fijo y nadie lo cogió, llamó al novio de Ana, Fran, pero tampoco respondió. Por último, llamó a su hermano, su móvil estaba apagado. Sin saber dónde quedaría con su hermana, planificó su viaje con un vuelo a Málaga para luego llegar a Ceuta vía Algeciras.

Decidió no hacer más conjeturas ni martirizarse con preguntas que no podría responder y esperar a que Ana contactara con él. Compró un billete para un vuelo que salía a primera hora del día siguiente.

Por la mañana y tras comprobar que nadie respondía a sus llamadas, llamó a un viejo amigo de Almería para ver si podía averiguar algo, al menos dónde estaba Ana, pero tras preguntarle no le pudo responder ninguna duda, no sabía nada de su hermano Juan y no había visto hacía días a su hermana. Tras colgarle, pidió un taxi para que lo llevara al aeropuerto.

Mientras esperaba en la acera y soportaba una leve llovizna, dos de sus compañeros de trabajo, Sabine y Klaus, lo sorprendieron con una visita.

—¿Qué te pasó ayer? y ¿A dónde vas? —le preguntó ella algo molesta.

Comprendió que se debería haber despedido de ellos dos al menos, Sabine y él habían tenido más de una aventura nocturna y Klaus era su compañero inseparable desde que casi llegara a la ciudad bávara.

—Tengo que regresar a España, algo ha pasado —contestó él en alemán, todavía conservaba su acento andaluz, pero cada vez hablaba mejor.

—¿El qué? Si quieres voy contigo —le sugirió Klaus.

—No, es algo de familia —se interrumpió al ver llegar el taxi—. Me tengo que ir, ya os diré algo, en una semana vuelvo.

Se metió en el coche y no esperó a que sus dos amigos le dijeran nada más.

Ya en el aeropuerto, intentó contactar de nuevo con su hermana y su novio o con su hermano, pero de nuevo nadie estaba disponible. Apagó el teléfono y esperó a coger el vuelo a Málaga.

2

Carlos esperaba con impaciencia en el puerto de Algeciras a que su ferry saliera al igual que otros muchos pasajeros. Había llegado a Málaga a medio día y decidió coger un taxi a la ciudad gaditana en vez de esperar al autobús, fue allí cuando encendió su teléfono y vio el nuevo mensaje de su hermana.

Te estaremos esperando en el puerto de Ceuta, llegamos a las 19:00.

Supuso que se refería a su novio cuando hablaba en plural, aunque deseaba que se refiriera a su hermano.

Estaba muy cansado por el viaje en avión y todavía le quedaba bastante tiempo para llegar a su destino, apenas cuando compró el billete, anunciaron que su ferry llegaría con un retraso de una hora debido al viento del Estrecho, no fue el único en quejarse, en la sala de espera a la entrada había unos cien pasajeros contando a los que diferenciaba bien por su atuendo, musulmanes, cristiano y judíos, y a los grupos de viajeros que por sus equipajes parecían que iban a Marruecos, entre los que descubrió a un grupo de alemanes, y a otro, más numeroso, formado por niños que armaban un gran alboroto en la sala de espera.

Al comprar su billete supuso que llegaría a la vez que su hermana (que viajaba con otra compañía de ferris), pero al escuchar que se retrasaría, la llamó para decirle que llegaría más tarde, pero una vez más lo tenía desconectado, le mandó un mensaje diciéndole que llegaría en torno a las nueve de la noche al puerto de Ceuta.

No entendía cómo su hermana en un momento como ese estaba

desconectada todo el tiempo. Decidió no pensar demasiado, seguro que ella tenía una buena razón para no tener el móvil encendido.

El viaje fue horrible, el barco se mantuvo estable solo durante los primeros veinte minutos, en cuanto salió del puerto, el fuerte viento del este hizo que el navío se tambaleara con cada metro que avanzaba, pronto, dentro del ferry, los niños comenzaron a llorar, el mareo provocó muchos vómitos, él no fue una excepción y en cuanto se mareó no pudo hacer otra cosa que vomitar todo lo que había comido ese día en la bolsa que cogió de debajo de su asiento. Pese a que el personal intentaba que los pasajeros se mantuvieran sentados y agarrados en las butacas, vio a muchas personas por el suelo. Una mujer mayor perdió el equilibrio y cayó sobre una mesa, él intentó levantarse para ayudarla, pero en cuanto se irguió, también se fue al suelo y comenzó a vomitar de nuevo. Por suerte, lo ayudaron tanto a él como a la mujer, bastante dolorida. Durante el resto del viaje procuró no moverse de su asiento.

El viaje duró más de lo esperado, acumuló un retraso mayor al anunciado, ni siquiera observó la ciudad desde lejos, solo dio gracias por llegar a tierra. Con su equipaje dañado (también había rodado por el barco), esperó sentado frente a la salida confiando en que su hermana hubiera llegado antes.

El puerto de Ceuta no era muy grande, entre los viajeros había muchas mujeres vendiendo llaveros y otros recuerdos, en cuanto se le acercaron, él las miró con dureza y no lo atosigaron como a otros turistas, en especial a los alemanes. Sacó su móvil para llamar a su hermana, estaba roto, seguramente cayó sobre él cuando se fue al suelo.

Eran más de las diez de la noche y no recordaba ningún número de teléfono al que llamar, así que cuando se recuperó un poco (estaba todavía algo mareado del viaje), asaltó al primer policía para describirle a su hermana.

—Perdone, se me ha roto el teléfono en el ferry —el policía, de no más de

treinta años, lo miró con desgana—. Había quedado con mi hermana, es morena, de un metro sesenta, con el pelo ondulado, seguro que lo acompaña su novio, un poco gordo y rubio, con pecas en la cara. ¿Los ha visto?

El policía negó con la cabeza.

—Hoy han llegado muchos viajeros, dígame en qué barco venía y quizás pueda ayudarle.

—No sé la compañía, pero sé que llegaba aquí a las siete de la tarde —le dijo confiando en que al menos le diera alguna indicación.

—Pues o bien ha cambiado de compañía o bien está todavía en Algeciras. Han suspendido todos los ferris y el único que ha llegado desde las cinco es en el que ha venido usted.

No le hizo más preguntas, sin decirle nada más al policía, se volvió a sentar frente a las pantallas que indicaban la llegada y la salida de los ferris. El siguiente llegaría a las once de la noche, pero si llevaba retraso entonces llegaría mucho más tarde.

La esperanza de ver a su hermana la perdió en cuanto vio al último pasajero del último barco salir del puerto, tendría que esperar hasta el día siguiente, así que buscaría una habitación en un hotel para pasar la noche, era muy tarde, más de las doce de la noche y estaba agotado tras el largo día de viaje.

Odiaba días como aquel, días en los que la mala suerte se cebaba con él, no solo tenía que ir a Ceuta esperando encontrar a un ser querido muerto, sino que por si fuera poco, el viaje había sido infernal y para rematar, tras deambular por la ciudad y preguntar en casi todos los hoteles que aparecían en una pequeña guía de Ceuta, comprobó que no había habitaciones libres, así que cuando eran más de las dos de la madrugada tuvo que conformarse con alquilar una habitación en un hostel del centro al que llegó después de las indicaciones de un trabajador de un hotel cercano. No era otra cosa que el lugar al que iban las parejas jóvenes a desahogarse.

El recepcionista, que según supo poco después era el dueño del hostel, se portó muy bien con él, debió verle la cara de cansado o de cabreo que llevaba, le preparó una habitación, no muy grande, con una cama individual y sin ventanas, y le cobró los cuarenta euros que costaba por noche.

Su suerte no cambió, al menos durante la noche, ya que tuvo que soportar escuchar, a través de los finos tabiques de su habitación, los ruidos de unas tres parejas practicando sexo junto a su cabecero. Sólo se durmió cuando creyó que estaba comenzando a amanecer.

Por la mañana, y tras comprobar que los hoteles seguían todos ocupados, regresó al hostel para alquilar la habitación por un día más.

—¿Es que en esta ciudad no hay un puto hotel decente? —preguntó malhumorado, el recepcionista le entregó las llaves y no le contestó.

En esos momentos eran en los que su hermana y su madre le dirían que era demasiado brusco y que no sabía controlarse.

Dejó sus cosas, estuvo tentado de acostarse de nuevo, ya que apenas había pegado ojo durante la noche y regresó con las supuestas palabras de su familia en la cabeza.

—Disculpe por lo de antes, pero ayer tuve un día de perros —el hombre no hizo gesto alguno que indicara que lo comprendía—. ¿Tiene un mapa, me gustaría ir andando al puerto?

—Tome, no tiene pérdida, baje por la calle Real y siga hasta el Ayuntamiento, una vez allí diríjase al Baluarte de los Mallorquines y siga las indicaciones hacia el puerto —le dijo entregándole un callejero de Ceuta y con un acento que había escuchado en el barco, estuvo tentado de preguntarle, pero supo poco después que era musulmán y que procedía de marruecos al escuchar una conversación entre él y su mujer.

Siguió las indicaciones para solo tener que volver sobre sus pasos, todos los ferris habían sido suspendidos. Así que pensó en regresar al hostel, aunque

antes de llegar decidió ir a los juzgados de Ceuta. Si tenían que reconocer un cadáver, suponía que era allí donde tendría que ir y donde debía de acudir su hermana de haber llegado a la ciudad, a pesar de albergar pocas esperanzas de encontrarla en Ceuta.

Lo tuvieron esperando casi media hora antes de que una pareja de policías lo acompañara al interior de una sala donde otro agente lo esperaba sentado en una mesa.

—¿Es usted Carlos Aguilar? —le preguntó el policía de la sala.

—Sí.

—Soy el comisario Francisco Javier Rodríguez. Esperábamos a su hermana, Ana Aguilar, ¿le ha pasado algo?

—No, pero por culpa de este temporal creo que no ha podido llegar a Ceuta.

—¿Ha hablado con ella? Nos dijo hace unos días que usted estaba en Múnich y le sería difícil llegar aquí hoy.

—Pues ya ve, aquí estoy —contestó harto de esperas y preguntas sin contenido—. Ana me dijo que teníamos que reconocer un cadáver. ¿Dónde tengo que ir?

—Es algo delicado, señor, el caso está bajo sumario y no podemos decirle mucho, por ahora sólo necesitamos que usted o que su hermana vean una foto e identifiquen, si pueden, un cuerpo. Si decide ser usted, he de decirle que nos tiene a su entera disposición para lo que necesite, disponemos de un equipo de psicólogos que le...

—¿Es mi hermano?

—No podemos decirle nada, si ha decidido ser...

—Sí —contestó con impaciencia, quería acabar con aquel trámite lo antes

posible.

El comisario le hizo un gesto a uno de los dos policías que a continuación salió de la sala. Sacó un sobre y de él una sola foto que puso sobre la mesa.

—Mírela bien. ¿Reconoce a la persona de la imagen? —le preguntó.

No respondió, se quedó callado, observando aquel rostro sin vida, su cara azulada, ojos cerrados, y aquella marca en la mejilla derecha que recordaba el accidente de bicicleta que tuvieron él y su hermano cuando apenas tenía quince años y su manillar se clavó en la cara de Juan.

—Sí, es Juan Aguilar Hernández, mi hermano —respondió con voz temblorosa.

3

Uno de los policías le estaba hablando, pero él mantenía su mirada fija en aquella foto que le habían entregado, no podía dejar de pensar en su hermano, en que lo había visto no hacía mucho tiempo y en que ahora no lo volvería a ver, no lo podía creer pese a que se había estado preparando para esa noticia desde que recibió el mensaje de su hermana en Múnich.

—¿Está bien? —le preguntó el comisario.

No contestó.

—Necesitamos que responda a algunas preguntas, pero si no...

—Necesito salir de aquí —interrumpió, aquella habitación le parecía demasiado estrecha, comenzó a sudar, a respirar atropelladamente por la boca y a temblar—. Necesito aire.

—Acompañadlo fuera —ordenó Francisco Javier—. En cuanto esté más tranquilo uno de mis hombres lo acompañará aquí de nuevo, no tiene más que pedírselo.

Uno de los policías le puso una mano en el hombro con mucho cuidado y lo acompañó a la calle.

—Puede tomar algo en el Ceuta Center —le dijo en cuanto salieron, señalando hacia un edificio al final de la calle.

Sin responder, caminó errático hasta el primer bar que encontró y se sentó en una mesa.

No pidió nada, se pasó un tiempo del que no fue consciente con la cabeza gacha y la mente en blanco.

—¿Me puedo sentar? —le preguntó un hombre que llevaba gafas de pasta negra, el pelo corto con una barba entrecana que no concordaba con el resto de su cara, pues parecía no tener más de treinta y cinco años, no muy corpulento (bastante menos que él) y delgado—. No creo que le importune demasiado —dijo al ver que no respondía a la vez que se sentaba frente a él.

No le contestó, se quedó observándolo un tiempo, pero luego bajó la mirada y se puso a pensar en los buenos momentos que había pasado con su hermano Juan.

—Le he pedido un café. Tiene cara de cansado y le vendrá bien tomar algo, más después de lo que habrá tenido que ver en el forense.

Las últimas palabras del extraño hicieron que volviera en sí.

—¿Quién es y qué quiere? —le preguntó mirándolo fija y duramente a los ojos.

—No se ponga a la defensiva, sé lo que ha tenido que ver y lo entiendo, sólo quisiera hacerle unas preguntas y quizás aclararle algo que no le hayan contado —el hombre bajó la mirada negando con la cabeza—. No le han dicho nada —afirmó—. Es lo que me temía...

—Dígame quién es y qué quiere o me levantaré y le partiré la cara ahora mismo.

—Eh, tranquilo Carlos. No hace falta ponerse así. Me llamo Eduardo Escobar, firmo con una doble E mis artículos en mi periódico, no le interesa cuál es, ya sé que hoy en día están todos manchados por la parcialidad y el partidismo, pero ahora estoy metido en un trabajo privado que tiene que ver algo con su hermano ya fallecido. Baste decir que necesito información y que me dedico a investigar sucesos y más en concreto crímenes.

Llegó el camarero para dejar dos cafés sobre la mesa. Carlos no quitó la vista de su interlocutor, “¿cómo sabía que su hermano estaba muerto o cómo se llamaba?, ¿de verdad era periodista?”, pensó.

—¿Cómo sabe quién soy? —le preguntó en cuanto el camarero los dejó

solos.

—Tengo mis fuentes en la policía de Ceuta, pero la verdad es que no me han hecho falta, lo he visto salir del juzgado con la cara blanca y la mirada perdida y seguido muy de cerca por un policía —señaló a una esquina donde uno de los agentes que lo acompañaban en la sala esperaba apoyado en la pared—. Además, tengo que reconocer que se parecía bastante a su hermano, aunque me costó mucho encontrar esta foto.

Carlos miró la imagen que el supuesto periodista dejó sobre la mesa. Era su hermano Juan con el Cabo de Gata de fondo y él a su lado. Recordaba la foto, se la hicieron justo antes de que él partiera hacia Alemania.

—Lo siento, nunca es fácil perder a un ser querido.

—¿Cómo sabe que mi hermano está muerto? —le preguntó.

—Ya le he dicho que tengo mis fuentes. Tengo amigos en muchos lugares y uno de ellos me dijo que aquí se había producido un asesinato muy parecido al que yo investigo. Oh, vaya, creo que le he dado más información que la policía —le dijo disculpándose levantando una mano—. No debería haberle dicho nada, creo que el caso de su hermano está bajo secreto de sumario, me pueden acusar de revelar secretos...

—¿Qué quiere de mí?

—Quería información, la que me pudiera dar. Veo que de la muerte no me puede decir mucho, pero sí me puede responder a otras preguntas... si usted quiere —lo miró, pero él no hizo ningún gesto, así que el periodista continuó—. Preguntas como qué hacía su hermano en Ceuta, tengo entendido que trabajaba en Almería, ¿tenía deudas?, ¿había molestado a alguien últimamente?...

—No tengo esas respuestas, y no quiero hablar con usted ahora mismo —se levantó y fue a buscar al policía que seguía apoyado en la pared.

—¡Tome! —el hombre lo siguió y le tendió una tarjeta—. Si cambia de opinión llámeme, quizás yo pueda aclarar alguna de sus dudas.

En la tarjeta sólo venía su nombre y su teléfono.

Siguió al joven agente hasta el juzgado, donde fue conducido de nuevo a la misma sala en la que seguía esperando el comisario Francisco Javier.

Se sentó y los dejaron solos.

—Sé que debe ser complicado responder estas preguntas, pero son necesarias para aclarar el caso —él asintió—. Bien, sabe si su hermano tenía deudas o se llevaba mal con alguien.

—No.

—¿Sabe qué hacía en Ceuta?

—No.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hace unos cuatro meses, fue a verme a Múnich y pasó unos días conmigo.

—¿Cuándo habló con él la última vez?

—Hace cuatro meses.

—Su hermana me dijo que discutieron por algo, ¿fue por los invernaderos o algo relacionado con sus negocios?

—No, fue porque quería vender la casa de mis padres.

El policía siguió haciéndole preguntas de su relación con Juan, él las contestó todas, pero comenzó a cansarse cuando le preguntó si no veía con malos ojos lo bien que le había ido a Juan en Almería.

—Eso no creo que resuelva ningún caso, comisario. Dígame, por qué no me contesta a algunas preguntas usted, como por ejemplo ¿qué le pasó a mi

hermano? o ¿cómo y dónde lo encontraron?, o ¿por qué no puedo ver su cuerpo?

—Ya le he dicho que el juez que lleva la instrucción ha decretado el secreto de sumario y no puedo decirle nada. Podrá ver a su hermano pronto, aunque quizás no pueda hacerlo...

—¿Cómo?, qué me está diciendo, ¿que mi hermano ha muerto y ni siquiera puedo despedirme?, mire, pasaré por alto lo último que me ha dicho. Colaboraré con vosotros cuando quieran, pero necesito despejarme. Puede decirme al menos cuándo lo podremos enterrar.

—Sí, en cuanto le hagan la autopsia su cuerpo será enviado a Almería.

Al oír la respuesta, Carlos se levantó de la mesa y se dispuso a salir.

—¿Tiene algún teléfono al que le podamos llamar?

—No, mi móvil se rompió en el ferry, pero me hospedo en un hostel en el centro, ni siquiera sé su nombre, está frente a una tienda de informática, cerca de la Casa de los Dragones, o eso creo que me dijo el dueño.

—Creo que sé cuál es, lo llamaremos allí si surge cualquier asunto.

Necesitaba salir de allí dejar aquella sala que le provocaba claustrofobia. Ahora más que nunca le urgía responder sus dudas, más después del interrogatorio (pues estaba seguro que era lo que había sido) que había sufrido en los juzgados, así que buscó en el bolsillo del pantalón hasta que encontró la tarjeta que le entregó el periodista. Miró durante un tiempo el número teléfono pensativo hasta que por fin se decidió a comprarse un móvil y así poder llamar a su hermana y luego contactar con aquél quien decía conocer información privilegiada de la muerte de su hermano.

La conversación con Ana fue corta y dura, estaba con su novio en Algeciras y estaba destrozada, no podía articular más de tres palabras seguidas sin romper a llorar (algo que él todavía no había hecho), habían suspendido los ferris y no tenían forma de llegar a Ceuta. Él la tranquilizó

diciéndole que se encargaría de todo y que pronto se verían.

Antes de llamar al periodista, se preguntó qué haría Juan en su situación, la respuesta fue rápida, colaboraría con la policía y se mantendría a la espera para que todo se resolviera. Él no podía hacer aquello, suficiente dolor había soportado ya culpándose de la muerte de sus padres como para ahora quedarse esperando, tenía que saber qué le había pasado a su hermano cuanto antes.

Quedaron después de comer en el mismo bar en el que se habían conocido. No pasó por el hostel en el que pernoctaba, sino que estuvo toda la mañana en la playa de la Rivera, la más cercana al lugar donde habían quedado, necesitaba despejarse y tomar aire fresco y aunque no le recordara demasiado a su tierra natal, el olor a mar lo tranquilizaba.

—¿Para quién trabaja? Y no me refiero a su periódico —fue lo primero que preguntó Carlos al periodista.

—Me temo que no puedo decírselo, incumpliría una de las cláusulas que firmé. Pero créame si le digo que mi cliente tiene un interés muy elevado para que el caso de su hermano llegue a buen puerto —contestó Eduardo.

—Ahora dígame todo lo que sabe de Juan, cómo murió y qué es lo que le pasó o lo llevó hasta aquí, después le intentaré ayudar en lo que pueda.

—Ya le dije que infringiría la ley si le cuento ciertas cosas...

—Antes de marcharme me dijo que me podría aclarar algunas dudas de la muerte de mi hermano, si no es así para qué hemos quedado.

—No se enfade, si me respondiera a algunas preguntas, quizás le podría contar algunas cosas... extraoficiales eso sí.

—Ya le dije que no sé por qué Juan estaba en Ceuta, no sé si tenía deudas...

—Solo cuénteme lo que sepa, seguro que es más de lo que necesito para comenzar a indagar —interrumpió Eduardo.

—Mire, me peleé con mi hermano hace cuatro meses en Alemania, desde entonces no he vuelto a hablar con él, no sé si tenía deudas, pero si las hubiera tenido, mi hermana me lo hubiera dicho. Lo único que sé es que tenía varios invernaderos y le iba muy bien, no tenía novia porque se dedicaba casi exclusivamente a su trabajo —el periodista iba apuntando en una libreta todo lo que él decía—. Le encantaba Almería y el submarinismo, no era una persona que buscara peleas o le gustara la polémica, no creía mucho en Dios, aunque en Semana Santa le gustaba salir a ver los pasos...

—¿Sabe si su hermano quería ampliar el negocio? —le preguntó el periodista interrumpiéndolo—. Tengo entendido que hay algunos empresarios que se están trasladando a Marruecos, ya sabe, la mano de obra allí es mucho más barata.

—No creo. Siempre nos decía que no movería su dinero de Almería, no quería complicaciones.

—¿Tuvo Juan problemas con alguien?, no recientemente, claro.

—No que yo sepa, era una buena persona, amigo de sus amigos.

Eduardo le hizo varias preguntas, cada vez mostraba menos interés en sus respuestas.

—No creo que pueda ayudarme más por lo que veo, pero quizás me haya dicho algo interesante.

—¿El qué? —preguntó con interés, no creía haberle dicho más que al policía y sin embargo el periodista parecía satisfecho.

—Ya llevo investigando unos días a su hermano, no he encontrado deudas ni enemistades grandes, pero no sabía que le gustaba el submarinismo, tengo entendido que Ceuta es una buena zona para practicar, y hace dos semanas hubo una especie de reunión de profesionales del submarinismo, así que quizás su hermano viajara aquí para eso. Y sabiendo cómo murió puede que el asesino esté en su círculo más cercano.

—¿Asesino? ¿Está insinuando que mi hermano fue asesinado? —tuvo que

bajar la voz al ver el gesto que le hizo Eduardo.

—Le voy a contar lo que pueda, recuerde que son sólo suposiciones y puede que no haya nada de certeza en lo que le digo —Carlos asintió para que prosiguiera—. Su hermano fue asesinado de la misma forma y encontrado en la misma situación que otra persona, esa otra persona es un ser “cercano” de mi cliente, que me mandó investigar su muerte en paralelo a la justicia. En cuanto supe las circunstancias en las que fue encontrado el cuerpo de Juan, vine a Ceuta. En principio, los dos muertos no guardan relación, pero estoy seguro de que fueron asesinados por la misma persona siguiendo un mismo patrón.

>>Si no quiere implicarse más, debería levantarse y esperar a que la policía lo informara, no quiero ahondar en su dolor.

—Continúe, dígame cómo murió.

—A su hermano lo mataron, no sé qué arma usaron, pero sí sé que fue desangrado, luego descuartizado y finalmente bañado en Zotal, un insecticida de olor fuerte usado para pulgas, garrapatas y otros insectos resistentes a otros productos. Dejaron su cuerpo en las Murallas Reales, a la vista de cualquiera que pudiera pasar, pero lo curioso es que nadie vio nada sospechoso hasta que una joven pareja descubrió el cadáver en plena noche. Tengo entendido que la policía está un poco perdida, no hay grabaciones de cámaras de vigilancia y no tienen demasiadas pistas. Ah, todavía no lo han relacionado con la otra muerte.

Lo inundó una mezcla de horror y rabia, ¿quién era capaz de hacer algo así y por qué le habían hecho eso a su hermano?

—No lo haga —Carlos miró al periodista como preguntándose a qué se refería—. No intente buscar al asesino. Créame, llevo años haciéndolo y no es una tarea fácil, hay que escuchar mentiras, atrocidades y enfrentarse a gente que uno nunca se hubiera imaginado que pudiera existir. El de su hermano no es un crimen cualquiera. Se ensañaron con él, eso suele indicar que había mucha rabia en quién lo hizo. Siempre que hay casos como éste el asesino suele ser gente cercana al fallecido. La policía sospechará de usted, más si se pelearon por tema de una herencia.

>>Lo mejor que puede hacer es alejarse... pero si quiere... podemos colaborar y ayudarnos —Carlos permaneció en silencio, en ese momento era un mar de dudas, por un lado quería buscar y matar él mismo al asesino, pero por otra parte y como si estuviera escuchando el consejo que le daría su hermana o su madre, quería mantenerse al margen de la investigación, como haría Juan—. Si usted me da toda la información de primera mano que le dé la policía, yo haré lo propio con la que encuentre a condición de que no le hable a las autoridades de mi intrusión.

—Quiero todos los datos, quiero saber para quién trabaja, quién fue el primer muerto, los nombres de la pareja que encontró el cadáver, el...

—Ese tipo de colaboración es demasiado peligroso, la policía puede actuar si encuentra que alguien está persiguiendo pistas por ahí, por su cuenta. Sé que tiene que ser muy duro, pero confíe en mí, le diré todo lo que pueda para evitar ponerlo en contra de la ley.

—Está bien, acepto que no me diga el nombre de su cliente ni de sus fuentes, pero en cuanto tenga información de la policía para compartir, quiero más información por su parte, no me gustan las relaciones en las que uno es el que lo da todo.

—No lo dude, esto es una colaboración mutua en busca de un mismo objetivo, que el asesino de su hermano pague por lo que ha hecho.

—Ya que eres el que más experiencia tiene en estas situaciones, ¿cómo diría que puedo ser más útil? —no le gustaba tener que depender de otro, siempre le gustaba ir por libre y ahora no era una excepción, pero tenía que confiar en aquel periodista, no sabía por qué pero le daba confianza, ahora lo que más deseaba era tomarse la justicia por su mano y tenía que serenarse.

—No busque respuestas en Ceuta, seguro que irá a Almería, allí conocerá a los amigos de Juan mejor que yo, así que si me hace una lista de sus más allegados, podría investigarlos por...

—Déjeme a mí hacer eso, le daré toda la información que quiera. Los conozco mejor que usted y creo que les puedo sacar más información —interrumpió.

—Está bien, yo ahora indagaré por Ceuta y me informaré de los viajeros que vinieron desde Almería —Carlos cogió una servilleta y le apuntó su número de teléfono—. Llámeme en cuanto sepa algo, yo lo llamaré en cuanto la policía me cuente lo que le pasó a Juan —le dijo al periodista entregándole la servilleta.

—Perfecto, espero que entre los dos demos con el culpable —Eduardo se levantó y le dio un apretón de manos, tenía más fuerza de la que aparentaba—. Y recuerde, no vaya por ahí en plan detective, solo dedíquese a contarme las cosas que vea, cualquier comportamiento raro en amigos de su hermano o cualquier información valiosa que obtenga. ¿De acuerdo?

—Sí —mintió Carlos.

4

Tuvo que mentir al periodista porque no soportaba dar más de lo que recibía y en esta colaboración detectaba que el tal Eduardo le ocultaba demasiada información.

Sin saber qué hacer, fue al único lugar con el que había sabido que su hermano había tenido relación, las Murallas Reales.

Entró en el primer bar que encontró abierto dentro de las murallas, no sabía el lugar exacto donde encontraron el cuerpo de su hermano, así que tendría que preguntar a alguien que fuera asiduo a aquel lugar, como el camarero.

—¿Qué va a beber? —le preguntaron.

—Póngame una cerveza —siempre le había gustado, pero desde que llegó a Alemania había descubierto que le gustaba aún más, así que pocos días no bebía más de una cerveza.

El bar estaba casi vacío, salvo por un par de hombres que bebían en dos mesas alejadas de la suya. Era hora más de un café que de una cerveza, además, el tiempo era algo más frío que el día anterior y no propiciaba que se estuviera muy bien a la sombra.

Esperó el momento oportuno para preguntar al camarero por el asesinato de su hermano, quizás habría estado sirviendo el día que encontraron su cuerpo.

Se levantó de su mesa y se acercó a la barra, donde el joven camarero, no tendría más de veinticinco años, estaba colocando los vasos limpios recién salidos del lavavajillas en el mostrador.

—Me han dicho que por aquí cerca encontraron un cuerpo...

—Sí, ahí arriba —señaló el camarero hacia un lugar encima de ellos, en la muralla—. Yo libraba ese día, pero mi compañero me dijo que era algo asqueroso, fue uno de los que llegó primero. Me dijo que había sangre y partes del cuerpo por todos lados y que olía fatal. Tardaron mucho en sacar al pobre de ahí, no sé qué problemas con un juez o un forense.

—¿Al pobre?

—Sí, al muerto, o a sus trozos, estuvo bastantes horas ahí arriba sin que lo movieran, dicen que quería ir a Marruecos, que era traficante y lo mataron porque no pagó el último envío...

—¿Quién dice eso? —preguntó desafiante.

—La gente, ya sabe que esas cosas de drogas se terminan sabiendo y el pobre querría dar un pelotazo y le salió el tiro por la culata.

—¿Cómo puede asegurar que era un traficante, acaso tiene pruebas?

—¿Qué interés tiene en ese muerto? —le preguntó el camarero extrañado.

—Soy periodista —contestó Carlos inmediatamente—. Estoy escribiendo un artículo y quiero que sea lo más veraz posible.

—Haberlo dicho antes, hombre, mire, sé de un amigo mío que lo conoció en vida. Lo que pasa es que no puede hablar, ya sabe, tiene miedo. Pero si está dispuesto a pagar por la información... no mucho, cincuenta o cien euros.

—¿Dónde nos...

—Deme la cuenta —interrumpió uno de los dos hombres que estaban sentados, medio calvo y cercano a los cincuenta años, estaba alejado de ser un portento físico, gordo y con tatuajes en los brazos. Se acercó a él en cuanto el camarero se dirigió a la caja registradora—. Pague su cuenta y acompañeme, creo que el espabilado éste lo quiere timar —le dijo al oído.

A pesar de que se sentía intrigado por la supuesta información que le iba a

dar el amigo del camarero, le hizo caso al extraño, siempre podía volver al bar y seguir indagando. Y sobre todo aquel hombre le habló con demasiada seguridad viéndose atraído por saber qué quería de él.

Después de pagar, siguió al hombre hacia las murallas, subieron por una rampa de pendiente pronunciada hasta llegar a una zona llana desde la que se veía todo el patio interior de las murallas y al sur la costa de Marruecos.

—Ése es el Baluarte de Santa Ana y ésta es la Contraguardia de San Francisco Javier, son Bienes de Interés Cultural, todo turista debería acercarse a verlos. Son el único ejemplo de arquitectura militar renacentista con foso navegable que existe en España, o al menos es lo que dicen los folletos.

—¿Quién es? y ¿por qué me ha dicho que no hable con el amigo del camarero? —lo interrumpió harto de la clase de historia que estaba recibiendo.

—Llevan nombres de santos para proteger los edificios de los infieles que vivían al sur de esta península...

—Deje ya de querer instruirme en la historia de Ceuta, ¿quién demonios es?, conteste o le voy a tener que partir la cara.

—No me amenaces Carlos, sólo te estoy diciendo que te tienes que alejar de esto, no te conviene investigar la muerte de tu hermano. Olvídalo, llora por él y regresa a Alemania, haz turismo si quieres, pero deja de hacer preguntas.

—¿Cómo sabes...

—Te digo que dejes a los profesionales hacer su trabajo.

—¿Profesionales?, ¿eres policía? —el hombre no le respondió, le sujetó la mirada y negó con la cabeza, no respondiendo a sus preguntas, sino más bien para darle a entender que se estaba equivocando al hacerlas.

Se hartó, estaba harto de todo aquello, de la gente que decía medias verdades, de los que le decían que no podían responderle a sus preguntas, se hartó de los secretos, se hartó de todos.

—¡Me lo vas a decir todo ahora mismo! —gritó al hombre, se remangó y viendo que ni siquiera reculaba le tiró un puñetazo.

Para estar gordo y aparentar estar en mala forma física, reaccionó demasiado bien, o al menos, mejor de lo que esperaba Carlos. El hombre esquivó sin dificultad su puñetazo, se sacó de la cintura una pequeña porra de metal y la usó para golpearle primero en la boca del estómago y luego en la espalda. El segundo golpe hizo que Carlos cayera de bruces al suelo.

—Te lo he advertido Carlos, llora por tu hermano, haz lo que hacen las buenas familias, acércate a una iglesia, mezquita o a donde quieras, reza por él y por su alma, pero no intentes perseguir fantasmas ni jugar a ser policía.

Intentó levantarse, pero recibió otro golpe y una patada en la espalda.

—No sirves para esto. ¿Quieres obtener respuestas?, yo te las daré si las quieres. Aquí trajeron a tu hermano, descuartizado, lo arrojaron detrás de ese cañón. ¿Quién lo hizo?, no lo sé, pero lo hizo bien, porque la policía no tiene ninguna pista. ¿Qué hacía aquí tu hermano y por qué lo mataron?, Juan vino con la coartada del submarinismo, pero sé que vino por algo más, algo que llevaba muy en secreto. ¿Drogas?, piensa lo que quieras, se supone que tú conocías a tu hermano.

>>Ahora ve a hablar con el camarero si quieres, despilfarra tu dinero como quieras, pero no te recomiendo que sigas por ese camino, porque quien matara a tu hermano te puede matar igual de fácilmente a ti.

Lo dejó allí tirado, le dolía más el orgullo que el cuerpo. Se consiguió incorporar y observó el lugar donde habían encontrado a Juan. Se sacudió el polvo de la ropa y regresó al bar con las palabras de aquel hombre metidas aún en la cabeza.

—...creo que le podemos sacar unos setenta y cinco. Espera, te dejo —el camarero colgó el teléfono y se acercó a él—. Tiene mal aspecto, le ha dicho el otro cómo encontraron el cadáver.

—Sí —se limitó a contestar.

—¿Sigue interesado en hablar con mi amigo? Lo he convencido para que hable con usted por setenta y cinco euros, por el bien informativo, claro.

—¿Me ves cara de tonto? —respondió tras pensar en lo que le había pasado—. Dile a tu amigo que a mí no me vais a timar. La próxima vez que lo intentes, te parto la cara —le dijo antes de que el camarero replicara.

Se pasó el resto de la tarde paseando por Ceuta, pensando en las palabras que le había dicho aquel desconocido hasta que llegó a la catedral de Ceuta en la Plaza de África. Estaba abierta, pero no entró. Sus padres era católicos practicantes, a diferencia de él o su hermano iban a misa casi todos los domingos, su hermano Juan creía en dios, o eso decía, pero no era un asiduo de las iglesias y desde luego, no creía que fuera apropiado que él, alguien que no creía en el Más Allá, llorara por su hermano delante de aquel templo.

“Ceuta, dos continentes, dos mares, cuatro culturas”, decía el folleto que sostenía en sus manos. Buscando enterrar sus preguntas sobre la muerte de su hermano, enterrar sus sentimientos, paseó buscando, sin saber por qué, una mezquita, cuando la encontró estaba cerrada, luego caminó hasta la sinagoga, también cerrada, y finalmente fue hasta el templo hindú. Se sentó en un parque infantil que había frente al templo y por fin lo hizo, lloró, lloró por su hermano, por sus padres, por no haber estado cerca de ninguno de ellos en aquel momento funesto. Lloró de pena, de rabia por no haber podido hacer nada por evitarlo, lloró de impotencia y por fin pudo descansar.

Caminó de regreso al hostel para dormir, Eduardo lo estaba esperando en la entrada.

—Ya estaba preocupado, he tenido que esperar mucho —le dijo a modo de saludo.

—Estaba dando un paseo —respondió.

—He venido para darle la información que he encontrado —Carlos asintió para que le dijera lo que quisiera—. Su hermano Juan vino aquí a la reunión

de submarinismo, hace dos semanas, como le dije, I Reunión de Buceo Ibérica, se llamaba. Inmersiones continuadas durante tres días. Lo más importante que he sabido era que vino acompañado por un tal Vicente Delgado, ¿lo conoce?

—Sí, es un amigo de mi hermano.

—Supongo que viajará pronto a Almería y quiero que lo encuentre y hable con él. Vicente salió de Ceuta dos días después de llegar, es decir, que no se quedó aquí ni los tres días que duró el buceo, así que creo que se fue enfadado por algo o huyendo. Si cree que es peligroso o...

—¿Y si no quiero? —lo interrumpió.

—Era usted quien me quería ayudar y quería atrapar al asesino de su hermano.

—Sí, pero hoy he tenido un encuentro con una persona que no pensaba que fuera lo conveniente —el periodista puso cara de no saber de qué hablaba—. Llegué a pensar que trabajaba para ti, pero viendo tu cara creo que no, me dio un par de golpes y me advirtió que dejara de investigar.

—Dios, podría estar relacionado con su hermano... o con su asesinato. ¿Puede dibujar un boceto?, ¿decirme sus marcas características?, tengo amigos policías que lo podrían reconocer.

Al principio se mostró reticente, pero luego accedió, lo dibujó el propio Eduardo, ya que él no era muy bueno dibujando. Fue describiendo cada uno de sus rasgos, gordo, de un metro ochenta, con tatuajes tribales en los brazos, medio calvo, con el pelo corto y castaño, ojos también castaños, algo hundidos, cejas pobladas, barba de un par de días, con papada, nariz y boca anchas, dientes amarillentos y un par de lunares en el pómulo derecho.

Cuando terminó, el periodista le dio un toque en el hombro.

—Lo llamaré en cuanto sepa algo, creo que este hombre puede tener algo que ver con la muerte de su hermano. Hágame el favor de encontrar a Vicente, pero tenga cuidado. Ya ve que no es buena idea ir haciendo demasiadas preguntas por ahí.

Después de despedirse del periodista, subió al hostal, el propietario lo detuvo antes de que entrara en su habitación.

—Lo han llamado hoy, la policía, me han dicho que mañana puede ir al juzgado. Han terminado la autopsia y puede regresar a Almería.

—Gracias por decírmelo.

—De nada. Siento mucho lo de su hermano. Que descanse en paz —le dijo antes de que entrara en la habitación.

5

Carlos estaba sentado sobre la arena mientras miraba al horizonte y escuchaba el oleaje del Mediterráneo. Todavía llevaba puesto el traje negro del funeral y ni siquiera se había quitado la corbata. Era una de sus playas favoritas, la Playa de los Genoveses, en San José cerca de Almería. Era a esa playa donde iban de pequeños con sus padres la mayoría de los fines de semana, cuando creció, se convirtió en una de sus favoritas, ahora no podía disfrutarla, solo estaba ganando tiempo para regresar a Múnich, prefería pasar algunos momentos allí solo que tener que soportar el pésame de demasiadas personas, muchas de las cuales ni conocía.

El viaje de Ceuta a Almería fue bastante mejor que el de Múnich a Ceuta, el cuerpo de su hermano viajó en un coche funerario, no dejaron que lo viera con la excusa de que sería un golpe demasiado grande para él. En Algeciras, lo esperaban su hermana y su novio, que lo llevaron en coche hasta Almería siguiendo al que llevaba a su hermano. Decidieron no velar al cuerpo, ya llevaba varios días muerto y no querían esperar demasiado para enterrarlo.

Al funeral fue bastante gente, familiares, amigos de la infancia, vecinos, compañeros de trabajo de Juan, de su hermana e incluso suyos llegados desde Alemania. Después de la misa fueron al cementerio donde Juan fue enterrado en un nicho junto a sus padres.

Desde allí fue hasta la playa con el coche de su hermana.

No había intentado buscar al amigo de Juan del que le pidió información Eduardo, ni siquiera lo había llamado a su móvil, no lo vio en el entierro y aunque le parecía raro, en el momento no le dio mucha importancia. Una vez que había hablado con su hermana y había enterrado a su hermano no tenía claro si debía seguir investigando por su cuenta o ayudar al periodista a resolver el asesinato, quizás aquel extraño que le dio una pequeña paliza tenía

razón y lo único que tenía que hacer era rezar por su hermano. Pero algo en su interior lo obligaba a seguir adelante...

—¿Carlos?, ¿estás bien?

Miró hacia atrás y vio a Carmen, su exnovia, el tiempo no había pasado para ella, su pelo liso negro le caía casi hasta la cintura, el vestido negro, pese a ser ancho no escondía su silueta, iba muy maquillada, como la recordaba.

—¿Carlos?, ¿estás bien? —le volvió a preguntar.

—No, no me encuentro bien, acabo de enterrar a mi hermano, ¿cómo crees que estoy?

—Lo siento mucho, aunque tengo que decirte que me alegro de verte.

Carlos no le respondió, no tenía ganas de hablar con nadie y por eso se había ido precisamente a esa playa para estar solo.

—¿Tienes novia?

—Por dios, Carmen, qué importa eso.

—Es que he visto a un par de alemanas venir, y no sé, quería saber si...

—¡Si qué!, ya no somos pareja, y casi ni siquiera amigos, no sé por qué has venido a buscarme.

—Tu hermana me lo pidió —Carmen se volvió y se alejó caminando—. Está preocupada, dice que te ve mal.

Se estaba comportando de nuevo impulsivamente y sin ningún tacto. Siguió a su exnovia.

—Perdona por haberte respondido así. Estoy... —Carmen lo abrazó, él no buscaba un abrazo, solo quería un poco de tranquilidad, aun así agradeció el gesto—. Si quieres acompañarme mientras doy un paseo por la playa...

Carmen no respondió, lo agarró de la mano y le dio un beso en la mejilla.

Los dos pasearon en silencio hasta que el sol se fue apagando. Aquel ambiente tranquilo le renovó sus fuerzas, se convenció de nuevo a sí mismo de ayudar a aquel periodista. Aunque no estaba seguro de si después de hablar con Vicente seguiría investigando por su cuenta, creía que no.

—Oye, ¿sabes por qué mi hermano fue a Ceuta? —le preguntó a Carmen cuando caminaban de regreso a sus coches.

—No, la verdad es que no he tenido mucho contacto con tu hermano desde que rompimos, no me enteré hasta hace un par de días de que había muerto, cuando me lo dijo Raúl no me lo pude creer.

—¿Sabes si Vicente ha venido al funeral?

—¿Vicente?, ¿no te has enterado? —debió parecer algo confuso, pues Carmen se contestó a ella misma en cuanto lo miró a la cara—. Lleva desaparecido casi dos semanas, nadie sabe dónde está.

Aquellas palabras le sumieron en un mar de confusión, sobre todo en el camino de vuelta mientras conducía hacia Almería, la duda más importante que le vino a la mente fue “¿sería Vicente quien mató a su hermano?”, por un lado se resistía a creerlo, Vicente siempre había sido uno de los mejores amigos de Juan, colaborando con él incluso en algunas partes de su negocio, pero por otro, Vicente había estado en Ceuta y regresó unos días antes de que encontraran el cuerpo, ¿era posible que lo hubiera matado y luego hubiera encargado a un tercero que dejara el cuerpo en las murallas?, la imagen del extraño que le advirtió que no debía seguir investigando le vino a la mente, ¿sería ése hombre quien dejó allí el cadáver?

Tenía que averiguar más, tenía que contactar con Vicente, o al menos averiguar dónde estaba.

6

No regresó con su hermana, fue directamente a buscar información de algún tipo sobre Vicente. Llamó por teléfono a varios amigos de su hermano, ninguno sabía nada del viaje a Ceuta y nadie conocía el paradero de Vicente. Luego fue a ver a sus padres, pero lejos de darle alguna información, solo recibió peticiones de ayuda para encontrarlo, él por supuesto se la prometió. Sin saber qué más hacer, fue a su antigua casa, la que Juan y su hermana querían vender. Ana le pidió que durmiera en su piso porque habían vaciado la casa de muebles.

Su sorpresa fue mayúscula cuando encontró a Ana, a su novio y a Klaus en su interior.

—Estábamos preocupados por ti —le dijo a modo de saludo su hermana.

—Estaba con Carmen en la playa de los Genoveses, después me he dado un paseo por ahí. ¿Qué haces tú aquí? —preguntó a su compañero Klaus para cambiar de tema, aunque tuvo que repetirla en alemán para que lo entendiera, ya que había hablado en español y su amigo no entendía demasiado.

Klaus le explicó que había venido con Sabine y unos cuantos compañeros más al funeral, tenían que regresar todos al día siguiente a Múnich, cuando fue a darle el pésame, él desapareció, así que había acompañado a su hermana para ver si así lograba encontrarlo.

Hablaron durante un rato, entre su hermana y él recordaron anécdotas de su hermano Juan y también rememoraron buenos momentos en aquella casa ahora casi desolada.

Más tarde, Ana se marchó con su novio a cenar y él se encargó de llevar a Klaus a su hotel.

—Te pasa algo más que lo de tu hermano —afirmó su compañero.

—No, sólo es que... —pensó si contarle todo lo que había pasado. Klaus era su amigo y sin lugar a dudas lo ayudaría, pero decidió no hacerlo—. Necesito encontrar a un viejo amigo, pero resulta que ha desaparecido y nadie sabe dónde está.

—¿Por qué no vas a su casa?, seguro que algún familiar tiene unas llaves de repuesto y si no, siempre puedes forzar la puerta, seguro que allí encuentras algo que te llama la atención y te da pistas de a dónde ha ido.

—Ves demasiadas películas... pero... ¿Sabes forzar puertas? —su compañero sonrió.

Regresaron a casa de sus padres para recoger algunas herramientas, aunque Klaus le dijo que sólo necesitaba un par de destornilladores, se hicieron también con un martillo y una sierra de metal.

Vicente vivía en la calle carretera del Perú, cerca de la avenida del Mediterráneo, en un piso en la cuarta planta de un edificio que contaba con un total de seis, el mayor problema sería entrar en el edificio y asegurarse de no hacer ruido y no despertar sospechas, era tarde y si alguien los pillaba pensaría que eran ladrones, aunque, a decir verdad, era lo que parecían.

—Primero nos tenemos que asegurar de si hay o no vecinos en la misma planta —dijo Klaus a la vez que llamaba al portero automático de los pisos de la cuarta planta.

Sólo respondió uno, el cuarto D. Ellos no contestaron.

—Ahora hay que hacer que nos abran. Empieza a llamar desde el primero y di que te abran en español, no quiero que escuchen a un alemán balbuceando.

Al tercer intento de hacerse pasar por un vecino al que se le había olvidado la llave, consiguieron entrar en el edificio.

Subieron hasta la cuarta planta, allí fue cuando se dio cuenta de que aquello era un juego para Klaus, se lo tomaba como si le estuvieran gastando una broma pesada a alguien conocido. Probó primero a intentar abrir la puerta con un destornillador, pero en cuanto se dio por vencido, cogió el martillo y se puso a dar martillazos a la cerradura. Carlos casi no lo podía soportar, creía que iban a llegar vecinos de todas las plantas de inmediato, pero no fue así.

—Ya está. Toma —le entregó un llavero.

—¿Qué es esto? —preguntó sin saber a lo que se refería.

—Una linterna, no alumbra mucho, pero te puede ayudar.

—¿Tú no vienes?

—Oh, no, no quiero meterme en problemas, yo te espero en el coche — Klaus le sonrió y bajó a toda prisa por las escaleras.

Era increíble, acababa de romper una cerradura a golpes y ahora salía huyendo. Carlos esperó unos minutos para comprobar si algún vecino acudía al origen de los ruidos. Cuando se cansó de esperar, encendió la pequeña linterna del llavero de Klaus y entró en el piso.

Estaba en total oscuridad, desde la entrada ya lo golpeó el olor a humedad que se había generado por tener el piso cerrado tanto tiempo. Según sus padres, Vicente no había vuelto a su casa desde que se fue a Ceuta, lo que significaba que cuando salió de la ciudad africana no regresó a Almería, algo que quería comprobar Carlos.

Buscó un interruptor en la pared de la entrada, pero cuando encontró uno sólo comprobó que no había luz en el piso. Entró alumbrado por la tenue luz azul de la linterna, avanzó despacio hacia el pequeño recibidor que daba a tres puertas, todas cerradas, alumbró las paredes, apenas estaban decoradas, salvo por un cuadro típico de los mercadillos con motivos marinos y un perchero del que no colgaba ninguna prenda. Desvió la linterna hacia la habitación de la izquierda, el cristal de la puerta dejó entrever que era la cocina. Caminó hacia

la puerta que estaba frente a la entrada, ésta era de madera maciza al igual que la tercera puerta, puso la mano en el pomo... sonó su teléfono móvil, cuando lo iba a mirar, la luz del descansillo del bloque se encendió. Cerró la puerta de la entrada y esperó lo que le pareció una eternidad hasta que vio la luz apagarse. Miró el móvil para comprobar que era un mensaje, una llamada perdida de un número que no tenía en la agenda a las cinco de la tarde. “Seguro que me llamaron para darme el pésame, o tal vez haya sido Carmen que se ha cambiado de número”, pensó. Agarró el pomo de la puerta en cuanto se guardó el móvil. Daba a un pasillo, avanzó por él hasta llegar a una puerta que estaba entreabierta, la abrió lentamente y alumbró su interior. Era un dormitorio, la cama estaba hecha y todo estaba ordenado. “Seguro que los padres de Vicente ya han estado aquí”, pensó. Se acercó a una mesilla de noche y en cuanto comprobó que no había nada reseñable fue hasta la otra, en el primer cajón encontró calcetines, abrió el segundo y... otra vez le sonó el teléfono, esta vez lo estaban llamando.

Era Klaus.

—Dime.

—¿Cuánto tiempo vas a echar?

—No lo sé, pero todavía tardaré un poco más. ¿Pasa algo?

—No, nada, es que he visto entrar a un par de hombres un poco sospechosos, quería asegurarme de que no iban a ese piso.

—No, no han venido. Vamos, no tardaré mucho —colgó.

No era buena idea hacer lo que estaba haciendo, pero ya no tenía marcha atrás, tendría que darse prisa.

Revisó toda la habitación, no encontró nada. Luego registró un segundo dormitorio y un cuarto de baño, nada. Regresó a la entrada y abrió la segunda puerta de madera, daba al salón, era la estancia más grande del piso, un mueble bar, dos sofás, dos mesas y un LCD de más de treinta pulgadas era lo

más destacable de la habitación, sin hacer un ruido excesivo registró todos los cajones, no encontró ninguna información del paradero de Vicente. Fue a la última estancia que no había registrado aún, la cocina, pensando en que a pesar de que no era un experto, había algo raro en aquel piso, todo parecía en orden y daba la impresión de no faltar nada, alguien que se va para un largo tiempo no deja atrás todas sus cosas.

La cocina estaba ordenada como el resto del piso, había hasta comida, alguna en mal estado. Se sentó en un taburete de madera que había cerca de una pequeña mesa blanca que estaba apoyada en una pared. “¿Qué estaba buscando?, sus padres ya habrían estado allí y si hubieran descubierto algo se lo habrían dicho a la policía, a no ser que... que lo estuvieran encubriendo”. Se levantó para irse, pero se fijó en un último detalle, el cubo de basura, “si se hubiera deshecho de algo, quizás lo hubiera tirado allí”, pensó.

Abrió la tapa y alumbró dentro con la pequeña linterna, reconoció una inscripción en un papel, la cosa se complicaba, ya entendía por qué la policía no estaba buscando demasiado a Vicente, en realidad no había desaparecido, simplemente se había ido, había escapado o... huido... Le volvió a sonar el móvil.

—Dios Klaus, ya voy —contestó en alemán sin ni siquiera mirar el número que lo llamaba.

—¿Eres Carlos? —le preguntó una voz de mujer, en español.

—Sí —miró el número, desconocido—, soy yo. ¿Quién eres?

—Soy la mujer de Eduardo Escobar. Estoy preocupada por él, me llamó hace un par de horas muy nervioso, me habló de ti y de tu hermano, me dijo que te había llamado, pero que no le habías respondido, que tenía información del hombre que te hizo eso y que se la habían jugado. Antes de que pudiera preguntarle nada me dio tu teléfono y me dijo que si le pasaba algo te llamara. Después colgó. Llevo sin poder hablar con él desde entonces y creo que alguien le ha podido hacer daño.

—Mire señora, lo llamaré, pero si sólo lleva un par de horas sin coger el teléfono, no quiere decir que le haya pasado algo.

—Él no me hubiera llamado si no hubiera sido algo importante, está en Sevilla, en la calle del Rosario frente a una floristería, segundo piso izquierda, tienes que ir a buscarlo —le dijo muy alterada.

—Tranquilícese, mañana lo llamaré, yo también tenía información para él. Pero estoy en Almería y no creo que pueda ir a esa...

Lo interrumpieron los tonos del teléfono, la mujer había colgado.

Recogió el papel que había encontrado en la basura y salió del piso de Vicente.

Carlos había tenido que ir hasta la Catedral de Santa María de la Sede de Sevilla (comprobó que bastaba con decir la catedral de Sevilla o la Giralda para hacerse entender entre los viandantes) para preguntar dónde estaba la calle Rosario, había buscado información en internet, pero al no poder acceder con el coche al centro de la ciudad, tuvo que desviarse y terminó llegando a la catedral. Nunca había estado en Sevilla y la vista de ese monumento era impresionante, no sólo por su tamaño, sino por toda la gente que la rodeaba, turistas que iban de un lado a otro interesados bien por la propia catedral o bien por los bares y restaurantes que estaban cerca, los carros de caballos y sus dueños que a cada paso intentaban vender una carrera para enseñarles la ciudad a los extranjeros, gitanas que ofrecían romero a cambio de unos euros y otros muchos que pululaban por los alrededores.

Se había visto obligado a viajar a Sevilla a pesar de que al principio no le había dado importancia a la llamada de la mujer de Eduardo (de la que todavía no habían pasado veinticuatro horas). La noche en que recibió esa llamada y tras dejar a Klaus en su hotel, llamó al periodista y descubrió dos cosas, la primera era que el número desconocido que lo había llamado era el de Eduardo y la segunda, que el teléfono lo tenía apagado. Intentó llamar a la mujer, pero tampoco pudo contactar con ella, así que regresó a la casa de sus padres, su hermana había llevado un colchón donde pudo descansar. Se tardó en dormir debido al estrés del allanamiento del piso de Vicente, pero el estar en aquella casa lo tranquilizó pronto y pudo por fin relajarse y alejar sus pensamientos de todo lo que había pasado en esos días.

Fue precisamente Ana quien lo despertó y le dio las noticias que hicieron que fuera a Sevilla a buscar al periodista.

—Ha habido un incendio en el piso de Vicente —le dijo en cuanto entró en la casa, antes incluso de que él supiera que había entrado—. Dicen que los

vecinos escucharon golpes y luego vieron luces. Después de medianoche, olieron el humo y descubrieron que la casa estaba en llamas. Han tenido que desalojar el bloque entero.

Las palabras de Ana lo llevaron a llamar de nuevo al periodista, una vez más sin éxito. Fue un manojo de nervios hasta que su hermana le preguntó qué le pasaba, en ese momento decidió que tenía que irse.

—Carlos, ¿estás bien? —Ana siempre hacía aquellas preguntas cuando realmente sabía que algo andaba mal, había temido desde que llegó de Ceuta que lo descubriera investigando por ahí. Todavía la recordaba de pequeña, era la mediana de los tres y sin embargo siempre había sido la más responsable, cuando él o Juan llegaban ebrios a casa o cuando tenían que confiarle algún secreto a alguien, era Ana quien los apoyaba y hacía lo posible para que sus padres no se enteraran. Ahora sabía que ella sospechaba que él no estaba bien y que andaba metido en algo, pero sin saber bien por qué, no le dijo nada, le pidió el coche y salió directo a Sevilla.

El incendio le creaba muchas dudas, pero de algo estaba seguro, él no lo había provocado y tenía algo que ver con la muerte de su hermano. Sólo esperaba que Eduardo estuviera bien y tuviera información, como le había dicho su mujer por teléfono.

Pasó de hacer un día fresco, típico de primavera en Almería, de esos que a medio día mejoraban y que le provocaban ganas de ir a bañarse a la playa, a un día de bochorno, calor y amenazante de lluvia en Sevilla. No era ni la una y casi todas las terrazas de los bares cercanos estaban repletos, el olor a incienso pese a que la Semana Santa estaba muy lejana inundaba el centro de la ciudad andaluza. Cruzó la plaza Nueva, donde se encontró con una feria de productos artesanales, aquello era demasiado para él, una nueva ciudad, demasiada gente... tenía que encontrar a alguien que le dijera por dónde tenía que ir. Paró a varias personas, pero se encontró con que la mayoría era de fuer. Se fijó en un grupo de adolescentes que se estaban despidiendo en el centro de la plaza. Uno de ellos le recordó a él cuando era joven, el más alto de todos, aparentaba ser un par de años mayor que el resto, pero por su aspecto sabía que tenía la misma edad, unos quince años.

—¿Alguno me puede decir dónde queda la calle Rosario? —preguntó al grupo, aunque mirando al chico.

—Sí, está cerca de aquí... —contestó una joven.

—Nosotros pasamos cerca, si quiere puede venir —le dijo el joven con el que se había comparado.

—Está bien, pero necesito llegar pronto.

—Las tiendas suelen cerrar a eso de las dos o dos y media...

No les dijo a qué iba, por supuesto, pero le pareció interesante saber más de los horarios comerciales, la mujer de Eduardo le dio la dirección diciendo que había una floristería justo enfrente del piso de su marido, así que quizás si no lo encontraba siempre podría preguntar en el local si lo habían visto.

No tardó en llegar a la dirección que la mujer de Eduardo le indicó. Sólo se quedó con él el joven al que le recordaba. Se llamaba Daniel, aunque le dijo que todo el mundo le llamaba Dani. Le ayudó a encontrar la floristería y a identificar el bloque de pisos, un edificio antiguo de tres plantas. La calle era muy estrecha, con aceras por las que casi no cabía un peatón, un lado de la calzada estaba adornado por naranjos que impregnaba su olor en aquel día caluroso.

Llamó al telefonillo, al segundo izquierda, pero nadie respondió. El joven le insistió en que llamara al segundo derecha, si había alguien allí tal vez le pudiera abrir la puerta o decir algo sobre Eduardo. Llamó y le contestó un anciano, o al menos era lo que parecía por su voz cansada.

—Oiga, ¿me deja subir?, necesito hablar con Eduardo, no sé si lo conoce, vive en el segundo...

—Oh, sí, el periodista —Carlos sintió alivio al haberlo encontrado—, no está a estas horas, suele venir por la noche. Ven a las diez y te abriré.

—Aquí estaré —no tenía otra opción, había ido a ver a Eduardo y ahora

no iba a regresar a Almería sin saber de él—. ¿Sabría decirme dónde está ahora?

Nadie respondió, así que decidió esperar hasta la noche.

Dani lo llevó a comer a un bar en la plaza de San Francisco, justo detrás del Ayuntamiento, por su puesto Carlos tuvo que invitarle. Luego se despidió de él, recomendándole un par de lugares donde tomar café, él le dio diez euros como agradecimiento, a lo que el joven le respondió diciéndole que lo acompañaría de nuevo a la calle Rosario, que quedaban allí a las nueve y media, así se aseguraría que no se perdiera. Iba a protestar, pero decidió aceptar su compañía, seguro que era una excusa para quedar con sus amigos y salir por ahí o tal vez sólo quería otros diez euros.

El día se le hizo muy largo, hubiera preferido tener compañía, en Múnich, cuando no quedaba por las tardes para tomar algo con sus compañeros, procuraba estar ocupado en su piso, pero no estaba acostumbrado a pasar fuera tanto tiempo solo. En varias ocasiones intentó contactar con Eduardo y con su mujer, pero fue en vano. Habló con su hermana para ver si se sabía algo nuevo sobre el incendio, pero salvo rumores, nadie sabía quién lo había provocado. Ana seguía preocupada, pero él ignoró sus preguntas.

A las nueve comenzó a llover, no tenía paraguas y por lo que vio en la gente, nadie esperaba que se pusiera a llover con tanta fuerza habiendo sido hasta ese entonces un día caluroso y soleado. Por suerte para él, Daniel llegó a las nueve y media como le prometió, y además de venir solo, llevó dos paraguas.

—Vaya, si no fuera por ti me pondría empapado, muchas gracias por venir —le dijo al verlo entrar en el bar donde habían quedado.

—Ya te dije que vendría, yo siempre cumplo lo que digo —le contestó el joven con el acento peculiar de los sevillanos.

A las diez de la noche regresaron al piso donde debía estar Eduardo, no

había parado de llover y ya se sentía algo incómodo por tener los pies mojados. Llamó al telefonillo del piso de Eduardo, pero no respondió, así que volvió a llamar al segundo derecha. Nadie contestó, aunque la puerta se abrió. Subieron por las escaleras de madera, que chirriaban con cada peldaño que pisaban y se llenaban del agua de sus zapatos. Llegaron al segundo, encendió la luz del pasillo y fue hacia la puerta del segundo izquierda, estaba abierta, totalmente abierta, el interior de la vivienda carecía de luz.

—Quédate aquí Dani, si escuchas algo raro sal de aquí o llama a ese piso —le dijo señalando al segundo derecha, donde debía vivir el anciano que les acababa de abrir la puerta.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Daniel, mirando nervioso a los lados.

—No, no te preocupes, pero tú haz lo que te he dicho —el chico acató su orden sin responder.

Pasó el umbral, no tenía ninguna linterna con la que alumbrarse, así que usó su teléfono móvil, una leve corriente de aire le trajo un olor fuerte, le era vagamente familiar.

—¿Eduardo? —preguntó temiendo no recibir respuesta.

Entró en el piso, el parqué crujió bajo sus pies, escuchaba la lluvia como si una ventana cercana estuviera abierta o como si cayera agua en el piso, y de nuevo ese olor, parecía impregnar toda la vivienda, supo entonces a qué le recordaba, al insecticida que usaban en algunas calles, sobre todo cerca de los contenedores de basura. Un nombre se le vino a la cabeza, Zotal, olía a Zotal, entonces se quedó congelado pensando en lo que eso podía significar, temió lo peor, aun así continuó avanzando. Llegó hasta el salón, el olor disminuyó, había un portátil apagado encima de una mesa baja y a su lado muchos papeles desordenados, a Carlos le llamó la atención ver la libreta en la que Eduardo apuntó todo lo que hablaron en sus encuentros. La cogió, miró la página por la que estaba abierta, había varios nombres, entre ellos el suyo, subrayado...

...

Vicente Delgado

Raúl Ramírez

Carlos Aguilar

Joan Ramón Sánchez

...

No sabía lo que significaba, le sonaban algunos nombres, pero otros no, de nuevo el olor a insecticida se hizo más fuerte parecía provenir de una de las habitaciones del piso. Dejó la libreta en el mismo lugar donde la había encontrado, buscó un objeto contundente, ya no se sentía seguro, pensó en usar una silla, pero al final se fio de su tamaño y envergadura y fue hasta la habitación que estaba frente al salón, un dormitorio, vacío. Continuó por un angosto pasillo sin adornos y el olor fue incrementándose, abrió otra puerta, comprobó que aquella era la fuente, se tuvo que tapar la nariz para soportarlo, era un cuarto de baño. Con la débil luz de su móvil alumbró el interior, la cortina no dejaba ver la bañera, había varias toallas en el suelo y un teléfono móvil encima del lavabo. Se acercó lentamente hacia la bañera, describió la cortina... su móvil cayó al suelo, comenzó a respirar nerviosamente, se agachó, recogió su teléfono tembloroso y lo enfocó hacia la bañera. El cuerpo mutilado de Eduardo flotaba entre aquel líquido blanco, uno de sus brazos estaba clavado en el cuello del periodista, la cabeza parecía flotar anclada a aquel brazo, la cara inexpresiva de Eduardo lo llevó a mirar las dos manos que estaban atadas y amputadas por las muñecas, por culpa de aquella imagen y del olor tan penetrante del Zotal estuvo a punto de vomitar, tuvo que salir corriendo de la habitación y del piso a tomar aire.

Una vez en el pasillo, tuvo que encender la luz para ver algo. Escuchó sirenas en la calle, se miró las manos, había tocado la libreta, tenía que cogerla...

Entró a la carrera de nuevo y se metió la pequeña libreta en el bolsillo del pantalón, después bajó a toda prisa las escaleras y finalmente salió a la calle. Las sirenas se habían alejado, no se dirigían allí.

Todavía con ganas de vomitar se obligó a sentarse en la acera... “Daniel, ¿dónde estaba el chico?”, pensó, se incorporó, pero se dio cuenta de que la puerta estaba cerrada, llamó al segundo derecha para que el anciano volviera a abrir, pero nadie respondió y en esta ocasión la puerta permaneció cerrada. Las sirenas sonaron de nuevo, esta vez más cerca...

—Explíqueme de nuevo cómo llegó hasta el piso del señor Eduardo Escobar —le volvió a preguntar el policía.

Era la tercera vez que se lo preguntaban, estaba harto, parecía que había sido él quien había matado al periodista y pese a que sólo quería que encontraran a Daniel, nadie le hacía caso, lo estaban tratando como a un criminal.

La policía lo encontró golpeando la puerta de la entrada y llamando al telefonillo, lo apartaron y lo intentaron tranquilizar, Carlos les dijo que tenían que subir, había un muerto en el segundo izquierda y tenían que encontrar al joven. En cuanto dos agentes entraron en el piso y vieron el cadáver, llamaron a más agentes y a una ambulancia. Luego, uno de ellos estuvo haciéndole preguntas hasta el momento en el que un coche patrulla llegó y lo invitaron a entrar en él para ir a una comisaría a aclarar lo que había pasado.

La comisaría no estaba muy lejos de allí, no lo habían esposado ni acusado de nada, sin embargo, no lo trataban como a un simple ciudadano, o al menos era lo que a él le parecía.

—Ya se lo he dicho, Eduardo me llamó ayer, pero yo estaba sin cobertura, luego me llamó su mujer y me dijo que estaba preocupada por él, así que vine aquí. Por la tarde no me abrió nadie, sólo pude hablar con el vecino del segundo izquierda, él fue quien me abrió por la noche. Cuando subí, la puerta estaba abierta, entré y encontré el cuerpo —respondió de nuevo.

—¿De qué conocía al señor Eduardo?

—Ya le dije a su compañero que lo conocí en Ceuta, le estaba ayudando a

resolver un crimen.

—Ya. Según le dijo a mi compañero, vino desde Alemania para reconocer el cuerpo de su hermano, que fue asesinado de la misma forma que Eduardo Escobar...

—Señor —interrumpió un policía joven desde la puerta.

El que lo estaba interrogando se levantó y lo dejó sólo en aquella habitación en la que salvo por un par de sillas y una mesa no había nada. Volvió a entrar pasados unos minutos.

—Bien, me acaban de confirmar que su hermano murió en Ceuta. Lo siento, créame. Pero no me creo algunas partes de su relato —Carlos se movió incómodo en su silla—. Mire, le voy a decir lo que no me concuerda de su historia, no debería decírselo, pero es muy tarde y no quiero alargar su estancia aquí. Dígame cómo entró en el segundo derecha, porque es imposible que alguien le pudiera abrir, en el segundo izquierda no vive nadie. ¿Seguro que fue a ese piso al que llamó?

—Sí, me respondió un viejo, o al menos eso parecía —contestó ahora entre dudas, creyó que el policía lo estaba manipulando— y luego por la noche me abrió sin ni siquiera decirme nada, pero estoy seguro de que llamé al segundo izquierda.

—Le aseguro que nadie vive allí. Hemos entrado y no hemos encontrado a nadie. Ese piso lleva deshabitado tres años y nadie ha forzado la puerta.

Carlos escuchó desconcertado las palabras de aquel hombre, se vio perdido en aquella habitación, necesitaba respirar aire fresco, aún mojado y con temblores debidos al frío, el policía continuó hablando.

—Llamaron al 112 diciendo que habían entrado en el bloque y habían oído golpes, nadie dijo nada de un niño, pero sí que algunos vecinos del bloque de enfrente nos hablaron de un hombre corpulento rondando por las calles de alrededor y que lo vieron entrando a las diez, solo.

Carlos negó con la cabeza, no podía creer dónde se estaba metiendo.

—Entré en el bloque, pero estaba acompañado, el chaval se llama Daniel, tienen que encontrarlo, creo que el asesino de mi hermano y el de Eduardo le ha podido hacer algo, puede ser quien me abrió la puerta...

—¿Alguien puede corroborar que ayer estuvo en Almería y a la hora que vino hoy a Sevilla? —preguntó el policía ignorando sus palabras.

—Sí, mi hermana, su novio o algún compañero de trabajo —contestó a punto de comenzar a gritar que fueran a por Dani.

—Deme sus números de teléfono. Hasta que confirmemos que su versión es correcta, deberá permanecer aquí.

—¿Estoy detenido? —preguntó antes de que el policía volviera a salir de la sala. No recibió respuesta.

Pasaron lo que para él fueron horas hasta que por fin otro policía entró a la estancia.

—Ya se puede ir —le dijo simplemente.

Al salir le devolvieron su móvil, su cartera, sus llaves y el cuaderno de Eduardo y no le dijeron nada más. Fuera hacía algo de frío, había dejado de llover, en la Alameda de Hércules todavía había mucha gente pese a que ya era muy tarde, en las puertas de los pubs se congregaban los clientes que bebían y generaban un ruido que se extendía más allá de la plaza. Avanzó al ver un taxi en el otro extremo con la sola idea de volver al piso de la calle Rosario y encontrar a Dani, pero se detuvo en seco al ver a alguien frente a él, en una zona poco iluminada. Era el hombre que le propinó una paliza en Ceuta, estaba fumando, apoyado en un árbol y mirando en su dirección. Carlos se detuvo sin saber qué hacer, no se atrevió a enfrentarse a él, porque estaba acompañado...

—Eh, ¿te vas a quitar del medio? —le gritaron desde un coche, antes de pitarle.

No se había dado cuenta de que estaba en el centro de la calle y ni siquiera

se había percatado de que venía un vehículo hacia él.

Retrocedió unos pasos sin perder de vista a aquel hombre, el coche aceleró y continuó hasta que lo perdió de vista. El extraño tiró la colilla al suelo, negó con la cabeza mirando hacia él y se dio la vuelta desapareciendo entre las sombras y la luz tenue de las farolas.

—¿Está bien?

Esa voz conocida lo sacó de su estado de alerta, era el primer policía que lo había interrogado, porque estaba seguro que era lo que había sido, un interrogatorio.

—¿Está bien?, parece que haya visto un fantasma.

—Sí, estoy bien, no se preocupe —contestó al fin—. Gracias a dios, Daniel está bien.

Tanto Carlos como el policía avanzaron hacia el chico que no parecía haber sufrido ningún daño.

El joven sólo les dijo que escuchó un golpe en el segundo derecha en cuanto Carlos entró en el piso y que salió del bloque corriendo, en la calle se encontró con un hombre medio calvo que lo llevó hasta la Alameda de Hércules diciéndole que tenía que recoger a un amigo, estuvieron esperando frente a la comisaría hasta que Carlos salió.

Después de que Dani le explicara lo que habían hecho ellos esa noche, lo llevaron con sus padres después de que Carlos pudiera despedirse de él, fue cuando el policía lo acompañó hasta un bar cercano.

—Mire, soy el comisario Alberto Rodríguez, mis compañeros me han convencido para que no lo retenga esta noche, pero sé que me está ocultando datos, y no sobre la muerte de su hermano, sino sobre qué hace aquí y qué información traía para el periodista. Sólo queremos ayudarle, Carlos, si quiere

puede confiar en mí y contarme esos detalles, aunque sea extraoficialmente. Seguro que su amigo Eduardo, si es que lo era, le dijo que muchas veces se puede hablar extraoficialmente porque no se tienen pruebas de algún delito, sólo algunos indicios. Él y yo ya habíamos compartido informaciones de ese tipo, aunque le tengo que reconocer que desconocía que estuviera trabajando en este caso.

>>Así que ahora dígame, qué es lo que lo preocupa si no tiene nada que esconder.

Estuvo a punto de contarle todo lo que había hecho, decirle que quería encontrar él mismo al culpable del asesinato de su hermano y matarlo con sus propias manos, pero al final, sin saber la verdadera razón de ocultarle información a la policía, sólo le contó lo que lo estaba martirizando en esos momentos, aunque sin contar toda la verdad.

—Mire, mi hermano fue a Ceuta con un amigo íntimo de Almería, Eduardo me dijo que lo encontrara y le preguntara el motivo del viaje, eso era lo que le quería contar, fui a hablar con sus padres y estaba desaparecido, cuando me dejaron entrar en su piso, encontré en la basura una cita para renovar el pasaporte, una cita de hace tres días, bueno, ya cuatro, por lo que significa que aunque esté desaparecido, ha estado en España hasta hace nada. Si él es el asesino, puede que viniera aquí y hubiera matado a Eduardo, no lo sé, no sé si es capaz de hacer lo que hoy he visto, pero el caso es que ha escapado, ya estará lejos de España.

—¿Me puede decir su nombre?

—Sí, se llama Vicente Delgado, el segundo apellido no lo recuerdo. Pero sabe qué, hoy me llamó mi hermana para decirme que su piso se había quemado, vamos, que seguro que habrá quemado pruebas.

—¿Cree que alguien puede estar colaborando con él? Lo digo por el que usted dice que le abrió la puerta.

—Sí, estoy seguro de que alguien lo está ayudando, es quien ha tenido a Daniel retenido—dijo mirando hacia la plaza.

Había terminado de inspeccionar las notas del periodista, había tenido que leer frases incompletas de entrevistas a distintas personas de Barcelona, Metz y Ceuta e incluso por teléfono a personas de Almería, la mayoría de ellas no eran más que un par de renglones en los que estaban escritos el nombre de la persona, el comienzo de una frase y al final un “carece de importancia”, sin embargo, otras sí tenían información que para él era valiosa.

Las primeras entrevistas, supuso, se referían al crimen que estaba investigando antes que del de su hermano, la muerte de Ramón Ruiz Moreno, de ellas pudo extraer el nombre del cliente para el que trabajaba Eduardo, Jaime Ruiz, el lugar y la fecha de la primera muerte, en Metz hacía año y medio, el parentesco que unían al asesinado con el cliente, eran hermanos, y que había sido asesinado de la misma forma que su hermano y ahora que Eduardo.

Supo así que el periodista había aceptado el caso hacía seis meses, cuando la policía francesa lo había olvidado, cerrándolo por motivos externos y diciendo en su informe que se trataba de un ajuste de cuentas por asuntos de tráfico de drogas. Eduardo viajó a Metz, una ciudad al noreste de Francia que limita con Luxemburgo, para intentar averiguar más sobre el caso, pero por las notas, no pudo sacar nada en claro. Luego fue a Barcelona, donde con la colaboración de su cliente, que era abogado, entrevistó a los amigos de Ramón, de los cuáles sólo obtuvo la razón del viaje, el hermano de Jaime había ido a Metz por negocios, según las notas del periodista, para blanquear grandes cantidades de dinero, así que Eduardo manejaba dos móviles para el crimen, venganza por deudas y ajuste de cuentas de los socios que tuviera.

Desde que obtuvo esas conclusiones no había pasado más de un mes, apuntaba a varios frentes para encontrar a los culpables, tenía que encontrar el negocio oculto para ganar ese dinero, sus socios serían los sospechosos más normales, y después apuntaba hacia el hermano. Jaime Ruiz había sido

abogado criminal hasta que su hermano murió, desde ese momento se había cambiado a casos civiles, la mayoría divorcios o problemas con las herencias, en ese cambio, Eduardo, veía algo sospechoso, aunque seguía sin tener pistas de dónde sacó el dinero por el que seguramente mataron a Ramón y que no había sido encontrado en ninguna cuenta bancaria.

Cuando parecía estar en un callejón sin salida, Eduardo recibió la noticia de la muerte de su hermano en Ceuta, descartó entonces al abogado por estar demasiado lejos del crimen y se centró en averiguar lo que tenían en común tanto Ramón como Juan, concluyendo que entre los dos debía haber un enlace al dinero negro que iba a blanquear el hermano de Jaume y que según el periodista Juan había estado manejando.

Luego comenzaba a indagar sobre la muerte de su hermano, señalaba a Vicente como alguien con información acerca del dinero y de quizás ser el enlace con Ramón, al submarinismo como la excusa para realizar una transacción financiera que no sabía con qué o quién relacionar, apuntaba a las drogas o al movimiento de los invernaderos a Marruecos como posibles razones.

Su nombre estaba subrayado en todas las páginas donde era nombrado, según Eduardo él tenía algo que ver con la muerte de su hermano y con la de Ramón, Metz estaba relativamente cerca de Alemania y los problemas con la herencia de sus padres y la pelea que tuvo con Juan, todo eso, según el periodista, apuntaba a que él era un claro sospechoso no sólo para la policía.

En las últimas páginas había apuntado el nombre de Joan Ramón Sánchez varias veces, se preguntaba sobre la relación que podía mantener con Jaume, con Ramón, con Juan y con él, el tal Joan era un detective de Barcelona que había viajado a Ceuta a la vez que él y que curiosamente le había descrito, “Joan era el que le pegó la paliza”, concluyó Carlos.

Al final había varias preguntas que quería realizarle a él y a su cliente, todas referidas al dinero negro, a Joan y a la posible relación entre él y Ramón.

Carlos no conocía al tal Ramón Ruiz, ni tenía conocimientos de que su hermano lo conociera, no había oído hablar de ellos y, por supuesto, no creía que Juan estuviera relacionado con ningún asunto de drogas ni de blanqueo de dinero.

Con más preguntas que respuestas y de regreso en Almería, de nuevo fue a la playa de los Genoveses a pensar, tenía la oportunidad de dejarlo, de dejar que la policía hiciera su trabajo y encontrara al culpable o culpables, pero por otro lado no soportaba que el asesino de su hermano estuviera libre y además lo atemorizara. Estaba seguro de que el tal Joan tenía algo que ver con los asesinatos, había estado en Ceuta y ahora en Sevilla, lo había seguido o había ido antes que él a ver a Eduardo. Si la mujer de éste estaba en lo cierto, el periodista estuvo muy preocupado poco antes de morir y lo último que había estado investigando había sido referente al detective, así que quizás él fuera el asesino.

Concluyó que tenía que averiguar más sobre Joan. Se sacó la libreta que había cogido del piso del periodista, buscó las dos direcciones que le importaban, ambas de Barcelona, Carrer Lepant número 418 y Ronda del General Mitre 124, y el nombre de dos negocios, Bufete de abogados J&M y Detectives Ión. Todavía le quedaban tres días para regresar a su trabajo, así que decidió pasarlos en la ciudad catalana.

Su hermana se ofreció a llevarlo al aeropuerto en cuanto supo que se iba tres días, tanto su novio como ella se creyeron que fue a Sevilla para despejarse y ahora iba a ir a Barcelona para pasar sus últimos días libres y olvidar el mal trago de la muerte de su hermano.

—Espero que no te sientas culpable por lo que le pasó a Juan —le comenzó a decir Ana cuando llegaron al aeropuerto—. Has estado muy raro desde que llegaste y salvo hace dos noches, casi no has hablado conmigo. Querría que te quedaras en Almería más tiempo, pero si necesitas estar solo...

—No es eso —por un momento pensó en contarle lo que tenía entre manos,

pero lo desechó al ver a su hermana llorar—. Ana, tranquila, sé que he estado un poco extraño, pero estoy bien. En cuanto pueda vendré a pasar unos días contigo y con Fran. Te prometo que estaré bien. Superaremos esto igual que lo hicimos con lo que le pasó a mamá y a papá.

—Quiero que me prometas que si te pasa algo me llamarás en seguida — Carlos asintió—. Yo te llamaré en cuanto la policía sepa algo. Un comisario de Ceuta me llamó ayer y me dijo que tenían algunas pistas de qué le pasó a Juan y de por qué estaba allí, pero no quiso contarme más. También me dijo cómo murió y por qué no podíamos incinerarlo ni abrir el ataúd.

—¿Por qué? —se esforzó en preguntar, aunque ya sabía las respuestas.

—Juan fue asesinado, brutalmente me dijo, no especificó más. No se puede incinerar por si el juez manda comprobar los restos de nuevo, por lo visto alguien interfirió para que lo pudiéramos enterrar, lo normal es que los restos se queden custodiados en el anatómico forense, o eso es lo que entendí.

—¿Interferido?, ¿te dijo quién? —preguntó, pensando si quizás, Eduardo Escobar había logrado, gracias a sus contactos en la policía, que el juez permitiera el entierro de su hermano.

—No, pensé que habías sido tú, por eso no le pregunté.

—¿Te dijo algo más?, sigo sin comprender por qué Juan fue a Ceuta y por qué no se lo dijo a nadie.

—No me dijo nada más, le pregunté, pero el policía me contestó que no podía decirme nada.

—¿Cómo se llamaba el comisario?

—Comisario Francisco Javier Rodríguez, me dijo que era el encargado de dar con el asesino de Juan.

Era el policía que lo recibió en Ceuta, el que le había preguntado por la herencia y si se llevaba bien con su hermano. Necesitaba saber qué pistas tenía, tal vez le hicieran falta a la hora de entrevistarse con el abogado y con

el detective.

Dieron aviso por megafonía de que su vuelo iba a salir, así que se despidió de su hermana con un abrazo y fue hacia la puerta de embarque.

En su mente, dos nombres, dos direcciones y un fin, ahora más que nunca quería encontrar al asesino de su hermano y verse frente a él.

9

Barcelona, Carlos esperaba pensativo en la recepción de un edificio de oficinas en la calle Carrer Lepant. Tenía la sensación de que estaba perdiendo el tiempo, de que no iba a encontrar respuestas allí. Desde que su avión aterrizó lo invadió ese sentimiento, el clima que lo rodeó nada más llegar ya hizo mella en su determinación, no sólo el tiempo era más frío y húmedo que en Sevilla o en Almería, sino que también la gente parecía más distante, más inmiscuida en sus problemas, prácticamente lo ignoraban, aunque no sabía si era por culpa de ellos o por él, cada vez era más desconfiado.

A que su viaje pareciera haber sido una pérdida de tiempo contribuyó primero la desolación que encontró en el lugar que debía estar la oficina del, en teoría detective, Joan Ramón Sánchez.

Llegó en taxi a la Ronda del General Mitre, nunca había visitado la ciudad condal y aunque había desechado la perspectiva de hacer turismo, se sorprendió al ver aquella gran ciudad y pensó que tal vez sería buena idea desconectar paseando por sus calles. El taxista lo había invitado a que visitara el centro histórico, sus parques y la todavía no terminada Sagrada Familia mientras lo acercaba a la primera dirección que llevaba apuntada, pero desechó la idea cuando llegaron a su primer destino.

Ya desde el taxi pudo ver algo para lo que no se había preparado, Carlos se esperaba ver al detective o al menos poder hablar con su secretaria o con quien estuviera en su oficina, pero no creía que Eduardo pudiera haberse equivocado al buscar información. El local donde debía estar la oficina del detective estaba cerrado, algo de basura y un par de vagabundos era lo único que encontró además de un mar de carteles de publicidad pegados en sus cristales, arrancó algunos hasta que dio con uno bastante estropeado.

Cerrado por cese de negocio.

—No tenía ningún futuro, todos los negocios que abren aquí cierran en menos de un año —le dijo uno de los indigentes antes de tenderle la mano—. Dame algo para comer...

Carlos le dio un euro para que lo dejara en paz, se alejó hacia la calzada cabizbajo deseando no haber ido a buscar fantasmas a una ciudad desconocida.

La segunda decepción la sufrió al llamar por teléfono a Ceuta, su hermana lo había dejado intrigado al decirle que en la ciudad africana tenían nuevas pistas sobre la muerte de su hermano. Intentó contactar con Francisco Javier Rodríguez, que era el hombre que había llevado a cabo su interrogatorio, pero tras ser redirigido hacia otros policías, sólo logró hablar con un agente que llevaba parte de la investigación y del que no obtuvo ninguna información que ya no supiera, el caso seguía bajo secreto de sumario y avanzaba lentamente. Dejó su teléfono y la dirección del hotel donde descansaría esa noche por si hubiera novedades o por si el agente al cargo del caso quisiera decirle algo más.

En ese momento, sentado en una sala de espera de un bufete de abogados, tenía la mente puesta cada vez más en las palabras que alguien le dijo en Ceuta “deja de jugar a los detectives”.

El taxista le había contado durante el trayecto que un familiar suyo había contratado los servicios de un abogado de aquel bufete porque según los comentarios de sus más allegados eran los mejores para casi cualquier caso, después del resultado del juicio no hizo sino seguir dándole buena publicidad.

Sólo tuvo que decir el nombre del abogado al que había venido a buscar para que una secretaria lo llevara directo a una sala de espera en la que ya había cinco personas. Tras unos diez minutos lo llamaron para tomar nota de su nombre y del asunto por el que quería ver a Jaime Ruiz. Dijo que venía a verlo para hablar de un fallecido cercano a ambos.

Tuvo que esperar casi una hora para que fueran de nuevo a buscarlo, en esta ocasión fue un joven abogado.

—Vengo en representación de Jaume Ruiz. Hoy no va a tener tiempo de reunirse con usted. Le recomiendo que pida una cita con antelación para que pueda atenderle. Mis más sentidas disculpas.

Estaba harto, definitivamente no valía para detective, había sido un error comenzar a investigar por su cuenta y esperar conseguir información viajando a Barcelona. Lo dejaría en manos de la policía, confiaría en ellos y regresaría a Múnich cuanto antes, le quedaban pocos días de vacaciones antes de volver a Alemania, así que en ese mismo momento decidió desconectar, olvidar todo lo que fuera posible y retomar su antigua vida.

Aunque ya que había ido hasta allí decidió hacer una apuesta.

—Por favor, dígame que sé quién mató a su hermano. Seguro que querrá saberlo antes de que salga en los medios de comunicación —le contestó al joven abogado.

A los pocos minutos, lo llevaron hasta el despacho de Jaume Ruiz. La habitación era casi tan grande como la sala de espera, con una mesa de color caoba en el centro, un sofá de dos plazas en un extremo y un pequeño ficus plantado en el otro junto a un mar de fotografías y títulos, tras la mesa había dos armarios y un sillón de cuero. Un par de sillas situadas frente a ella completaban el mobiliario del despacho. Un hombre alto (casi tanto como Carlos), engominado, vestido con un traje negro, miraba al exterior a través de una gran ventana que cubría dos terceras partes de la pared frente a él. Los dejaron solos.

—Me han dicho que sabes quién mató a mi hermano —le dijo sin volverse el hombre que miraba por la ventana. Tenía una voz grave con un tono ronco casi imperceptible.

No respondió.

—¿Lo conocías?, ¿eras amigo de Ramón? —le preguntó mientras se volvía dejando ver su rostro. Lo que más resaltaba de su cara eran sus ojos, grandes, azules, contrastaban con el negro de su pelo y la tez bronceada. Sus facciones eran suaves y aparentaba ser muy joven a pesar de que según las notas de Eduardo debía rondar los cuarenta años. Parecía estar en forma, estaba sujetando una copa de balón entre sus manos que dejó en la mesa. Le tendió la mano.

>>Soy Jaime Ruiz, por favor, siéntese y cuénteme lo que sabe sobre el asesino de mi hermano —dijo con una voz gélida.

Carlos tragó saliva, se imaginó a sí mismo en la posición del abogado y la decepción que significaría la visita, no sabía nada, sólo buscaba información. Trató de pensar en la mejor forma de afrontar esa situación, pero al ver la impaciencia en el rostro de su interlocutor decidió ser franco.

—No conocí a su hermano y no sé quién lo mató —Jaime se dejó caer en el sillón y se echó una mano a la cabeza—. Sólo he venido en busca de respuestas...

—No se puede jugar así con el dolor de la gente, he perdido gente muy cercana a mí —lo interrumpió el abogado.

—Me disculpo si hace falta, pero necesitaba información, aunque... —recordó su último pensamiento, debía dejar descansar a los muertos, cerrar las heridas y dejar trabajar a los profesionales—. Lo siento, no debería haber venido, a mi hermano lo mataron de la misma forma que al suyo y pensé que quizás...

—¿Eres Carlos Aguilar?

—Sí —respondió algo sorprendido.

—Eduardo me habló de usted, de su hermano y de cómo murió en Ceuta. ¿Sigue queriendo seguir investigando la muerte de nuestros hermanos? —no le dio tiempo a responder—. Es una pena que Eduardo muriera, era un buen periodista y un mejor amigo, creía estar cerca del asesino y creo que esa es la razón por la que murió. Llevo persiguiendo a ese malnacido mucho tiempo y

ahora que ha vuelto a matar no se me puede escapar. Bueno, no se nos puede escapar.

>>Se me acaban las ideas —continuó sin dejarlo reaccionar—, Eduardo era mi último cartucho para descubrir por qué había muerto mi hermano y quién lo había hecho. He invertido mucho dinero y demasiado tiempo en perseguir a este asesino y ahora no sé qué hacer. Eduardo debió descubrir algo, pero no sé qué.

—Yo tampoco lo sé —respondió Carlos al ver que Jaume esperaba alguna reacción por su parte.

—Pero te debió decir algo —se levantó de su mesa algo exaltado, nervioso—, recuerda, si te habló de mí, seguro que te tuvo que decir algo sobre las...

—No me dijo nada, de hecho sólo sé que trabajaba para ti porque el día que descubrí su cadáver cogí una libreta con sus notas.

—Disculpe por haber perdido las formas. Supongo que el asesino borraría todas sus huellas —Jaume se recostó en el sillón más tranquilo—. Dígame, ¿está interesado en colaborar conmigo?

Carlos no lo pensó demasiado, Eduardo había muerto porque estaba muy cerca del asesino, la casa de Vicente seguro que también la había incendiado el mismo, no tenía ganas ni tiempo que invertir, debía dejar a la policía.

—Lo siento de nuevo, ya he tomado una decisión, la policía debe ser la que encuentre al asesino ni siquiera sé por qué he entrado. Aunque ya que estoy aquí me gustaría saber si hay alguna relación entre nuestros hermanos o si conocías a Juan.

—Lo entiendo, sé que está pasando por un momento difícil. A su pregunta le digo que no lo sé, no sé si mi hermano y el suyo tenían algún tipo de relación. Eduardo creía que sí, o al menos eso me dijo en su último informe.

>>Manteníamos contacto directo cada semana desde que lo contraté —al ver su expresión, el abogado le explicó cómo llegó a contratarlo—. Después

de que mi hermano muriera, colaboré con la policía francesa todo lo que pude, dejé los casos que llevaba y le pedí al bufete que no me asignara más casos criminales, sólo civiles para tener más tiempo para ayudar a la policía.

>>Pero pronto se complicó todo, el caso se cerró demasiado pronto, “un ajuste de cuentas” dijeron en sus informes, pero yo no me lo creí, mi hermano no estaba metido en ningún negocio sucio y no había ninguna razón por la que alguien quisiera matarlo. Así que comencé a investigar por mi cuenta, no tardé mucho en darme cuenta de que necesitaba ayuda, así que confié en Eduardo, había investigado muchas muertes extrañas y si encontraba alguna pista, quizás podríamos dar con el asesino.

>>Cuando me contó que había vuelto a matar y que poco a poco estaba encontrando pistas, me ilusioné, sé que es muy egoísta por mi parte decirlo, pero fue así, más cuando me dijo que usted estaba interesado en investigar también y que había un detective de por medio...

—¿Sabe quién es? ¿No lo contrató usted?

—No. Sabe, los detectives están infravalorados en España, sólo se les contrata para averiguar si la pareja le es infiel o para seguir a sus hijos, la mayoría son contratados por aseguradoras para comprobar bajas médicas. Sé de él porque ayudé a Eduardo a encontrar referencias sobre Joan Ramón Sánchez, es un detective que vive casi en la inmundicia, cerró su última oficina y ahora recibe a sus clientes en su casa, una herencia de sus padres. Según sus vecinos, lleva varias semanas fuera. Eduardo me dijo que lo estaba investigando la última vez que me llamó.

La puerta del despacho se abrió, entró una mujer rubia, bastante atractiva, con un vestido blanco ceñido, la secretaria de Jaume.

—La familia Gutiérrez lo está esperando —dijo sin signos de afectación por haberlos interrumpido.

—Gracias Clara, dile que pasen en cinco minutos —Jaume esperó a que su secretaria saliera para continuar hablando—. No sé si ese detective tiene algo que ver, pero si quiere puede hacer el último intento de investigación y acercarse hoy conmigo a su casa por si acaso está.

Carlos sabía que no tendría más oportunidades de descubrir algo, así que decidió que aquello sería lo último que investigaría por su cuenta.

—Está bien, dígame dónde nos encontraremos.

—Tome, espéreme ahí dentro de media hora —le dijo Jaume a la vez que le daba un papel con un dibujo de una plaza y un croquis de cómo llegar hasta ella.

Se encontrarían en media hora en la Plaza de Vázquez Montalbán.

Para evitar problemas decidió ir en taxi. Llegó a la plaza, que no dejaba de ser otra cosa que un gran edificio rodeado de unas desérticas terrazas (debido al frío de ese día) y una pequeña zona peatonal casi sin transitar. Era la hora del almuerzo y los restaurantes estaban abarrotados, no así las calles, el volumen de peatones no era comparable al ir y venir de la hora punta.

Se sentó en una de las sillas de una terraza para esperar la llegada del abogado, pero no había pasado ni un cuarto de hora cuando reconoció a un hombre que lo estaba observando desde el otro extremo de la calle.

No se podía estar equivocando, la persona que había tras la mediana, de unos veinte metros en el que había plantadas palmeras y donde la gente paseaba bien caminando o en bicicleta, no podía ser otro que Vicente.

Se levantó y salió corriendo, cruzó todo lo rápido que le permitieron sus piernas y llegó hasta donde el amigo de su hermano estaba detenido, parecía que estuviera esperándolo.

—No sabía si eras tú —le dijo a modo de saludo.

—Dime lo que sepas de lo que le pasó a mi hermano —Carlos no sabía cómo actuar, por un lado tenía la curiosidad de saber por qué estaba allí, en Barcelona, el mismo día que él y en el mismo lugar, pero por otro, quería esclarecer de una vez la muerte de su hermano—. Vamos, no...

—Mierda, hijo de... —Vicente lo interrumpió, miró por encima de sus

hombros. Carlos siguió su mirada y vio que dos policías se acercaban a ellos corriendo, cuando se volvió, Vicente ya estaba alejando a toda prisa en dirección opuesta a la de los policías.

—No, espera Vicente, yo no he llamado a... —no perdió más tiempo hablando y salió tras él, no lo podía dejar escapar.

Lo siguió por una calle de adoquines estrecha, tuvo que esquivar a varias personas que parecían haber salido de sus casas sólo para entorpecerlo, estuvo a punto de tropezarse con un pivote anti aparcamiento. Giró a la derecha al terminar la calle, y siguió corriendo tras Vicente por otra calle estrecha. Tras unos cincuenta metros, giró a la izquierda, Carlos tropezó con un hombre que vestía chilaba, no respondió a sus aspavientos y perdiendo el menor tiempo posible siguió corriendo. No conseguía comerle terreno, hasta que algo de suerte se alió con él, en el siguiente cruce, una moto se interpuso en el camino de Vicente e hizo que éste cayera al suelo. Carlos esprintó y cuando estaba a penas a diez metros del amigo de su hermano, vio a otra pareja de policías acercarse a Vicente, “al menos no va a escapar”, pensó justo antes de que Vicente pasara de largo y los policías lo ignoraron, cruzó entre los dos, Carlos estaba perplejo, lo estaban dejando escapar.

—¡Que no se os escape! —gritó justo antes de que un agente se tirara encima de él haciéndole un placaje que tiró a ambos al suelo.

Carlos se golpeó el codo en la calzada.

Todavía se estaba quejado del dolor, cuando uno de los policías lo esposó.

—Queda detenido por el incendio del piso de Vicente Delgado y por resistencia a la autoridad.

10

La habitación estaba en completo silencio, lo había preparado todo, como siempre, cuidando hasta el último detalle para evitar sorpresas. Estaba alcanzando la perfección, si es que ya no la había conseguido, y desde luego no quería fallar en una ocasión tan especial como aquella. Mataría por primera vez a una mujer.

Hacía ya mucho de su primer asesinato, lo había hecho por necesidad, con enfado, actuando con torpeza y teniendo que improvisar un método para no caer en manos de la justicia. El método demostró ser una sabia elección, pues la policía francesa fue incapaz de seguir su pista, ignorantes de cuán grande era el objetivo se limitaron a señalar aquella muerte como un ajuste de cuentas. Todavía recordaba los alaridos de dolor de Ramón y las miradas de rabia, mezcladas con el estupor de no entender que le dirigía cada vez que él realizaba un corte profundo en su piel. Supo entonces que la confianza con su víctima era crucial para acometer esos actos, la duda creada por la amistad era un arma tan importante como la fuerza bruta. Así lo supo cuando mató a Ramón, cuando saboreó el dulce elixir del saberse superior a los demás. Ramón era corpulento, tenía más fuerza que él, y sin embargo, no percibió el momento en el que lo atravesó con un cuchillo por la espalda, después de la primera puñalada se volvió hacia él y con incredulidad se tocó la herida, todavía lo podía haber reducido, o al menos, haber peleado por su vida, pero no lo hizo, se quedó paralizado, algo que aprovechó él para darle una segunda puñalada en el costado derecho, en el hígado, la sangre fluyó a borbotones por la herida y Ramón se dejó caer sin ganas de luchar, repitiendo una pregunta.

—¿Por qué?

Como si no lo supiera, quería lo que era suyo lo que entre Ramón y los demás se querían repartir sin dejarle nada, cuando precisamente fue él el que los reunió, el impulsor de todo aquello.

—Dime dónde está, dónde lo habéis guardado y terminaré con tu dolor —

le dijo.

Pero fue entonces cuando se dio cuenta de que a las puertas de la muerte, el ser humano es el más terco, porque Ramón no le respondió. Pero por otro lado, también es el que sigue confiando en sus amigos a pesar de que estos sean sus asesinos, así que antes de expirar su último suspiro dijo un nombre... Juan. Sólo podía significar que lo que buscaba, lo tenía Juan Aguilar.

Sacó de su bolsa de equipaje el bisturí (en aquella bolsa negra transportaba unas pocas herramientas que usaba en casos como aquel y de las que siempre se deshacía al terminar). La primera vez no usó bisturí, sólo un cuchillo, ahora sin embargo, prefería el corte delicado de aquel instrumento de cirujano al tosco tacto de un cuchillo común.

Se acercó a la mujer, la había dormido a base de lorazepam, aunque tuvo que usar más dosis de lo que había calculado, seguramente estaba acostumbrada a toma pastillas para dormir. La había desnudado y tendido en una mesa metálica, la había atado con cuidado por si despertaba en el momento más inesperado. El pelo negro se lo había recogido en un moño. La había desmaquillado, era muy guapa no necesitaba maquillaje. Pasó uno de sus dedos por sus labios, luego observó su cuerpo, su pecho subía y bajaba al ritmo de la respiración, quedó casi hipnotizado por su belleza, una belleza que se transportaba a todas las partes del cuerpo de la mujer. Con el bisturí en su mano, pensó si algo tan bello debía ser arrancado de la vida, dudó si hacía lo mejor, pero no fue una duda muy intensa, era su deber, tenía que recuperar lo que le pertenecía, lo que era suyo por derecho y para eso debía obligar a Carlos a seguir investigando, necesitaba que encontrara algún tipo de información que se le hubiera escapado, sabía que Juan le había dejado alguna pista a su hermano, porque Juan era igual que Ramón, y no dejaría que lo que le pertenecía se olvidara en el tiempo.

Hizo un corte con el bisturí en el cuello de la mujer, al principio no parecía que fuera muy profundo, pero tras retirar la cuchilla, un hilo de sangre apareció en su lugar, para, en menos de un segundo, dejar paso a un torrente

sanguíneo que fue llenando el recipiente que había dejado en el suelo para evitar que la sangre manchara las partes de la habitación que no había cubierto con plástico. Esperó con ansia uno de los momentos de los que más disfrutaba, ese momento en el que el cuerpo humano reacciona a pesar de estar adormecido, y lucha por saber por qué se le está escapando la vida.

La misma reacción vio en Juan, después de hablar con él en Ceuta y comprobar que había faltado a la promesa de llevar lo que se suponía era de todos, después de que al principio con rabia y más tarde con calma lo llevara a la habitación en la que había preparado todo para que Juan no regresara nunca más a la península. Lo había engañado para ir allí, en un hotel céntrico, el usar una bañera fue una buena idea, manchaba menos y había que cubrir menos huellas y al alojarse en el mismo hotel, nadie sospechó nada cuando al día siguiente vieron salir a una sola persona, ni si quiera cuando fueron a recoger un paquete pesado de otra habitación, la policía llegó a saber que allí se habían alojado ellos dos, porque para el hotel fueron dos británicos los que entraron y salieron.

Todavía recordaba el estupor con el que lo miró Juan y cómo luchó por su vida, provocando que le tuviera que amputar ambos brazos antes incluso de que se terminara de desangrar. Esa lucha, quizás evitó que Juan le dijera dónde había escondido lo que se suponía había de llevar a Ceuta. En aquel momento le dio igual, si no lo conseguía de Juan, lo conseguiría de otro de los cuatro que iban a quedar con vida, así que se ensañó con él, no sólo lo descuartizó como ya había hecho con Ramón, sino que afiló uno de los huesos de un brazo y clavó su cabeza en él cuando ya había muerto. Intentó gritar mientras lo troceaba, pero es algo que no se puede hacer cuando le han destrozado las cuerdas vocales, se terminó desmayando antes de morir. Le dio un baño en Zotal, había investigado lo suficiente como para saber que la policía analizaba todo el cuerpo para buscar pistas, entre ellas estaban los insectos, las huellas dactilares, los cabellos, etc. El Zotal, mataba a todos los insectos, al lavar el cuerpo con cuidado eliminaba todas las huellas que pudiera haber dejado en algún descuido y los posibles cabellos que se le hubieran caído. Para complicar aún más el trabajo a los agentes de la autoridad, envolvió el cuerpo

ya descuartizado en mantas térmicas, para que la temperatura no fuera concluyente para determinar la hora de la muerte.

Después de dejar el cuerpo en una furgoneta, esperó todo un día antes de dejar los restos en las murallas de Ceuta. No eligió emplazamiento por nada en particular, simplemente era el lugar menos transitado y vigilado a aquella hora de la noche.

La mujer comenzó a moverse, su cuerpo quería reaccionar a pesar de la cantidad de tranquilizantes que había ingerido, tuvo que reajustar la inclinación de la mesa para que la sangre siguiera cayendo al cubo que tenía en el suelo. Su pecho comenzó a subir y bajar con repentinas sacudidas. No sabía si sentiría dolor, esperaba que no, no era su objetivo, ella era simplemente un daño colateral del verdadero fin de su muerte, era algo secundario, sabía que Juan había sufrido mucho y que el periodista Eduardo Escobar se había retorcido del dolor en la bañera de su residencia en Sevilla, pero ellos tenían motivos para sufrir, el primero por no cumplir su palabra y el segundo por acercarse demasiado a la verdad.

La mujer exhaló sus últimos suspiros, para su sorpresa no se había despertado, pensaba que era más fuerte, quizás se había desviado de sus cálculos al darle los tranquilizantes. De su bolsa sacó dos cuchillos de carnicero y una sierra para huesos, acercó los dos bidones que previamente había llenado con Zotal y comenzó a cortar. Primero, las partes blandas, comenzó por los pechos, era la parte más atractiva de la mujer, la que más le atrajo de ella. Hasta ese día descuartizaba a sus víctimas de una forma sencilla, la cabeza por un lado, el torso junto con parte de los brazos por otro, los antebrazos y piernas los dejaba para el final, cortando los pies para dejarlos a un lado, le gustaba el simbolismo y el dejar los pies lejos del cuerpo representaban que sus víctimas habían llegado al final de su camino. Con el único que hasta ahora no había podido hacerlo era con Eduardo.

Se ganó la confianza del periodista, le costó hacerlo pero al final lo consiguió, pero cuando supo que podía haber tenido algo que ver con los

asesinatos, lo amenazó con delatarlo a la policía si no le contaba toda la verdad, fue en ese momento cuando se dio cuenta de que debía eliminar a Eduardo, así que lo preparó todo para matarlo en su piso. Quedó allí con la excusa de confesar de qué manera había colaborado en los asesinatos y desenmascarar al verdadero asesino, pero antes se entretuvo en alquilar el piso contiguo y preparar todas las herramientas necesarias para acallar al periodista.

Carlos estuvo a punto de detenerlo, pero su ignorancia volvió a ser un arma a su favor, era crédulo y fácilmente manipulable, así que con unas simples palabras se lo quitó de encima y lo preparó todo para que fuera quien descubriera el cuerpo.

Serró las extremidades de la mujer y las fue echando a los barriles, era difícil quitarse ese olor a insecticida, pero con un largo baño y tras echarse colonia, nadie se percataría de dónde podía haber estado.

Dejó para el final la cabeza de la mujer, era la parte que iba a dejar para Carlos, debía hacer que siguiera investigando, que sintiera que un asesino iba tras él, que si no llegaba dar con ese asesino, todos los que lo rodeaban iban a estar en peligro. Quería que Carlos tuviera miedo, terror a confiar en la policía, necesitaba que regresara a Almería, allí seguro que Juan dejó algo para su hermano, algo que él había pasado por alto, alguna pista de dónde se encontraba lo que era suyo y Carlos lo debía de conducir inexorablemente hacia su destino, a encontrar lo que le pertenecía. No podía permitir que todo lo que había hecho hasta ahora se perdiera en el olvido.

Agarró la cabeza de la mujer una vez la había separado del tronco y la arrojó a un recipiente más pequeño, también lleno de insecticida. Las demás partes del cuerpo las dejaría allí, nadie lo podía incriminar, nadie lo veía entrar ni salir de aquella estancia. Tenía decidido sólo mostrar la cabeza a Carlos, el resto del cuerpo lo guardaría como trofeo, ya era hora de guardarse algo para él.

Segunda parte: Múnich.

Llegó a Múnich tres días después de su detención en Barcelona, estaba cansado, le dolía todo el cuerpo y debía oler como un estercolero por las reacciones que veía en los demás. Recogió su maleta entre miradas de desagrado y salió de la terminal para coger el autobús. Era casi de noche y estaba lloviendo, no muy fuerte, pero lo justo para incomodarlo.

La parada de autobús estaba atestada de gente, a pesar de su aspecto, le abrieron un hueco para que pudiera resguardarse de la lluvia, Carlos prefirió esperar al lado y decidió coger un taxi para evitar la espera. El primer taxista que se detuvo, también extranjero, lo miró de arriba abajo como pensando en si dejarlo entrar en su coche, un mercedes con tapicería de cuero, o dejarlo que se siguiera mojando, Carlos ni se inmutó, se estaba acostumbrando a esas miradas. Unas miradas que llevaba soportando casi un día después de que el juez que llevaba su caso lo dejara en libertad sin cargos.

“Y todo gracias a Jaume Ruiz”, pensó Carlos una vez entró y se sentó en el asiento trasero del taxi, recordando la pesadilla en la que se había convertido su viaje a Barcelona.

Los cargos eran claros, lo habían detenido porque habían encontrado indicios de que fue él quien incendió el piso de Vicente Delgado en Almería, además, añadieron el de resistencia a la autoridad. La policía no iba tras Vicente y ni siquiera prestaron atención a sus palabras cuando forcejeó con ellos para intentar explicarles que era de suma importancia que hablara con el amigo de su hermano Juan, intentó zafarse de ellos pero sólo consiguió empeorar las cosas, lo terminaron esposando y metiendo en un coche patrulla entre las miradas de los curiosos que salieron a la calle a ver qué estaba pasando.

Lo llevaron directamente a una comisaría, lo metieron en una habitación pequeña en la que sólo había una mesa y dos sillas, sin ventanas y lo dejaron solo sin ni siquiera dirigirse a él.

En menos de media hora fueron a verlo dos agentes, le explicaron sus derechos y los cargos que se le imputaban, le aconsejaron que llamara a un abogado y si no podía permitírsele le asignarían uno de oficio. Antes de su traslado a Almería y ponerlo a disposición judicial, tendría que responder a varias preguntas en Barcelona. Rechazó llamar a un abogado, no quería alargar su estancia y prefirió contestar a todo lo que le preguntaran, los agentes se alegraron cuando lo dijo y comenzaron a interrogarlo. Ninguna pregunta estuvo relacionada con las muertes, todas fueron relativas a su estancia en Almería, *¿estuvo en el cuarto C de la calle carretera del Perú número 2?, ¿dónde estuvo a las 22:00?, ¿dónde durmió?, ¿fue sólo a esa dirección?, ¿forzó la puerta?, ¿qué herramienta usó?*

Contestó a todas las preguntas, lo único que no mencionó fue el papel de Klaus aquella noche, cuando respondió a más de veinte preguntas y pensaba que ya habían terminado de interrogarle, entró otro agente y comenzó de nuevo, *¿estuvo en el cuarto C de la calle carretera del Perú número 2?, ¿conoce a Vicente Delgado?, ¿dónde estuvo a las 22:00 en la fecha señalada?, ¿colaboró alguien con usted?, ¿dónde durmió?, ¿fue sólo a esa dirección?, ¿Forzó la puerta?, ¿qué herramienta usó?...*

Volvió a responder lo mismo, lo dejaron solo unas horas, en las que aprovechó para dormir algo, lo volvieron a interrogar, perdió la noción del tiempo, el cansancio hizo mella en él y cada vez respondía con menos precisión a las preguntas de los agentes, incluso mencionó a Klaus un par de veces aunque estaba seguro de que no lo había incriminado. Lo dejaron solo de nuevo, la comisaría se quedó en absoluto silencio y creyó que por fin lo dejarían en paz, pero se equivocó, en cuanto se comenzó a quedar dormido sobre la mesa, entraron otros dos agentes y comenzaron de nuevo a hacerle preguntas, las mismas, estuvo a punto de confesarlo todo, incluso de mentir y asumir la culpa por el incendio, pero alguien impidió que los dos hombres que lo interrogaban continuaran con su trabajo, les dieron órdenes de dejarlo en paz, su abogado había llegado y tenía que entrevistarse con su cliente.

Carlos no se sorprendió cuando vio entrar a Jaume, era el único abogado, y casi la única persona, que conocía en Barcelona. Se alegró mucho al verlo. Aunque Jaume casi ni lo saludó, sacó de un maletín unos papeles y comenzó a

hacerle preguntas, casi las mismas que le hizo la policía, pero con distinto tono, se dio cuenta que era bueno en su trabajo, sistemático, apuntaba lo que creía importante, conciso y sin andarse por las ramas.

Luego le explicó que la policía actuó así por la urgencia del caso, se lo querían llevar a Almería en dos horas, así que él tenía que proceder con rapidez si quería evitar la imputación. Le explicó que una imputación era más grave de lo que la gente corriente pensaba y era algo que manchaba cualquier carrera profesional. Le explicó que no tenían nada más que unos cuantos indicios, ni una sola prueba contra él y que si conseguía contactar con el juez encargado del caso creía que era posible que se librara de todo aquello.

Lo soltaron al segundo día, no lo habían dejado ducharse ni descansar, seguía llevando la misma ropa que cuando lo detuvieron, pero al menos lo habían liberado sin cargos.

—Conocía al juez, por eso he tardado tan poco en sacarte de aquí...

—¿Poco? —interrumpió Carlos a Jaime—. Me han tenido encerrado dos días por nada, no me han dejado ni lavarme la cara, parece que fuera un asesino.

—Te podían haber encerrado por allanamiento o por colaboración en el incendio, creo que has escapado muy bien y yo he hecho muy bien mi trabajo.

—Perdón, Jaime —se disculpó, casi avergonzado por su actitud—, te agradezco lo que has hecho por mí. Dime cuánto te debo, quiero ir cuanto antes a Almería, pasaré mis últimos días de vacaciones con mi hermana, llorando a Juan y luego volveré a Alemania como si nada hubiera pasado, como si todo esto hubiera sido una pesadilla.

—No me debes nada, Carlos. Pero si quieres seguir investigando la muerte de nuestros hermanos aceptaré...

—Ni hablar, estoy cansado, esto no va conmigo —respondió seco.

—En ese caso, acepta un consejo como cliente mío. Regresa a Múnich, incorpórate a tu trabajo y olvídale todo cuanto antes. Vuelve a retomar tu vida. Si quieres puedo organizarlo todo para que te compren un billete en el próximo vuelo que salga desde Barcelona, no es aconsejable que vuelvas a Almería en un tiempo.

Carlos asintió, era un buen consejo, así que lo aceptó. Jaume lo llevó en su coche hasta el aeropuerto. Se dieron un apretón de manos para despedirse.

—Y por favor, Carlos, date una ducha nada más llegar, apestas —le dijo Jaume en tono de broma antes de dejarlo pasar por el escáner.

El taxi estaba pasando junto al Allianz Arena, el estadio donde jugaba el Bayern de Múnich, había ido un par de veces a ver partidos de fútbol allí, casi siempre acompañado por Klaus u otros compañeros de trabajo. El taxista no parecía muy hablador y él tampoco es que tuviera muchas ganas de conversar. Estaba muy cansado y encima tenía que lidiar con la extraña sensación de que alguien lo estaba siguiendo. Desde que Jaume lo dejó en el aeropuerto comenzó a sentirse observado y fue por ello por lo que estuvieron a punto de dejarlo fuera del vuelo.

Al pasar a la zona de embarque, Carlos notó las miradas de las personas que lo rodeaban, su primera reacción fue increparlos, pero decidió no gastar fuerzas en ellos, se sentó en un banco y luchó por no quedarse dormido para evitar perder el vuelo. Fue inútil, el cansancio acumulado hizo mella en él y se durmió casi antes de cerrar los párpados.

Lo despertó una voz que le resultó vagamente familiar y un golpe en su espalda. Abrió los ojos y se volvió, pero no había nadie detrás de él. No tuvo tiempo de buscar hacia dónde había podido ir quien lo despertara, las azafatas estaban cerrando las puertas, al dirigirse a ellas, las dos mujeres no le impidieron entrar, aunque Carlos notó unas miradas de cierto recelo.

No volvió a pensar en quién lo había podido despertar hasta que una azafata le indicó su número de asiento y en una de las últimas filas creyó ver a alguien conocido, un hombre medio calvo, gordo y que al levantar una maleta dejó al descubierto un tatuaje en uno de sus brazos, ese tatuaje lo había visto en Ceuta cuando recibió una paliza de un desconocido, un desconocido al que había ido a buscar a Barcelona y al que no había encontrado, un desconocido al que había puesto nombre gracias a los apuntes de Eduardo y que en ese instante estaba seguro de que era el que lo había despertado.

Apartó a la azafata con violencia y fue hacia la parte trasera del avión, no pudo avanzar ni dos pasos, un hombre corpulento lo agarró y comenzó a gritarle, le comenzaron a llover improperios por parte de varios pasajeros. Se sintió abatido al volver la mirada hacia la azafata, la mujer, al caer, se había golpeado en la ceja con un reposabrazos y estaba sangrando abundantemente. Lo rodearon varios tripulantes, lo zarandearon y lo sacaron a rastras del avión. Los intentó tranquilizar, una vez había visto que la herida de la azafata era más aparatosa que peligrosa, les explicó su situación aunque obvió el porqué del empujón. Aceptaron dejarlo subir de nuevo a condición de que se mantuviera en silencio y sentado. Carlos aceptó.

No lo dejaron pasar a su asiento, lo mantuvieron vigilado durante todo el vuelo en la zona delantera. Carlos preguntó por Joan Ramón, pero nadie se dignó a contestarle. Estuvo intranquilo durante todo el vuelo, se preguntaba por qué el detective lo seguía y sólo se le ocurría una respuesta, era el asesino, quería acallararlo como fuera. Pero por otro lado, el cansancio y los últimos acontecimientos también le hicieron pensar que podría estar equivocado, que el hombre del vuelo no fuera Joan y que quien lo hubiera despertado hubiera sido otro pasajero.

Al aterrizar lo dejaron aislado y lo llevaron con la policía alemana, con lo que no pudo saber si el detective había viajado hasta allí. Cuando la azafata confirmó que no lo iba a denunciar, Carlos preguntó por el hombre al resto de tripulación, pero se negaron a darle cualquier información, sólo uno le dijo que el hombre era extranjero, creía que inglés.

La última información no hizo que se tranquilizara, si el asesino había llegado a Múnich antes que él y era su objetivo, tendría que tener mucho cuidado, no paraba de darle vueltas a lo mismo. Si Joan era el asesino ya le había dado una paliza sin esfuerzo en Ceuta y ahora no estaba en condiciones físicas como para hacer frente a nadie. Así que antes de ir a recoger su equipaje regresó con la policía y les dijo todo lo que había pasado, pero nadie le hizo caso, lo trataron como a un loco.

El taxi se había metido de lleno en Múnich, Carlos estaba deseando llegar a su piso, ducharse y descansar, olvidar los últimos días y centrarse en su trabajo. Justo cuando llegaron comenzó a llover con más fuerza, Carlos bajó del taxi y le pagó la carrera más una suculenta propina. El taxista lo saludó efusivamente antes de seguir en dirección al centro de la ciudad. Era ya de noche y la iluminación, o mejor dicho la falta de ésta, le recordaba que había llegado a casa. Abrió la puerta y subió hacia su piso, los escalones de madera crujieron bajo su peso y al caminar provocaba pequeños charcos debido al agua y la humedad de sus zapatos. “Es imposible que alguien no escuche este jaleo”, pensó Carlos deseando llegar y echarse en la cama después de una buena ducha.

La luz de la escalera se apagó cuando iba subiendo del segundo al tercer piso, “siempre lo mismo”, pensó, tendría que quejarse algún día a los vecinos, siempre se quedaba a oscuras en el mismo lugar. Por suerte ya estaba acostumbrado a subir a ciegas. Llegó al rellano del tercero y buscó las llaves en su chaqueta, antes de encontrarlas se dio cuenta de que la puerta de su piso estaba entreabierta y una luz tenue salía de su interior. Dio un paso atrás, pensó en quién podría estar dentro y sólo se le ocurrió un nombre, Joan Ramón, el detective que “conoció” en Ceuta. Lejos de acobardarse, dejó la maleta en el suelo y avanzó sigilosamente hacia el interior de la vivienda, nada más entrar cogió un paraguero de la entrada, “ahora no lo cogería por sorpresa como en Ceuta”, pensó apretando los puños.

La luz provenía del salón, el resto de habitaciones parecían estar vacías, aunque con tan poca iluminación no podía estar seguro de nada. Con cada paso

que daba se tensaba un poco más, creía que estaba haciendo mucho ruido a pesar de que el parque apenas crujía. Llegó hasta el umbral de la puerta y se asomó despacio al interior del salón, la luz provenía de la televisión, se iba a ocultar, pero no pudo evitar detenerse al escuchar la noticia que estaban emitiendo. Hablaban de la muerte del periodista Eduardo Escobar, brutalmente asesinado en Sevilla supuestamente por un hombre perturbado llamado José Martínez, al que, según el informador, había molestado mucho con un artículo en su periódico en el que lo acusaba de estafa reiterada y daba sus datos personales. Según la noticia, José Martínez había sido detenido ese mismo día y había sido acusado formalmente debido a unas pruebas halladas en el piso de Sevilla donde se encontró el cuerpo del periodista.

Carlos no escuchó abrirse la puerta del cuarto de baño, seguía con toda su atención puesta en la pantalla de la televisión sin ni siquiera haberse alarmado por que en el salón no hubiera nadie. Justo en el momento en el que alguien estaba a punto de tocarlo, Carlos reaccionó, levantó el paraguero y lo lanzó contra su atacante...

—¡Eh!, ¿pero qué te he hecho yo?

—Dios, Klaus, ¿qué haces aquí? —preguntó Carlos a su amigo justo después de soltar su arma improvisada—. Creía que eras... joder, no puedes seguir entrando en pisos forzando cerraduras, me detuvieron por entrar en el piso de...

—¡Eh!, que yo sólo he venido a recibirte, y no he forzado la puerta, Sabine me dio las llaves que le dejaste para que viniera algún día, no me culpes si no confías en mí.

—Y por qué no enciendes más luces y cierras la puerta, y ¿cómo sabías que llegaba hoy?, uf, me iba a dar algo Klaus.

—Bueno, tranquilízate y... date una ducha, apestas. No veas las noticias, sólo te traerán malos recuerdos. Dúchate y cámbiate, que sólo he venido para que olvides tu viaje a España, hoy toca salir a liarla por ahí y que mañana no recordemos nada.

—Klaus, no tengo ganas, estoy muy cansado y no sé si ni siquiera me tengo

que incorporar mañana al trabajo. Y tú mañana seguro que tienes que ir.

—No, Peter me dio el día libre, le dije que tenía que ir a recogerte y que tenía que arreglar algunos documentos contigo por eso de que te detuvieron y demás.

—¿Cómo os habéis enterado? Y además, todavía no me has dicho cómo supiste que llegaba hoy.

—Nos lo dijo tu abogado, un tal Jaume, llamó a al trabajo y nos dijo lo que te pasó en Barcelona y que llegabas hoy por la noche, así que ni me lo pensé, algo tuve que ver con eso, así que hoy me toca resarcirme. Hoy mi misión es hacerte olvidar todo lo que te pasó en España y por eso te voy a llevar a la mejor discoteca de todo Múnich, te voy a emborrachar con los mejores licores que puedas beber y si puede ser te haré ligar con alguna mujer, no la mejor, esa será para mí, evidentemente mi encanto personal no lo puedo abandonar.

Carlos lo miró con desgana, pero al ver la cara de su amigo comprendió que no tenía escapatoria, conocía a Klaus y sabía que no podría negarse. Así que aceptó.

La ducha y el encuentro con su amigo le vinieron bien, seguía cansado, pero el alcohol y las ganas de olvidarse de todo lo que le había sucedido la semana anterior hicieron que se desinhibiera y que disfrutara de la noche. Primero fueron a unos pubs al centro de la ciudad y luego, cuando ya estaban hartos de beber cerveza, fueron a una discoteca cerca del Hirschgarten, conocía el parque, pero no la discoteca y la terminó conociendo muy bien. Estuvieron allí cuatro o cinco horas hasta que sus fuerzas no le bastaron para seguir el ritmo de Klaus, quiso dejarlo sólo al ver a su amigo ligando con la camarera, pero no lo convenció, Klaus insistió en acompañarlo a su casa con la excusa de que tendría que ir al trabajo desde el piso de Carlos. No le llevó la contraria, pidieron un taxi para no esperar el autobús y regresaron a Ismaninger Straße.

Carlos tuvo problemas para, primero, encontrar las llaves y luego para

abrir las puertas de la entrada al bloque, había bebido mucho, quizás demasiado y por lo que veía en Klaus, su amigo no estaba mucho mejor que él. No pudieron evitar subir tarareando una de las canciones que más habían repetido en la discoteca sin importarles el ruido que formarían o molestar a los vecinos, simplemente estaban contentos por la noche que habían pasado. Antes de llegar a la tercera planta, la luz se apagó como siempre, Klaus estuvo a punto de caerse al suelo, pero con una habilidad impropia de la embriaguez la evitó en el último momento, ni siquiera paró de cantar.

Llegaron frente a la puerta de su piso, Carlos no se había guardado el llavero, así que esta vez no tuvo problemas en meter la llave en la cerradura, aunque antes de girarla, la puerta cedió y con un breve crujido se abrió.

—Klaus, te dejaste la puerta abierta —le dijo a su amigo, que seguía tarareando e incluso se había puesto a hacer un intento de baile—. Y encima te dejaste la luz de la cocina encendida.

—Yo no fui, yo sólo apagué la televisión y te seguí, seguro que comiste algo antes de salir —le respondió Klaus fingiendo estar ofendido.

—¿Estás de broma?, yo ni siquiera...

Carlos se calló, entró corriendo al piso y agarró un taburete de metal de la cocina, Klaus lo siguió gritando como si tuviera que espantar a algún animal. Los dos se quedaron en silencio al ver que no había nadie en la cocina, recorrieron el resto de habitaciones con más calma, pero no encontraron nada fuera de lo común. Regresaron a la cocina cerrando antes la puerta de la entrada.

—Tuviste que entrar aquí y encender la luz antes de salir y te dejaste la puerta abierta —aseguró Carlos.

—No entré, quizás te la dejaste tú encendida al dejar esa caja encima de la mesa, ni siquiera sé cómo...

—¿Esta caja no es tuya? —le preguntó a Klaus, había supuesto que la caja era de su amigo, él no había entrado en la cocina o eso recordaba.

Carlos se acercó a la caja, era grande, unos cuarenta centímetros de alto, de ancho y de profundidad, cogió un cuchillo y la abrió, en su interior había una lata de pintura casi igual de grande que la caja, estaba precintada, así que tuvo que usar de nuevo el cuchillo.

—¡Espera! —le interrumpió Klaus—, podría ser una bomba.

—No digas tonterías, es un cubo de pintura, seguro que Sabine nos ha querido gastar una broma por no haberla llamado para salir —le respondió aunque sin estar convencido de sus palabras.

Abrió la tapa con mucho cuidado, un olor que reconoció al instante le golpeó el olfato, un líquido blanco se derramó sobre la mesa y algo flotó dentro del cubo, tuvo que dar dos pasos hacia atrás y sujetarse en la encimera para no caer, Klaus lo miraba sin saber lo que había en el cubo de pintura.

—¿Qué hay...

Su amigo no llegó a terminar la pregunta, Carlos vomitó en el fregadero, Klaus salió de la habitación para evitar ver la cabeza que flotaba en el Zotal.

Estaba sentado en la escalera mientras un psicólogo de la policía le daba una charla a la que él no prestaba atención, de vez en cuando desviaba su mirada y la detenía sobre Klaus que estaba siendo apoyado por una psicóloga, tenía la extraña sensación de que su amigo a veces intentaba ligar con ella en vez de contarle lo afectado que estaba por lo que acababan de ver en la cocina. Él todavía no podía pensar en otra cosa, sólo veía el interior del cubo de pintura y la cabeza flotando en el insecticida, estaba ausente, con la mirada perdida y Carlos era consciente de ello, no quería escuchar, sólo quería estar solo, no lo podía creer.

Klaus fue el que llamó a la policía, fue el que reaccionó primero, tuvo que ir al salón para hablar con cierta tranquilidad mientras dejaba a Carlos lavarse la cara en el cuarto de baño, no pudo volver a mirar el interior del cubo de pintura, vomitó y salió de la cocina, los dos esperaron en el salón a que llegara la policía sin ni siquiera intercambiar una palabra.

No lo creía, era imposible que ella hubiera muerto, la había visto sólo unos días antes en Almería y ahora... estaba muerta, la había matado el mismo asesino de su hermano, el mismo que le había quitado la vida al hermano de Jaime, el mismo que asesinó a Eduardo y dijera lo que dijeran en las noticias, el asesino seguía suelto.

—¿Me ha escuchado, Carlos? —le preguntó el psicólogo, un hombre mayor con pinta de entender y explicar cualquier problema, con tono suave—. Sólo será necesario que hable con la policía cuando sea capaz de mantenerse sereno, si no puede, lo podemos trasladar a un hospital o a la comisaría para que el tiempo le ayude a recobrar sus fuerzas.

Carlos lo miró, debió ser una mirada algo amenazadora, pues la expresión del psicólogo cambió bruscamente. No le respondió, clavó la mirada en la entrada de su piso, acordonado y lleno de policías que iban y venían; y luego se quedó mirando a un hombre con aspecto informal, tendría su edad, pelo

corto, con gafas y barba de un par de semanas, vestía una sudadera deportiva y un pantalón de chándal, no encajaba en aquella escena. Le entraron ganas de preguntar por él al psicólogo, pero decidió no hacerlo, estaba harto de hacer preguntas, de perseguir fantasmas, sólo quería decir todo lo que sabía y que la policía, bien la española o bien la alemana terminara deteniendo al asesino que sin saber por qué parecía que lo estaba persiguiendo.

—...es algo normal sentir dolor, incluso sentirse culpable, pero uno nunca debe...

—¿Podemos terminar cuanto antes? —interrumpió Carlos al psicólogo.

—Primero tenemos que asegurarnos de que estás sereno y eres consciente de lo que has visto ahí dentro, responde...

—No quiero responder a tus preguntas, no quiero tener que repetir lo mismo dos veces. Dígale a quien esté al cargo de este caso que venga y me pregunte lo que quiera, le diré todo lo que sé y hasta le daré el nombre del que creo que es el que me ha dejado... eso ahí dentro.

El psicólogo no puso objeciones, se levantó y fue a hablar con el hombre del chándal que no tardó en acercarse a él. Se sacó una pequeña libreta y un bolígrafo de uno de los bolsillos y se puso frente a él.

—Hola, soy el comisario Jürgen Lehner —se presentó y se puso en cuclillas para estar a su nivel—. ¿Cómo se encuentra?

—No muy bien la verdad —respondió mirando al policía, era mayor de lo que creía, pasaba de los cuarenta, tenía ojeras y no tenía una cara muy amigable. Lo miraba igual que lo habían hecho el día anterior el taxista o los pasajeros de su vuelo—. Yo no la he matado, no sé por qué me mira así...

—No le estoy mirando de ninguna forma, Carlos, si me nota algo malhumorado es porque me han levantado de la cama de madrugada, han matado a una joven, mis únicos testigos son dos hombres ebrios que acaban de regresar de una juerga y encima uno de ellos está intentando ligar con una compañera y el otro no tiene muchas ganas de hablar. Así que le pido disculpas si no soy todo lo amable que debería, pero realmente tengo prisa por

saber qué es lo que ha pasado aquí.

>>Y confío en que a partir de ahora pasará por alto mi estado de ánimo y se centrará en darme todos los datos que crea de interés en este crimen, comenzando por la identidad de la víctima —hizo una pausa y evitó que Carlos respondiera inmediatamente lanzándole una advertencia—. Recuerde que si no comienzan a colaborar se les trasladará a una comisaría para que sean interrogados en profundidad.

—Nunca nos hemos negado a colaborar, sólo...

—Por favor, límitese a darme datos y no excusas. Si quiere le puedo ir haciendo preguntas —no esperó a que Carlos asintiera—. En primer lugar, ¿conocía a la víctima?

—Sí, es... era Carmen Ramos, mi exnovia, la vi por última vez en Almería, hace unos días, cuando fui al funeral de mi hermano. Yo... regresé a Múnich ayer. Cuando llegué al piso me estaba esperando mi amigo Klaus, salimos, estuvimos en varios bares y pubs, intentando desconectar...

—Bebiendo —afirmó el policía.

—Cuando regresamos —continuó Carlos haciendo caso omiso al comentario—, la puerta de la entrada estaba entreabierta y en la cocina nos encontramos... bueno, ya sabe lo que nos encontramos...

—¿Dejasteis la puerta abierta cuando salisteis?, ¿revisaste la cocina cuando llegaste?, ¿alguien más tiene las llaves de su piso?...

El comisario alemán interrumpió sus preguntas para responder a su móvil, entró en el piso de Carlos buscando intimidad. No tardó en regresar, esta vez no fue a hablar con él, sino que se dirigió hacia donde estaba Klaus. Carlos no escuchó lo que le preguntó, pero no debió hacerle muchas preguntas, pues tras ver negar dos veces a su amigo, varios policías los condujeron hacia la calle para meterlos en un coche patrulla.

—¿Qué te ha preguntado?

—Si te había visto dejar tu equipaje y si había entrado en la cocina antes de salir —contestó Klaus.

Parecían dos preguntas inocentes, pero según pudieron comprobar los dos amigos poco después en una comisaría céntrica, las respuestas de Klaus provocaron muchas dudas en el comisario. Lo bombardearon a preguntas y aunque parecía estar claro que era imposible que Carlos hubiera transportado en el avión la cabeza seccionada de su exnovia, el hecho de que la cerradura no hubiera sido forzada y que fuera precisamente él quien encontrara el recipiente creaban muchas incógnitas añadidas al crimen en sí.

—Según usted, lo persigue un asesino, un asesino que mató a su hermano, luego a un periodista y ahora a su exnovia, a la que no veía desde hace unos días, además ese asesino ya había matado a un hermano de un abogado que fue quien lo sacó de la cárcel, a la que fue debido a una equivocación de la policía española —visto así, la historia de sus vivencias en las últimas semanas parecían hasta simples—. Acabo de hablar con su amigo Klaus y me ha confesado que forzasteis la puerta del piso que fue incendiado en Almería y que no tiene ni idea de cuál es la identidad de ese asesino del que habla, señor Carlos —el comisario se veía cansado y el tono de sus preguntas había pasado de cortés a antipático en poco tiempo. Se había levantado en algunas ocasiones para hablar con Klaus y en otras ocasiones para hablar por teléfono.

—Ya sé que no me cree, pero sé que alguien me ha seguido desde España y creo que puede ser el que mató a Carmen, a Eduardo y a mi hermano, no sé lo que quiere de mí ni por qué me ha seguido hasta aquí, pero debe creerme, yo no tengo nada que ver con esta barbarie y sólo quiero que acabe con ese monstruo.

—Mire Carlos, normalmente cuando una mujer muere, el principal sospechoso suele ser su pareja o su expareja. Si no está ahora mismo detenido y en una sala de interrogatorios, es porque hemos comprobado que llegó a Múnich tras viajar en avión y es imposible que viajara con la cabeza desde España. Hemos llamado a Barcelona y pese a que es muy tarde me han confirmado que estuvo dos días en el calabozo acusado de incendiar un piso en Almería y que por falta de pruebas y una coartada lo soltaron. También me

han informado de que el asesino del periodista Eduardo Escobar está entre rejas y que el caso de Juan Aguilar está cerrado —Carlos se sorprendió ante la afirmación que acababa de escuchar—. Veo que no lo sabía, así que le informaré.

>>A su hermano lo mataron por intentar estafar a unos traficantes marroquíes. Así que por ahora sólo hay un crimen sin resolver y es el de su exnovia, respóndame una vez más a la siguiente pregunta sin evasivas. ¿Dónde está el cuerpo?

—Ya le he dicho que no lo sé. Eso de los traficantes no puede ser, Eduardo creía, tiene que haber sido el mismo asesino.

—Mire Carlos, la mayoría de las veces la explicación más sencilla es la correcta y aunque le cueste creerlo, el dinero que se puede sacar del tráfico de drogas es más que suficiente para algunos, entre ellos su hermano.

—¡NO! —gritó Carlos, enfurecido por la acusación—, él nunca haría eso, lo conocía...

—No me levante la voz —interrumpió con tranquilidad Jürgen Lehner—. Si tanto conocía a su hermano cómo es que hacía tanto tiempo que no lo veía, cómo es que ni siquiera fue a visitar la casa de su hermano en Almería y sin embargo tuvo tiempo de entrar sin permiso en el piso de otra persona. Explíqueme eso y no cuestione el trabajo de profesionales.

Carlos se quedó sin palabras, era cierto que no había ido a la casa de su hermano porque quería evitar más dolor del necesario, pensó que quizás era eso lo que quería el asesino, que regresara a España, a Almería, a la casa de su hermano, pero no sabía qué buscar ni por qué lo estaba persiguiendo.

—Creo que sé quién es el asesino, es quien me siguió hasta aquí, no sé qué busca ni qué quiere de mí. Sólo le pido que me crea, sabe que no tuve tiempo de hacerle nada a Carmen, como dice, tengo coartadas que puede comprobar. Piense un solo momento en lo que le he contado y busque a Joan Ramón Sánchez, al que le describí antes, él tiene algo que ver en estos asesinatos y si no es el culpable debe saber algo.

El comisario estuvo un rato pensativo mientras traqueteaba los dedos encima de su móvil, lo cogió y se perdió entre las sombras de una habitación anexa. Regresó unos minutos después, dejó el móvil en la mesa y esperó un rato en un silencio total hasta que Klaus apareció detrás de Carlos.

—Esta noche dormiréis en este hotel —les dijo entregándoles una dirección escrita en una pequeña hoja de papel—, no debéis abandonar Múnich en ningún momento. Tendréis noticias nuestras mañana.

—Ya está, ¿eso es todo? —preguntó sorprendido Carlos.

—Déjenos trabajar, mañana quizás le diga si su asesino viajó en su mismo vuelo —le contestó a modo de despedida Jürgen Lehner enfatizando la palabra “asesino”.

Los dos amigos salieron de la comisaría sin decir palabra, a pesar de que habían regresado tarde a su piso y de que el posterior viaje a las dependencias policiales se había alargado en exceso, el Sol no había hecho acto de presencia y la noche todavía gobernaba la ciudad sin flaquear ante la poca iluminación artificial que ofrecían varias farolas.

—¿Sabes dónde está el hotel? —preguntó Carlos demasiado cansado para hablar de lo que había sucedido esa noche.

—Sí, pero si quieres vamos a mi casa, está más cerca y no creo...

—Mejor ir al hotel, estoy harto de pasar tanto tiempo con la policía, si no nos encuentran donde nos han dicho nos podemos buscar nuevos problemas.

Klaus asintió y Carlos tuvo la sensación de que su amigo estaba preocupado por él, no sin razón, pues había recibido demasiados golpes en los últimos días y ni siquiera durante la salida nocturna se había conseguido evadir lo suficiente. Caminaron en dirección a la estación de metro más próxima, él iba sumido en sus pensamientos, no podía quitarse la imagen de la cabeza de Carmen flotando en aquel líquido blanco, ni ese olor que ya estaba demasiado arraigado en su olfato, lo que sí había desaparecido eran las ganas

de venganza, ya sólo le quedaba dolor, pena y culpabilidad, culpabilidad por haber provocado la muerte de su exnovia, culpabilidad por haber arrastrado a su mejor amigo a esa espiral que el asesino estaba trabando alrededor suyo y sobre todo culpabilidad por no haber podido hacer nada para evitar aquellos crímenes.

Una figura en la lejanía le trajo un recuerdo de una imagen similar no hacía mucho tiempo en Sevilla, un hombre parecía estar observándolos mientras fumaba un cigarro, estaba apoyado en la marquesina de la parada de un tranvía y lo más sospechoso es que hacía caso omiso a las vías y sólo los perseguía con la mirada. Un taxi solitario pasó justo frente al hombre y Carlos pudo reconocerlo, era el detective al que había ido a buscar a Barcelona, la persona que lo había seguido hasta Múnich y para él el asesino de su hermano.

—¿A dónde vas? —preguntó Klaus sorprendido al verlo cambiar de dirección y acelerar el paso hacia la marquesina del tranvía.

—Esta vez no me cogerá por sorpresa —respondió él seguro de sus palabras.

Antes de que Carlos cruzara la calle, el detective arrojó lo que le quedaba del cigarro al suelo después de dar una profunda calada, se metió la mano en el bolsillo y se alejó de la marquesina. “Ha agarrado esa porra con la que me golpeó en Ceuta”, pensó Carlos antes de tener que detenerse por culpa de la llegada del tranvía número dieciséis, se inquietó al darse cuenta de que el detective podría subirse y alejarse de allí evitando un encontronazo, pero algo le decía que no se movería.

Así fue, cuando el tranvía se alejó con apenas un par de viajeros, el detective seguía en la misma postura, estaba esperando y Carlos lo sabía, pero esta vez estaba preparado y no se dejaría sorprender. Corrió hacia su objetivo y en vez de intentar golpearlo usando sus puños como ya intentara, en vano, en Ceuta, cargó contra el detective como si fuera un jugador de rugby, realizando un placaje que le hubiera valido una ovación en cualquier terreno de juego. Ambos cayeron al suelo, el detective intentó zafarse del abrazo de Carlos, pero los instantes en que se vio sorprendido por el ataque que había recibido

le dieron el tiempo suficiente a Carlos darle un puñetazo en la cara y agarrar la pequeña porra de plástico que sujetaba su adversario. De un fuerte tirón se la quitó y la usó para golpearlo en el costado.

—¡Para, detente! —exclamó tapándose la cara con ambos brazos.

—Dime por qué mataste a mi hermano y dejaré de...

Carlos se vio obligado a parar cuando vio a Klaus correr hacia ellos con un tablón de madera de casi un metro de largo y bastante ancho y quedó perplejo cuando su amigo golpeó con fuerza la cabeza del detective que se acababa de incorporar. Cayó al suelo entre quejidos de dolor, con ambas manos tapándose la herida que Klaus le había provocado en la coronilla.

—No se ha desmayado —comentó su amigo sorprendido con el tablón en las manos.

—¿Desmayarse?, ¿por qué iba a querer que se desmayara?, quiero que me cuente todo lo que sabe de mi hermano y por qué ha matado a tanta gente, lo tenía bajo mi control —le recriminó bastante enfadado Carlos.

—Si es un asesino, puede que llevara una pistola o cualquier otro arma, yo sólo te estaba cubriendo, por decirlo de alguna forma...

Una risa gutural interrumpió a Klaus, el detective se estaba riendo mientras se miraba la sangre en sus manos aparentemente ignorándolos a ellos.

—Sois unos puñeteros principiantes. ¿Qué os cuente lo que sé de tu hermano? —hizo una pausa para tocarse la cabeza y soltar otra risotada—, ¿qué queréis que os diga que soy un asesino?, ¿que conocía muy bien a tu hermano, incluso mejor que tú?, ¿que trabajaba para una organización criminal que traficaba con drogas en el Estrecho o que pertenecía a una ONG para salvar a los delfines? no os diré nada de eso, tanto si fuera verdad como si me lo tuviera que inventar ahora mismo, porque aunque seáis unos crédulos e inútiles, nadie se creería todo lo que le van contando por ahí y más si puede haber algo de valor de por medio.

—Dame eso Klaus, te juro que me va a contar todo lo que sabe o si no se

va a tener que recoger algo más que sangre de la cabeza.

Klaus lo miró con algo de estupor, pero le tendió el tablón sin decir nada. El detective se quedó en silencio, pero lejos de mostrar temor o pedir clemencia, retó a Carlos con una mirada dura que sólo desvió al escuchar un silbato en el otro extremo de la calle.

Levantó el tablón con intención de golpearlo, pero la mano de su amigo evitó que lo hiciera, se quedó mirando cómo el detective sonreía mientras veía llegar a varios policías que los agarraron y los esposaron.

Los llevaron de vuelta a la comisaría, en esta ocasión acompañados por Joan Ramón Sánchez, el detective fue el único que se libró de visitar el calabozo. Era la segunda vez en menos de una semana que Carlos entraba en la cárcel, pero ahora no tenía a ningún abogado para que lo sacara de allí.

No tardaron más de media hora en ir a por ellos e informarles de que esperaran en un despacho a Jürgen Lehner. Antes de entrar pudieron ver al comisario despedirse con un fuerte apretón de manos de Joan Ramón, como si ya se conocieran.

Les invitó a entrar.

—Habéis tenido suerte, la persona a la que habéis agredido no va a presentar denuncia...

—¿La persona que hemos agredido? —preguntó perplejo Carlos—, ese hombre es el asesino de mi hermano o sabe quién lo mató, estoy seguro.

Jürgen cambió su semblante y sacó un formulario de una subcarpeta marrón que había encima de su mesa.

—Tendréis que abonar antes de dos días la cantidad de doscientos cincuenta euros en este número de cuenta. Aunque no haya denuncia de por medio, habéis alterado el orden público y tenéis suerte de que sólo se os vaya a multar con esta cantidad. En cuanto a lo que acabas de decir, ese hombre no es ningún asesino, lo conozco, es un reputado detective que ha trabajado para las autoridades europeas en más de una ocasión y aunque no pase por su mejor

momento profesional, sigue teniendo toda nuestra confianza —el comisario hizo una larga pausa, al ver que ni Klaus ni él lo interrumpían, continuó—. Además, me ha dado nuevos datos de lo que ha pasado en España y creo que la muerte de tu exnovia puede tener relación con la muerte de tu hermano. No pienso que sea la misma persona quien haya cometido los dos asesinatos, pero sí pueden estar relacionados con la misma organización criminal.

>>He averiguado que su hermano estuvo en Múnich, ¿sabe dónde fue y si visitó a alguien más?, porque supongo que lo vió.

—Sí, pero no tuve mucho contacto con él y no sé si vio a alguien más aquí.

—Bien, si por cualquier motivo averigua dónde estuvo o qué vino a hacer aquí además de visitarte, hágamelo saber cuanto antes. Puede que la organización criminal que andaba tras su hermano crea que estuvo en Múnich para hacer algún tipo de trabajo.

—¿Qué organización?

—Es sólo una conjetura, pero si han relacionado a su hermano con el tráfico de drogas y viajó a centro Europa, puede que estuviera trabajando para algún grupo que trae hachís y cocaína a través de España. Pero es sólo eso, una conjetura.

—Necesitaremos protección —afirmó Klaus alarmado.

—He dicho que es una suposición mía, por ahora sólo id al hotel que os indiqué y mañana pagad la multa —el comisario les señaló la puerta, indicándoles que la conversación acababa de terminar y que no iba a dar más explicaciones.

No vieron al detective al que habían golpeado al salir de la comisaría, Carlos todavía quería compartir más que palabras con aquel hombre, sin embargo, luchó por apaciguar sus ánimos y confiar en que la investigación del comisario alemán diera con el asesino de su hermano y de su exnovia.

Bajaron a los andenes del metro, a esas horas ya se comenzaban a llenar

de los primeros trabajadores que acudían con prisas para no perder su tren. Ellos esperaron en silencio hasta que llegara el suyo, Carlos se dejó guiar por Klaus, no tenía fuerzas para pensar dónde podría estar el hotel al que le mandaron que fueran, sólo podía pensar en la posibilidad, cada vez más real, de que su hermano fuera un traficante, pero seguía sin creerlo, Juan no se metería en negocios tan peligrosos.

Se sentaron al lado de un par de hombres mayores, justo frente a una de las puertas, antes de que éstas se cerraran, entró un hombre con peluca, era demasiado obvio que la llevaba, ya que Carlos lo conocía, y aunque al principio dudó que pudiera ser cierto que estuviera frente a él, no hubo dudas de quién era.

—No tengo mucho tiempo y creo que tú tampoco, así que por favor, respóndeme a una pregunta, ¿tu hermano te dejó algo? Aunque fuera una carta...

—¿Qué te responda? —Carlos se levantó y se abalanzó encima de aquel hombre, lo agarró por el cuello y amenazó con golpearlo—. Dime qué haces aquí, qué es lo que buscas o te juro que no saldrás vivo del tren.

—No te equivoques, Carlos, no tengo nada que ganar con esto, sólo quiero seguir vivo, creo que el siguiente puedo ser yo y necesito algo que me mantenga vivo, cualquier tipo de información.

—Está bien —Carlos lo soltó al ver que en el otro vagón un revisor los había visto y se dirigía hacia ellos—, no me dejó nada, no hizo testamento, ¿es eso lo que querías oír Vicente?, porque yo te quiero escuchar que me expliques, en primer lugar, si alguien quiere matarte por qué no acudes a la policía, por qué parece que me estás siguiendo.

—No puedo ir a la policía, acabaría muerto, él tiene amigos por todos lados y no duraría mucho tiempo vivo.

—¿Él?

—El asesino, no sé quién es, tienes que creerme, pero sí sé que tiene muchos contactos y que como tenga un descuido me matará igual que hizo con

tu hermano.

—Habla, cuéntame cómo sabes esas cosas, qué puede estar buscando ese asesino —le convino a hablar Carlos una vez el revisor pasó a su lado sin decirles nada.

—Todo por culpa de esa sociedad, de esa tontina, nunca debimos aceptarla...

—¿Qué es “tontina”? —preguntó en bajo Klaus que intentaba seguir la conversación en español.

Carlos no le contestó, se centró en mirar a Vicente esperando que siguiera explicándose.

—Comienza desde el principio, quizás así nos podamos ayudar —le dijo con calma intentando ocultar su ira e impaciencia.

—Hace tres años, tu hermano Juan y yo nos asociamos para montar una empresa que distribuyera los productos de sus invernaderos —comenzó a explicar con cierta melancolía mientras el vagón de tren se movía y hacía chirriar sus ruedas al transitar por las curvas de las vías—, creíamos que era una buena idea, los dos teníamos ahorros y dónde invertirlos mejor que en expandir nuestros productos. Fue una mala decisión, y si todo se hubiera quedado en perder nuestro dinero...

>>Para evitar cerrar la nueva empresa pedimos un préstamo, pero ni con esas conseguimos los beneficios que esperábamos. En menos de un año tuvimos que cerrarla y acudir a los abogados para hacer lo posible para condonar la deuda, elegimos mal, hoy me doy cuenta, nos hablaron del bufete de abogados J&M, en Barcelona —Vicente se tuvo que dar cuenta de que él conocía ese bufete, allí trabajaba Jaume, al que fue a buscar en busca de respuestas—. Allí conocimos a alguien que nos dio una idea con la que nos podríamos olvidar de las deudas por mucho tiempo...

—¿Quién era? —lo tuvo que interrumpir Carlos.

—Se llamaba Ramón Ruiz, tenía conocidos dentro del bufete y al escuchar

nuestro caso y sabiendo que estábamos dispuestos a casi todo por reflotar nuestros negocios se puso en contacto con nosotros. Nos habló por primera vez de crear una sociedad, una tontina, en la que un grupo de personas pusiera su dinero, su tiempo y su interés en encontrar algo de mucho valor que nos pudiera proporcionar pasado un tiempo grandes beneficios.

>>Al principio tu hermano y yo éramos reacios a aceptar esa oferta, no nos podíamos meter en otra gran inversión sin haber pagado nuestras deudas, pero todas las dudas se esfumaron cuando conocimos al que era el verdadero precursor de la idea, Volker Wiegand, nos recibió en la suite del hotel Palace de Barcelona, nos dijo que aunque no necesitaba el dinero sí necesitaba a gente comprometida, él se encargaría de que el banco nos dejara en paz a cambio de que aportáramos en determinado momento nuestro capital y encontrásemos a algunas personas más para la sociedad. En total debíamos ser siete personas y ninguno debía conocer a todos los integrantes, el porqué de ese número no tengo idea, aun hoy me hago muchas preguntas de lo que hicimos esos días.

>>Como si de repente el banco nos debiera algo, nuestras deudas desaparecieron y fue cuando hicimos un viaje a las tierras del señor Wiegand, ese viejo escondía algo, porque no era normal que alguien con tanto dinero buscara inversiones en algo que según nos dijeron varios abogados era ya ilegal en Europa. Las tontinas, nos decían, fueron ilegalizadas porque provocaban asesinatos entre los participantes, sin embargo, eso no nos asustó a ninguno de los dos.

>>Todo fue demasiado sencillo, a tu hermano le encomendaron una tarea, a mí otra, y al resto del grupo supongo que también. Después de cumplir nuestros objetivos individuales, uno del grupo debía custodiar sus frutos durante un año y seis meses y más tarde quedaríamos los siete, nos conoceríamos y nos repartiríamos el premio.

>>A mí me tocó viajar hasta Baviera, a un pueblo perdido, ni siquiera me acuerdo ya de su nombre, era algo como Fefenhau o algo así, tenía que recoger un paquete e ingresar en una oficina de un banco alemán mi parte de la inversión, luego enviaría el paquete a una dirección en Francia y me tocaría esperar.

>>No sé quién se encargaba de la custodia del dinero ni del paquete que envié, todavía me pregunto si no nos estaban timando. El problema llegó cuando pasó el año y los seis meses y nos teníamos que reunir en Metz, en Francia, dos días antes tu hermano y yo leímos una noticia de un asesinato, habían matado a Ramón Ruiz en el lugar donde nos teníamos que reunir. Viajamos allí con miedo, no sólo por encontrarnos con otras personas a las que habían timado, sino por algo peor, no podía ser una casualidad que Ramón muriera en el lugar de encuentro justo cuando nos teníamos que repartir los beneficios. Estuvimos una semana en Metz, nadie contactó con nosotros, nadie se presentó en el lugar acordado. Intentamos llamar a Wiegand, pero nos ignoró, no sabíamos la identidad del resto del grupo, así que regresamos a España con un plan pensado por tu hermano.

>>Se había quedado con uno de los paquetes que teníamos que recoger y me propuso viajar a Ceuta para venderlo, sabía de alguien que podría estar interesado, alguien que sabía de la existencia de la tontina.

>>Nunca me dijo qué contenía el paquete ni quién era la persona con la que había quedado en Ceuta, el caso es que viajamos allí y nos separamos en la ciudad, no queríamos despertar sospechas... allí lo mataron, debí convencerlo de que era mejor aceptar que nos habían timado, pero no pude, les entregué todo el dinero que me quedaba, así que seguí a tu hermano.

>>Después de aquello regresé a Almería, me escondí, creo que me estuvieron siguiendo, o quizás fuera más una manía persecutoria. Quemaron el piso y hui primero a Barcelona, para buscar alguna conexión con Ramón y luego aquí, para intentar contactar con Wiegand o contigo. Eres una de mis pocas esperanzas, Juan te tenía en gran estima, no quería meterte en esto, pero estoy seguro por las veces que te mencionaba que te dejó algún tipo de pista, una carta, un mensaje, algo que te pudiera hacer llegar al paquete o a algún otro miembro de la tontina.

—Si mi hermano entregó el paquete, cómo me iba a decir dónde estaba. ¿Por qué no has denunciado esto a la policía? Tienes que hacerlo —Carlos se calló al notar que el vagón se detenía, las puertas se abrieron y comenzó a entrar gente—. Hay un comisario, Jürgen Lehner, creo que nos podría ayudar.

Vicente se inquietó después de escuchar aquel nombre, se levantó y estuvo

a punto de tropezar con un viajero, miró a la puerta y se escurrió al andén justo antes de que ésta se cerrara, Carlos intentó seguirlo, pero ya era demasiado tarde, Vicente ya corría hacia la salida.

—¿Crees esa historia? —preguntó Klaus cuando el metro se puso en marcha de nuevo.

—Quizás le tengamos que hacer caso al detective, no debemos confiar en que nadie nos diga la verdad.

—Entonces, ¿volvemos a la comisaría y le contamos lo que nos ha dicho al comisario?

—No, creo que Jürgen sabe más de lo que nos ha dicho, es momento de que tome las riendas de esto, tengo que encontrar al señor Wiegand.

Al día siguiente fue a trabajar a pesar de que no había dormido prácticamente nada, aguantó toda la jornada sin desfallecer, incluso le vino bien desconectar de todo lo que le había pasado en los días anteriores. Su jefe le ofreció la posibilidad de que solicitara una excedencia, “nadie se lo iba a recriminar”, le dijo, pero él lo descartó, el trabajo le venía bien para evadirse de sus problemas recientes, aunque la posibilidad de seguir con la investigación por su cuenta le atraía mucho tras el encuentro con el detective y con Vicente. Estaba deseando que llegara el fin de semana, ya no lo movía la venganza ni la búsqueda de justicia, sino que ahora sentía mucha curiosidad por dar respuesta a la mayoría de las preguntas que surgían en torno a la muerte de su hermano.

No vio ni a Vicente ni a Joan Ramón, el detective, durante toda la semana, procuró estar alerta y vigilar bien si lo seguían o no. Concluyó que las conversaciones mantenidas con ambos los habían alejado de él, quizás no les interesaba porque su hermano no le había dado ninguna pista sobre la tontina y sobre el paquete con el que se quedó, en teoría, Juan. Tampoco tuvo noticias del comisario Jürgen Lehner, a pesar de que no pagaron la multa hasta bien entrada la tarde y que no durmieron en el hotel asignado por la policía, nadie fue a importunarlos. No supo nada de la muerte de su exnovia hasta el viernes, había prestado atención a la prensa alemana, en la que no hablaron del crimen en ningún momento y a la española, que seguía escandalizada por la muerte de Eduardo Escobar. La única mención de Carmen la recibió por medio de un mensaje de su hermana desde Almería, le habían dado sepultura en el cementerio, según su familia, la policía le había dicho que murió en un accidente de coche cuando viajaba hacia Valencia en su coche, el cual encontraron calcinado en un terraplén.

Esas noticias lo conmocionaron, era imposible, o tal vez la policía les había dicho eso a los familiares para poder seguir con la investigación sin dar ningún dato que los comprometiera. Aun así las palabras de Vicente resonaban

en su cabeza, *el asesino tenía muchos contactos*, pero le resultaba increíble que alguien tuviera el poder para manipular a las autoridades de varios países de la manera en la que parecía que el asesino de su hermano lo estaba haciendo.

Decidió, con el apoyo de Klaus, localizar a Volker Wiegand durante el fin de semana y si estaba a su alcance, hacer una visita al que según Vicente, era el promotor de la tontina, o más bien de aquel engaño que visto con perspectiva sonaba a timo desde el principio.

Carlos no había regresado a su piso en Ismaninger Straße desde la noche que encontraron la cabeza de Carmen y se había quedado toda la semana en la casa de Klaus. Aunque estaba deseando ponerse a investigar por su cuenta, no tenía ni la más mínima intención de recordar la imagen que vio en su piso esa noche. Decidió contratar un servicio de limpieza para que limpiara su piso a fondo y sólo cuando hubieran terminado el trabajo regresaría a su casa.

El viernes por la noche se reunieron en el piso de Klaus, su amigo, Sabine y él, su compañera de trabajo había insistido en acompañarlos en la investigación y a pesar de que Carlos se opuso desde el principio no pudo convencerla para que los dejara sólo a ellos, “si no fuera con vosotros, os meteríais en más líos”, le dijo después de escuchar su encuentro con el detective. El primer objetivo de la noche era encontrar a Volker Wiegand, con los pocos datos que tenían sólo podían confiar en un golpe de suerte para dar con su paradero, después de encontrarlo debían concertar una cita con él, pero eso se antojaba muy difícil. Comenzaron por usar los motores de búsqueda de internet para intentar localizarlo, la mayoría daba más de doscientos mil resultados al escribir el nombre en el buscador, era imposible sacar nada de ahí, así que continuaron con la segunda pista que les brindó Vicente, llamaron al hotel Palace de Barcelona, haciéndose pasar por familiares del tal Wiegand para saber si se alojaba allí, los recepcionistas se negaron a dar cualquier tipo de información acerca de sus clientes, pero tras insistir, Sabine logró que les dijera que sólo se había alojado alguien con ese apellido en la suite presidencial y que de eso hacía más de un año, dando a entender que Volker

Wiegand no había estado en Barcelona, al menos en ese hotel, desde que se encontró con Vicente y su hermano, y otorgando credibilidad a las palabras del amigo de Juan. Pudieron descartar con esa información a todo aquel que no se pudiera permitir una habitación de ese coste, pero sin más datos fue una ardua tarea encontrar al “verdadero” señor Wiegand.

Cada uno cogió un portátil y se puso a buscar cualquier indicio, llamaron a las compañías aéreas para intentar encontrar cómo viajó a Barcelona, suponiendo que podría tener avión privado, telefonearon a los aeropuertos más importantes de Alemania, todo fue exasperadamente inútil. Todo hasta que Sabine siguió una pista que los llevó a la ciudad de Pffeffenhausen.

—¡Venid aquí! —les dijo excitada a pesar de que estaban los tres muy cerca—. Me dijisteis que Vicente os contó que fue hasta una ciudad que sonaba como “fefenhau” —Klaus y él asintieron esperando que Sabine continuara—. Pues bien, resulta que en Pffeffenhausen, que se parece bastante a lo que os dijo, hay un Volker Wiegand que tiene bastante dinero, es presidente y propietario de un conglomerado de empresas alimenticias que opera en Alemania, Polonia, Austria, Suiza y once países más dentro y fuera de la Unión Europea, una de las cinco empresas con más expansión en los últimos diez años en Alemania. Tiene en Pffeffenhausen su residencia habitual, una gran mansión a las afueras de la ciudad donde también recibe a las visitas más ilustres. Creo que él es a quien buscamos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Klaus.

—Creo que Vicente os contó algo de verdad y algo de mentira, pero como cualquier hombre que intenta mentir, tiene que hacer uso de algunos datos que no sabría inventarse, y suponiendo que no se sabe el nombre de muchas ciudades alemanas, creo que usó uno al que fue de verdad, sonando “fefenhau” y estando en Baviera, ese pueblo sólo puede ser Pffeffenhausen, donde sólo hay un candidato válido para alojarse en el Palace —Sabine terminó mostrando su sonrisa más cautivadora, aquella que mostraba a una mujer bella, capaz de conquistar a cualquier hombre y a la par muy audaz.

—Es lo mejor que tenemos, creo que debemos descansar y ya mañana

intentaremos contactar con él —comentó Carlos tras un breve silencio.

Ninguno de los tres durmió demasiado, al amanecer se intentaron poner en contacto con Volker Wiegand, en vano, ya que en todas las ocasiones les atendió su servicio comunicándoles que estaba reunido durante todo el fin de semana. Vista la imposibilidad de confirmar que era él y no otro Volker Wiegand llamando a su mansión, se pusieron en contacto de nuevo con el Palace de Barcelona haciéndose pasar por quien había estado en ese hotel. Pidieron una factura dando los datos de una de las empresas de alimentación propiedad de Wiegand que aparecían en el registro mercantil, tras muchas reticencias, el recepcionista les envió por email una factura con los datos solicitados a nombre de la empresa, confirmando en gran medida que habían dado con el Volker Wiegand que buscaban.

Sin esperar otra confirmación, viajaron en dirección a Pfeffenhausen, no estaba muy lejos de Múnich, a poco más de una hora en coche, así que no esperaron a coger cita para ir a buscar a Volker Wiegand. Sabine fue la conductora que con su flamante y recién adquirido BMW X1 color bermellón, no los dejó ni proponer otro medio de transporte.

La dirección que habían conseguido los alejaba de la ciudad, o mejor dicho, del pueblo, pues Pfeffenhausen no era demasiado grande, rodeado por campos de maíz y con casas típicas de tejados de pizarra y de uno o dos pisos de altura era la viva imagen de un lugar de residencia tranquila para los trabajadores de Múnich. Varias familias aprovechaban el buen tiempo de ese fin de semana para pasear con sus hijos o simplemente salir a disfrutar en la calle. “Parece el paraíso”, comentó Klaus sin ser contrariado en ningún momento.

Dejaron atrás el pueblo y continuaron avanzando por una carretera peor asfaltada, antes de llegar al lugar indicado por el GPS, supieron su destino, a lo lejos, el paisaje cambiaba, de llanos y llanos sembrados de maíz de repente surgía como de la nada un bosque de hayas que se hacía más grande conforme se acercaban a él, la carretera se bifurcó y ellos giraron hacia donde señalaba

un cartel con el nombre *Leichter Buchenwald*, cuya traducción literal era “Bosque de hayas luminoso”. El camino, curiosamente mejor asfaltado que la carretera que los había llevado hasta allí, pronto se llenó de las sombras de los árboles, ambos laterales estaban vallados y lo que parecían jóvenes hayas creciendo cada cien metros no dejaban de ser farolas que habría sido colocadas para imitar el entorno. Tras dos kilómetros en la que la espesa vegetación no les dejó ver la luz del sol, apareció ante ellos un muro de tres metros de alto en cuyo centro había una puerta de metal negro adornada por infinidad de gárgolas y seres mitológicos, a lo lejos, se distinguían sólo las torres de una construcción antigua.

Se detuvieron delante de la puerta y estuvieron un largo rato en silencio sin saber cómo actuar, Klaus fue el primero en reaccionar.

—Iré a buscar una entrada para la gente decente, vosotros quedaos aquí.

—Como si pudiésemos hacer otra cosa —contestó Sabine.

Vieron a Klaus perderse por un lateral sin ni siquiera acercarse a la puerta, así que Carlos se bajó del coche y se acercó por si encontraba algún telefonillo o timbre con el que pudieran avisar de su llegada, no tenían cita y se tendrían que inventar alguna historia para lograr ver a Volker Wiegand. Buscó por los laterales y sólo pudo ver lo que parecía una cámara de vigilancia, saludó con la mano por si estaba siendo observado por alguien que los permitiera entrar. Esperó un tiempo que se le hizo eterno y cuando se hartó de mirar a la cámara regresó al coche con Sabine.

—Me temo que deberíamos haber intentado concertar una cita, no creo que nadie nos abra.

Sabine se mostró de acuerdo con él y esperaron a que Klaus regresara para emprender la vuelta a Múnich.

Su amigo entró en el coche con el aspecto de haber encontrado algo que había perdido, se sacó el móvil del bolsillo y se puso a enseñarles fotos.

—Creo que podremos entrar por aquí —dijo señalando una puerta trasera de una caseta que había pegada al muro, el resto de la foto mostraba una gran mansión construida en la base de lo que en otros tiempos fuera un castillo medieval—. Desde el árbol que he tomado las fotos creo que podremos saltar sin que nos vean y colarnos dentro para esperar hasta la noche, luego podremos intentar entrar en la mansión. Tienen vigilantes aquí...

—Klaus, no vamos a entrar como si fuésemos ladrones, hemos venido a hablar amistosamente con Volker Wiegand, no a robar en su mansión — interrumpió Carlos, a la vez que Sabine miraba con una mueca extraña a Klaus.

—Bueno, yo creía que...

En ese momento fue el ruido de la gran puerta de metal el que interrumpió a su amigo, aparecieron dos hombres que bien podían ser jugadores de baloncesto por su tamaño, vestían de negro con trajes de chaqueta, uno de ellos se acercó hasta el coche y se detuvo frente a la ventanilla de Sabine, le pidió que bajara el cristal.

—Dejadme hablar a mí, creo que puedo hacer que nos dejen pasar — advirtió Carlos antes de que su amiga hiciera lo que le pedía el hombre de seguridad.

Miró dentro del coche antes de decirles nada, luego miró directamente a Klaus, que estaba en el asiento trasero.

—Me temo que me va a tener que dar su teléfono móvil, no está permitido fotografiar la propiedad privada. Si no quieren problemas háganme caso y luego márchense de aquí —sonaba más a advertencia que a una petición amable.

—¿Qué?, no podéis quitarme...

—Klaus, borra delante de este hombre todas las fotos de tu móvil, no hemos venido a espiar —interrumpió Carlos—. Perdona a mi compañero, somos periodistas y llegamos hace un rato porque teníamos una cita concertada con el señor Wiegand, como nadie nos abría y no sabíamos cómo

llamar a la puerta lo envié a él a que echara un vistazo a ver si nos habíamos equivocado de lugar.

—¿De qué periódico? —preguntó el guarda de seguridad tras pensar un momento, no tenía pinta de ser muy inteligente, pero Carlos intentaba no dejarse llevar por las apariencias después de su pelea contra el detective en Ceuta.

—Somos del TZ —se adelantó a contestar Klaus.

—¿Ese no es un periódico deportivo de Múnich? —preguntó atónito el hombre de seguridad, demostrando lo que realmente le interesaba de los periódicos.

—Venimos a entrevistar al señor Wiegand para ver si entre sus prioridades está la de apoyar el deporte de la región —dijo Sabine cuando Carlos se quedó mirando con enfado a su amigo.

El hombre de seguridad se acercó a hablar con su compañero y regresó al poco tiempo.

—Bien, acompañadme dentro, tendrán que dejar aquí su vehículo.

—Ni hablar, ellos entrarán, yo sólo soy la conductora y me quedo en el coche —dijo muy decidida Sabine.

No les quedó más remedio a Klaus y a Carlos seguir a los dos hombres. Tras pasar por la puerta, pudieron observar mejor la extensa mansión del señor Wiegand, la construcción principal era una mezcla de vivienda moderna de diseño y lo que quedaba del castillo medieval, el bosque parecía vigilante, rodeándolos, intentando recuperar el terreno que la mano del hombre le había robado para levantar setos, jardines y una mansión donde deberían crecer hayas por doquier.

En el trayecto hasta la entrada de la vivienda los dos hombres de seguridad se encargaron de borrar todas las fotos que Klaus había hecho. Antes de acceder a la puerta delantera del edificio principal, se desviaron

hacia una entrada lateral que dejaba de ser lujosa para ser práctica, la entrada del personal de servicio.

Caminaron escoltados por los dos hombres por un pasillo que daba a varias estancias, casi todas las puertas menos las de la cocina estaban cerradas. Se cruzaron con varios camareros que portaban bandejas con apetitosos entremeses, lo que les hizo pensar que se estaba celebrando algún tipo de reunión o fiesta en la casa.

Antes de salir por donde iban y venían los camareros, se desviaron a la derecha por una puerta que dejó ver unas escaleras que descendían al sótano, Klaus lo miró preocupado, él le quitó importancia aunque no dejaba de estar intranquilo con aquella situación. Descendieron por una serpenteante escalera hasta llegar a lo que en otro tiempo hubiera sido una sala de torturas, ahora distaba mucho de ser algo parecido, las pequeñas celdas laterales estaban bien iluminadas y decoradas con motivos medievales, en el centro de la sala había situadas dos mesas de billar y más adelante varios sillones de piel rodeando una mesa de madera con un mapa antiguo de la Europa del siglo XIII (Carlos lo distinguió porque en grande en el centro del mapa había una inscripción en alemán que decía de cuándo era el mapa), para finalizar, en la habitación del fondo habían instalado una elegante barra de bar con tiradores de cerveza y varias estanterías de cristal con botellas de marcas que Carlos desconocía, (aunque supuso que eran de alcohol al ver un par de botellas de *whisky* que sí pudo reconocer).

—Os dejaré con Bastian mientras busco al representante del señor Wiegand para que venga a hablar con vosotros —les dijo el más hablador de los dos hombres de seguridad.

—Queremos hablar con Volker Wiegand en persona —respondió Carlos con ira pese a que había intentado controlarse.

—Conformaos con quien me acompañe y dar gracias de que se os reciba sin tener cita ni acreditación.

Ante eso, ni Klaus ni él dijeron nada, se sentaron en un sofá de dos plazas

y aguardaron impacientes. Su amigo le transmitió su preocupación en susurros, pero Carlos confiaba en que en el peor de los casos (si Wiegand era el asesino), Sabine se encargaría de llamar a la policía.

Sus esperanzas de que eso sucediera llegado el momento se desvanecieron al verla aparecer junto al hombre de seguridad y un hombre mayor, de unos sesenta y cinco años, con el pelo canoso, vestido de chaqué y que avanzaba con paso lento y cojeando, lejos de parecer desvalido con su pequeña estatura (no llegaba al metro sesenta y cinco), parecía tener bastante energía por la forma que agarraba del brazo a Sabine y por la efusividad de la conversación que mantenía con ella.

La invitó a sentarse junto a sus compañeros con un gesto y luego se presentó.

—Bienvenidos, soy Volker Wiegand, lamento si mis hombres os han causado alguna preocupación. Si os presentáis como aquí vuestra hermosa compañera ya ha hecho, regaremos nuestros gaznates con alguno de estos exquisitos licores mientras conversamos.

—Yo me llamo Klaus y este es mi compañero periodista...

—Déjalo Klaus —lo interrumpió—, me llamo Carlos Aguilar, ellos son mis amigos y los he arrastrado hasta aquí. Soy el hermano de Juan Aguilar, alguien al que espero que conozca.

Volker se acercó a él con paso firme, Carlos se preparó para usar su fuerza en caso necesario, pero sólo le tendió la mano, él la aceptó, Wiegand tenía mucha fuerza para su edad o eso le pareció a él.

—Sin duda os parecéis, y no sólo en el físico por lo que veo. Ya te reconocí cuando mis hombres me hablaron del coche estacionado en la puerta. Habrás venido a buscarme para hablar del lamentable asunto de su muerte.

—Así es —contestó Carlos más tranquilo, ahora que ninguno llevaba careta.

—Bastian, Toni, servid una copa a mis invitados, luego salid y esperadme

en la puerta.

Los dos hombres de seguridad hicieron lo que se les mandó sin decir nada. Cuando se hubieron marchado, Volker continuó hablando.

—Un hecho lamentable, demasiado joven para dejar este mundo. Cuando me informaron de su muerte recibí un golpe duro, consideraba a tu hermano un buen amigo. Pero bueno, no habrás venido hasta aquí para escuchar lamentos de un viejo. Dime a qué debo tu visita.

—Busco respuestas, en primer lugar, la razón por la que lo mataron — contestó Carlos sin fiarse lo más mínimo de aquel hombre que aparentaba fragilidad.

—Dime hasta dónde sabes y si puedo, te iluminaré.

Carlos tardó en responder, no quería dar datos que hicieran que Wiegand pudiera ocultar ciertas cosas, necesitaba saber si Vicente le había dicho toda la verdad o como creía, sólo le había contado medias verdades.

—Digamos que sé bastante, la tontina, Vicente, los viajes a Alemania... — dijo tontina en español, pero Wiegand pareció comprender al instante.

—Veo que no me quieres contar todo lo que sabes, ¿qué interés guardas?, ¿curiosidad?, ¿dinero?

—No, sólo quiero saber por qué mataron a mi hermano y quién fue el que lo hizo, el resto os lo podéis quedar para vosotros —lo había ofendido con lo último que dijo, aun así, se forzó a mantener el control y a no perder los estribos demasiado pronto.

—Como ya te he dicho, consideraba a tu hermano un buen amigo y te aseguro que no hay nadie más interesado que yo en que puedas encontrar a quién lo mató, he pagado por información, pero no he conseguido nada, así que déjame un momento —Wiegand pareció pensar en algo antes de seguir hablando, se levantó y fue hasta la puerta donde le dio algunas instrucciones a sus hombres, luego regresó junto a ellos—. Ahora déjame que te cuente cómo conocí a su hermano.

>>Fue hace dos años, en una feria de inversores en Berlín, siempre suelo acudir en búsqueda de nuevos proyectos que me reporten beneficios, sí, uno no se conforma con todo esto. Me llamó la atención un stand, no porque fuera una gran oportunidad, sino porque estaba vacío y era poco vistoso por decirlo de algún modo, siempre digo que muchas de las grandes oportunidades están en los pequeños emprendedores y eso fue lo que me pareció que era tu hermano. Quería que invirtiera en los invernaderos del sur de España, me lo vendió lo mejor que pudo, pero no me interesó, justo cuando iba a dejarlo en mitad de una frase, cambió su forma de hablar y me ofreció “la posibilidad de un negocio algo más turbio”, le di una oportunidad para que se explicase y fue cuando me contó su idea para que siete desconocidos nos reuniéramos y organizáramos una tontina.

—¿No fuiste tú quien propuso ese número? —no se aguantó a preguntar Carlos.

—Oh, no, reconozco que me gusta la simbología del número siete, pero yo sólo escuché lo que tu hermano me tenía que contar y la verdad es que mientras más relataba, más me gustaba la idea, cada uno de los siete conocería sólo a dos de los integrantes de la tontina, salvo tu hermano que conocería a tres por ser el organizador. Le prometí que me lo pensaría...

—¿Qué le dijo que conseguiría con la tontina y cuánto dinero tuvo que pagar?

—Me pedía un millón de euros y lo que conseguiría no me lo dijo directamente, sino que me habló de sitios, lugares, cosas de incalculable valor que nadie tenía todavía en posesión y que a cualquier persona con gusto por las antigüedades le gustaría, me convenció de que yo me arrepentiría si no participaba en la tontina y años después descubriría lo que de ella hubiera conseguido. ¿Cómo lo hizo?, tu hermano tenía alma de vendedor, me sorprendió dándome datos de objetos que yo había comprado en subastas privadas, de propiedades que había adquirido gracias a mis contactos en el gobierno y que de hacerse públicas acabarían con la carrera de más de un político. Y lo que me llevó a darle el sí fue que me describió a la perfección los últimos cinco objetos de mi colección más preciada, cuadros, entre ellos de Durero y de Altdorfer, su valor y estimó que lo que con la tontina conseguiríamos lo multiplicaría por siete.

>>Acepté, aunque he de decirte que no me fiaba lo más mínimo. Así que contraté a un detective español para que investigara a tu hermano y me aclarara si iba a dar un millón de euros por una gran inversión o si por el contrario se lo estaba a punto de regalar a un timador.

>>El detective hizo un buen trabajo, me informó de las deudas de tu hermano, incluso me habló de ti, él fue quien me aconsejó quedar en Barcelona para cerrar el trato, era de allí y podría preparar bien el lugar para un eventual seguimiento.

—¿Cómo se llamaba?

—¿El detective?, Joan Ramón Sánchez.

—¿Aún trabaja para ti? —preguntó Carlos ante aquella coincidencia, si es que lo era.

—No, desde entonces no he necesitado su trabajo, ¿por qué lo preguntas?

—Por nada. Por favor, continúa.

—Quedamos en el Palace de Barcelona, tu hermano, el tercer miembro de la tontina y yo. Si quieres saber su nombre, se llamaba Vicente Delgado. Allí tu hermano nos explicó el resto de condiciones. Yo iba a ser quien pusiera la mayor parte del dinero, a cambio no tendría que ensuciarme las manos, Vicente se encargaría de transportar la mercancía, a los demás miembros, Juan, les daría instrucciones conforme los fuera encontrando. El sería el único que conocería a tres miembros, a mí, a Vicente y a un tercero que ya estaba metido en la tontina y al que le daría instrucciones de que encontrara a un miembro más y que siguiera la cadena hasta que fuésemos siete.

>>Intenté convencerlo para que me diera su nombre y para que me diera más datos, pero fue inútil, tu hermano parecía tenerlo todo bajo control y estuvo a punto de dejarme fuera de la tontina en el último momento. Al final acepté las condiciones, le daría a tu hermano un millón de euros, firmaría el pseudocontrato de la tontina en el que me comprometía a no hacer nada hasta un año y seis meses después; en ese momento, nos reuniríamos en el lugar indicado por Juan y nos repartiríamos el botín como lo llamó él en aquella

ocasión.

—¿No te dijo qué obtendríais?

—Aunque parezca increíble, no le hizo falta para convencerme. Ya sé lo que piensas, nadie amasa una fortuna como la mía regalando un millón de euros a todo aquel que se lo pida, pero por hacerte un símil con alguna profesión que conozcas... Imagínate que eres un torero reputado —aquella analogía comenzaba muy mal, ya que Carlos no era precisamente defensor de esa fiesta—, lo tienes todo, pero entonces te hacen una propuesta, torear a siete toros, tú sólo, en la plaza de la Maestranza, donde Carmen fue asesinada por celos. Seguramente no te haga falta arriesgarte, pero igualmente te habrá seducido la idea y seguro que aceptarías si obtienes mayor renombre y gloria.

>>A mí lo que me ofreció tu hermano me sedujo de igual forma y no sólo gané una posible inversión, como ya te he dicho gané un buen amigo.

>>Desde aquel día, tu hermano viajó en más de una ocasión hasta aquí para contarme cómo marchaba nuestra empresa. Nunca me contó quién era el cuarto componente del grupo ni su función, ni tampoco qué íbamos a obtener, pero confié más en él con cada visita que me hacía. Todo hasta que llegó el momento de reunirnos para recoger el botín. Habíamos quedado en Múnich, en la estación principal de tren —Carlos no se estaba sorprendiendo al oír algo distinto de lo que le había contado Vicente, las historias se parecían, pero eran muy distintas—, no encontré allí ni a tu hermano ni a Vicente, me sentí terriblemente decepcionado. Llamé a tu hermano, pero su teléfono no daba señal, justo cuando iba a contactar con Joan en Barcelona, me enteré de que tu hermano había muerto, fue Bastian —señaló hacia la puerta para indicarnos que era uno de sus hombres de seguridad—, le encargué que buscara cualquier pista sobre Juan y él fue quien me trajo una esquela de un periódico en la que publicaban su nombre. Supongo que fuiste tú quien la encargó, me hubiera gustado colaborar en su entierro, pero el enterarme cómo fue asesinado sólo hizo que aumentara mi seguridad; desde entonces procuro salir muy pocas veces de aquí y sólo si la ocasión lo requiere.

Carlos no le contó a Wiegand que ni él ni su hermana habían encargado la esquela, de hecho no sabía de su existencia hasta que lo escuchó en aquel sótano y se prometió investigar quién la había encargado y con qué fin.

—Creo que eso es todo lo que sé sobre el desafortunado final de tu hermano. Espero haberte ayudado y ojalá consigas desenmascarar al asesino —golpeó el bastón con fuerza dos veces en el suelo, antes de que pudiera golpear una tercera, uno de sus hombres entró por la puerta con una pequeña bandeja de plata, la dejó en la mesa y volvió a salir.

Encima de la bandeja había una tarjeta de crédito con el nombre de Carlos Aguilar Hernández.

—Déjame que te ayude un poco más. Esta tarjeta tiene asignados unos fondos de cincuenta mil euros, es para ti, tómala como un último regalo hacia tu hermano y para disculparme por no haber asistido a su funeral. Si necesitas cualquier tipo de ayuda por mi parte, estaré encantado de proporcionártela. No te puedo dar más medios ni ofrecer más ayuda porque no estaría bien visto que mi nombre saliera a la luz como colaborador en una tontina en la que han ocurrido asesinatos. A este teléfono es al que tendrás que llamar si me necesitas —le entregó una tarjeta blanca con un número escrito en ella—. Además, estaría agradecido que me informaras si descubres quién es el asesino y si encuentras nuestro botín.

>>Si llamas, pregunta por Alberto Durero, así sabré que eres tú, te lo cogerá Bastian y él me pasará el teléfono aunque esté reunido.

Al ver que Carlos tardaba en recoger la tarjeta de crédito, Völker Wiegand se levantó y se la ofreció de nuevo.

—Ahora os tengo que dejar, aún tengo invitados que atender. Ha sido un placer conocerlos —dijo cuando Carlos aceptó la tarjeta—. Bastian os acompañará a vuestro coche.

Sabine conducía de regreso a Múnich en silencio, al igual que Klaus y él. Se mantuvieron callados hasta que Klaus habló.

—Ha sido más fácil de lo que pensaba, y además regresamos con premio económico.

—Me ha creado más dudas de las que me ha respondido y ahora no sé a quién creer —dijo él—. Además, creo que sólo me ha dado esta tarjeta para saber dónde pago con ella y así seguir mis pasos.

—Eso mismo te iba a decir yo. Y creo que todos quieren que sigas investigando porque quieren ese botín del que tan poco dicen saber —sentenció Sabine.

No se fiaban de ninguna versión, así que después de regresar a Múnich, Klaus le aconsejó a Carlos que se cogiera una excedencia de dos semanas, él haría lo mismo y Sabine, al enterarse, hizo lo propio. Todos querían llegar al fondo de la cuestión y más después de las últimas incógnitas que se planteaban. Sabine se negaba a usar la tarjeta y no se fiaba de Volker Wiegand, Carlos era de su opinión hasta que Klaus les explicó el método que seguirían para hacerse con algunos fondos para la investigación.

Al no saber el pin de la tarjeta y necesitar su firma para pagar, no podían acudir a un cajero automático, así que Carlos fue a un par de tiendas a comprar objetos con valor de cien a trescientos euros, unos lo vendió en tiendas de segunda mano y de otros pidió su devolución en efectivo. Consiguieron seis mil euros, pero perdieron sus dos primeros días de las dos semanas de excedencia.

Realmente, Carlos, no sabía qué hacer, no tenía idea de cuál debía ser su siguiente paso para desenmascarar al asesino, aceptó hacer lo que le dijo Klaus sólo para ganar tiempo y recabar ideas de sus dos amigos.

—Decidme lo que pensáis —les pidió cuando se reunieron por la noche en la casa de Klaus (todavía no se sentía cómodo en su piso)

—Creo que todos buscan apoderarse del botín de la tontina y poco les importa quién sea el asesino de tu hermano —sentenció Sabine.

—Y no sabemos si realmente la tontina consiguió algo o simplemente se trataba de un timo, a mí me lo sigue pareciendo y creo que el asesino fue el que lo descubrió —comentó Klaus.

—No creo que mi hermano organizara o participara en un timo de ese nivel, aunque tampoco creía que pudiera ser miembro de una tontina. Si hay de verdad algún botín, no lo sé, pero lo que sí creo es que fue uno de los

miembros de la tontina quien mató a mi hermano y que luego se vio obligado a matar a Eduardo porque descubrió algo importante.

—Sí, yo también lo creo —apoyó Sabine a Carlos—, lo que no sabemos todavía son los nombres de todos los miembros y qué pinta vuestro detective en todo esto.

—Y también tu abogado —interrumpió Klaus—, mataron a su hermano y según te dijo estuvo investigando el crimen por su cuenta. Quizás sepa algo o incluso puede que sea miembro de la tontina.

—No lo sé, pero tal vez sea buena idea que contacte con él. Quería que lo ayudase a investigar y puede que tenga datos que nos interesen.

—Eso está bien, pero ahora tenemos que dar el siguiente paso —comenzó de nuevo Sabine—. Sabemos que hay una tontina presumiblemente de siete miembros, uno de esos miembros es el que tiene más posibilidades de ser el asesino, su móvil puede ser o la venganza por ser timado o hacerse con el premio de la tontina y eliminar a los demás miembros. Por ahora estamos seguros, por lo que me habéis contado, que tu hermano, Volker Wiegand y Vicente Delgado eran miembros de la tontina.

—Y no olvides al hermano del abogado —interrumpió Klaus.

—Sí, Vicente lo mencionó, con él serían cuatro. ¿Pero y el resto?

Hubo un silencio en la habitación, parecía que no sólo él estaba algo perdido.

—Intentaremos reunir al grupo completo —dijo Carlos tras pensar un rato—. De los cuatro que hemos mencionado, dos están muertos, con uno podemos contactar directamente y el otro parece que me está siguiendo. Después está el detective y el comisario Jürgen Lehner, creo que ambos están metidos en esto, avisarles a los dos de una posible reunión no será difícil; luego está Jaume, el abogado —aclaró para que Sabine lo entendiera—, quizás él pueda conocer a algún otro miembro de la tontina. Creo que si fingimos que estamos preparando una reunión entre todos los miembros de la tontina, podemos conocer las identidades de los siete.

—¿Pero con qué excusa? —preguntó Klaus.

—Tu hermano te dejó el botín —afirmó Sabine.

Tanto Carlos como Klaus se quedaron mirándola esperando que se explicara, Sabine tardó en continuar.

—Tenemos claro que todos están pendientes de tus movimientos y que creen que sabes o puedes averiguar dónde guardó tu hermano el botín. Pues bien, contémosle a Volker, a Jürgen y si podemos a Vicente y a vuestro detective, que has descubierto que tu hermano te dejó un paquete, pero que no puedes llevarlo a ningún sitio porque te sientes vigilado y que te has abstenido de comprobar su contenido, a tu abogado puedes contárselo también o puedes decirle la verdad, depende de lo que te fies de él.

>>A todos deberías decirle que sólo te sientes cómodo en un lugar público y concurrido y que estás dispuesto a entregar el paquete a la policía para que se encargue de la investigación. Si comenzamos a extender el rumor mañana y damos una semana para el encuentro, creo que podríamos juntar a los que quedan del grupo y a otros interesados.

—Sí, porque todavía no sé por qué Jürgen no investigó más la muerte de Carmen y no sé dónde colocar a Joan.

—Imagínate que te contratan para investigar algo y descubres que hay mínimo un millón de euros de por medio, si no te va bien, como pudiste comprobar en Barcelona, quizás sólo esté buscando cómo recuperar ese dinero y agenciárselo —dijo Klaus muy seguro de sus palabras.

Estuvieron el resto de la noche eligiendo el lugar de la reunión, finalmente se decidieron por hacerla en Marienplatz, posiblemente la plaza más famosa de Múnich, donde se encontraba el Ayuntamiento y en el que muchos turistas aguardan con impaciencia a que el reloj marque las once, las doce de la mañana o las cinco de la tarde para ver cómo las figuras de tamaño real que componen su carrillón bailan al ritmo de la *Danza de Cooper*. Era el lugar perfecto, pues podían quedar a una de esas horas un día entre semana y así evitar el riesgo de estar solos ante los posibles asesinos.

Decidieron llamar al comisario y a Wiegand al día siguiente y contarles que a la semana siguiente, el martes, se iba a reunir con un desconocido que decía tener un paquete de su hermano y que le tenía que entregar. Para contactar con Vicente y posiblemente con el detective, Carlos tomó la decisión de rondar solo por las cercanías de su piso, si lo estaban vigilando, intentarían acercarse a él, o eso esperaba. También decidió, junto con sus amigos llamar al abogado Jaime Ruiz, en principio, acordaron contarle sólo lo necesario para saber si sabía algo de la tontina o tenía más información que les fuera útil, dependiendo de lo que supiera y de lo que pudiera sospechar, le contaría más o no.

Wiegand se mostró reacio a asistir a aquella reunión, si bien enseguida le propuso que Bastian lo acompañara. Carlos se negó, “necesito que sea usted quien esté, por si reconoce al sujeto que me entrega el paquete, además estará interesado en ver lo que contiene”, le dijo para convencerlo finalmente.

Jürgen no quiso perderse el encuentro desde el principio, le brindó apoyo logístico si Carlos pensaba que el que le iba a entregar el paquete podía tener relación con el asesinato de su exnovia, se disculpó por no haber conseguido convencer a las autoridades españolas de que siguieran investigando la muerte de Carmen y de su hermano, “no me puedo explicar cómo cerraron el caso así, es indignante que se inventen un accidente para tapan un asesinato”, le dijo, tras lo que lo invitó a que colaborara con él y compartiera toda la información que tuviera, Carlos, le contestó que se había encontrado con aquel ofrecimiento de improvisado y que no tenía pensado seguir investigando, de buena gana, si el paquete contenía información acerca del asesino, se lo entregaría a él. El comisario dijo que estaría observando el día de la reunión.

Después llamó a Jaime Ruiz, el abogado le dijo que había estado ocupado en su trabajo y no había podido investigar casi nada, se interesó por cómo le había ido en su vuelta a Alemania y confió en que no hubiera tenido más altercados con el asesino de sus hermanos. Carlos omitió hablarle de Carmen y se concentró en contarle medias verdades.

—Creo que he descubierto algo sobre los crímenes, quizás el móvil, creo que nuestros hermanos formaban parte de una tontina, ¿sabes algo de eso? —

preguntó cuando creía haberle contado de más.

—¿Una tontina?, no... aunque espera —dejó el teléfono descolgado y Carlos pudo escuchar cómo revolvía papeles—. No puede ser, mi secretaria me dijo que un compañero mío estaba interesado en las normas legales que podían cubrir aportaciones a una tontina, me resultó extraña la pregunta, le entregué la información que encontré creyendo que se trataba de un caso. Lo que sí recuerdo bien es que durante el funeral de mi hermano, ese compañero me hizo preguntas sobre las tontinas y no me sentó demasiado bien... ¿No estará relacionado con las muertes? —preguntó indignado.

“¿ Ese compañero podía ser uno de los siete miembros de la tontina?”, pensó Carlos, así que aunque no quiso mentir al abogado, le contó lo mismo que a Wiegand, le dijo que se lo contara a su colega de profesión y así podría ver si realmente estaba interesado en el paquete.

—Se lo contaré y luego viajaré a Múnich, quiero saber de primera mano si él puede estar involucrado.

Lo más difícil fue contactar con Vicente y con el detective. Carlos siguió una rutina para que ellos se acercaran, todos los días a media tarde esperaba en el puente Max-Joseph, cerca de su casa, durante un cuarto de hora y siempre vigilado en la lejanía por Klaus y Sabine, luego paseaba por los alrededores esperando que o bien Vicente, o bien Joan se acercaran a él.

No hubo suerte con el detective, pero al tercer día, sí la hubo con Vicente, el amigo de su hermano se acercó a él muy nervioso, vestía una sudadera negra con capucha y un pantalón de chándal.

—No hables con Jürgen, está colaborando con ellos —le dijo nada más verlo.

—¿A ellos? —preguntó interesado Carlos.

—A los que quieren matarnos, no sé lo que pretenden, porque a mí ya no me queda nada, pero lucharé por mi vida y los desenmascararé —contestó con

auténtica desesperación en su voz—. Sólo he venido a advertirte, él, Jürgen, es uno de ellos, no debes fiarte.

Vicente comenzó a correr.

—¡Espera!, mi hermano me dejó un paquete, me lo van a entregar el martes a las once de la mañana en Marienplatz —pudo decirle antes de que desapareciera entre las sombras.

El día señalado llegó demasiado rápido para ellos, tuvieron que terminar con los últimos flecos de su plan a última hora del lunes. Sin nada de seguridad, fueron a Marienplatz a prepararlo todo horas antes del supuesto encuentro. Carlos había quedado con su abogado a las diez de la mañana antes en la torre de la iglesia de San Pedro, desde sus cincuenta y seis metros de altura podrían observar toda la plaza sin dificultad. Klaus y Sabine se repartieron las últimas tareas para intentar localizar a todos los miembros de la tontina.

—Has llegado antes que yo —le dijo Carlos entre resoplidos de cansancio a Jaume.

—Estaba impaciente, llegué anoche y no podía esperar en el hotel. ¿Comprendes que tras más de un año la pista que me diste fue la más importante que he encontrado para resolver la muerte de mi hermano? —Jaume parecía estar muy impaciente, se lo veía inquieto y nervioso—. Estoy deseando que me des todos los detalles de lo que has preparado.

Carlos, al principio, no quería darle demasiada información, el plan le pertenecía a él y a sus amigos y ellos debían ser quienes analizaran los resultados del mismo, pero por otro lado, necesitaban de cualquier ayuda que pudiera venir del exterior (como había sido la tarjeta de Wiegand) y Jaume había pasado por lo mismo que él, sólo que no se había resignado tan pronto. Le contó todo lo que había sucedido desde que dejó Barcelona menos la muerte de Carmen, no sabía por qué lo omitió, más tarde supuso que fue para

no recordar el mal trago y poder continuar con el plan sin aparentar nervios.

—Entonces sólo desconocemos el nombre de tres miembros de la tontina —comenzó diciendo algo desilusionado Jaume—. Esperaba realmente que tu hermano te hubiera dejado algo con lo que seguir investigando, pero aun así las noticias son fantásticas —pareció animarse de nuevo, sacó unos prismáticos del bolsillo de su chaqueta y se puso a observar la plaza mientras continuaba hablando—. Si Ángel es el quinto, sólo nos faltarán dos sospechosos y puede que si los cogemos a todos, sepamos los dos nombres que nos faltan.

Carlos supuso que Ángel era el nombre del compañero de Jaume que le preguntó durante el funeral de su hermano sobre la legalidad de las tontinas.

—Lo que también se me escapa es el papel de ese detective del que me hablaste y del comisario alemán —Jaume, al ver que él no contestaba, siguió razonando en voz alta—. Debemos tener cuidado con ellos si están colaborando y debemos saber por qué razón lo están haciendo y qué quieren conseguir con ello.

>>Lo único que creo que no habéis hecho bien tus compañeros y tú, es no centraros en las razones que llevaron al asesino a matar a Eduardo. Es una muerte que todavía me duele y sólo se me ocurre que se acercara demasiado al culpable, así que todos debemos extremar precauciones desde hoy.

Carlos asintió y le terminó de explicar el plan.

—Ahora tengo que bajar y entrar por otra zona que no sea desde aquí, no quiero levantar sospechas de que alguien de los míos está aquí vigilando. Debes intentar localizar a ese tal Ángel y observar con detenimiento por si alguien más te resulta familiar. Si todo sale bien y Jürgen no está colaborando con algún miembro de la tontina, hoy deberíamos atraparlos a todos o al menos conocer sus identidades.

Carlos se despidió de Jaume y bajó por las escaleras pensando en todos los pormenores del plan. Realmente era muy sencillo y no buscaba otra cosa

que identificar a los posibles miembros de la tontina. Él sólo tenía que esperar en el centro de la plaza a un lado de la estatua de la Virgen María a un desconocido que le entregaría un paquete, por supuesto, ese desconocido sería alguien a quien Klaus le pagaría una módica cantidad (sacada del dinero que obtuvieron de la tarjeta de Volker Wiegand) por el trabajo, alguien que no tuviera relación con ellos. Mientras, desde el edificio frente al Ayuntamiento, Sabine fotografiaría con la mayor claridad posible cada rincón de Marienplatz para luego analizar cada instantánea en busca de alguien conocido. El paquete y su contenido serían las partes más atractivas para los miembros de la tontina, por eso el día de antes habían colocado un transmisor GPS dentro de un jarrón de PVC que era lo que contendría el paquete, así sabrían a dónde lo llevarían en el caso de que se lo quitaran a Carlos, si no fuera así, intentaría reunir a todos los que quisieran ver el contenido del envoltorio en una cafetería cercana en la que Klaus esperaría para grabarlos y posteriormente identificarlos. Aunque antes de eso, esperaba que Jürgen interviniera y detuviera a todo aquel sospechoso. Era la última esperanza que Carlos tenía en que el comisario alemán no estuviera colaborando con algún miembro de la tontina o con Joan Ramón.

Carlos entró en la plaza algo intranquilo, mirando a su alrededor constantemente, esperando que alguien se presentara y el plan no fuera un fracaso. Creyó ver a Bastian, uno de los hombres de seguridad de Volker Wiegand en la entrada del Ayuntamiento y aunque al principio lo tranquilizó, luego lo puso más nervioso, el asesino podía contar con más de un ayudante y quizás estaba poniendo en demasiado peligro a sus amigos. Desterró ese pensamiento y avanzó rápido hasta el centro de la plaza.

Todavía quedaba media hora para que el carrillón danzara al llegar las once de la mañana, pero con todo, el lugar ya estaba repleto de turistas curiosos fotografiando cada parte del nuevo Ayuntamiento de Múnich. Se puso a mirar a su alrededor para intentar reconocer a alguien, Bastian parecía haberse esfumado y no encontraba ni a Jürgen, ni a Vicente ni a Joan. Cuando se volvió para el lugar desde donde Sabine debía estar fotografiando la plaza, su mirada se detuvo en una mujer que le resultó familiar, no sabría decir quién era o dónde la había visto, se había levantado de una de las mesas de una cafetería y caminaba hacia donde él estaba, era morena, pelo largo, aparentaba

tener unos treinta años y a pesar de que no hacía demasiado frío para tratarse de un otoño en la ciudad Bávara, vestía un abrigo de cuero pardo sobre unos leggins negros y usaba una bufanda que le tapaba parte de la cara. Cuando estaba a medio camino, se detuvo y se puso a hablar por teléfono, luego se dio la vuelta y se alejó por una de las calles de acceso a la plaza.

—Señor, ¿es usted Carlos? —le preguntaron por detrás sacándolo de su ensimismamiento.

El hombre que le había hablado era un anciano que llevaba una bolsa que reconoció, era el paquete que él mismo había preparado con Klaus la noche anterior. Mirando al reloj de la plaza se dio cuenta de que Klaus no había hecho bien su trabajo, pues todavía quedaba un cuarto de hora para que fueran las once.

—¿Es usted Carlos?, alguien me ha dicho que le entre...

—Sí, soy yo —dijo interrumpiendo al hombre y agarrando el paquete con ansiedad.

Todo lo que sucedió inmediatamente después se lo tuvieron que relatar varias veces Klaus y Sabine para que fuera consciente de lo que pasó, pues él lo recordaba como un lejano sueño.

Alguien lo empujó sobre el anciano que le llevó el paquete, luego ese mismo hombre lo golpeó en la cabeza para arrebatarse el paquete de las manos, no era otro que Vicente, durante el forcejeo, el envoltorio se abrió y el jarrón de plástico cayó al suelo, donde fue pisoteado por Bastian, que había llegado a la escena casi sin ser visto, aunque Vicente si lo vio en última instancia y huyó como un ladrón que acaba de cometer un hurto. El hombre de seguridad del señor Wiegand se alejó persiguiendo a Vicente y Volker fue el que recogió el jarrón y lo tiró con rabia contra la estatua al comprobar lo que era.

Todo eso lo vio Sabine desde la ventana desde la que estaba observando la plaza. Luego bajó a toda prisa para ayudar a Carlos. Ya estaba incorporado cuando la vio llegar, tenía la sensación de que alguien lo había ayudado a ponerse en pie y de que ese alguien había sido el detective Joan Ramón, pero

no estaba muy seguro de si sólo había sido un sueño.

—¿Estás bien? —preguntó alterada nada más verlo.

—Creo que sí, aunque me he pegado un buen golpe —le contestó mientras se miraba las manos manchadas de sangre por culpa de una herida abierta en el pómulos que se había hecho al caer al suelo.

—Vamos, te llevaré al hospital.

—No, tenemos que reunir a la tontina...

—Carlos, ya no queda nadie aquí, Wiegand se fue al ver el jarrón, Vicente huyó y no sabemos si vino alguien más.

—Creo que también vino el detective... o quizás sólo me lo haya imaginado, mi plan ha fracasado.

No tenía nada grave, “sólo ha sido una pequeña conmoción con un leve corte”, le dijo el médico que lo atendió en el hospital. Sabine y Klaus lo llevaron allí y cuando le dieron un par de puntos de sutura en el pómulo fueron directos a su casa. El plan había fracasado, al menos eso podría decirse hasta que vieran las imágenes tomadas por Sabine, aunque ninguno de los tres tenía demasiadas esperanzas en encontrar algo que les condujera al asesino después de lo sucedido en Marienplatz.

—¿Visteis a Jaime?, lo dejé vigilando desde la torre de la iglesia —fue lo que primero le preguntó a sus amigos una vez llegaron a su piso.

—No, sólo tuve tiempo de llamar a Klaus para que viniera a ayudarme —contestó Sabine.

Después de una breve charla y reprimenda a Klaus por haber escogido a un viejo con aspecto de vagabundo para que entregara la caja, discutieron sobre aplazar el visionado de las imágenes, estaban cansados y sus dos amigos creían que lo mejor para él era que descansara el resto del día, pero se negó, todavía tenía esperanzas de encontrar alguna cara conocida en aquella plaza. Llamó al teléfono del abogado, pero estaba desconectado, no se preocupó por él, tenía en la mente demasiadas cosas y además, Jaime parecía tener bastantes medios a su alcance. Probaría más tarde.

Pidieron comida y Sabine se encargó de descargar las fotos a su portátil y comenzar a buscar conocidos, comenzó por explicarle a Carlos y a Klaus dónde se encontraban los que ya sabían que habían acudido al encuentro. Bastian, uno de los hombres de seguridad de Volker Wiegand estuvo esperando en la puerta del Ayuntamiento hasta que el “mensajero” se acercó a Carlos, una vez que éste fue atacado por Vicente, corrió al centro de la plaza juntándose con su jefe para, después de comprobar que en el paquete no había más que un jarrón de plástico y pisotearlo, salir de la plaza en persiguiendo a Vicente; tampoco su jefe a Carlos, ni siquiera mostraron el más mínimo interés en él.

Vicente sólo aparecía en el vídeo que grabó Sabine, no lo localizaron hasta que fue corriendo tras Carlos para golpearlo, parecía venir de la zona de cafeterías y restaurantes bajo el edificio en el que estaba ella, huyó por la calle que discurría por el lado izquierdo del Ayuntamiento. Después de eso no había más imágenes, así que se centraron en ir mirando instantáneas para intentar descubrir a algún posible miembro de la tontina.

—Hubo una mujer morena que me resultó familiar, pero aun no sé dónde la he visto antes. Estaba sentada en una cafetería y cuando se empezó a acercar a mí, comenzó a hablar por teléfono y salió de la plaza —dijo Carlos esforzándose en recordarla—. Es difícil que le sacaras una foto, pero quizás deberíamos empezar por ella.

Le pidió a Sabine que mostrara primero las imágenes más cercanas a las cafeterías y restaurantes, pero fue en ese instante cuando comprobaron que deberían haber preparado con más tiempo esos detalles. Sabine no había podido tomar ninguna instantánea de esos lugares. Más abatidos aún, comenzaron a ver el resto de las imágenes.

No reconocían a nadie, la gran mayoría parecían ser turistas o personas que simplemente pasaban por allí como cualquier otro día laboral. Bien entrada la noche sonó el timbre. Los tres amigos se miraron fijamente unos segundos, como intentado descifrar si alguien esperaba una visita.

Carlos se acercó a la puerta y descolgó el telefonillo.

—¿Si? —preguntó sin saber a quién escuchar al otro lado.

—¿Vive ahí Carlos Aguilar? —la voz sonaba distorsionada, y el alemán estaba torpemente pronunciado.

—¿Quién lo pregunta?

—Soy su abogado, un amigo —respondió el desconocido con más claridad. Carlos lo reconoció esta vez.

—¿Jaume?, te acabo de llamar, pero tu teléfono estaba desconectado.

—Sí, he tenido problemas con la línea desde que llegué a Alemania. ¿Puedo subir? Hace bastante frío en la calle.

Carlos le abrió la puerta sin pensárselo, quizás Jaime tuviera más imágenes o hubiera visto al compañero de su bufete en la plaza.

—¿Por qué le has dejado subir así sin más? —protestó Klaus cuando Carlos anunció de quién se trataba—. Podría ser uno de ellos, además, ¿cómo sabe dónde vives si no se lo has dicho?

—Porque me lo ha contado el comisario Jürgen Lehner —respondió desde la entrada Jaime.

Todos se quedaron mirándolo sin saber qué decir, había subido muy rápido y apenas mostraba cansancio o frío como había dicho poco antes. Sintióse poco acogido, el abogado se explicó.

—Estuve en la torre haciendo lo que convenimos —comenzó a decir mirando a Carlos—, intentando localizar a Ángel, primero miré por el centro de la plaza, pero luego me puse a observar a la gente que estaba por debajo de la iglesia. Me parecía uno de los mejores escondites, a parte del Ayuntamiento, donde poder ocultarse hasta que llegaran las once de la mañana. No descubrí nada hasta se montó un alboroto cerca de la estatua, cuando miré te vi a ti en el suelo y a ella ayudándote —dijo señalando a Sabine—. Todavía no era la hora que me dijiste y por eso no estuve atento. Lo que sí vi fue a dos hombres corriendo, uno estaba yendo por un lado del Ayuntamiento, el otro se dirigía a empujones hacia la iglesia, llevaba gabardina y no le pude ver la cara, pero me pareció que era Ángel, así que bajé a toda prisa los escalones, cuando llegué abajo no tenía aliento para seguir y estaba muy desorientado, pero alcancé a verlo, corría hacia una especie de mercado. Tropezó con un ciclista y casi logré alcanzarlo allí, pero se levantó rápido y se perdió entre la gente. Luego fui yo quien me perdí entre las calles creyendo perseguirlo aún, cuando creo que desde el mercado ya no sabía hacia dónde había ido.

>>Recordé entonces el nombre del comisario alemán que creías que podía estar metido en esa tontina o estar relacionado de algún modo con todo este asunto, así que pedí un taxi y le dije que me llevara a la comisaría del centro.

En la primera que me dejó lo conocían y me dieron la dirección de la comisaría donde trabajaba, allí pude encontrarlo y hablar con él, dije ser tu abogado, así fue como conseguí tu dirección.

Klaus miró a Carlos interrogándolo.

—¿Cómo sabemos que no estás colaborando con Jürgen o con el asesino?
—preguntó cuando vio que Carlos no decía nada.

—Carlos sabe que tengo buenas razones para encontrar al asesino de su hermano y en cuanto al comisario, no creo que fuera miembro de la tontina, aunque no descarto que esté colaborando con alguno de ellos, me pareció que no me contó todo lo que sabía del caso.

>>Cuéntame lo que pasó en la plaza y pongámonos en marcha, se me han ocurrido un par de ideas para hacer salir a los miembros de la tontina a la luz.

Carlos lo invitó a entrar pese a las reticencias de su amigo, que si bien no había mostrado su desaprobación públicamente, lo notaba incómodo ante el abogado.

Le contaron lo que había sucedido y le mostraron las imágenes que Sabine había tomado de la plaza. Entre los cuatro estuvieron intentando localizar a alguien conocido, pero tras muchas horas delante del ordenador portátil de Sabine, no lograron reconocer a nadie más que a Volker Wiegand, a Bastian y a Vicente.

Jaume tampoco llegó a ver a la mujer que Carlos seguía sin recordar y no pudo reconocer a nadie más aparte de a Vicente.

—Creo que es hora de que regrese al hotel, mañana iré a comprarme un nuevo teléfono móvil para que no me pase lo que hoy, pero antes quisiera hablar contigo en privado —le pidió a Carlos cuando ya todos estaban muy cansados.

Klaus y Sabine se fueron a la cocina para dejarlos a los dos solos.

—No les caigo demasiado bien.

—A Klaus tal vez, pero no creo que Sabine tenga nada contra ti.

—La he notado algo recelosa, pero bueno, supongo que es normal después de lo que te ha pasado. Espero que me vayan soportando mejor conforme sigamos viéndonos —hizo una pausa, esperando su aprobación a la idea de seguir investigando juntos—. Bueno, lo primero que quería decirte a solas es... lo siento, siento lo que le pasó a Carmen, Jürgen me lo contó. Ha tenido que ser un golpe muy duro para ti, no puedo imaginarme lo que tienes que estar pasando. Perder a dos personas tan queridas en tan poco tiempo y en las mismas circunstancias debe ser terrible. Como abogado tuyo, si quieres, puedo poner una denuncia para que la investigación se reabra, será duro y quizás no consigamos nada, pero al menos podremos ver quién hay detrás del cierre del caso. Como os dije antes no creo que el comisario alemán tenga algo que ver, de hecho creo que está bastante despistado.

—Si crees que podemos conseguir que la policía y los jueces persigan al asesino, quizás sea buena idea —aprobó Carlos—. ¿Esa era la idea para descubrir a los miembros de la tontina?

—Es una de ellas. La otra es poner una denuncia por agresión contra Vicente, tenemos pruebas y testigos y un parte médico, si lo acorralamos y conseguimos que entre en el calabozo, quizás tengamos alguna oportunidad de que nos diga todo lo que sabe o que algún otro miembro de la tontina se interese por él y quién sabe si no descubriremos por fin si Jürgen sabe algo más.

—Me parece buena idea, ¿cuánto me costará?, supongo que necesitarás dinero para establecerte aquí durante un tiempo.

—Ni lo menciones, les tendré que pasar la factura a mi bufete, pero no te dejaré que me pagues nada. En Barcelona ya te pedí que me ayudaras con la investigación y ahora has sido tú el que me has pedido ayuda a tu manera. Estamos cerca Carlos, pronto cogemos al asesino.

>>Es mejor que os deje, pediré un taxi, no me fio mucho de caminar por la noche solo. Mañana cuando me haga con un móvil nuevo y ponga las denuncias

te llamaré para contarte cómo ha ido todo.

Le dio un apretón de manos a modo de despedida, el abogado se fue sonriendo, como si el hecho de que Carlos hubiera confiado en él fuera lo más importante de ese día para él.

En cuanto se fue, Carlos le preguntó a sus amigos si desconfiaban de su abogado, ni Klaus ni Sabine lo admitieron, pero pudo leer entre líneas que sospechaban de él.

Al día siguiente, Carlos se levantó temprano con un agudo dolor de cabeza, como si le estuvieran clavando agujas donde tenía los puntos y le traspasaran hasta la nuca. Sabine le untó un poco de yodo en la herida, estuvo a punto de hacerle daño al sobresaltarse con el sonido del móvil de Carlos.

—Klaus, cógelo, será Jaume para informarme de las denuncias que iba a poner.

Su amigo estuvo a punto de negarse, pero tras una breve duda contestó al teléfono.

Fue al salón y a los pocos minutos regresó con un semblante sombrío.

—Era Volker Wiegand —comenzó diciendo desconfiado—, quiere que vayas tú sólo a hablar con él, esta tarde, me ha dado unas coordenadas donde te verá. Dice que ha descubierto algo allí y que sólo confía en ti.

Sabine y él se miraron en silencio esperando que su amigo les dijera algo más, pero no fue así, Klaus sólo dejó una pequeña hoja de papel con unos números escritos en una silla.

—No me fío, Carlos —dijo Klaus al fin—. Eso de que quiera verte sólo a ti y justo después de lo que montamos ayer...

—¿No te ha dicho nada más?

Klaus negó con la cabeza.

—Yo tampoco me fío, pero creo que debo ir. Quizás haya descubierto algo y después de dejarnos la tarjeta de crédito, no debería negarme. Veamos dónde está el lugar de reunión.

48.6991019, 8.3165238

Buscaron las coordenadas que había apuntado Klaus en un GPS, el lugar estaba muy alejado de Múnich.

—¿Eso es en la Selva Negra? —preguntó incrédula Sabine.

—Eso parece, tenemos que salir ya si queremos llegar a tiempo —contestó Carlos.

—Has quedado a las seis de la tarde, tenemos tiempo de sobra para desayunar con tranquilidad y salir después del almuerzo, no creo que hagamos daño a nadie por no ser impacientes —comentó Klaus.

—Te equivocas, tenemos que asegurarnos de llegar allí cuanto antes, llamaré a Volker por el camino diciéndole que acepto verlo a solas, pero vosotros me acompañaréis y esta vez no dejaremos nada al azar.

Salieron de inmediato, esta vez no usaron el coche de Sabine pese a que ella quería conducir su coche. La convencieron de que debían ir en otro vehículo para pasar lo más desapercibidos posible, ya que su coche lo habían visto Wiegand y sus hombres, usarían el de Klaus, un Volkswagen Polo negro, algo más incómodo que el coche de Sabine pero que les valía para llamar menos la atención.

El viaje era largo, cerca de cuatro horas en la carretera para ir de Múnich hacia el punto que le habían dado a Klaus por teléfono, en plena Selva Negra, cerca de una carretera poco transitada a medio camino entre Baden-Baden y Forbach.

Durante el camino estuvieron hablando de cómo afrontar aquella reunión, a todos les parecía una encerrona, así que decidieron que al llegar aparcarían el coche en un lugar poco visible y Klaus y Sabine se esconderían en los

alrededores del punto de encuentro portando cualquier arma que pudieran encontrar. Aunque Carlos esperaba no tener que usar la violencia contra aquel viejo o contra alguno de sus hombres sospechando que seguramente tendrían armas de fuego, así que era mejor no usar la violencia.

Para llegar más rápido viajaron por la autopista hasta Karlsruhe para luego desviarse a Baden-Baden y entrar en la Selva Negra desde allí, los paisajes fueron cambiando de los maizales y pequeñas arboledas de Múnich hasta la espesura de abetos de corteza oscura que predominan en la Selva Negra.

Llegaron a Baden-Baden antes de lo previsto, se detuvieron en aquella ciudad conocida por sus baños termales a comer algo y a comprar dos barras de hierro en una ferretería. Después del medio día tomaron la dirección hacia Forbach, la luz del sol pocas veces alcanzó el coche desde que partieron después del almuerzo pese a que en el cielo no se veían muchas nubes, a ambos lados de aquella carretera estrecha los abetos proyectaban sus sombras extendiendo la oscuridad del bosque hacia la calzada. Carlos no sabía con certeza de dónde provenía el nombre de aquella región, pero poniéndose en la piel de aquéllos que la vieran por primera vez no dudaba que la simple visión de aquella negrura había sido suficiente para que la llamaran Selva Negra.

El GPS les marcó el lugar donde tenían que detenerse, era imposible llegar al punto de reunión con el coche, así que decidieron avanzar un poco más y aparcarlo a un lado para que no fuera muy visible cuando llegara Wiegand. Después de recoger las barras de hierro (Carlos sería el único que acudiría a la reunión desarmado), se internaron en la espesura, les costó mucho más tiempo del que esperaban llegar al lugar elegido, un claro en el bosque, con hierba alta y unas cuantas rocas planas en el centro. Parecía que nadie pisaba aquella tierra desde hacía mucho tiempo y aunque allí sí llegaban los rayos del Sol éstos no calentaban demasiado.

Sabine y Klaus se ocultaron en el otro extremo del claro, donde empezaban a crecer los abetos de nuevo, se ocultaron lo mejor que pudieron, a la vista de

Carlos demasiado mal, aunque tenía la esperanza que si alguien no los había visto esconderse los pasaría por alto.

Habían llegado demasiado pronto, o eso creía Carlos cuando tuvo que sentarse en las rocas a esperar a Wiegand. No pasaron más de treinta minutos, cuando escuchó ruido de pasos acercándose por donde habían llegado ellos, se incorporó de inmediato y se puso alerta, eran dos hombres, los dos le resultaban familiares, uno era Bastian y el otro era el primer hombre de seguridad de Wiegand que habló con ellos a las puertas de su mansión, no vestían trajes negros como en aquella ocasión, sino monos azules de los que suelen usar los mecánicos. Al verlo en el claro esperándolos, los dos hombres se miraron sorprendidos e incluso se podría decir que dudaron si dejar la sombra que les brindaba el bosque, pero fue una duda breve, pues pronto aceleraron el paso y llegaron a su altura. No parecían portar ningún arma y Carlos esperaba que no hubieran visto el rastro de sus amigos.

—¿Has venido solo? —preguntó el hombre del cual no recordaba el nombre, más alto y corpulento que él, rapado y con barba de unos días, intercambiando nervioso su peso de una pierna a otra.

—Eso es lo que le dijo el señor Wiegand a mi amigo. Espero que él haya venido y sólo os haya enviado para inspeccionar la zona —dijo retándolos con la mirada.

—Por supuesto... él quería decirte algo, pero nos envió aquí para comprobar que no estuvieras colaborando con el asesino, veo que no —contestó en esta ocasión Bastian mientras se llevaba la mano a su espalda.

Carlos se tensó, no le daban confianza ninguno de los dos, se tranquilizó al ver que lo que cogía Bastian era un papel.

—El señor Wiegand no ha podido venir, pero me dijo que te entregara esta carta personalmente y solo a ti —extendió la mano y le ofreció el papel.

Sólo había escrito unas cuantas frases.

Espero que se divirtiera con su broma, a mí no me hizo ninguna gracia hacer un viaje a Múnich para que se rieran de mí. Como he visto que le gustan las bromas y sabiendo que ha hecho uso de mi dinero para tales fines, he creído conveniente devolverle la jugada, mis dos hombres de confianza se encargarán de transmitirle con mucho gusto mis ideas. Por cierto, uno se llama Bastian y al otro le gusta que le llamen Toni.

Carlos levantó la mirada despacio, no le había gustado lo que había leído y creía saber lo que iba a suceder a continuación.

El primer golpe lo recibió de Toni, había sacado una porra como las usadas por la policía sin que él lo viera cuando estaba leyendo la nota. Le dio directo en la rodilla, se mantuvo en pie poco tiempo antes de recibir otro golpe en la otra pierna, cayó de frente apoyándose con las dos manos en las rocas, intentó incorporarse, pero no pudo, Bastian había sacado una barra de metal como las que habían comprado en la ferretería en Baden-Baden y lo golpeó en la espalda arrojándolo al suelo, quiso alejarse, pero los golpes de uno y otro le llovían por todos lados, cuando no lo golpeaban con la barra de hierro o con la porra, le daban patadas. Sintió un dolor agudo en el costado y escuchó un crujido que supuso era de alguno de sus huesos, recibió una patada en la cara que lo noqueó, desde ese momento sólo deseó que sus dos amigos aparecieran para detener esa paliza, se hizo un ovillo e intentó que no le golpearan en la cabeza.

Escuchó un ruido, como una detonación, se apretó más contra el suelo, temía que le hubieran roto el tímpano.

—Detente Toni, Volker nos dijo que no lo matáramos, sólo le teníamos que dar un buen correctivo.

Carlos no quiso moverse, aunque no sabía si era capaz de hacerlo por sí mismo, notaba que la sangre le corría por la cara y sentía el dolor de cada golpe en todas las partes de su cuerpo. Fue Bastian quien se puso a registrar en sus bolsillos hasta que encontró su cartera, buscó la tarjeta de Wiegand y la rompió. Los trozos cayeron encima de su cara. Luego cogió el teléfono móvil de Carlos y lo aplastó contra el suelo.

—Hasta la vista Carlos, ya sabes que no se puede bromear con nosotros —le dijo Bastian antes de que los dos hombres se dieran la vuelta y desaparecieran en el bosque.

Intentó moverse, pero las punzadas de dolor se lo impidieron, notó que no veía nada por el ojo derecho y que no podía mover el brazo izquierdo, dejó de luchar preguntándose dónde estarían sus amigos.

Primero la mano de Sabine y luego un dolor intenso en el brazo derecho cuando Klaus intentó levantarlo le devolvieron la certeza de que sus amigos no lo habían abandonado.

—¿Dónde... estabais? —logró preguntar con mucho trabajo

—Tenían pistolas, no lo escuchaste —afirmó Klaus—, nos apuntaron en cuanto aparecimos en el claro, nos dijeron que no nos moviéramos o nos dispararían. Intenté venir a ayudarte, pero me dispararon muy cerca y tuve que soltar la barra, se han llevado nuestros teléfonos, no pudimos hacer nada —se lamentó.

—Te siguieron golpeando como si no estuviéramos delante —comentó Sabine esforzándose por levantarlo del suelo.

Carlos tosió, se sentía mareado, el dolor cada vez era más fuerte y no sabía si lo podría soportar durante mucho más tiempo. Intentó agarrarse al hombro de Klaus, pero no pudo, sólo consiguió entorpecer a su amigo.

—Está escupiendo sangre, tenemos que darnos prisa —le dijo alarmado Klaus a Sabine.

Sus amigos tardaron lo que para él fue una eternidad en llevarlo hasta la carretera, al entrar entre los abetos tropezaron varias veces dejándolo caer. Siguió escupiendo sangre aunque Carlos no se daba cuenta, le dolían demasiadas partes de su cuerpo como para atender a su saliva, le costaba trabajo respirar y cada vez que inspiraba recibía como premio unas punzadas hirientes en sus costados, cada paso que daba para intentar ser una menor carga para sus amigos se convertía en todo un suplicio para él. Por suerte, cuando alcanzaron la carretera lo dejaron en el suelo, deseó en aquel instante

que lo dejaran allí para siempre y no volvieran a pedirle más esfuerzos.

Escuchó alejarse a Klaus (no veía casi nada con su ojo derecho y ni siquiera se volvió para ver hacia dónde se dirigía). Su parada ya se estaba transformando en un infierno cuando su amigo regresó dando voces, al principio no le prestó atención, pero luego, al escucharlo, sintió que no saldría de la Selva Negra con vida.

—Nos han pinchado las cuatro ruedas —dijo alarmado—, también han agujereado la batería, tenemos que buscar a alguien que nos lleve.

Klaus salió corriendo hacia donde estaba el coche, Sabine permaneció junto a él, vio varias lágrimas surcando su rostro mientras intentaba en vano limpiarle la sangre de la cara con la manga de su blusa.

Carlos no tuvo noción del tiempo que transcurrió hasta que alguien detuvo su coche junto a ellos. Sabine y Klaus corrieron hacia el vehículo haciendo aspavientos, antes de llegar a su altura se detuvieron, el conductor abrió su puerta y el retumbar de los altavoces desterró el silencio con una melodía que le resultó familiar a Carlos, era *Liebe Ist Für Alle Da* del grupo alemán Rammstein, el hombre que bajó del coche iba vestido de negro, era enjuto y no demasiado fuerte, pero sin pensarlo dos veces acudió a ayudar a Sabine y a Klaus para llevar a Carlos al asiento trasero del coche. Allí fue donde perdió definitivamente la conciencia.

Despertó a las pocas horas en la cama de un hospital de Baden-Baden, se sentía quebrado por dentro, tenía el ojo derecho tapado y casi no podía mover las extremidades, en la habitación sólo estaba Sabine, que dormía profundamente.

Intentó levantarse de la cama, pero una punzada en el costado fue suficiente para que cambiara de idea. Recordó lo poco precavido que fue, debieron llamar a la policía o al menos avisar a Jürgen si es que Jaime tenía razón y no estaba metido de algún modo en todo ese asunto.

—No intente moverse —le dijo desde la entrada un médico—, tiene dos fisuras en las costillas y es recomendable que guarde reposo.

Carlos asintió y se señaló el ojo, temiendo que las fisuras no fueran lo peor.

—Mañana le quitaremos el parche, los más preocupante son las fisuras, el resto son sólo golpes, le dejarán hematomas, pero por suerte y por poco no le han dañado más. Podrá irse de aquí mañana cuando descartemos cualquier infección de sus heridas.

—Gracias doctor. ¿Me podría decir dónde está mi amigo?

—Ah, supongo que se refiere a los hombres que lo trajeron aquí. Los dos fueron a denunciar los hechos a la policía, no creo que tarden demasiado en volver, más si están tan cansados como ella —respondió el médico señalando a Sabine que seguía dormida, ajena a la conversación—. Vendré a visitarlo más tarde. Recuerde, no intente moverse.

Carlos asintió.

—Tienes que dejar esto —le dijo de pronto Sabine cuando el médico dejó la habitación—, va a acabar contigo y no quiero que eso suceda.

—Yo... no puedo, Sabine, he llegado demasiado lejos, creo que estamos más cerca que nunca, ya sabemos que Volker no es el asesino.

>>Si lo fuera no hubiera dudado en matarme —se comenzó a explicar ante la cara de estupor de su amiga—, mandó a sus dos hombres para hacerme esto, no más, no quería hacerme más daño del que me ha hecho. Sólo quería apartarme de mi investigación, si él fuera el asesino, o me habría matado o como ha hecho hasta ahora me pondría a prueba para seguir adelante, porque estoy seguro que es eso lo que intentaba con el asesinato de Carmen.

>>Pero ni uno ni otro me terminan de conocer, ninguno sabe hasta dónde estoy dispuesto a llegar cada vez que me ponen a prueba.

>>Mañana regresaremos a Múnich, si no queréis seguir poniéndoos en

peligro volved al trabajo y dejadme solo, eso hasta me tranquilizaría. Contactaré con Jaume y le pediré que denuncie a Volker, así lo tendremos más vigilado, entre los dos desenmascararemos a todos los miembros de la tontina.

—Si tú sigues, yo no te dejaré solo, pero tienes que ir con más cuidado; hoy hemos sido muy descuidados y podrías haber acabado mucho peor, ya has oído al médico —respondió Sabine resignada.

Después de esa breve charla el cansancio hizo que se quedara dormido, lo despertó Klaus al entrar en la habitación, estaba hablando con Sabine cuando Carlos se despertó.

—Dicen que no nos recomiendan... oh, estás despierto, vaya susto nos diste a los dos —le dijo su amigo—. No lo vuelvas a hacer, si quieres quedar con dos matones avísame para que compre un par de escopetas por lo menos.

—Tenlo por seguro. Dime, qué te ha dicho la policía.

—Es lo que le estaba comentando a Sabine, Franz, el chico que nos recogió y yo le hemos contado todo lo que pasó y yo les he dicho quiénes eran los dos que te dieron la paliza, en cuanto han oído el nombre de Volker Wiegand han intentado convencerme de no poner una denuncia, han insistido en escuchar la versión de Sabine mientras intentan contactar con Wiegand.

—Lo denunciaremos hoy o cuando llegue a Múnich y contacte con Jaume, así que baja con Sabine y contadles todo lo que nos pasó.

—Yo tardaré en subir, han mandado la grúa y tengo que recoger el coche. Luego lo llevaré al taller, espero que esté listo para mañana por la tarde que es cuando el médico nos ha dicho que te daría el alta, ya no tenemos la tarjeta de Volker y no quiero gastar mi dinero en un hotel.

Sus dos amigos lo dejaron sólo. Se puso a pensar cuál sería su próximo paso, necesitaba recuperarse, eso estaba claro, pero sólo le quedaba poco más de una semana antes de reincorporarse a su trabajo y no podía perder tiempo. Intentaría descansar cuando todo terminara. Lo primero que tenía que conseguir era contactar con Jaume, el abogado iba a solucionar sus problemas con su teléfono, pero ahora era él quien se había quedado sin móvil y Múnich

no era precisamente una ciudad pequeña como para encontrar a una persona sólo conociendo su nombre.

La puerta de la habitación crujió lo justo para sacarlo de sus pensamientos, era demasiado pronto para que Sabine le hubiera contado a la policía lo que había pasado, pensó que era el médico.

Cuando vio quien era intentó reaccionar, pero fue demasiado tarde, Joan ya lo estaba apuntando con un revólver mientras cerraba la puerta a su espalda.

—Ya te dije que no te metieras en esto, primero en Ceuta y luego en Múnich y en ninguna de las dos ocasiones me hiciste caso ni me quisiste escuchar.

Carlos iba a pedir ayuda cuando escuchó que alguien pasaba por delante de la puerta, pero el detective le quitó la idea de la cabeza llevándose el dedo índice a los labios y negando con la cabeza, esperó un instante y continuó hablando.

—Ya te lo dije, no sirves para esto. Te advertí que no debías continuar con tu investigación, ¿y qué has conseguido?, nada... no nada, sino esto, te han dado una paliza y han estado a punto de matarte. Me preguntaba a dónde ibas con tus amigos y por qué viajabas a la Selva Negra y resulta que creías que alguien como Wiegand iba a venir aquí para reunirse contigo. Ahí demuestras que eres un crédulo, no sirves para esto, porque si en vez de mandar a sus hombres, hubiera sido realmente el asesino que dices buscar, ahora no estarías en la cama de un hospital, sino que junto con tus compañeros esperaríais en una morgue a que os reconocieran.

Carlos le iba a preguntar cómo había descubierto hacia dónde se dirigían y cómo estaba tan seguro de lo que decía, pero se dio cuenta de que no había venido a escucharlo, fuera lo que fuese a hacer, la charla iba a ser un monólogo.

—Lamento realmente lo que te ha pasado, lo de tu ex, lo de tu hermano, y sé que no tienes ni idea de dónde te has metido y aunque creas que sabes mucho más de lo que creo, estás equivocado. Si vine aquí sólo fue para comprobar si Wiegand era el asesino y para evitar que te mataran, y ni

Wiegand es al que busco ni han acabado contigo, aunque por poco.

>>Como veo que necesitas protección y que no voy a estar siempre cerca, he venido a darte un regalo.

Las últimas palabras consiguieron que Carlos se enfureciera, ¿cómo pretendía aquel hombre decir que lo estaba protegiendo? y ¿qué regalo le podría hacer?

—¿Eres miembro de la tontina?, vamos, si dices que me estás protegiendo por qué no dejas de decir medias verdades y hablas claro para empezar.

—La tontina, ¿qué te solucionaría el conocer a sus miembros?, ¿qué harías con esa información?, supongo que crees que uno de ellos es el asesino; y te digo, puede que lo sea, pero no seré yo el que me inculpe.

>>Como te iba diciendo antes de que me interrumpieras, creo que no dejarás de investigar por tu cuenta y viendo lo que te ha pasado hoy necesitas unos consejos y algo más que te pueda ayudar contra esas situaciones.

>>Primer consejo. No te fies de nadie; repito, de nadie, ni de tus amigos, ni de la policía y muchos menos de tus instintos, piensa cada paso que vayas a dar con mucho detenimiento pues de ello puede depender tu propia vida.

>>Segundo consejo. Creo que ya te lo dije en alguna ocasión, pero como veo que hoy me prestas más atención te lo vuelvo a repetir. No creas todo lo que te dicen, de hecho no creas casi nada, pues la mayoría de la gente te contestará con mentiras para poder aprovecharse de la información que tienes.

>>Tercer consejo. Aléjate de Volker Wiegand, tiene algo mucho más importante que el dinero, poder e influencia. No entres en guerra contra él, es mejor tenerlo lo más lejos posible, más ahora que creo que hasta tú te has dado cuenta de que él sabe tan poco como tú del asesino de tu hermano.

>>Cuarto consejo. No me sigas, no me tengas en cuenta en este asunto, no pierdas el tiempo conmigo, pues puede que yo sea el único aliado de valor que te quede en este momento.

>>Y quinto, mi regalo —se hurgó en un bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre acolchado que depositó en el sillón donde antes dormía Sabine—. Es un arma, un revólver como éste, no lo uses a la ligera, está cargado, tiene seis balas, usa seguro automático. No pertenece a nadie, está comprada en el mercado negro. Sólo tienes que saber que si la usas contra alguien debes deshacerte de ella tirándola si puede ser a un río o a algún lugar con agua para que se borren en lo posible las huellas, siempre lejos de donde disparaste; y en otro lugar tira o quema la ropa que lleves puesta en el momento del disparo, así evitarás tener restos de pólvora que te apunten como el que empuñaba el arma.

>>Por supuesto, aunque supongo que tienes dos dedos de frente, no lo enseñes y llévalo oculto, si la policía te pilla con un revólver ten por seguro que no sólo te acusarán de portar armas sin licencia.

En el mismo instante que terminó de hablar, dejó de apuntarlo, guardó su pistola y se dispuso a salir de la habitación.

Carlos tenía muchas preguntas que se le pasaron por la cabeza, pero sólo fue capaz de elegir una.

—¿Por qué me ayudas?

—¿Quién dice que te estoy ayudando?, recuerda mis consejos, uno por uno —terminó diciendo poco antes de abandonar la habitación.

Sabine y Klaus entraron un buen rato después, lo notaron preocupado e intentaron animarlo sin conseguirlo del todo.

—Al final tendremos que confiar en tu abogado para que ponga la denuncia, Sabine tampoco ha sido capaz de convencer a los policías para que ellos la tramitaran. Los muy sinvergüenzas dicen que han llamado a Wiegand y que ha corroborado que Bastian y el otro no se han movido de su mansión. Encima dicen que no hay pruebas, que sería nuestra palabra contra la suya —dijo indignado Klaus.

—Quizás sea mejor no denunciarlo, al menos por ahora.

Klaus iba a protestar, pero Sabine se adelantó y lo calmó.

—Carlos tiene razón, tal vez es mejor que nos olvidemos de esto hasta llegar a Múnich, ahora creo que necesitamos descansar y tú te tienes que encargar de que te arreglen el coche.

—Tendréis razón, pero es que estos policías me han puesto de los nervios. Oye, ¿qué es esto? —preguntó extrañado al ver el sobre acolchado sobre el sillón.

—Eso... nada, un regalo del médico, me dan el alta y eso me lo dejan de recuerdo —mintió.

El viaje de vuelta fue todo un suplicio para Carlos, las reparaciones del coche de Klaus no fueron las mejores y provocaban que en cada curva el interior vibrara de una forma extraña y muy dolorosa para sus costillas. Se alegró mucho cuando divisó en el horizonte Múnich y a pesar de que quería llegar tan pronto como pudiera ser a su piso para descansar el resto del día, se obligó a pedirles a sus amigos que lo acompañaran a la comisaría donde trabajaba Jürgen. Suponía que el comisario le diría dónde podía encontrar a Jaume, el abogado no le dejó ninguna dirección de contacto y al no haber recuperado su teléfono era la única idea que se le había ocurrido para contactar con él.

Al principio, sus amigos se negaron en rotundo, pero tras su insistencia aceptaron con la condición de que luego irían directos a su piso.

El paquete que le dejó el detective lo puso en el maletero, decidió contarle a sus amigos lo que había pasado cuando lo dejaron solo. No sabía si fiarse de Joan y ahora que suponía que Wiegand no era el asesino y tenía demasiadas dudas con el detective, no sabía cuál debía ser su siguiente paso para desenmascarar al criminal.

Klaus los dejó lo más cerca posible y se fue a aparcar el coche, Sabine y él se acercaron a la comisaría.

Los hicieron esperar durante un cuarto de hora hasta que Jürgen los pudo recibir, no tenía cara de haberse alegrado de verlos y ni siquiera llegó a preguntar qué le había pasado a Carlos, simplemente les señaló las sillas para que se sentaran.

—¿Tienen más pistas de lo que le ocurrió a su exnovia? —preguntó directamente, malhumorado.

—No —contestó Carlos—, sólo quería pedirle un favor. Mi abogado,

Jaume Ruiz, estuvo aquí hablando con usted hace un par de días para preguntarle mi dirección...

—Lo recuerdo, demasiado arrogante, pero me enseñó unos documentos que necesitaba comprobar sobre tu coartada en Barcelona, comprobé que no eran falsos y le facilité tu dirección.

>>Los de tu salida del calabozo —explicó el comisario al ver la duda en la cara de Carlos— ¿Y bien?

—Querría saber si le dijo su dirección, necesito localizarlo para que me aconseje sobre poner otra denuncia...

—Ya, ahora a quién vais a denunciar. Vino al día siguiente y me contó algo acerca de una tontina y que iba a denunciar en tu nombre a un tal Vicente Delgado. Me dio otros nombres, que por si acaso apunté, aunque no creo que os lleve a buen puerto. Te diré lo mismo que a él.

>>No vamos a movernos más en este asunto hasta que un juez nos lo diga. No vamos a ponernos a buscar a un hombre por todo Múnich por un simple empujón. No vamos a actuar de intermediarios para que ensuciéis el nombre de uno de nuestros mejores conciudadanos...

—Ah, así que es eso, trabaja para Wiegand —interrumpió enfadado Carlos—. Entonces debería dirigirme a otro policía, uno que no cobre dinero público pero que se dedique a asuntos privados.

—Cuida esa lengua antes de que se vuelva en tu contra. Aunque viéndote creo que ya es tarde para hacerte esta advertencia.

—Me equivoqué al darte un voto de confianza, sólo eres una mario...

—¡Basta Carlos! —elevó la voz entre los dos Sabine, que hasta entonces había permanecido en silencio—. Disculpe a mi amigo. Sólo hemos venido para saber si su abogado le dejó alguna dirección de contacto.

—No —respondió tras un silencio incómodo en el que el detective no dejó de mirar fijamente a Carlos—. No lo hizo. Si es eso a por lo que han venido,

les pido que se vayan ahora mismo, tengo mucho trabajo y no puedo perderlo por juntar a dos conocidos.

Carlos iba a responder, pero Sabine lo agarró del brazo y le tiró en dirección a la puerta, la punzada que sintió fue lo suficientemente dolorosa como para que hiciera caso a su amiga y dejara al comisario en su despacho.

Klaus los esperaba en la puerta de la comisaría. Le contaron su infructuoso encuentro con Jürgen y se fueron en dirección a su piso un poco desanimados, Carlos esperaba que el abogado se intentara poner en contacto con él o incluso que hubiera ido a su piso y hubiera dejado alguna nota diciéndole dónde lo podía localizar.

Cuando entraron en su casa, ninguno de los tres prestó demasiada atención a un sobre marrón que habían deslizado por debajo de la puerta. Carlos se fue directamente a su cuarto y se echó sobre la cama, todavía necesitaría varios días de descanso para poder decir que estaba recuperado. Klaus y Sabine se prepararon algo de comer y se fueron al salón también a descansar, ninguno de los tres tenía demasiadas ganas de pensar en la investigación.

Fue Klaus el que lo recogió del suelo cuando fue de vuelta a la cocina, llamó a Carlos y se lo entregó.

—Supongo que no lo hemos visto al entrar, será de tu abogado.

Carlos lo abrió sin mucho cuidado y vio que no era de Jaume, sino una nota del cartero avisando que tenía que recoger una carta en la oficina de correos más próxima. Al principio la iba a dejar en la mesa, Klaus lo había despertado de golpe y no estaba todo lo espabilado que debería para darse la cuenta de todo lo que ponía en la nota.

—¿Tu hermano se llamaba Juan? —preguntó Sabine poco antes de que Carlos soltara la nota.

Le echó otro vistazo y la leyó con más atención. Tenía una semana para recoger una carta en la oficina de correos (la nota estaba fechada seis días

atrás), si no lo hacía para entonces, la carta sería remitida a Juan Aguilar Hernández. La dirección era la de su casa en Almería.

—No puede ser, ha debido ser un error. Mi hermano no ha podido enviarme esta carta, él...

—Seguro que ha sido el asesino —comentó Klaus—, para decirte algo. Hay que decírselo a la policía...

—Creo que tienes razón en parte —lo interrumpió Sabine—, pero no creo que haya sido para ponerse en contacto con Carlos, sino porque no puede recoger la carta que te envió tu hermano. La ha dejado justo hoy, cuando quedaba sólo un día para que recogieras la carta o fuera devuelta a España.

—Entonces esta carta la recogió justo antes de que yo llegara a Múnich, y él la ha tenido todo este tiempo.

—¡Suéltala! —exclamó Klaus—. Puede que tenga sus huellas. Debemos llevársela a la policía para que la analice.

—Si lo hacemos no podremos recoger la carta, además, no creo que nos escuchen. Ese Jürgen no querrá colaborar con nosotros.

>>Mañana iremos a la oficina de correos, pero con mucho cuidado, puede que el asesino nos esté vigilando y de todas formas luego llevaremos el sobre a la policía, le diremos a Jürgen que si nos quiere ayudar que eche un vistazo a la carta.

—Con lo que te hicieron es mejor avisar a la policía antes, imagina que lo cogen intentando quitarte lo que te envió tu hermano.

—No me preocupa, gracias a una visita en el hospital ya tengo el modo de protegerme.

Carlos les explicó lo que Joan le había dado en el hospital, abrió el sobre, sacó el revólver y lo dejó junto a la nota del cartero.

—¿No lo dirás en serio? —preguntó sorprendida Sabine.

—Pues yo creo que es buena idea —replicó Klaus—, deberíamos pillarnos una cada uno, si hubiera llevado un rifle en la Selva Negra no te hubieran ni tocado.

—No nos podemos convertir en asesinos, se supone que estamos persiguiendo a uno, buscamos justicia, no venganza, ¿es que no sabéis la diferencia?

—Yo no —contestó Klaus sonriendo.

—Está bien Sabine, esto es lo que haremos —dijo Carlos para tranquilizar a su amiga que miraba inquisitivamente a Klaus—. Llevaremos el sobre a Jürgen y le pediremos que lo analice, todavía no me fío de él y depende lo que nos diga actuaremos de una u otra forma.

>>Si acepta, de buen gusto le contaré lo del revólver y lo de la carta. Pero si no lo hace, cogeré el revólver y lo llevaré conmigo a la oficina de correos.

—Y yo me buscaré un par de rifles, un primo mío...

—No Klaus, sólo yo iré armado, tampoco vamos a empezar una guerra.

Su amigo asintió disgustado.

Metieron con mucho cuidado el sobre marrón en una funda de plástico y regresaron a la comisaría.

A pesar de que era ya eran más de las ocho de la tarde, Jürgen seguía en su despacho, el comisario los recibió muy malhumorado.

Antes de entrar, Sabine había insistido en ser ella quien hablara, tanto Carlos como Klaus se mantendrían al margen. Habían aceptado después de la reunión anterior sin oponerse demasiado.

—Otra vez por aquí. Espero que en esta ocasión no me hagáis perder el tiempo —dijo para recibirlos.

—No sé si sigue con ganas de investigar la muerte de la exnovia de Carlos, pero creemos que el asesino le ha mandado un sobre y se lo hemos

traído por si quiere analizarlo, sólo lo han tocado Carlos y Klaus y creemos que el asesino —le respondió Sabine.

El comisario no dijo nada, sólo alargó la mano esperando recibir el sobre. Sabine se lo entregó.

—¿Qué contenía?, supongo que no os lo enviaría vacío.

—Una amenaza, Carlos la tiró al suelo nada más leerla con tan mala suerte que cayó en el cubo de la fregona, así que sólo le hemos podido traer esto.

—¿Qué decía? —le preguntó a Carlos.

—Que lo iba a matar como a su hermano —respondió Sabine.

—No sé por qué, pero no me lo creo, es más, me estáis ocultando algo y hasta que no me digáis todo lo que sabéis no pienso ayudaros.

Sabine miró a Carlos, éste negó con la cabeza.

—Si quiere le podemos decir todo lo que sabemos de la tontina, de lo que nos pasó en la Selva Negra...

—Lo primero me lo contó su abogado —interrumpió Jürgen señalando a Carlos—. Lo segundo, me lo dijeron compañeros míos de Baden-Baden. Por si no me habéis entendido, quiero saber lo que realmente había en el sobre y por qué me lo estáis ocultando.

—Una nota del cartero para que recoja una carta de mi hermano fallecido —le contestó Carlos, harto de las insinuaciones del policía—. Le estamos pidiendo una vez más que nos ayude, si no lo quiere hacer díganoslo y no lo volveremos a importunar.

—¿Una carta de su hermano? y eso por qué debería ser importante.

—Ya lo entiendo, no estás trabajando para nadie, es eso mismo, simplemente no tienes ganas de trabajar en un caso que otro ya ha cerrado. Me diste una impresión equivocada el día que te conocí, creía que buscabas justicia para Carmen, pero veo que me equivoco —le respondió Carlos, que

acto seguido se levantó de su silla e invitó a sus amigos a que dejaran sólo a Jürgen—. Ya nos intentaremos buscar otro policía que nos quiera ayudar a detener a un criminal.

—Nadie aceptará ayudaros, ¿me escuchas?, nadie quiere investigar los delirios de un loco —respondió el comisario a gritos antes de que dejaran su despacho.

Estaba respirando el dulce aroma de la novedad, el hormigueo que sentía era comparable al que sufre un niño antes de montar en su primera atracción de feria o antes de abrir un regalo en Navidad. Estaba impaciente, pero no se podía dejar llevar por las prisas y los nervios o terminaría por cometer fallos que lo privarían de obtener lo que le pertenecía. Iba a matar de nuevo, en el extranjero, y eso conllevaba un mayor riesgo que el hacerlo donde se encontraba más cómodo, en su ciudad, pero también había mayor emoción, el peligro a que lo cogieran, que alguien desconocido lo reconociera o llamara inoportunamente a la policía al verlo entrar en aquel bajo con demasiados objetos de bricolaje.

Pero eso a él lo llegaba a excitar, esa sensación sólo la había tenido cuando mató a Ramón, su primera vez y ahora que volvía a sentir aquel nerviosismo por ver a su víctima se sentía mejor que nunca.

Había viajado a Múnich y había alquilado un bajo en el extrarradio de la ciudad, en un barrio donde predominaban los inmigrantes turcos. Tuvo que buscar una identidad falsa y pagar tres meses de alquiler para que no le preguntaran demasiado sobre su persona.

Allí lo había atado a la cama, su próxima víctima lo esperaba encima de la lona de cuero que cubría el colchón, todavía estaría dormido o quizás ya se había despertado y estaba intentando sofocar sus gritos bajo la mordaza que lo mantenía en silencio.

Entró en el piso, el olor a humedad le recordó que tendría que ventilar más de lo habitual la casa después de terminar su tarea. Encendió la luz y la televisión, una muy antigua que necesitaba de un par de golpes en el lateral para funcionar. Subió el volumen, cogió una bolsa de viaje y entró en la habitación.

Allí estaba, tal y como esperaba, aquel hombre que se comenzó a mover, nervioso, forcejeando con las cuerdas que lo ataban a la cama, notando un cambio en la atmósfera producida por su secuestrador. El aire del salón se mezcló con el de la habitación, el olor a humedad se entrelazó con el fuerte hedor del insecticida aumentando su impaciencia por comenzar.

Cerró la puerta suavemente, encendió la luz y se acercó a la cama, le quitó la venda a su víctima y se quedó mirándolo un tiempo para ver su reacción. El hombre se tranquilizó un instante, pero enseguida se puso a forcejear intentando inútilmente deshacerse de sus ataduras.

—Tranquilízate, sólo quiero hablar contigo.

El hombre no pareció escucharlo, a decir verdad no tenía mucho que hablar con él, pues sabía que no le podía decir dónde estaba lo que le pertenecía. Se le escapó una sonrisa que hizo que el hombre se agitara aun más, el fantástico placer de matar a Carmen había aclarado más cosas de las que se propuso al principio y todo gracias a las ocurrencias de Carlos.

Tuvo que darse mucha prisa para llevar el regalo que le había preparado a Carlos el día que llegó, fue toda una suerte que saliera con su amigo Klaus la misma noche en la que regresó a Múnich, eso le dio tiempo a revisar todo el piso y a dejar la cabeza de su exnovia en la cocina. Al principio había pensado dejársela en la cama, bajo las sábanas, pero luego pensó que eso quizás fuera demasiado para él, así que simplemente dejó el recipiente en la cocina y dejó el piso a la espera de que volviera.

Fue extrañamente fácil que le otorgaran el caso a Jürgen y que posteriormente gracias a su colaboración el caso se cerrara como un accidente, creía que después de Juan y Eduardo, tapar sus huellas le iba a costar más trabajo y más favores, pero se equivocó, su nombre seguía oculto y nadie sospechaba más de lo que él quería que lo hicieran.

Regresó de sus pensamientos para seguir con su ritual, el hombre seguía

inquieto, así que no le quitó la mordaza, no se fiaba demasiado de aquellas paredes y no quería levantar sospechas aun cuando había intentado pasar desapercibido desde que llegó a Alemania, y creía haberlo conseguido. Puso la bolsa con cuidado sobre el torso desnudo del hombre, éste comenzó a respirar nerviosamente y gimió al ver lo que sacaba de ella. Sus herramientas, primero su bisturí que lo dejó en la mesita de noche y luego unos alicates.

—Esto es por si no quieres hablar —le advirtió al hombre que intentaba negar con la cabeza—. Y esto por si comienzas a gritar —terminó diciendo a la vez que sacaba unas tenazas.

Tenía curiosidad en saber lo que le diría cuando le preguntara, aunque sabía que contestaría con alguna mentira para que lo dejara vivo, pero eso le añadía cierto encanto a la situación.

—Asiente si lo has entendido. En cuanto grites, te pondré de nuevo la mordaza y le daré trabajo a las tenazas.

El hombre se tranquilizó y asintió con dificultad, ya que tenía el cuello atado a la cabecera de la cama.

Le quitó la mordaza con una mano mientras con la otra sostenía las tenazas, para su sorpresa el hombre no gritó, sino que le habló con una calma sobrenatural para la situación en la que se encontraba.

—Te diré lo que quieras, sé lo que buscas y yo te puedo ayudar a encontrarlo aunque no sepa dónde se encuentra —le dijo para desconcertarlo un poco más.

Se esperaba una mentira, no la verdad, “quizás sea buena idea tranquilizarlo”, pensó.

—Si me respondes a todas las preguntas que te haga, puede que me plantee colaborar contigo sabiendo lo que buscas.

El hombre asintió.

—Supongo por tu respuesta que no sabes dónde estás, pero que sabes algo

que crees que yo no sé ahora mismo.

Volvió a asentir.

—Bien, pues dime qué es eso tan importante que sabes —estaba intrigado, lo había reconocido, eso estaba claro, y sabía que mentir no le serviría nada más que para que su muerte fuera más dolorosa.

—Te lo diré, pero antes, ¿me podrías dar agua?, tengo la garganta muy seca.

Aceptó, le recordó a la conversación que tuvo el día anterior con el camarero de un bar céntrico de Múnich y gracias a eso lo tenía ahora bajo control.

Desde que llegó a la ciudad bávara intentó pasear por sus calles, sobre todo por el centro, ya había viajado antes allí y no le resultó complicado memorizar dónde estaban los lugares más emblemáticos de la ciudad. En cuanto averiguó lo que Carlos pretendía hacer en Marienplatz, supo que era su oportunidad de cazar a su próxima presa. Lo preparó todo a la perfección y la única duda que tenía era si en realidad Carlos había conseguido encontrar algo que le dejó su hermano, de todas formas sabía que lo podía dejar pasar, llegado el momento sería suyo y ahora que había descubierto el placer del asesinato podía esperar un poco.

Carlos había descubierto la tontina y a casi todos sus miembros, sólo le faltaban dos que reconocer, por supuesto él los conocía a todos y sabía que estarían en aquella plaza el día en que Carlos los convocó. Era su oportunidad para seguir atando cabos, aunque el obtener lo que le pertenecía había pasado a un segundo plano frente al placer de acabar con los que le habían ocultado el premio; y ahora ellos iban a ser el aperitivo de su triunfo.

Ese día intentó coger al miembro más escurridizo de todos y lo consiguió. Poco después de que Carlos cayera al suelo lo vio salir de la plaza corriendo, no le fue difícil seguirlo sin que se sintiera perseguido, además contaba con la ventaja de conocer la ciudad mejor que él. Sólo tuvo que vigilar sus pasos

hasta que fue directamente al hotel donde descansaba. Entonces, regresó al piso que tenía alquilado y recogió tranquilizantes para usarlos más tarde. Cuando cayó la noche fue al bar del hotel, sabía que le gustaba tomarse una copa antes de irse a dormir, así que cuando su objetivo llegó y pidió la copa, “tengo la garganta muy seca” fue lo que le oyó decir al camarero, estuvo seguro que era el momento apropiado para actuar. No había bebido ni dos sorbos cuando fue al servicio, aprovechó para echar unos tranquilizantes en el vaso en un despiste del camarero que estaba ocupado atendiendo a dos mujeres jóvenes. Luego sólo tuvo que esperar en la sombra hasta que las pastillas hicieron su efecto. No quería que lo vieran juntos, pero no tuvo más remedio, su objetivo cayó al suelo y tuvo que hacerse pasar por su amigo, el camarero se alegró de no tener que hacerse cargo de un borracho y así poder seguir con su cortejo.

Pidió un taxi y lo llevó al piso donde ya tenía preparada la habitación donde acabaría con él. Esperaba que ni el taxista ni el camarero lo reconocieran llegado el momento, sino tendría que recurrir de nuevo a Jürgen y a sus desorbitados honorarios para que borrara las huellas.

Le dio de beber agua aunque sin desatarle el cuello, su experiencia le había enseñado que cualquier precaución era poca en esas situaciones.

—Vamos, desátame el cuello, sé quién eres y no debes temerme, podemos colaborar —le dijo después de toser.

—Cuando me digas lo que sabes quizás me lo plantee —respondió él ahogando su risa.

—Podemos sentarnos y hablar, debes confiar en mí...

—Te lo voy a dejar claro —se estaba impacientando—, o me dices ahora mismo lo que sabes y te desato después, o hago uso de las tenazas para que me lo digas. Tú eliges.

—Está bien, tranquilo, te lo diré. Juan, el hermano de Carlos, le envió una carta antes de viajar a Ceuta, me lo dijo a mí. Sólo tenemos que esperar que la

reciba y me lo cuente, ha llegado a confiar en mí, te lo aseguro.

No aguantó, comenzó a reír, sus carcajadas resonaron en la habitación provocando una mueca de terror en la cara del hombre que seguía atado. Le puso de nuevo la mordaza y cogió su instrumento favorito.

Le hundió el bisturí en la mejilla y el hombre se movió nervioso intentando, de nuevo sin éxito, librarse de sus ataduras.

—¿Con esa simpleza pretendías ganarte mi confianza? —le susurró al oído—. Ya tengo a alguien encargándose de eso, muy pronto esa carta estará en mi poder y tú, bueno, tú estarás metido ahí —terminó diciendo en voz alta señalando varios cubos de pintura.

El hombre se movió con unos espasmos descontrolados, él no lo resistió más y directamente le rebanó el cuello con el bisturí, la sangre salió a borbotones, cálida y rojiza apagó el resto de olores con su aroma cobrizo. No se pudo controlar ante aquella imagen, antes de que el hombre expirara su último aliento le infringió varios cortes en el tórax, cuando el cuerpo se relajó, sacó de la bolsa la sierra y se puso a cortarle las extremidades para luego echarlas en los cubos de pintura que ya estaban llenos de aquel insecticida blanco que tan buenos recuerdos le creaban.

Después de trocearlo pensó si quedarse con algún regalo para él, esa sería su primera obra que no utilizaría para obtener información o para alcanzar algún fin, simplemente lo había matado para eliminar a un miembro de la tontina y su cuerpo quedaría siempre atrapado en aquellos cubos que luego se encargaría de arrojar a algún lago o cubrir con hormigón en alguna obra.

Decidió guardar el corazón en formol, cuando regresara a España lo colocaría junto a los restos del cuerpo de Carmen. Había dejado hueco en su sótano para colocar todos sus trofeos en una estantería con vitrina de cristal que le permitiría observar todos sus logros. Ahora tenía dos objetivos, el primero no había cambiado, seguía queriendo recuperar lo que era suyo por

derecho, el segundo, era obtener un trofeo de cada uno de los miembros de la tontina, los mataría a todos y guardaría los corazones de ellos en su sótano, como de algunos miembros no tenía ya esa opción, completaría su colección con alguna parte de Carlos y sus amigos Klaus y Sabine. Le atraía la idea de atar a Sabine, era muy bella y se excitaba ante la sola idea de tenerla a su merced.

Terminó de guardar el corazón. Le tocaba limpiar, pero sus pensamientos habían avivado las ganas de matar de nuevo a una mujer, sabía que tenía que fregar todo el piso, pues aunque se había asegurado de usar una habitación interior, el olor podría alertar a algunos vecinos. Prefirió correr el riesgo, necesitaba salir de allí para alejar de su cabeza la intención de volver a matar a una mujer justo cuando acababa de trocear a aquel hombre.

Arrojó su ropa a un cubo de basura de metal, tras terminar de limpiar la quemaría. Se dio una ducha y más despejado salió en plena noche a dar un paseo por el barrio.

Ya no quedaban muchas tiendas abiertas a esas horas y no había nadie transitando las calles. Entró en una pequeña tienda de comestibles y compró unas bolsas de aperitivos, la cajera era una mujer mayor, decrepita y que hablaba mal el alemán y no entendía nada de inglés u otro idioma, terminó por bajar su lívido a un nivel que le hiciera olvidar el cometer otro asesinato.

Más tranquilo, regresó al piso, pero la suerte se le cruzó esta vez en el camino, doscientos metros antes de llegar al portal, se encontró de bruces con una pelea entre un hombre y una mujer, él observó la escena desde lejos, cuidando de no salir de las sombras de un callejón.

—Si no tienes dinero para pagar mis servicios, no haberme llamado, pero ahora me tienes que pagar el taxi —decía la mujer con un acento que denotaba que había nacido en algún país del Este, morena aunque parecía llevar peluca, vestía con una minifalda negra y un corpiño del mismo color.

—Ni hablar, no haber venido, me dijiste otro precio, ya te puedes ir y denunciarme si quieres, porque no pienso darte ni un solo céntimo — respondió el hombre a la vez que cerraba la puerta.

—Hijo de puta, cabrón. Ojalá te mueras —se quejó la mujer.

Esperó a que se acercara para salir de su escondite. Ella se asombró al verlo. No era tan bonita como Sabine, pero le serviría para lo que quería hacer.

—Siento haberte asustado. He escuchado la discusión sin querer. La verdad es que hay hombres que distan mucho de ser unos caballeros —le dijo dulcemente mientras le sonreía.

—Y tú, ¿eres un caballero? —le preguntó ella.

—No lo sé, pero si quieres te puedo demostrar lo que soy...

—Mi tarifa por hora es...

—No me importa, te pagaré lo que me digas, me gustas y creo que lo pasarás bien conmigo. Por el dinero no te preocupes, tengo suficiente —la interrumpió.

—¿Quieres hacerlo en el callejón?

—Prefiero ir a mi piso, está aquí cerca.

La mujer aceptó con gusto y lo agarró del brazo cuando él se lo ofreció. Caminaron en silencio hasta el portal, abrió la puerta y dejó que la mujer entrara en su piso primero, puso cara de estar oliendo algo que no le gustaba.

—Tuve que fumigar el patio trasero porque aparecieron termitas —le dijo.

Ella no le prestó demasiada atención, dejó el bolso en una silla y lo rodeó con sus brazos. Comenzó a besarlo, pero él la apartó, no necesitaba sexo en ese momento.

—Prefiero que lo hagamos en la habitación.

—Como quieras, mi caballero —respondió ella grácilmente.

Dejó que ella fuera delante, cogió una mordaza de un cajón del salón sin

que se diera cuenta.

—Uf, aquí el olor es mucho más fuerte —dijo la mujer nada más entrar.

No dijo más, pues le puso la mordaza por detrás, al principio ella se dejó, pero en cuanto él encendió la luz y la prostituta vio la cama manchada de sangre y restos humanos flotar en los cubos de pintura llenos de zotal, comenzó a forcejear. Era inútil que se resistiera, era suya y con su cuerpo apaciguaría su sed de matar a una mujer.

A partir del día siguiente podría pensar en recuperar lo que era suyo, pero esa noche se mantendría ocupado torturando y troceando a aquella prostituta. Luego arrojaría su cuerpo a algún vertedero, ella no era digna de formar parte de sus trofeos.

Tercera parte: El asesino.

No debió aceptar el dinero, ahora se arrepentía de haberlo hecho, tendría problemas económicos, pero no tendría que estar lidiando con un inspector joven con varios asesinatos en su conciencia.

—Brandeis insiste en saber por qué tienes interés en hacerte con este caso si tienes tanto trabajo —le dijo Adler, un compañero de su comisaría.

Fue él quien lo llamó a su oficina esa mañana temprano para informarle de que el joven inspector Brandeis requería sus informes de la muerte de la extranjera decapitada (como llamaban a Carmen) para un reciente crimen por si tenían relación. Jürgen se negó en rotundo, tenía mucho trabajo y se negaba a entregar la información que había recopilado a ese inspector que había sido el que más interés había puesto para que el caso no se cerrara.

Pero cuando recibió un escueto email a su correo firmado por “Tu agente literario”, tuvo que cambiar de idea.

No he tenido más remedio que salirme de lo acordado, te he dejado un regalo que tienes que desechar. El pago será el mismo que el de la última vez.

Tu agente literario.

Tenía que hacerse con el caso para intentar archivarlo cuanto antes, ese era el trato al que había llegado con aquel asesino del que todavía desconocía su identidad.

—Dile que voy para allá con los informes de la extranjera, que no toquen nada, mis asuntos pueden esperar —le dijo a Adler a la vez que cogía una subcarpeta de su oficina.

Habían encontrado un cuerpo entre basura esa mañana, se montó un pequeño revuelo en la oficina y el caso enseguida se lo dieron al nuevo, un joven inspector que había ascendido muy rápido gracias a que había tenido éxito en grandes operaciones contra bandas organizadas. Jürgen no le había dado importancia, pero tras recibir la llamada y el correo, ahora ese asunto le concernía de primera mano. Mientras conducía hacia su destino, tuvo tiempo de recordar cómo se había metido en ese problema.

Todo comenzó unas tres semanas atrás, recibió un email extraño en el que le decían que conocían sus deudas y que si necesitaba dinero lo podían ayudar siempre que colaborara en tapar algunos asuntos. Descartó el mensaje en el acto, pero tuvo que echarle de nuevo un vistazo cuando le llegó una carta a su domicilio, en ella se detallaban sus deudas y le dejaban hueco para que pusiera su precio por entorpecer investigaciones en Múnich. Guardó la carta por si le hacía falta en el futuro. Le tentaba, pero no se fiaba nada, podía ser una broma de mal gusto, o una investigación interna de la policía. Así que no contestó al mensaje.

Al día siguiente, recibió otro correo ofreciéndole un pago, esta vez firmado por “Tu agente literario”, para que se fiara de su oferta le habían abierto una cuenta a su nombre en un banco suizo y le habían ingresado lo correspondiente al último mes de su hipoteca que no había pagado aun.

Tenía graves problemas financieros, se había separado de su mujer hacía un año y desde entonces todo había ido a peor. Le tenía que pasar la mitad de su sueldo a ella y la otra mitad se diluía en pagos cotidianos. Así que tuvo que pedir un préstamo para poder seguir pagando la hipoteca de su casa y las letras del coche, odiaba a los jueces y abogados, todo se lo daban a las mujeres, a él sólo le habían quedado las deudas. Ya llevaba dos mensualidades del préstamo de retraso y desde el banco le habían informado que en breve le pondrían un aviso de desahucio si no pagaba lo que les adeudaba de los meses anteriores. Así que cuando vio el segundo email, la tentación fue mayor que su sentido común. Llamó al teléfono que venía en el mensaje, un número de España, la voz que sonó al otro lado estaba

distorsionada, le fue imposible saber si se trataba siquiera de un hombre o una mujer.

Hablaron poco, no le dijo su nombre, le aseguró que no se trataba de un asunto policial y que sólo quería su ayuda a cambio de su favor económico. Él le dijo que no podía infringir la ley, era un comisario de homicidios y no estaba dispuesto a tapar ninguna muerte.

—Usted haga una llamada a su nueva cuenta en Suiza y comprobará cuánto nos podemos beneficiar mutuamente —respondió el desconocido—. Además, le digo que no tendrá que tapar ningún crimen mediático, sólo archive los casos que le indique y recibirá en su cuenta mucho más de lo que cree.

Esas fueron las últimas palabras que Jürgen escuchó de su interlocutor. Esperó un día para llamar a Suiza, cuando lo hizo, le confirmaron el dinero que tenía en la cuenta, le sobraría para pagar dos mensualidades de la hipoteca. Le dieron instrucciones para poder hacer transferencias y para que se hiciera con una tarjeta de crédito. Pensó que hasta que no usara el dinero no estaría inculpándose, pero no tardó demasiado en decidirse, aunque le contestaría al email aumentando su precio, si iba a infringir la ley lo haría por suficiente dinero como para vivir bien y sin complicaciones.

Para su sorpresa aceptó su precio a la primera, sin negociar, lo que lo llevó a pensar que quizás hubiera sido mejor pedirle más, pero sin saber lo que tenía que hacer prefirió no tentar demasiado a la suerte.

Dos semanas después de aquella conversación recibió otro email.

Te he dejado un regalo en Ismaninger Straße, en una vivienda que está alquilada por Carlos Aguilar, es amigo mío y no quiero que le hagas nada, quiero que siga libre y por supuesto, quiero que el regalo sea archivado cuanto antes sin que mi amigo se entere. Que tenga toda la seguridad que no vas a parar hasta que el autor del regalo tenga su merecido.

Tu agente literario.

Esperó con impaciencia a que le avisaran de algún crimen en la calle que le había indicado en el mail, comprobó su cuenta en Suiza y ya le habían hecho el ingreso, con eso ya podría estar tranquilo todo un año. Recibió un aviso de madrugada y acudió al lugar pidiendo ser él el encargado de investigar ese asesinato.

Cuando vio la cabeza de aquella chica flotando en zotal supo que tenía que andar con mucho cuidado, su nuevo socio era sumamente peligroso.

Antes de archivar el caso investigó un poco a Carlos, descartó que hubiera sido él llamando a Barcelona. Tenía amigos en España y fue a ellos a quienes les encargó (por una módica cantidad de dinero) que simularan un accidente de tráfico y que se encargaran de que no investigaran la muerte de Carmen.

Consiguió archivar el caso, aunque tuvo algunos inconvenientes, el mayor lo encontró en aquel joven inspector que acababan de destinar a su comisaría. Casi nadie lo conocía, no llevaba ni una semana trabajando con ellos cuando sucedió el crimen y aun así fue el que más se interesó en el caso, quiso ayudarlo y aun habiendo rechazado su ayuda siguió dejando informes sobre Carmen, sobre Klaus y más tarde sobre Joan Ramón Sánchez.

Fue una casualidad que surgiera su nombre, pues Joan era uno de los amigos a los que llamó para que simularan el accidente de tráfico, se había negado porque estaba en un viaje de negocios, pero cuando regresara a España lo ayudaría en lo que pudiera. Cuando lo encontró en Múnich tras una pelea con Carlos sospechó de él, si había estado en Múnich por qué no lo había llamado. Prefirió no hacerle la pregunta, lo saludó y lo dejó en libertad. Fuera o no su acreedor, seguía siendo su amigo y se sintió más cómodo al archivar el caso, quizás no estuviera trabajando para un peligroso asesino, tal vez sólo le estaba haciendo un favor a un viejo amigo.

Brandeis protestó por el archivo del caso, no se quedó conforme ni cuando Jürgen le mostró los documentos de las autoridades españolas sobre la muerte

de Carmen. Tuvo que quejarse a su superior que amonestó sin dudarle al joven inspector. Aun así siguió atosigándolo con informes y extrañas sociedades creadas para obtener objetos ilícitos.

Tuvo que reconocer que además de terco, Brandeis era bueno en su trabajo, sobre su escritorio tenía informes de su amigo Joan, de un tal Vicente conocido de Carlos, incluso de un prominente ciudadano alemán como era Volker Wiegand, a todos ellos los relacionaba de alguna forma con la muerte indirecta de Carmen. La línea que unía su hipótesis era muy delgada, pero lo suficientemente gruesa como para reabrir el caso. Así que Jürgen terminó por presentarle las pruebas de Brandeis a su superior, pero un poco tergiversadas, se centraba en la acusación a Wiegand y los débiles eslabones que lo unían a Carmen.

Con ello consiguió que el joven inspector dejara de entrometerse en sus asuntos y también algo más, pues unos días después del crimen, Volker Wiegand en persona se puso en contacto con él. Se había enterado que había investigado a Carlos Aguilar y necesitaba un favor que pagaría con mucho gusto. Descartó que Wiegand fuera el asesino, aunque no del todo, pues primero le pidió que intentara hacerse con un paquete que le iban a entregar en Marienplatz a Carlos y después de ese día, que archivara cualquier denuncia contra él o alguno de sus hombres.

Sería muy extraño que Jürgen archivara dos casos relacionados con Carlos en tan poco tiempo y más estando todavía atento el joven Brandeis, así que le aconsejó a Wiegand que si iba a hacer algo ilegal, lo hiciera fuera de Múnich, a ser posible fuera de Baviera, incluso le sugirió un posible lugar, Baden-Baden, en la región de Baden Württemberg, lo suficientemente lejos de Múnich como para que Brandeis no sospechara y con ciertos contactos que le permitirían cerrar cualquier caso no demasiado importante en unas pocas horas. Wiegand le aseguró que no lo necesitaba para asuntos de mucha gravedad, pero que le pagaría bien llegado el momento.

Cuando supo de la reunión por boca del propio Carlos, decidió vigilar la plaza e intentar, llegado el momento, recuperar el paquete para Wiegand, se estaba manchando las manos quizás en demasía, pero ya no le importaba, sabía que tanto el asesino, como Carlos y Wiegand estaban relacionados y esa relación no iba a durar eternamente, así que debía aprovechar la ocasión para

hacer todo el dinero que pudiera.

Fue algo decepcionante ver que toda aquella parafernalia montada por Carlos sólo había sido una treta mal organizada por el español, supo enseguida que Carlos no terminaría bien y se lo confirmó una llamada de un viejo conocido suyo un par de días después, cuando lo informó de que un tal Klaus quería denunciar a Volker Wiegand y a dos de sus hombres por haberle dado una paliza a Carlos Aguilar. Le convino a que los convenciera para que no denunciaran y si no lo conseguía, que extraviara la denuncia antes de que llegara a cualquier comisaría.

Antes de aquello recordó que el abogado de Carlos fue a visitarlo exigiendo información de su cliente y sobre todo lo que supiera del hermano de Carlos, de un hasta entonces desconocido Vicente y de Volker Wiegand. Al principio se negó a revelar cualquier tipo de información, odiaba a los jueces, pero más aún a los abogados, los detestaba y más desde el divorcio con su exmujer, los consideraba parásitos, chupasangres que no dudaban en usar cualquier arte para sacarle el dinero a la gente. Pero cuando avanzó la conversación, vio la oportunidad de ganarse una posible coartada en caso de necesitarla, si lograba convencer al abogado de Carlos de que él había hecho todo lo posible en el caso de su exnovia y que seguía investigando el asunto pese a la reticencia de sus superiores, quizás conseguiría que nadie sospechara de sus confabulaciones llegado el momento.

Así que sin dudarle le dio información reservada a aquel abogado y le prometió que ayudaría en lo posible a su representado. Ahora se daba cuenta de que no lo debía haber hecho, ya que cuando Carlos y sus amigos regresaron de Baden-Baden admitió todo lo contrario, lo enervaron, no se pudo controlar y estuvo a punto de mandarlos al calabozo con cualquier excusa, las acusaciones que recibió le dolieron, no tenían pruebas de ningún tipo y sospechaban, bien por lo que había sucedido en Baden-Baden o bien por su desinterés en escucharlos, y sin embargo lo habían acusado de trabajar para intereses privados. Por suerte, Brandeis, no se encontraba en la comisaría y no vio aquel espectáculo, se prometió que en adelante mantendría la calma

dijeran lo que le dijeran.

Por fin llegó al lugar del crimen, en una entrada al Englischer Garten. La zona había sido acordonada, pululaban policías, periodistas y todo tipo de curiosos. Enseñó su placa a uno de los policías encargados de evitar que traspasaran el cordón policial. Miró hacia la calle más cercana, sabía que allí vivía Carlos, la posibilidad de que él fuera el asesino se le cruzó como un fugaz pensamiento. Tenía que ser una advertencia, si era él los estaba engañando a todos.

—¿Esos son todos los informes sobre el caso de la extranjera? —le preguntaron con arrogancia desde su espalda.

Reconoció la voz, era Brandeis, aquel joven inspector tenía el carácter orgulloso de alguien experimentado, alguien que no tiene nada que perder y que se cree mejor que el resto por el simple hecho de la experiencia que ha recogido en sus años de investigación, con la salvedad de que aquel joven no tenía ni la cuarta parte de su antigüedad.

—Estos son los más importantes, el resto están en el archivo de la comisaría. Dime qué es lo que has encontrado y las pruebas que habéis recopilado —respondió Jürgen.

—Lo siento, pero no te puedo informar. El juez ha decretado secreto de sumario, así que como jefe de la investigación no puedo informar a nadie externo a mi equipo —dijo mientras agarraba su carpeta.

—Si tiene relación con mi caso, yo debo ser quien lo investigue —le contestó—. Déjame que haga un par de llamadas y me reuniré contigo, procuraré que te den un caso fácil para que lo puedas llevar.

Tenía que ser él quien llevara el caso para poder cerrarlo a su debido tiempo sin culpables, llamó al jefe de policía de su comisaría, tenía que convencerlo de que él tenía ventaja sobre Brandeis y que el joven inspector era demasiado irrespetuoso como para llevar un caso tan importante.

—Es bueno, Jürgen, y tiene contactos importantes. Lo único que puedo hacer es meterte en el caso para que lo ayudes —le comentó su superior cuando intentó convencerle para que sacara a Brandeis del caso.

—¡Para que le ayude!, vamos, no me jodas, tengo más experiencia que él y si de verdad estamos ante un asesino en serie, sabes que yo soy el ideal para este caso —respondió encolerizado.

—¿Sabes la última llamada que he recibido?, era un amigo mío, periodista, me avisaba que su periódico iba a publicar un artículo sobre el *descuartizador de Múnich*. Así es como han llamado al asesino de esa pobre muchacha. ¿Entiendes lo que significa? —Jürgen no le respondió, sabía a dónde quería llegar su jefe—, que como no se cierre el caso pronto y con un culpable tendremos un juicio mediático alrededor de nuestra comisaría.

>>Intentaré que tú seas el que lleve la investigación, pero no puedo quitar a Brandeis, lo único que puedo hacer es que seáis compañeros y llevéis el caso entre los dos y por favor, intentad que la prensa no obtenga más información.

Jürgen colgó el teléfono con rabia, eso era un problema, pero tenía que cerrar el caso, daba igual cómo, no podía permitir que Brandeis descubriera su conexión con el asesino.

Entró en el cordón policial y se acercó al joven inspector.

—¿Se han llevado el cuerpo? —preguntó cuando llegó a su altura.

—No, pero no puedes verlo, a no ser que me quieras dar ahora mismo toda la información que tienes sobre este caso, sabes que...

Brandeis se calló al escuchar su teléfono móvil, Jürgen sonrió y sin el permiso del joven inspector se dirigió hacia donde creía que estaba el cuerpo.

Los policías que pululaban cerca lo miraron con recelo, se acercó a dos forenses que estaban recogiendo pruebas de la escena del crimen.

—Contadme qué es lo que ha pasado aquí y qué habéis encontrado.

Ambos dudaron si contestarle, miraron a Brandeis que hablaba acaloradamente por su móvil.

—Decidme los datos del fallecido y en qué estado lo han encontrado — insistió.

—El cuerpo es de una mujer caucásica de unos treinta años de edad, sus extremidades y su cabeza fueron cortadas antes de ser arrojadas aquí. Fue desangrada y luego bañada en una especie de insecticida que estamos intentando reconocer. No hemos encontrado restos de violencia antes de la muerte, aunque en la morgue podremos hacer un análisis más profundo. Todo nos hace pensar que fue degollada y sangrada con vida. Estamos buscando restos...

—Era prostituta, Eva Libnova, rusa, veintinueve años —interrumpió desde su espalda Brandeis—. La encontró un joven de camino a su trabajo, vio a un cuervo picoteando algo entre el follaje. Lo hemos descartado como sospechoso. Confiamos en que el asesino dejara alguna huella o algún resto en el cuerpo. No hemos encontrado sus ropas lo que me hace pensar que las puede tener todavía el asesino o estén en otro lugar. He dado orden de que se nos avise en el caso de que alguien encuentre ropas de mujer arrojadas en algún lugar insólito.

—Bien, veamos tus informes y dejemos trabajar a los forenses, quiero saber tus teorías sobre este caso —dijo Jürgen más tranquilo, sabiendo que el asesino se habría deshecho de la ropa convenientemente y sería extraño que alguien avisara por encontrar ropa en cualquier lugar.

Además, con suerte, si el asesino había lavado bien el cuerpo y nadie lo había visto arrojarlo en aquel parque, no le debería resultar muy difícil cerrar el caso sin que se investigara demasiado.

—Creo que quien mató a la extranjera mató también a esta prostituta, esperemos tener suerte con el móvil de Eva —comenzó diciendo Brandeis cuando se alejaron un poco de la escena del crimen—. He tenido suerte con este crimen, mientras te esperaba, logré contactar con una mujer que fue la que me llevó a dar identidad a nuestro cuerpo. Era su compañera de piso, también prostituta, había denunciado que no había regresado anoche después de salir a

dar un servicio a un particular. Un compañero le dio la descripción del cuerpo que encontramos, llegó hace media hora y nos dio los datos que necesitábamos.

>>Nos dijo que su compañera siempre llevaba su móvil encima y le decía dónde iba a dar sus servicios. He contactado con la empresa de telefonía para que nos diga su última localización disponible y ahora iba a ir a hablar con mi principal sospechoso.

>>Demir Yildiz, alemán de ascendencia turca, tiene antecedentes por hurtos menores, no creo que sea nuestro asesino, pero no se puede descartar.

—Bien, iremos los dos juntos a verlo mientras esperamos los resultados de la compañía telefónica —dijo algo más intranquilo—. Iremos en mi coche, deja el tuyo aquí, ya lo recogeremos a la vuelta.

Brandeis no protestó, lo siguió pacientemente mientras le daba las indicaciones de dónde vivía Demir.

Por el camino, Jürgen pensó en las formas que tenía para cerrar el caso lo más rápido posible, el más sencillo era culpar al hombre al que iban a ver, esperaba que el verdadero asesino se hubiera deshecho del móvil y la ropa de la prostituta y que la empresa telefónica no diera ningún dato demasiado esclarecedor. Eso evitaría problemas futuros con la prensa, sólo le tendrían que decir que su descuartizador era Demir Yildiz.

Llegaron a la dirección que le había proporcionado Brandeis, era un barrio de edificios antiguos de varios pisos, la mayoría de los que habitaban aquellas viviendas eran inmigrantes o descendientes de inmigrantes.

En el portal había varios niños jugando con las puertas abiertas, los miraron con recelo, pero en cuanto entraron en el edificio, siguieron jugando.

Llamaron a la puerta del primero derecha. Jürgen escuchó el móvil de Brandeis, pero el joven inspector no hizo ademán de responder o leer un mensaje que le hubieran mandado.

—Será de la compañía telefónica, después de entrevistar a Demir le

echaremos un vistazo.

—Déjame ver, mejor saber todo lo que podamos antes de preguntar, no podemos dar nada por sentado, podría ser el asesino.

El joven inspector le pasó el móvil con desgana. Jürgen no era un experto en últimas tecnologías, aun así no le pidió ayuda para encontrar el correo que le había llegado a Brandeis.

Un hombre de mediana edad abrió la puerta, no era demasiado corpulento aunque sí tenía sobrepeso, olía como si no se hubiera duchado en días.

—¿Es usted Demir Yildiz? —preguntó Brandeis después de un silencio incómodo.

—Sí, qué queréis —respondió con una voz ronca el hombre.

—Somos inspectores de policía. ¿Conoce o ha visto alguna vez a esta mujer? —le preguntó Brandeis enseñándole una foto de Eva Libnova.

—No, por qué la habría de conocer —replicó nervioso el hombre.

—Una de sus compañeras nos ha asegurado que usted pidió sus servicios anoche.

—Yo no...

—¿Quién es Demir? —preguntó una voz de mujer desde el interior del piso.

El hombre no respondió, cerró la puerta a sus espaldas.

—La llamé, pero no hice nada con ella, no quiso entrar en mi casa y encima mi madre —dijo nervioso mientras miraba hacia a la puerta—, llegó un día antes de lo que esperaba.

—¿Quiere decir que su madre estaba aquí cuando llegó Eva?

—No, bueno, sí. No estaba cuando no quise que entrara, pero llegó poco después...

—¿No has dicho que ella no quiso entrar?

—Sí, bueno, ella no quiso, y yo cuando me enteré que mi madre...

—¿Podría salir tu madre? —preguntó Jürgen que hasta ahora había estado mirando el informe de la empresa telefónica.

Esperaron hasta que la madre, una mujer mayor que llevaba hiyab y vestía de negro, salió al rellano.

—Brandeis, llévate al piso de abajo a Demir, yo entrevistaré a la madre.

Jürgen se quedó callado esperando que el joven inspector desapareciera de su lado, aprovechó para revisar el informe de la compañía telefónica, lo eliminó del móvil de Brandeis y se reenvió el mensaje, luego eliminó todo rastro del archivo del teléfono del inspector.

—¿Usted vive aquí junto con su hijo? —le preguntó a la mujer que se mostraba ya impaciente.

—Sí, aunque a veces visito a mi madre en Desden.

—¿Ayer fue uno de esos días?

—No, ayer estuve visitando a una prima y me quedé en su casa.

—¿Cuándo regresó?

—Esta mañana... ¿ha hecho algo malo mi hijo? —preguntó la mujer con voz entrecortada.

—Oh, no. No se preocupe, es simple rutina por la desaparición en el barrio de una joven.

—¿Quién?, ¿la conocía mi hijo?

—No se preocupe señora, regrese dentro, su hijo la seguirá en breve.

Jürgen le sonrió a la mujer, pero ésta debió notar algo, porque no le devolvió la sonrisa y se quedó esperando a su hijo en el rellano. Estaba pensando cómo podría cerrar el caso, al menos ya sabía cómo alargar la investigación y mantener ocupado a Brandeis y a la vez tenerlo alejado del verdadero asesino. Sólo tendría que ocultar parte del informe de la empresa de telecomunicaciones para inculpar a Demir, no tenía coartada y eso le facilitaría el buscar otra salida mientras estuviera en la cárcel y aunque su abogado se hiciera con el informe, no podrían descartar fácilmente a Demir como sospechoso.

—La única coartada que tiene es su madre —le dijo Brandeis cuando regresó con Demir y éste entró en el piso—. Dice que se fue y no se interesó más por ella. ¿Hay algo interesante en el informe?

—Sí, además, la coartada se le ha caído aunque puede que tengamos problemas si habla con la madre. Ella me ha confirmado que no estuvo aquí en toda la noche, llegó esta mañana y en el informe colocan el teléfono móvil en esta zona, luego se apagó —mintió Jürgen—. Me lo he renviado para imprimirlo en la oficina, aunque creo que te lo he borrado sin querer, cuando lleguemos a la comisaría te lo envío de nuevo.

—Está bien, voy a empezar a entrevistar a los vecinos, puede que alguno viera o escuchara algo, aunque me cuesta creer que él la haya matado y de la misma manera que a la extranjera.

—No podemos descartar nada. Llamaré a la central para que alguien nos ayude, yo tengo que cerrar un caso y de paso te mandaré el informe y revisaré el caso de la extranjera por si pudiera tener alguna relación con Demir o con la prostituta.

—Te llamaré si hay alguna novedad.

Jürgen se despidió de Brandeis y llamó para que mandaran un par de hombres, aunque les dijo que no había prisa, era mejor que el joven inspector estuviera entretenido durante un tiempo para que él pudiera actuar con paciencia.

No fue a la comisaría demasiado pronto, primero quería ver la última localización del móvil de la prostituta, le incomodaba estar al servicio de un asesino, estaría más tranquilo si sabía para quien trabajaba, llegado el momento podría incluso acabar con él para evitar que lo inculparan de algún modo.

Según el informe, el móvil había estado encendido hasta las cuatro de la mañana localizado en una zona cercana al piso donde vivía Demir, no estaba claro al cien por cien el lugar exacto, pero según el mapa era fácil pensar que las probabilidades dejaban sólo a dos bloques de pisos como los más probables. Jürgen aparcó cerca y esperó sentado en su coche para intentar averiguar quién era el asesino.

Pasaron varias horas y pese a que hubo mucho movimiento en ambos bloques de entradas y salidas, no reconoció a nadie, se hubiera rendido de no saber que el asesino había sido el mismo que el que mató a la extranjera, pero tuvo que desistir antes de tiempo debido a un mensaje que llegó a su correo.

Tu objetivo no es saber quién soy, sino evitar que mi nombre salga a la luz. Si quieres que sigamos con nuestro acuerdo, te aconsejaría que no intentaras conocerme.

Tu agente literario.

¿Lo habría visto?, había sido descuidado, si supo de sus deudas, seguro que sabría cuál era su coche, seguro que estaba atento a sus movimientos.

Resignado y algo dolido consigo mismo por ser tan incauto, regresó a la comisaría, pero con un pensamiento, no se dejaría controlar por un asesino, tenía que descubrir quién estaba detrás y si podía, intentaría sacar más dinero.

Tal vez Volker Wiegand estaría interesado, incluso Carlos podría pagar por esa información.

Al entrar en la oficina llamó a Alder, un compañero que llevaba en aquella comisaría casi el mismo tiempo que él.

—¿Estás ocupado, podrías hacerme un favor? —le preguntó nada más entrar en su despacho.

—Por supuesto, Jürgen, sólo me queda un informe que completar. ¿Es algo relacionado con el caso de Brandeis?

—Ya no es el caso de Brandeis, es el mío, pero sí, algo tiene que ver. ¿Puedes ir a esta dirección y fotografiar a cualquiera que entre o salga de estos bloques? —le pasó una nota con la dirección donde había estado vigilando—. No lles el coche de la policía, lleva el tuyo.

—¿Y eso, tengo que ir de incógnito? Me disfrazaré de ejecutivo.

—No te lo tomes a broma, Alder. No debes llamar la atención, contabilízalo como un gran favor que te voy a deber.

—Está bien, termino esos informes y voy para allá, pero la semana que viene mínimo me tienes que invitar a unas cervezas.

Jürgen sonrió a su amigo mientras salía de su despacho y se puso a pensar en la posibilidad de contactar con Volker Wiegand e intentar ofrecerle la información sobre el asesino, cabía la posibilidad de que Wiegand y el asesino estuvieran relacionados y el simple hecho de lo que iba a hacer terminaría con su carrera. Descartó esa idea pronto, no creía a Wiegand capaz de matar a nadie y además, todo le hacía pensar que el asesino provenía de España, aunque sólo fuera por el número de teléfono al que llamó para hablar con él.

Con la decisión tomada, llamó a Wiegand y le ofreció información sobre el asesino, Volker no pareció muy interesado al principio, pero luego le ofreció una suma más que considerable si era capaz de darle el nombre del criminal.

Cuando terminó la llamada se sintió mejor, estaba vendiendo sus servicios al mejor postor, pero al menos atraparía a un asesino y evitaría muertes con ello, aunque había algo que lo inquietaba y no sabía lo que era, esperaba terminar con aquella sensación en cuanto todo hubiera terminado.

Sabiendo que la policía no iba a ayudarles, Klaus, Sabine y él organizaron la recogida de la carta de tal forma que todo el alrededor estuviera vigilado.

La oficina de correos a la que tenían que ir estaba en una esquina de una avenida y una calle poco transitada, frente al Englischer Garten. Klaus esperaría con el coche en marcha a que Sabine y él salieran con la carta. Carlos llevaría el revólver, esperaba saber usarlo si surgían problemas.

Sabine dejó que Klaus condujera su BMW, ya que el coche que llevaron a la Selva Negra lo habían dejado en el taller para que lo revisaran. Llegaron a la oficina de correos, aparcaron y se mantuvieron a la expectativa. Observaron el lugar y no reconocieron a nadie, era media mañana y la calle estaba casi vacía.

—Arranca el coche, Klaus —ordenó Carlos—. Recuerda, si ves algo extraño o a alguien rondando la oficina llámanos al móvil.

Su amigo asintió e hizo lo que le pidió. Se habían comprado móviles nuevos y tuvieron que cambiar de número hasta que le remitieran nuevas tarjetas SIM con sus antiguos números. El abogado no se presentó en el piso de Carlos y éste se preguntaba si no le había pasado algo. No tenían noticias suyas ni de ninguno de los miembros de la tontina. La noche había sido tranquila y por la mañana se levantaron temprano para organizarse bien.

Sabine y él bajaron del coche y cruzaron la calle, entraron en la oficina de correos y se pusieron a esperar su turno. Su amiga se quedó cerca de la puerta para vigilar que nadie indeseado entrara sin que ellos se dieran cuenta.

Una anciana los miró con preocupación al verlos en ese estado de nervios, que si bien habían intentado ocultar durante el día, era obvio que en ese instante eran incapaces de mostrarse tranquilos.

Sabían que alguien, posiblemente el asesino, había recogido el justificante del cartero y había intentado recoger la carta sin éxito, y estaban seguros de que esa persona estaría al acecho para hacerse con ella cuando Carlos la consiguiera.

Llegó su turno, la anciana le dedicó otra mirada recelosa antes de dejarlo acercarse al mostrador.

—¿Recoger o enviar? —le preguntó la mujer que lo iba a atender.

—Recoger —respondió Carlos entregándole el resguardo.

—Me tiene que enseñar una identificación, esta carta sólo puede ser entregada a Carlos Aguilar Hernández.

Le enseñó el DNI y su carnet de conducir. La mujer lo observó durante un rato y luego desapareció entre las estanterías que había tras el mostrador. Al momento regresó con un sobre marrón en sus manos.

—Tome, tiene que firmar aquí —le dijo señalando un recuadro en la confirmación de recepción.

—Oiga, ¿recuerda si alguien se había llegado ya a recoger esta carta? —le preguntó mientras firmaba.

—Sí, claro, su hermana estuvo aquí dos veces para intentar recoger la carta por usted. Primero vino la semana pasada diciendo que usted estaba de viaje y no podía recogerla. Nosotros le dijimos que sólo se la podíamos entregar a usted o bien a otra persona siempre y cuando ésta trajera un documento acreditando en el que usted le daba permiso para recogerla compulsado por un organismo estatal. Se llegó ayer con una copia de su DNI, pero no estaba compulsado y no se veía bien el número, así que le dijimos que esperara a que usted volviese de su viaje. Se fue muy enfadada, pero nosotras sólo hacemos nuestro trabajo, compréndanos.

—¿Cómo era? —preguntó Carlos después de descartar que su hermana hubiera viajado hasta Múnich sin avisarle.

—Era morena, más o menos de tu edad, alta y extranjera —contestó la mujer con algo de desconfianza.

Enseguida le vino a la memoria la mujer que había visto Marienplatz, seguía sin recordar dónde la había visto, pero estaba seguro que tenía algo que ver con la tontina.

—¿Algo más señor? —le preguntó la mujer mientras miraba al resto de la cola.

—Sí, ¿me podría dar un sobre idéntico a este?

Se guardó ambos sobres en la chaqueta y esperó a que Sabine le hiciera una señal que le indicara que todo estaba bien fuera de la oficina.

—El resguardo lo tenía la mujer que vi en Marienplatz, tenemos que dar con ella, si no es miembro de la tontina tiene que saber algo y creo que puede estar relacionada directamente con el asesino.

Sabine no le contestó, miraba atónita a donde debía estar Klaus con su coche, en su lugar había aparcada una furgoneta.

—¿Dónde se ha metido Klaus?

—Puede que haya aparcado en la avenida —respondió él algo enfadado.

—No se le puede mandar...

Sabine se calló de repente y se detuvo en el acto. Carlos creyó que había visto a Klaus, pero cuando fijó su mirada en la de su amiga supo que algo no iba bien.

Una mujer morena salió de detrás de Sabine, era la misma que había visto en Marienplatz y que aún no recordaba dónde la había visto antes. Llevaba ropa oscura y un jersey de cuello alto manchado de carmín rojo que le tapaba parte de la barbilla.

—Dame la carta —fue lo que le dijo.

—¿Quién eres? —preguntó él.

La mujer sonrió, la luz del Sol se reflejó en sus dientes blancos y Carlos recordó dónde había visto antes esa sonrisa.

—Dame la carta o tu amiga lo va a pasar muy mal —respondió la mujer dando un paso hacia la derecha, dejando ver una pistola.

Carlos llevaba el revólver en uno de los bolsillos de la chaqueta, ahora era su oportunidad para usar el arma.

—Está bien —dijo y metió con cuidado la mano en el bolsillo del revólver, agarró la culata con fuerza y sacó torpemente el arma para apuntar sin mucha decisión a la mujer.

Ésta, se apartó con una rapidez felina y se cubrió por completo con el cuerpo de Sabine.

—Ahora mismo podría matarte a ti y a tu amiga, pero no os deseo ningún mal, sólo quiero la carta de tu hermano, dámela, guarda el revólver y podremos irnos cada uno por nuestro lado.

—Haz lo que dice —dijo Sabine.

Carlos notó que a su amiga le temblaban las piernas, pero no tanto como a él la mano. No estaba acostumbrado a empuñar armas y menos a apuntar a otras personas. No dudó demasiado, arrojó el revólver a los pies de Sabine y sacó un sobre del otro bolsillo.

—Está bien, aquí tienes —dijo estirando el brazo.

La mujer se apartó de la figura de Sabine y asió la carta con fuerza. Carlos se resistió al principio, pero viendo la cara de su amiga desistió en favor de aquella mujer.

—Tienes que tener cuidado con el asesino, no te perdonará la vida si sabe que tienes información —advirtió Carlos con voz dura.

La mujer le respondió con otra sonrisa embriagadora. Alejó el revólver de Carlos de una patada y justo cuando iba a decir algo miró asombrada a la avenida por encima del hombro de Carlos. Rodó hacia un lado, dio un salto y huyó despavorida.

—¡Cuidado! —gritó Sabine a la vez que se apartaba del camino de su propio coche conducido por Klaus.

Carlos lo esquivó en el último momento aunque recibió un golpe de uno de los retrovisores en el hombro.

—¿Pero qué has hecho? ¡Nos has estado a punto de atropellar! —gritaba Sabine cuando Carlos se repuso algo dolorido.

Miró a su alrededor buscando a la mujer, pero ya no estaba, había escapado dejándose atrás su arma. Carlos se agachó y recogió la pistola, luego fue a por su revólver y sin decir nada a sus amigos subió al coche. Klaus y Sabine, preocupados le pidieron que bajara la ventanilla.

—Hay que irse de aquí antes de que venga la policía, no tengo ganas de explicar de dónde he sacado dos armas.

Sabine subió al lado del conductor y sacó el coche de la acera justo cuando se comenzó a arremolinar gente a su alrededor. Ella fue la que condujo de vuelta.

Subieron al piso en silencio, sus dos amigos habían pasado de la expectación a la preocupación durante todo el camino. Carlos no había dicho palabra, había estado sumido en sus pensamientos intentando descifrar qué hacía aquella mujer allí y por qué quería la carta de su hermano.

—Tenemos muchas cosas que hacer —les dijo a sus amigos con gesto serio en cuanto pasaron el umbral de la puerta—. Lo primero de todo es que tú, Klaus, dejes de intentar matarnos por una vez, ¿qué se te pasó por la cabeza para intentar atropellarnos?

—Creo que habéis subestimado mi colaboración. Os recuerdo que esa

mujer os estaba apuntando con un arma, yo sólo actué para libraros de ella.

—Para empezar deberías haber estado donde aparcaste y no comenzar a dar vueltas por ahí —le recriminó Sabine.

—No tuve más remedio, era un lugar de carga y descarga y vosotros estabais tardando demasiado, luego busqué otro aparcamiento pero me fue imposible.

—¿Imposible? Haberlo aparcado en la acera, de todas formas al final lo subiste...

—Vale, déjalo Sabine. Está claro que sólo quiso ayudar —intentó tranquilizar a su furibunda amiga—, pero por dios, Klaus, la próxima vez piénsalo bien antes de actuar.

—Pero si es lo que hice.

Tanto él como Sabine lo miraron de tal modo que Klaus prefirió no continuar hablando.

—Dejémoslo en que tienes que pensar un poco más tus actos —continuó Carlos—. Me dijiste que conocías a alguien que podía hacerse con armas.

—Sí, un primo mío.

—¿Además de vendernos armas y balas crees que podría enseñarnos a disparar?

—Por...

—¿No pretenderás que llevemos armas?, ¿no pretenderás recuperar la carta de tu hermano a punta de pistola? —preguntó incómoda Sabine.

—No, lo único que quiero es que no me pase lo que hoy. Podría haber sacado el revólver antes y podría haber apuntado con más seguridad a esa mujer si hubiera disparado al menos una vez antes de hoy. No sé si es del todo buena idea, pero está claro que a los que perseguimos y de los que somos objetivos están armados y ya nos podríamos haber evitado dos sustos de haber

llevado armas y saber usarlas.

—Pero si para coger a un asesino terminamos matando, nos convertiremos en eso mismo, en asesinos. No estoy dispuesta a eso.

—Sabine, no tenemos que matar a nadie, sólo usaremos las armas para protegernos, no tenemos que disparar a nadie y no es mi intención hacerlo.

Su amiga no se mostró conforme, pero lo dejó continuar.

—¿Puedes quedar con él esta tarde? —le preguntó a Klaus.

—Sí, claro, le daré un toque o iré a verlo ahora, tengo que ir a por mi coche al taller. De paso le haré una visita, porque no creo que Sabine me vuelva a dejar el suyo.

—De eso puedes estar seguro, ya puedo quedarme coja y ciega que serías la última persona a la que le dejaría conducir mi coche.

—Vale, iremos a por tu coche y luego visitaremos a tu primo. A partir de hoy ninguno de los tres iremos solos a ningún sitio. Ya hemos comprobado hoy que nos siguen y que harán cualquier cosa por conseguir toda la información que tengamos, así que iremos a todos los lugares juntos.

—Pero Carlos, recuerda que la mujer sólo quería la carta de tu hermano y ya no la tenemos...

—No, la seguimos teniendo —interrumpió Carlos a Sabine mostrándole el sobre que tenía en su interior la carta de su hermano—. Y eso me lleva al tercer punto del que os quería hablar. Sin saber el contenido de esta carta hemos avanzado mucho hoy en nuestra investigación. He recordado dónde vi a esa mujer y aunque me plantea más preguntas que respuestas puede que nos acerque al asesino.

—¿No puede ser ella la asesina? —preguntó Sabine—. Hemos supuesto que el asesino de tu hermano era un hombre, pero creo que no deberíamos descartar que fuera una mujer. Noté su fuerza cuando me agarró por detrás y sabemos que tiene acceso a armas, así que no podemos eliminar esa

posibilidad.

—No la estoy descartando, de hecho esa es una de las preguntas que me plantea saber quién es.

—¿La conoces? —le preguntó sorprendida Sabine.

—Sí, aunque sólo la vi una vez y no era morena sino rubia. Es la secretaria de Jaume —dijo por fin ante la incredulidad de sus amigos.

—Eso significa que tu abogado...

—No lo sé —interrumpió Carlos—. Sí recuerdo que en Marienplatz me contó que su secretaria le había preguntado por las tontinas y luego fue un compañero el que le preguntó en el funeral de su hermano, puede ser que ella y el compañero sean miembros de la tontina...

—O puede que Jaume sea miembro de la tontina.

—Como ya he dicho, no podemos descartar nada, lo único que podemos hacer es localizar a Jaume y hacerle todas las preguntas que tengamos para él, quizás se sorprenda tanto como yo de que su secretaria esté metida de alguna manera en el asesinato de nuestros hermanos.

>>Pero primero, antes de ir a ningún sitio, necesito saber lo que me escribió mi hermano.

—Klaus, ven al cuarto, dejemos a Carlos solo.

Sus amigos lo dejaron solo en el salón. Allí entre sus manos tenía las últimas palabras que le habría dedicado su hermano, esperaba que fueran más amables que las que se dijeron tiempo atrás en Múnich y aun con esa esperanza tenía miedo de leer la carta. El último legado de su hermano lo podía herir de muchas formas, pero también podía aclarar mucho sobre su muerte.

Tras mirar el sobre durante muchos minutos, se decidió a abrirlo. Un sonido metálico sonó al golpear un pequeño objeto en el suelo del salón. En un folio reciclado pudo reconocer la letra nerviosa y a veces casi incomprensible

de su hermano y en el suelo descansaba una pequeña llave de metal, la cogió entre sus manos y la observó un instante, la dejó encima de la mesa y comenzó a leer la carta.

Carlos, esta carta es sólo para ti, no deseo que llegue a manos de otra persona, así que confío en que seas tú el que la esté leyendo.

Lo primero, pedirte perdón por cómo nos despedimos en Múnich, perdona por mis palabras, no fuiste el culpable de la muerte de nuestros padres, no tuviste nada que ver y aunque no fue mi intención creo que hice demasiado daño y ahora veo que la casa de Almería debe permanecer en nuestros recuerdos para siempre pues fue allí donde crecimos todos juntos.

He pasado varios días pensando en cómo compensarte por ello, sé que tienes un buen trabajo en Alemania, pero también sé que te encantaría regresar a España, por eso creo que lo segundo que quiero decirte te puede interesar. No puedo darte demasiados detalles ya que si esta carta cayera en otras manos podría poner en peligro todo lo que quiero conseguir para ambos.

Piensa en algo que puede hacer que no tengas que trabajar nunca más, podrías vivir donde quisieras, viajar, disfrutar de la vida, pensarás que para eso hace falta mucho dinero y que honradamente, salvo que te toque la lotería, es casi imposible de conseguir. Pero yo ya tengo los medios, llevo tiempo metido en algo que va a dar frutos muy pronto, sólo te diré que tengo montada una sociedad con varias personas y que los beneficios serán repartidos a mi antojo, pues yo fui el fundador y yo repartiré lo que le corresponda a cada uno. De mi parte hay de sobra para los dos y mi intención es que la repartamos entre los tres (también le daremos a Ana un poco), pero me gustaría que colaboraras, en la sociedad han surgido varias discrepancias y creo que voy a tener problemas serios con el resto de socios cuando decida repartir los beneficios. Necesitaría la ayuda de alguien en quien confiar y no se me ocurre nadie mejor que tú.

Tengo que advertirte que es algo muy serio y si prefieres esperar a que todo termine te entiendo, aunque realmente necesito ayuda y ahora confío

en pocas personas. Así que aunque sé que puede ser muy peligroso que te metas en esto, te pido ayuda egoístamente, espero no arrepentirme de ello y que tú tampoco lo hagas.

Si no quieres complicarte la vida, quema ahora mismo esta carta y no sigas leyendo, puede que te ahorre dolores de cabeza. Y si todo sale bien, tendrás noticias mías muy pronto y podremos reírnos juntos de mis paranoias.

Si ya has decidido continuar te explicaré lo que debes hacer para ayudarme, como ya te digo voy a ser muy escueto en esta carta porque no quiero que ninguna otra persona pueda poner en peligro esta empresa.

No te voy a explicar para qué es la llave, a su debido momento sabrás cómo y dónde usarla. Debes ponerte en contacto con Helmo Schneider, es un amigo que trabaja como guía en el castillo de Neuschwanstein, a él le he entregado algo que será de tu interés. Una vez lo tengas sabrás cuál debe ser tu siguiente paso, para encontrarlo sólo tienes que visitar el castillo, te debería reconocer.

He de aconsejarte que vayas a verlo con las maletas hechas, porque será peligroso que te quedes en Múnich una vez hayas recogido el contenido del paquete que sabe cómo localizar Helmo.

Si no eres Carlos, no conseguirás nada de Helmo, no sabe nada y sólo guardó el paquete que yo le entregué, en él sólo hay otro escrito para mi hermano.

En fin, si has decidido no continuar, confío en que me perdones y en que nos podamos ver pronto.

Si has decidido ayudarme...

Nos vemos pronto.

Juan Aguilar.

Estuvo largo rato pensando en las palabras de su hermano, no se inmutó cuando Klaus y Sabine entraron en el salón.

—¿Qué decía? —le preguntó su amiga con delicadeza.

—Se disculpa y me advierte del peligro de meterme en su sociedad. Debió de seguir sus propias advertencias. No creo que tuviera idea de con quién estaba haciendo negocios, porque no me hubiera metido en esto si supiera lo verdaderamente peligroso que es.

>>Tenemos que llamar al castillo de Neuschwanstein y contactar con un tal Helmo Schneider, mi hermano le dejó algo que nos puede ayudar. También me dejó esto —les enseñó la llave pequeña.

—Parece una llave de un candado o podría ser de una caja de seguridad de un banco —respondió Klaus.

—No lo sabremos hasta haber contactado con Helmo.

—Entonces anulo lo de mi primo, habíamos quedado para ir esta tarde a su casa.

—No, no lo anules, sigo pensando que tenemos que estar preparados para cualquier cosa.

Llamó al número de contacto de visitantes del castillo de Neuschwanstein tras mostrarle a sus amigos el contenido de la carta. Preguntó directamente por Helmo Schneider, dando sus datos para que el supuesto amigo de su hermano se pusiera al teléfono. No lo consiguió, la mujer que contestó le dijo que no podía ponerse y que si quería verlo fuera al centro de ventas de tickets en Hohenschwangau al día siguiente a las seis de la tarde. Carlos intentó convencerla para que lo pasara con Helmo, pero éste se negó (Carlos pudo escuchar de fondo cómo un hombre algo nervioso le decía a la mujer que

colgara y que no esperaría ni un minuto más de las seis de la tarde para esperarlo), acto seguido, la mujer colgó el teléfono disculpándose torpemente.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó algo impaciente Klaus.

—Creo que hemos quedado mañana a las seis de la tarde en Hohenschwangau con él, aunque no estoy muy seguro.

—A las seis las taquillas ya están cerradas —dijo Sabine mostrándoles la pantalla del portátil—. Las visitas al castillo son hasta las cuatro de la tarde y la taquilla se cierra a esa hora. Supongo que querrá descansar un poco después de salir de trabajar.

—Es posible. Klaus, ¿crees que tu primo nos puede enseñar a disparar en una tarde?

—No sé si a ti, pero conmigo seguro que le sobra tiempo —contestó su amigo con una mueca de superioridad.

—Llámallo y dile que vamos para su casa, no podemos perder el tiempo y no quiero que en Hohenschwangau me vuelva a pasar de hoy.

Fueron todos juntos en el coche de Sabine hasta la casa del primo de Klaus, al contrario de lo que pensaba Carlos, vivía en una zona residencial a la afueras de Múnich donde nadie pensaría en encontrarse con alguien que según palabras del propio Klaus “le gusta traficar de vez en cuando con armas en el mercado negro”. Aparcaron frente a una vivienda unifamiliar con jardín de dos plantas, los setos no tapaban del todo la vista del interior, donde un hombre de unos cincuenta años cortaba el césped mientras cantaba una canción que a Carlos le resultó familiar de oírla tararear a Klaus.

—Ese de ahí es mi primo Ullrich, os caerá bien ya veréis.

Klaus bajó del coche y saludó efusivamente con ambos brazos a su primo, Ullrich se acercó a la verja de la entrada y le dio un abrazo.

—¿Cómo estás primo?, hacía tiempo que no te hacía una visita. Hoy vengo en muy buena compañía, estos son mis dos mejores amigos, de los que te hablé hace un rato, Carlos y Sabine. Queremos que...

—De negocios hablaremos dentro —lo interrumpió Ullrich—. Pasad, Ingra os ha preparado pasteles.

Saludó a Sabine con dos besos en las mejillas y a él le dio un fuerte apretón de manos, el primo de Klaus estaba gordo y su pelo entrecano no tapaba las calvas en su cabeza, de cerca aparentaba ser aun más viejo, pero el apretón de manos que le dio daba a entender que conservaba bien sus fuerzas.

No les dijo nada más hasta que cruzaron el porche.

—Os han seguido. Por Dios, no mires Klaus —reprendió Ullrich—. Cuando estabais aparcando me fijé en que el Mercedes negro dio marcha atrás y aparcó a una distancia prudente de aquí. No me llega la vista para saber quién es, pero si os viene siguiendo a escondidas, creo que no es vuestro amigo. Pasad y seguidme hasta la parte de atrás.

—¿Pero Ingra no había preparado pasteles? —preguntó Klaus.

—¿No venías a que te enseñara a disparar?, quédate si quieres, pero no creo que le guste tu compañía, nunca le has caído demasiado bien, dice que eres una mala influencia para mí.

—No me lo creo, siempre se ríe con mis bromas —respondió indignado.

—Lo finge, siempre se le ha dado muy bien fingir cosas a mi Ingrid.

Siguieron a Ullrich sin hacer más comentarios hasta la parte trasera de la casa. Los llevó al garaje y los invitó a que montaran en un Ford Kuga blanco con los cristales tintados.

—Siempre me gustaron los coches americanos, si a ellos les sirven para cargar armas, por qué a mí no. Cuando salga, agachaos, no quiero que me sigan a donde os quiero llevar.

Todos asintieron sin decir ni una palabra, Klaus seguía pensativo, seguro que dándole vueltas a por qué no le caía bien a Ingra. Sabine y él estaban demasiado expectantes ante la figura de Ullrich, el cual transmitía seguridad y desconfianza por partes iguales.

—¿Habréis traído las armas que me dijo Klaus? —preguntó antes de arrancar el coche.

—Sí —respondió Carlos.

—Bien, entonces pongámonos en marcha.

Salieron despacio del garaje, luego, Ullrich dio varias vueltas por los alrededores de su casa a una velocidad baja mientras miraba asiduamente por el retrovisor, cuando pareció conforme, aceleró y salió de la zona residencial.

Los llevó aún más lejos del centro de la ciudad, hasta un campo de tiro del cual les contó que era socio predilecto y del que tenía el acceso garantizado a cualquier hora del día. Aparcó dentro de una cochera y los llevó por unos pasillos hasta una sala de prácticas.

—Aquí es donde vienen a practicar muchos policías, pero no os preocupéis, hoy está reservada para nosotros. Llevo mucho tiempo esperando a que mi primo me pidiera que lo adiestrarse con las armas, nunca se sabe cuándo te harán falta.

—Ullrich, sabes que soy pacifista y me cuesta imaginarme haciéndole daño a alguien, si no fuera urgente no te hubiera pedido que nos enseñaras a disparar. De hecho tienes que hacer de nosotros expertos tiradores antes de mañana —respondió Klaus.

—Será difícil, la puntería sólo se gana con la práctica, pero me gustan los retos, y si mi sangre corre por tus venas seguro que serás un magnífico pistolero.

>>Mostradme esas armas de las que me ha hablado Klaus.

Carlos le entregó el revólver y la pistola que consiguió de la secretaria de Jaume.

—¿Dónde habéis pillado estas maravillas? —les preguntó después de mirar cada arma con detenimiento.

—Digamos que fueron unos regalos —respondió Carlos.

—Pues quien os las haya regalado sabía de pistolas y de ocultar las huellas, y también os quería gastar una broma. No os aburriré contándoos cuál de las dos es mejor y por qué, simplemente os diré que el revólver es más para amantes de los viejos tiempos y esta semiautomática es más efectiva, aunque el revólver siempre está a tu disposición ya que no lleva...

—Ullrich, ¿no has dicho que no nos ibas a aburrir? —interrumpió Klaus.

—Está bien, pero el caso es que quien os haya regalado este revólver no quería que hicierais daño a nadie, si os fijáis tiene el percutor cortado, lo que lo hace inservible —apuntó a una pared y apretó el gatillo, pero a pesar de estar cargado no realizó ningún disparo—. Me temo que necesitaréis dos armas, he traído un revólver y tú necesitarás otra pistola para practicar, iré a por ellas —dijo Ullrich después de mirar a su primo con cara de pocos

amigos—. Iros poniendo estos protectores, no quiero ningún susto.

Los protectores no eran sino unos cascos para los oídos, unas gafas y un chaleco antibalas. Todos estaban preparados para cuando Ullrich regresó llevando consigo una maleta. La abrió y todos se quedaron asombrados al ver su interior, varias armas rodeadas por munición abundante además de un chaleco antibalas que a diferencia de los suyos (que eran negros) estaba adornado por un camuflaje militar verde oscuro.

—Toma, este es un modelo de pistola semiautomática muy parecido al de la de tu compañero, si la quieres podemos hablar del precio cuando aprendas a utilizarla, el revólver os lo cambio por otro idéntico si aceptáis, se puede reparar fácilmente —le dijo a Klaus entregándole un arma.

>>Primero os enseñaré a cargar y descargar vuestras pistolas, luego dispararéis a esos blancos —señaló hacia las siluetas negras que había dibujadas en las dianas—. Lo primordial para novatos como vosotros es coger con fuerza la pistola, con las dos manos...

Les explicó cómo disparar lo mejor que pudo, se notaba que a Ullrich le gustaba enseñar ese tipo de cosas, también se le notó poco después que prefería que sus alumnos siguieran a rajatabla sus consejos, pues todos se llevaron una buena bronca después de gastar el primer cargador.

Sabine resultó ser la que más puntería tenía de los tres, disparaba más lentamente, pero sujetaba con fuerza la pistola y siempre se acercaba al objetivo que le marcaba Ullrich. Carlos gastaba pronto las seis balas del cargador del revólver y pocas veces acertaba al blanco propuesto. El que peor disparaba era Klaus, no tenía ningún control sobre la pistola que le había dejado su primo y se desesperaba lanzando improperios cada vez que no recargaba el cargador a la primera.

Cuando llevaban cerca de dos horas disparando, Ullrich les mandó que se detuvieran.

—Sería más fácil hacer disparar a monos, no te ofendas Sabine, tú quizás

llegaras a rivalizar con ellos.

Todos se mantuvieron expectantes a lo que iba a decirles a continuación, pero no dijo nada, fue hasta su maletín, cogió más munición y le entregó una escopeta recortada de dos cañones a Klaus.

—Con esto al menos te podrás defender si alguien te ataca. De vosotros dos espero algo mejor. Sabine, intenta mecanizar más tus tiros, Carlos, sujeta con más fuerza la culata de tu revólver. Vamos, en una hora os quiero ver dando en los blancos una de cada tres veces.

No consiguieron el objetivo de Ullrich ni en las tres horas siguientes que estuvieron gastando balas, aun así, mejoraron bastante y Klaus se enamoró de la recortada.

—Ésta en el mercado negro, nueva como está, te costaría cerca de dos mil euros, yo os la dejo por mil quinientos y os incluyo en el precio una caja de munición para cada una de vuestras armas.

—Te la hubiera comprado por más, con esta escopeta soy invencible...

—Klaus, te recuerdo que estas armas son sólo para defendernos —le tuvo que recordar Carlos.

—Por supuesto, claro, tú dale el dinero de Wiegand para las armas, estará bien empleado.

—¿El dinero de quién, no me estaré metiendo en un lío si os vendo esto?

—No te preocupes primo, es algo muy complicado de explicar, pero te aseguro que no te meteremos en ningún problema.

—Está bien, pero como te hayas metido en algo ilegal voy a ir directo a tu padre a contárselo, no está para muchos disgustos así que contente de hacer nada...

—Eh, que yo no soy el que compra y vende armas en el mercado negro.

—Ya entiendo mejor a mi Ingra, llegas a ser desesperante, guardad las

armas en esta bolsa, ya me pagarás la semana que viene. Regresemos a mi casa, mi esposa estará preocupada y quien os haya estado siguiendo seguro que tampoco está demasiado tranquilo.

Regresaron por el mismo camino por el que habían ido al campo de tiro y antes de llegar a la casa de Ullrich se detuvieron cerca del cruce desde donde se tenía que ver el Mercedes negro que los había seguido, estaba en el mismo sitio, a la distancia que estaban no se podía ver con claridad si había alguien dentro o no. No se arriesgaron a ser vistos.

—Ha sido agradable enseñar a tres novatos a disparar, espero volver a repetirlo. Y si os tengo que ayudar en algo de este asunto sólo tenéis que decírmelo —les dijo Ullrich nada más llegar a su cochera.

—No te preocupes primo, con esta recortada ya nadie osará meterse conmigo.

—Quizás sí puedas ayudarnos —interrumpió Carlos—. Mañana tenemos que ir a un lugar y sería bueno que no fuéramos todos juntos, al menos, para mantener a los que nos siguen algo despistados, ¿podrías ir a por el coche de Klaus y guardarlo esta noche en tu garaje?

—Sí, no sería ningún problema dejar mi coche un día en la calle, éste no es un barrio peligroso.

—Mañana vendrá tu primo a por él.

Los tres se despidieron de Ullrich y se quedaron con ganas de conocer a Ingra.

De vuelta al piso de Carlos se fijaron en el Mercedes negro, los siguió hasta la misma puerta.

—¿No decías que debíamos estar todos juntos y no separarnos más? —preguntó subiendo las escaleras Klaus.

—Sí, pero no sabía que alguien nos estaba siguiendo, ahora creo que debemos jugar al despiste, además, ¿no eres invencible con esa escopeta?

Por la noche estuvieron discutiendo el plan de Carlos que pondrían en marcha al día siguiente. Sabine y él saldrían a medio día hacia Hohenschwangau, Klaus saldría a la vez que ellos hacia la casa de su primo Ullrich, donde recogería su coche y los seguiría, en caso de que el Mercedes negro o cualquier otro coche los siguieran intentarían despistarlos antes de llegar a la cita con Helmo.

Al día siguiente, se prepararon para salir, guardaron sus armas para que nadie pudiera intuir que las llevaban encima, Klaus insistió en llevar una gabardina para ocultar la escopeta recortada, hacía frío y el día era húmedo y nublado, así que no llamaría demasiado la atención.

Cuando bajaron a la calle y Sabine fue a por su coche; buscaron el Mercedes negro o cualquier otro vehículo que se hubiera movido tras ellos, pero no vieron nada sospechoso, aun así, Sabine mantuvo el motor de su coche encendido hasta que un taxi fue a recoger a Klaus.

—Si no vemos a nadie que nos siga te esperaremos en la entrada del centro de tickets del castillo de Neuschwanstein, si por el contrario vemos algo sospechoso te llamaremos y esperaremos a que llegues o intentaremos perderlos antes de llegar a Hohenschwangau. Tengo la sensación de que va a ser un día movido. Si tienes cualquier problema llama a Sabine.

Klaus asintió y los tres amigos se separaron esperando unirse muy pronto.

21

Lo había atado y le había infringido los primeros cortes en las extremidades, pero todavía no había logrado que se despertara. No quería llegar a eso tan pronto, quizás se lo esperaba, pero tenía la esperanza de que él fuera su última víctima. Había hecho bien su trabajo, pero no aguantaba las traiciones, y Jürgen lo había querido vender al mejor postor y ni siquiera había intentado ponerse en contacto con él para pedirle más dinero. Se lo hubiera pagado, sin dudar, para recompensar su fidelidad, pero ya se había preparado para un inconveniente como aquel e iba a ser el comisario quien pagara su falta de confianza.

Le hizo otro corte en el brazo, quería que despertara para tener una breve conversación antes de matarlo, esta vez no cometería errores como con la prostituta. Todavía se arrepentía de haberla matado, disfrutó, pero puso en peligro todo lo que había conseguido, con Jürgen se aseguró de esperarlo en su casa y sedarlo allí mismo.

Llegó a casa del comisario dos horas antes que él, le costó abrir la puerta, pero gracias a sus contactos se había hecho con unas herramientas a las que pocas cerraduras se resistían. Una vez dentro procuró echar Lorazepam y otros tranquilizantes a todas las bebidas del frigorífico de Jürgen. Luego sólo tuvo que esperar a que el comisario llegara. Se escondió en un trastero y cuando oyó un golpe salió de su escondite para ver el cuerpo inconsciente en el suelo del salón. Se deshizo de todas las bebidas y cargó el cuerpo del comisario hasta su nuevo piso.

Tuvo que alquilar otro apartamento debido a su traspie con la prostituta, no era tan aislado y cómodo como el bajo, pero el hecho de estar en un bloque sin apenas vecinos lo hacía muy útil para sus asuntos.

Ató al policía a la cama y comenzó a hacerle cortes en los brazos para que volviera a estar consciente, no quería nada de él, simplemente quería mostrarle por qué iba a morir.

Jürgen comenzó a abrir los ojos, medio adormilado lo miró fijamente con una expresión de terror que él ya había visto en otras víctimas.

—Hola Jürgen, por fin vas a saber quién soy, una lástima que no podamos ser amigos —se acercó a su cara y le sonrió mostrándole el bisturí manchado con su sangre.

El comisario comenzó a convulsionar, quería gritar, pero la mordaza le impedía emitir cualquier sonido.

—No te preocupes, intentaré no causarte demasiado dolor —Jürgen movió la cabeza como queriendo decirle algo—. No te voy a quitar la mordaza, no necesito escuchar nada que provenga de un traidor. Sólo escucha si quieres saber la razón por la que hoy vas a morir.

Jürgen se estremeció en la cama, era incapaz de soltarse de sus ataduras y el pánico había cubierto su expresión.

—Qué fácil te hubiera sido seguir al pie de la letra mis indicaciones, cuánto dolor te hubieras evitado. Si simplemente me hubieras hecho caso y te hubieras centrado en cerrar el caso de la prostituta, hoy seguirías estando pendiente de un pago de dinero y no estarías atado a esta cama.

>>Tenías que traicionarme, habíamos firmado un contrato, pero lo rompiste en el mismo momento en el que decidiste venderme al mejor postor. ¿Qué te creías, que no me iba a enterar? Pagué mucho por información, he pagado mucho por ocultar mis huellas, para que nadie sepa quién soy, cómo creías que ibas a escapar de mí indemne.

Jürgen quería decirle algo, se calló y se acercó a su cara, puso su oreja sobre la boca del policía, pero no le llegó a quitar la mordaza, en cambio, le hundió el bisturí con rabia en el pómulo.

—He dicho que no tengo que escuchar nada de ti, si no te portas bien voy a tener que empezar a trocearte antes de tiempo.

Su advertencia no hizo que Jürgen se tranquilizara, al contrario, comenzó a moverse con la poca libertad que le daban sus ataduras.

—Como te iba diciendo —continuó, ignorando los movimientos del policía—, cometiste un gran fallo al intentar venderme, pero no fue el primero. Nunca deberías haber intentado identificarme, pero como soy piadoso y habías hecho muy bien tu trabajo te di una segunda oportunidad. Y qué hiciste, la tiraste por la borda antes si quiera de pensarlo bien.

>>Y mandaste a alguien para que me encontrara, alguien para que tomara fotos de donde creías que estaba y por si no fuera poco pusiste precio a mi cabeza. ¿Por qué no me pediste más dinero si era lo que buscabas? No, no creo que fuera eso lo que estuvieras pensando en el momento en el que le enviaste el email a Wiegand, no, estabas harto de que te diera órdenes y de no tener la situación bajo control. Nunca te ha gustado que controlen lo que haces y te manden. Por eso odias tanto a tu mujer, a los jueces, a los abogados, a tus jefes.

>>Ha sido tu soberbia lo que te ha perdido, no te pedí tanto y si hubieras sido más precavido quizás no hubieras llegado a esta situación, pero supongo que no todo el mundo tiene la situación tan controlada como yo.

Se silenció de nuevo para observar a su víctima, se había tranquilizado, como si estuviera esperando que por el simple hecho de mantenerse quieto lo liberaría, cuán equivocado estaba, había firmado su muerte al traicionarlo y nada ni nadie evitaría su muerte.

—Quizás haya sido mi error, confié demasiado en ti, creyendo que serías cuidadoso. Siempre cometo el mismo error, confío demasiado en la gente, confié demasiado en Juan, confíe demasiado en Ramón, confié demasiado en el grupo y cuando me debería haber vuelto más desconfiado, seguí confiando en hombres como tú. Pero por suerte te tenía controlado, supe desde el primer momento que enviaste a tu compañero a espiarme, supe poco después de que enviaras el correo a Wiegand que me estabas vendiendo. Si significa para ti un descanso saber quién te traicionó, te vas a tener que llevar esa angustia al otro mundo, porque no pienso decírtelo, aunque a decir verdad no haría ningún daño.

>>Te diré pues, que no deberías haber osado siquiera el intentar descubrir mi identidad porque yo era el que te pagaba, el que te controlaba...

Se interrumpió al oír sonar su teléfono móvil, le había llegado un email, tal vez fuera importante. Sabía que Carlos andaba tras algo importante y creía que pronto sabría la localización del lugar donde Juan había escondido lo que le pertenecía.

—Ahora vuelvo, creo que cuando regrese comenzaré a cortar con la sierra.

Dejó a Jürgen sólo en la habitación y leyó el correo que acababa de recibir, era su otro informador.

Carlos acaba de salir hacia Hohenschwangau junto con Sabine. Ayer llamó al centro de tickets del castillo Neuschwanstein, no creo que vayan a visitar el castillo, porque a partir de las 16:00h está cerrado.

Los estoy siguiendo.

Carlos y sus amigos habían hecho movimientos algo extraños, sabía que había recuperado la carta de su hermano gracias a un despiste y a la locura de su amigo Klaus y que habían visitado a un familiar de este último; y ahora se separaban. Quizás fuera hora de separar al grupo de amigos e ir a por Klaus, matar a dos incordios el mismo día lo satisfaría mucho, aunque por otro lado, el movimiento de Carlos era sospechoso, podía ser una maniobra de despiste o que realmente hubiera encontrado el lugar donde su hermano guardara lo que a él le pertenecía. Tomaría la decisión durante el camino, tendría que dejar vivo a Jürgen o acabar con él rápido. Quería disfrutar, así que lo mataría lentamente.

Entró de nuevo en la habitación, el comisario se paralizó de repente, lo había escuchado forcejear con sus correas antes de abrir la puerta.

—Veo que mi figura te tranquiliza. Una pena que me tenga que marchar, pero hay cosas más importantes que hacer, aunque no desesperes, regresaré pronto para no dejarte mucho tiempo solo, no necesitarás ni hidratarte —le dijo dulcemente antes de despedirse—. Intenta no hacer tus necesidades encima de la cama, no me gustaría volver a verte manchado de porquería,

sería un fastidio tener que limpiarte para conservar tu sangre intacta.

Cerró con llave la habitación justo después de infringirle al comisario dos cortes algo profundos en los brazos, esperaba no tardar demasiado en volver. Dejó el piso y fue en busca de su coche de alquiler, tenía que darse prisa, no le quería dar demasiada ventaja a Carlos o a Klaus a pesar de que él ya tenía a alguien que le ayudara.

El cielo seguía nublado, amenazando una lluvia que se podía convertir en nieve al llegar la noche, hacía mucho frío y el invierno estaba cerca, lo que significaba irremediablemente que en aquella región iba a nevar pronto. Estaban a medio camino de su destino, acababan de dejar atrás el gran lago Ammer, el cual Carlos había visitado en más de una ocasión para apaciguar sus ganas de practicar deportes acuáticos en el pasado. Los cultivos de maíz, ya recolectados, estaban dejando paso a zonas boscosas, donde el color ocre ganaba la partida a esas alturas de año a los tonos verdes que hacían de aquella estampa otoñal toda una maravilla visual.

No vieron el Mercedes negro ni ningún otro coche sospechoso que los siguiera. Sabine miraba constantemente hacia atrás por el retrovisor y Carlos se volvía para intentar reconocer a cualquier vehículo que los pudiera perseguir, pero no notaron nada extraño. Carlos confiaba en que hubieran despistado a la persona que los siguió el día anterior y esperaba que Klaus estuviera bien y no tuviera contratiempos.

No habían cruzado muchas palabras desde que dejaron Múnich, había mucha tensión y Carlos tenía la sensación de que algo iba a salir mal, pero no sabía qué ni por qué.

El viaje transcurrió sin ningún percance hasta pasar por Schongau, dos furgonetas se incorporaron a la autopista, una los adelantó y otra se quedó detrás de ellos. Sabine actuó con calma, redujo la velocidad y se puso a unos pobres ochenta kilómetros hora, recibió muchos adelantamientos, pero las dos furgonetas permanecieron delante y detrás de ellos ajustándose a su ritmo como si no quisieran distanciarse. Justo al cruzar el río Lech que separa Schongau de Peiting, Sabine aceleró y tomó la salida hacia Peiting bruscamente, ninguna de las dos furgonetas los siguió.

Su amiga detuvo el coche antes de llegar a la ciudad y miró insegura a Carlos.

—Mejor no lo podías hacer, nos tenemos que asegurar de llegar a Hohenschwangau sin arrastrar a nadie con nosotros, no quiero que Helmo desconfíe.

Sabine asintió y no le contestó, se reincorporó a la autopista. Recorrieron unos kilómetros más vigilantes que al principio de la jornada, Carlos incluso había memorizado una de las matrículas de las furgonetas, por suerte para ellos, parecía que no los seguían.

Continuaron su viaje dejando de lado el río Lech y comenzaron a ver en el horizonte los Alpes con sus cumbres nevadas y parcialmente ocultas por las nubes, los bosques aumentaron su espesor y el gran lago Forgggen empequeñeció al no menos grandioso Bannwald.

No tuvieron más contratiempos, divisaron sin incidentes los dos grandes castillos que habían sido construidos cercanos al lago Alp, el de Neuschwanstein y el de Hohenschwangau, ambos castillos te transportaban a la Edad Media, el primero era pura fantasía, idéntico al castillo Disney, un gigante de piedra que parecía proteger a toda la región desde su morada encima de la montaña, y el segundo, que daba nombre al pequeño pueblo que había bajo las faldas de la colina que coronaba, algo más pequeño pero igual de impresionante.

Llegaron al centro de ventas de tickets media hora antes de lo acordado. Sabine y él esperaron en la puerta de la entrada, vigilantes, esperando que Klaus llegara antes de las seis.

—Llámallo, quizás haya tenido algún percance—le dijo a Sabine algo nervioso.

—Está desconectado —le contestó su amiga después de intentar contactar con Klaus.

Esperaron preocupados, Carlos echó de menos haberse puesto una gabardina como la de Klaus cuando comenzó a llover aguanieve, los dos se resguardaron bajo el techo de la entrada del gran edificio.

Llegaron las seis de la tarde y no hubo rastro de Helmo, de Klaus o de cualquier otro. Decidieron quedarse bajo la protección del edificio hasta que parara de llover. Eran casi las siete de la tarde cuando regresaron al coche, ya había anochecido y aún no había escampado, pero se habían dado por vencidos. Klaus no había llegado y seguían preocupados ya que su móvil seguía sin estar conectado o fuera de cobertura.

—Seguro que está bien —le dijo Sabine como si le hubiera leído el pensamiento.

Carlos iba a responder, pero lo evitó un hombre al golpear con los nudillos el cristal de su ventanilla.

Se sobresaltó, vio a un hombre enjuto tapado con un impermeable amarillo que no dejaba ver su cara, volvió a golpear la ventanilla y lo invitó a que la bajara. Carlos abrió la puerta tras un momento de duda.

—¿Eres Helmo Schneider? —le preguntó.

—Venid conmigo dentro, estaremos mejor —le respondió el hombre con voz suave.

El hombre se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el centro de tickets. Carlos miró a Sabine y se señaló a la cintura donde tenía guardado el revólver, ella le asintió y se bajó del coche. Ambos siguieron al hombre hasta la entrada del centro de tickets bajo la débil lluvia.

El hombre abrió la puerta y los invitó a pasar, una vez entraron, cerró con llave y se quedó observando los alrededores. Se quitó la capucha y dejó ver una cara joven, de no más de veinticinco años, tenía facciones suaves, nariz pequeña, de pelo corto, rubio y con perilla perfilada. Sin hablarles caminó hacia un despacho, Sabine y él lo siguieron en silencio, abrió la puerta, se quitó el chubasquero y se sentó detrás de una mesa.

—Entrad y cerrad la puerta, no quiero que nadie nos vea —les dijo.

Sabine cerró la puerta tras de sí, se sentaron donde les indicó el hombre.

—Te pareces mucho a tu hermano, siento mucho lo que le pasó —le dijo a Carlos.

—¿Eres Helmo Schneider? —le volvió a preguntar Carlos.

—Sí, disculpa por llegar tarde, pero mi esposa me ha intentado convencer para que no viniera, cree que es demasiado peligroso por lo que le pasó a tu hermano. Esperaba que contactaras conmigo después de ver la esquila en un periódico de España. Me hubiera gustado ir a su funeral, nos hicimos muy amigos y me dejó algo para ti. Me advirtió que tuviera cuidado y que si le pasaba algo extremara la precaución y te advirtiera que desistieras de buscar nada, no merecería la pena.

—¿Qué es lo que te dejó Juan?

—Una pequeña caja de metal, me hizo prometerle que no le diría a nadie salvo a ti dónde la guardó antes de dejar Alemania. No me dijo lo que contenía y no la he tocado desde entonces, tampoco me han preguntado por ella.

—¿Dónde está?

—¿Seguro que la quieres?, no es mi intención hacerte desistir, pero te transmito lo que me dijo tu hermano, puede llegar a ser muy peligroso.

—Créeme, ya sé lo peligroso que puede ser. Dime dónde está.

—Podemos esperar hasta mañana, justo antes de que el castillo abra sus puertas y tenga que ir a trabajar...

—Es mejor que me digas dónde está ahora, creo que hay alguien que nos está siguiendo y me gustaría ver lo que me dejó mi hermano.

—¿Os han seguido hasta aquí?, maldita sea, no quiero que tengan mi nombre, no quiero...

—Tranquilo, no nos han seguido —interrumpió Sabine para calmar a Helmo.

—Entonces será mejor que termine con esto. Os llevaré a donde la guardó. Coged de esa caja dos impermeables, nos queda un largo camino.

Se pusieron dos chubasqueros y salieron del centro de tickets. La lluvia seguía cayendo aunque con más intensidad. Helmo se encaminó hacia el castillo de Neuschwanstein. Iluminado sobre ellos, parecía estar vigilándolos, esperando que subieran por la pendiente y pudieran refugiarse entre sus muros.

—Allí la guardó, bueno me dijo que la guardara —aclaró—. Los guardias de seguridad del castillo nos dejarán pasar. Me conocen desde hace años y no se opondrán a que enseñe el interior a un par de amigos —les informó Helmo.

—¿No podemos subir en coche? —preguntó Sabine molesta con la lluvia.

—En cuanto bajan los últimos turistas se cierra el acceso al castillo y sólo se puede subir caminando, aun así no se deja a cualquiera acceder a las inmediaciones, está bien vigilado.

Tardaron unos cuarenta minutos en llegar a las puertas del castillo. Durante el trayecto, Helmo les contó cómo conoció a Juan y cómo se hicieron amigos. Se conocían desde hacía tres años, cuando el guía turístico viajó a Almería. Se hicieron muy amigos y lo invitó a viajar a Múnich y así lo hizo el hermano de Carlos, conoció a su mujer y a su hijo e incluso Helmo se animó a contarle una anécdota del bautizo de su hijo en la que participaba Juan. Desconocía aquellos viajes de su hermano, pero estaba claro que Juan le ocultó muchas cosas.

Llegaron a las puertas del castillo, el portón estaba cerrado, la fachada de la primera muralla mezclaba los tonos rojizos con el gris de la piedra con el que estaba construido la mayor parte del castillo, las dos torres laterales flanqueaban una barbacana simétrica que bajo aquella lluvia y con la poca luz parecía mucho más alta. Helmo se adelantó e hizo una llamada, al poco tiempo, el portón se levantó y apareció un hombre que lo saludó con alegría.

Hablaron en voz baja durante unos segundos y luego los invitaron a pasar al interior del castillo.

Carlos, al igual que muchos turistas, había visitado el castillo hacía ya algún tiempo, aunque la vista de ese gran monumento cambiaba mucho al verlo por la noche. Sabine y él siguieron a Helmo y al hombre de seguridad hasta el patio interior donde se separaron.

—Tiene que seguir haciendo su ronda y le he dicho que no tardaremos mucho —les explicó Helmo.

—¿No cierra la puerta? —preguntó Carlos.

—No, estaremos de vuelta pronto. No os voy a hacer un tour esta noche, sólo vamos a recoger la caja de tu hermano. No hagáis mucho ruido, le he prometido a Alex que no le daríamos ningún problema, hoy encima está solo y nadie se debe enterar.

Los dos amigos asintieron y siguieron a Helmo, subieron las escaleras hasta el patio superior, dejaron de lado la gran torre cuadrada.

—Es decorativa, como casi todo este castillo fruto de las fantasías de un rey —les dijo Helmo sacando su carácter de guía.

El edificio principal estaba a oscuras y la ausencia de luz evitaba que pudieran distinguir los ventanales, el balcón o los frescos que decoraban su fachada. Siguieron a Helmo por las escaleras que llevaban a la puerta de entrada.

—Esperad aquí, encenderé las luces para que no rompáis nada —les dijo dejándolos solos en un pasillo lateral.

—¿Crees que Klaus estará bien? —le preguntó Sabine.

—Espero que sí, en cuanto Helmo nos entregue la caja volveremos a Múnich y lo buscaremos.

Las luces se encendieron súbitamente, mostrando las pinturas laterales, las columnas majestuosas, las lámparas iluminando los fastuosos tapices y los

muebles bañados en oro.

—Nunca creí que pudiera ver esto tan solo, siempre que he venido ha estado atestado de turistas. Es precioso. ¿Te imaginas viviendo en un castillo como este?, debía ser impresionante —comentó Sabine maravillada ante el esplendor que se mostró ante ellos.

—Es algo irreal, de una época pasada, pocos mortales hoy en día se podrían permitir estos lujos, aunque yo disfruto de ellos a diario —contestó Helmo saliendo de una habitación donde debían estar los fusibles de la luz.

—¿Dónde guardaste la caja?

—En un lugar al que pocas veces se sube, la torre más alta del castillo —respondió el guía turístico.

Los llevó a través de un pasillo hasta la puerta de acceso a una de las dos torres interiores del castillo, les dijo que si querían lo esperaran, eran sesenta y cinco metros de subida a través de unas escaleras estrechas hasta llegar arriba, ellos se negaron, era una oportunidad única y no querían dejar solo a Helmo.

La subida se les hizo eterna, cuando llegaron a la cima estaban exhaustos y necesitaban aire. Lo recuperaron pronto al ver la imagen panorámica que les brindaba aquella altura. La lluvia seguía cayendo sobre toda la región, las luces de las ciudades de Schwangau y Füssen rivalizaban en belleza con las del castillo y el pueblo de Hohenschwangau. Los grandes lagos eran ahora masas oscuras en silencio sólo roto por la lluvia y el viento moviendo las ramas de los árboles. El aire frío potenciado por los cercanos Alpes no evitaba que quisieran prolongar aquella visión, pero unas luces que vio Carlos lo sobresaltaron.

—¿No decías que no podían subir coches hasta aquí? —preguntó alarmado.

Helmo y Sabine miraron hacia donde les estaba señalando, un coche se estaba acercando al castillo por donde ellos habían subido caminando, no podían distinguir más que los focos del coche.

—¿Será Klaus? —preguntó Sabine.

—No puede ser, el acceso está vigilado y no se permite subir a ningún vehículo privado ni de día. Llamaré a Alex y le avisaré que se acerca un coche.

—Dile que cierre la puerta. No creo que sea ningún amigo.

—Te daré la caja, vayámonos cuanto antes de aquí —le dijo Helmo con voz apresurada.

—No, déjala aquí, veamos quién ha venido a vernos y luego subiremos a recogerla.

—Puede que sea el compañero de Alex. No hay por qué alarmarse.

—Espero que no te equivoques...

Carlos bajó a toda prisa las escaleras de la torre seguido por Sabine y Helmo. Cuando llegaron abajo les faltaba el aliento, notó que tanto su amiga como el guía turístico se detuvieron a tomar aire, pero él siguió a paso rápido hasta el patio superior. En el rellano de la entrada se detuvo en seco, sintió de nuevo caer la fría lluvia sobre él y vio a lo lejos al guardia de seguridad hablando con tres personas y señalando hacia él. Comprendió al instante que debía entrar, pues reconoció a los dos hombres que le dieron una paliza en la Selva Negra. No llevaban ninguna protección contra la lluvia y el tercer hombre le estaba dando algo a Alex, éste en cuanto lo recibió salió del complejo del castillo.

No esperó mucho más y entró de nuevo, se encontró frente a Sabine y a Helmo que todavía respiraban aceleradamente.

—Son Wiegand y sus matones, se dirigen hacia aquí —les dijo preocupado, todavía pensando en cómo actuar.

—Llamaré a Alex, él se encargará.

—No servirá de nada, creo que Wiegand lo ha sobornado, estaba saliendo del castillo cuando he entrado —interrumpió Carlos.

—¿Te han visto? —preguntó muy afectada Sabine.

—Creo que no, pero de poco importa. Alex les habrá dicho que entramos tres y si nos han seguido hasta aquí es que saben que hemos venido... porque... ¿tú no habrás llamado a nadie? —le preguntó con serias dudas a Helmo, aunque por el semblante blanquecino del guía no parecía una pregunta muy adecuada.

—N-no, claro que no... nunca debí haber venido —respondió tartamudeando.

Se sintió culpable al momento, Helmo les había dicho la verdad, nunca debió dudar de él, ahora le habían transmitido la intranquilidad que sentían Sabine y él. Llevaban las armas, pero tanto él como su amiga no esperaban tener que usarlas tan pronto.

—Helmo, ocúltate en cualquier sitio donde no se pueda acceder fácilmente. Si alguien te encuentra, no le digas por lo que hemos venido y no le muestres el lugar donde se encuentra la caja —le dijo Carlos antes de ver al guía turístico perderse entre las sombras del pasillo—. Sabine, creo que lo mejor es que nos separemos, yo intentaré llamar la atención de todos, tú sal de aquí en cuanto puedas.

—No te voy a dejar solo, sabiendo lo que te hicieron no puedo hacerlo.

—Sabine —le agarró las manos y la miró fijamente a los ojos—, hazlo por mí, y por Klaus, alguien le tiene que avisar y encontrarlo. Tengo el revólver, no dejaré que me hagan daño, te lo prometo, pero tengo que tener la certeza de que al menos tú sales ilesa.

Notó que a su amiga le costaba decidirse, pero justo cuando escucharon el crujir de las bisagras de la puerta a la espalda de Carlos, Sabine salió corriendo hacia una de las habitaciones laterales, él se volvió y se puso frente a la puerta para ver entrar a Wiegand y a sus hombres. La puerta de madera se abrió, Bastian entró el primero, al verlo, gritó algo que no pudo escuchar Carlos y sacó un arma, antes de que pudiera apretar el gatillo salió corriendo hacia las escaleras. Todavía recordaba su última visita al castillo y ya había

elegido el mejor lugar para dar tiempo a Sabine a que pudiera escapar, tenía que llegar a la sala del trono.

Llegó al tercer piso y entró en el gran salón, en esa ocasión, con las luces encendidas, sus impresionantes pinturas que adornaban las paredes tomaban un cariz aún más religioso; las columnas con sus capiteles bañados de oro, la cúpula con el cielo estrellado sobre el mosaico del suelo daban notoriedad a la ostentación del rey que soñara algún día con habitar y gobernar entre aquellas paredes. Corrió hasta el ábside y se ocultó parcialmente detrás de la balaustrada de la escalera. Miró hacia arriba y por un momento la pintura que vio de cristo y los doce apóstoles le recordó a cierto instante en Ceuta cuando buscó apoyo espiritual ante la muerte de su hermano. Sin embargo, en ese momento se sentía más seguro por el hecho de portar un arma que por estar rodeado de santos.

No sabía si lo habían seguido, no escuchaba nada, todo parecía en absoluto silencio hasta que oyó a alguien subir las escaleras, sacó el revólver, esperaba no usarlo, pero llegado el caso, no dejaría que le dieran otra paliza.

—Creo que ha entrado aquí —dijo una voz que creyó reconocer como la de Bastian.

El que entró primero fue Toni, el otro matón que mandó Wiegand para que le dieran una paliza, llevaba una pistola en la mano. Pasó inadvertido hasta que entró en la sala Bastian, éste lo apuntó directamente.

—No te muevas y no hagas nada raro, sólo queremos hablar contigo.

—¿Como lo hicisteis en la Selva Negra? —preguntó desafiante, aunque tras pensar que debía alargar todo lo que pudiera aquel encuentro para darle tiempo a Sabine a escapar de allí se tranquilizó—. Yo también quiero hablar, pero sólo con Volker, quizás él me aclare cómo habéis dado conmigo.

—Es muy sencillo —respondió con voz frágil desde el umbral de la puerta Wiegand—, tuviste que renovar tu teléfono móvil después del trabajo que le encargué a mis hombres, así que simplemente ordené que te lo pincharan.

—Puedes dejarte ver, no tengo intención de hacerte daño. Además, no sé

cómo podría cuando tú cuentas con dos hombres armados y yo sólo soy alguien que se esconde de ellos.

—Sal de tu escondite y yo me dejaré ver, sólo quiero hablar y sincerarme contigo sobre tu hermano —respondió el viejo con más fuerza.

—Si sólo quieres hablar, ordena a tus hombres que guarden sus armas. Mejor todavía, ordénales que se vayan a otra habitación, seguro que hay cosas de las que no quieres que se enteren.

Los hombres de Wiegand comenzaron a reír, Volker les indicó que se callaran.

—Mis hombres cuentan con mi total confianza, ellos son como hijos para mí y pueden ser testigos de nuestra conversación. No te harán daño, siento realmente lo que te pasó en la Selva Negra, seguro que fue un malentendido. Ellos me quieren como a un padre y creyeron que me habías ofendido.

>>Guardad las armas —mandó a sus dos hombres que obedecieron de inmediato.

Tuvo la tentación de sacar el revólver y amenazarlos con disparar, pero pese a las lecciones de Ullrich, no se sentía muy seguro de sí mismo manejando un arma. Decidió incorporarse y salir de la poca protección que le brindaba la escalera, permaneció inmóvil en el ábside de la sala.

—Aquí estoy Wiegand, qué quieres ahora de mí —le dijo desafiante a Volker.

—Quiero lo que es mío, según me han transmitido, quedaste con un guía turístico para recuperar algo que te dejó tu hermano, eso es lo que quiero. ¿Dónde lo has escondido?

—Como tú mismo acabas de decir, es algo que me dejó mi hermano, así que me pertenece por derecho. Aunque lo hubiera encontrado no lo compartiría contigo.

—¿Compartir, quién lo quiere compartir? Mira Carlos, me caes bien al

igual que tu hermano y no te deseo ningún mal, pero quiero lo que sea que te dejara y a cambio estoy dispuesto a darte más información sobre esa dichosa tontina y a dejarte en paz, incluso podría ofrecerte un trabajo...

—Bien, puedes empezar por decirme cuándo se formó la tontina, o si conoces a los demás miembros realmente, porque no me creo nada de lo que me dijiste...

Se calló de golpe al oír una detonación, los hombres de Wiegand sacaron sus armas, Toni lo apuntó directamente y Bastian apuntó hacia la puerta por la que habían entrado.

—Ha sido un disparo, ha tenido que venir con sus amigos —le comentó a su jefe.

—Eso ya nos lo esperábamos, la pregunta es contra quién han disparado —respondió Wiegand.

Era la pregunta que también se hacía él, sólo se había escuchado un disparo y esperaba que hubiera sido Sabine quien lo hubiera realizado. Escucharon unos pasos, alguien estaba subiendo por la escalera. Carlos maldijo en su interior, no podía ser Sabine, ella iba a escapar, así que eso sólo significaba que alguien había disparado a su amiga. O quizás Helmo hubiera salido de su escondite y alguien le hubiera disparado, se sintió aliviado al pensar en esa posibilidad, aunque después lo inundó la culpa.

—Toni, deja de apuntar a Carlos, merece mi total confianza —dijo mirándolo fijamente a los ojos—, ocúltate en el lateral de la puerta y sal de ella sólo cuando yo te lo ordene. Bastian échate a un lado, que no te vean bien.

Ambos ejecutaron las órdenes de Wiegand de inmediato. Carlos se vio tentado a sacar su arma, era una oportunidad inmejorable para encañonar a Volker y obligarlo a contarle toda la verdad, pero no pudo hacerlo, sentía sus miembros agarrotados y el solo hecho de pensar en que una vez más, por su culpa, le había pasado algo terrible a una persona cercana a él, le impedía pensar con claridad.

—Creo que son varias personas...

—Sh, silencio, no quiero que te oigan —interrumpió Wiegand a Toni.

La primera que pasó el umbral de la puerta y que pudo ver Carlos fue a Sabine, con semblante resignado, pero aparentemente sana, fue empujada al interior de la sala. Estuvo a punto de resbalar y caer a los pies de Volker que la ayudó a mantenerse en pie gentilmente.

—¿Estás bien? —preguntó con voz amable.

—Quítame las manos de encima, viejo embustero —replicó Sabine.

—Guarda tus modales muchacha. ¿Quién te ha traído hasta mí? —preguntó hacia la puerta fingiendo que todavía le prestaba atención a su amiga.

—Dile a tus hombres que tiren sus armas al suelo Volker —dijo desde las sombras una voz de mujer.

—Oh, Clara, ¿cómo no esperar que antes o después me dieras la oportunidad de volver a verte?, pasa, sólo Bastian me ha acompañado hoy.

—¿Entonces quién es el hombre que me ha seguido hasta aquí? —preguntó con voz dulce la mujer.

—Quizás sea otro de nuestros socios. Bastian, arroja tu arma al suelo, Clara sólo ha venido a hablar, ¿no es así?

La mujer permaneció en silencio y sólo avanzó hasta el interior de la sala cuando vio a Bastian tirar al suelo su pistola.

—Sabine, ve con Carlos, allí estarás más tranquila —ordenó Wiegand a su amiga en cuanto Clara puso el primer pie en la sala del trono.

No había puesto el segundo cuando fue atacada por Toni, el corpulento hombre arrojó a la secretaria de Jaume al suelo, intentó forcejear, pero no tenía nada que hacer en esa pelea. Consiguió apretar el gatillo de su arma, la bala impactó en una de las columnas produciendo un estallido en la piedra, pero pronto fue dominada.

Sabine llegó hasta Carlos.

—Me sorprendió en la puerta, intenté huir, pero me disparó, no me dio por poco y tuve que darle mi pistola —le comentó su amiga.

—No te sientas culpable —le dijo él sin saber cómo consolarla, más pendiente de la escena que tenía ante sí.

Clara, la secretaria de Jaume, había sido reducida. Toni la sujetaba con fuerza mientras ella intentaba librarse en vano del abrazo del hombre.

—Bastian, ve a comprobar quién es nuestro nuevo invitado, intenta no usar demasiado la violencia, puede ser otro de nuestros socios, quizás tengamos una reunión gracias a Carlos —ordenó Wiegand.

>>Veo que también te interesa seguir a mi amigo, ¿cómo sabías que estaba aquí? —le preguntó a Clara.

—No me interesa él, sólo quiero mi parte igual que tú. Si ese falso de Juan hubiera cumplido su palabra no habiéramos llegado hasta esto. Nadie hubiera muerto.

—¿Tienes algo que ver en la muerte de mi hermano? —preguntó desde el ábside Carlos.

—No, pero no por falta de ganas —respondió la mujer intentando zafarse sin éxito del abrazo de Toni.

—Si es lo que más te importa, ¿por qué no colaboras de una vez conmigo, Carlos? estoy tan interesado como tú en encontrar al asesino de tu hermano, lo único que te pido es que me digas lo que te dejó, sólo quiero recuperar mi inversión.

—No lo creas, no invirtió más que...

Völker Wiegand silenció a Clara, la golpeó con su bastón en el costado.

—¡Cállate arpía! No sabes todo lo que he esperado para recuperar lo que me pertenece, no tienes ni idea de lo que he perdido.

—No colaboraré con ninguno de vosotros al menos que me digáis la verdad —respondió Carlos.

—Ya te la conté en su día...

—No te creas nada de lo que este viejo te diga —volvió a interrumpir Clara.

Recibió un nuevo bastonazo en el costado. Carlos se estaba resistiendo a sacar su revólver, cada vez más seguro de que no podía fiarse de ninguno de ellos.

Volker se mantuvo en silencio, expectante al oír de nuevo pasos subiendo hasta donde estaban.

—Toni, suéltala, prepárate por si Bastian se ha despistado.

Su hombre de confianza, recogió parte del cordón de seguridad que rodeaba al mosaico del centro de la sala y ató a Clara a una columna, sacó su arma y se ocultó en un lateral.

—Tiene mi pistola —le susurró Sabine.

Carlos no pudo evitar mirar a su amiga y luego a la secretaria de Jaume que por un momento se había quedado quieta mirando a la puerta, como esperando que alguien entrara a rescatarla.

Primero entró Bastian, con las manos en la nuca y un moratón en un pómulo, lo siguió Helmo muy nervioso, detrás de ellos avanzó lentamente hasta el umbral de la puerta Joan. El detective esquivó con facilidad el ataque de Toni, en una mano empuñaba un revólver como el de Carlos, con la otra sostenía la porra con la que le había dado una paliza en Ceuta; en esta ocasión la usó para golpear a Toni primero en el costado y después en la cara. El hombre de Wiegand cayó de bruces al suelo, seminconsciente. Joan le quitó su arma y la pistola que anteriormente Toni le había quitado a Clara.

—Señor Wiegand, debería contratar a hombres mejor entrenados, no he

necesitado mucho esfuerzo para librarme de ellos —dijo a modo de presentación.

—Joan, cómo no esperar que vinieras, ya sabía que habías venido a Alemania en busca de lo que no te pertenece...

—¿Lo que no me pertenece?, te recuerdo que formamos una sociedad y todos los beneficios se repartirían a partes iguales, pero eso lo dejaremos para después, ahora me interesa más hablar con mi amigo Carlos. Tú reúnete con tus hombres Volker.

Wiegand hizo lo que le pidió, se tendió sobre Toni y le susurró algo al oído.

Joan, sin separar la vista de Volker y sus hombres, agarró del brazo a Helmo y lo acercó a Carlos, luego centró su atención en Clara. La secretaria de Jaume lo miró con furia, no le dijo nada, pero parecía que ya se conocían y no eran precisamente amigos.

—Hola Carlos, este guía turístico me ha dicho que no sabe por qué has venido aquí, pero yo no le creo. Creo más bien que colabora contigo de alguna forma, lástima que me hayan interrumpido, sino ya me habría dicho algo más. Pero al menos te he encontrado, dime a qué has venido a este castillo, sabes que puedes confiar en mí...

—¿En alguien que me dio una paliza, en alguien que no me termina de decir lo que sabe de mi hermano, en alguien que me da un arma modificada que no se puede usar?, por ahora todos los que estáis aquí no merecéis ninguna confianza —interrumpió Carlos.

—Vamos, no pretenderías que te diera un arma desconfiando tanto de mí, podrías usarla para dispararme, no me iba a arriesgar a eso. Tienes que entenderme, llevo mucho tiempo tras esto y no podía arriesgarme. Sólo tienes que decirme a lo que has venido y te dejaré marchar, a ti, a Sabine y a este guía.

—Hazlo entonces, libéralos y te diré todo lo que quieras saber, no los necesitas. Helmo no tiene relación conmigo ni con mi hermano, sólo es un guía

turístico, lo necesitaba para que me hiciera entrar aquí de noche. Y Sabine no es peligrosa, no llamará a la policía si le prometes que no me harás nada.

—Lo siento Carlos, pero no me fio. Eso sí, te prometo que no os haré daño si colaboráis conmigo.

—¿Qué es lo que decía la carta? —preguntó Clara.

No respondió, mantuvo la mirada fija en el detective.

—Muy bien, si no quieres colaborar por las buenas tendré que usar a tus amigos para que hables. Ya te advertí que no jugaras a ser detective, hay que valer para esto y como veo que no escarmientas, te tendré que demostrar a lo que debes enfrentarte.

Joan se acercó a Sabine y la agarró por el brazo, Carlos dio un paso al frente y lo quiso impedir, pero el detective le apuntó con su revólver.

—Ni te muevas. No te equivoques, dispararía sin pensármelo. Sigo sin saber por qué has elegido meterte en esto.

—Yo no he querido meterme en esto, ha sido el asesino de mi hermano el que me ha obligado a seguir investigando, sólo me interesa encontrarlo y hacerle pagar por sus crímenes...

—Si eso es cierto, ¿por qué no colaboras?, no te prometo que encuentres al asesino, pero te aseguro que no te seguirá —lo interrumpió el detective antes de volverse hacia la puerta.

Alguien estaba subiendo a toda prisa, Joan apuntó su arma y fue el momento que eligió Carlos para sacar el revólver.

—Tira la pistola, Joan, o te mato aquí mismo —amenazó.

—Tenía que haber supuesto que estos dos no habían hecho bien su trabajo —dijo señalando a los hombres de Wiegand—. Alguien está subiendo, puede que sea el asesino, ¿estás seguro que podrás disparar en el momento adecuado?

—Puede que el asesino seas tú, o alguno de esos dos, o ella —respondió Carlos—. O cualquiera de vuestra dichosa tontina.

Joan no había bajado su arma y seguía apuntando a la puerta. No tardó demasiado en entrar por ella Jaume, tropezando, a punto de caer al suelo, se detuvo en seco delante del detective. Parecía que nadie se esperaba que el abogado apareciera allí.

Jaume miró a los que estaban en la habitación, se quedó observando a su secretaria, sorprendido de verla. Ella sin embargo seguía tranquila, desde que la habían atado parecía ausente.

—¿Qué haces aquí, abogado? —preguntó Joan.

—Creo que por un malentendido...

—¡Callaos y tiraos todos al suelo! —entró gritando Klaus con la escopeta recortada en las manos.

Nadie le hizo caso, se quedaron atónitos mirándolo, su amigo los miró a todos y se centró en el detective.

—¡He dicho que todos al suelo! Y tú, tira ese revólver —gritó con más fuerza, apuntó hacia el techo y disparó.

En esa ocasión lo obedecieron, uno de los capiteles de una columna quedó destrozado, Joan había arrojado su revólver al suelo y en pie sólo quedó Carlos, apuntando ahora hacia su amigo.

—Perdona por no venir antes a rescataros, pero tu abogado empezó a seguirme en cuanto me incorporé a la autopista y lo intenté despistar, cuando vi que no lo conseguía conduje hasta aquí y lo sorprendí fácilmente, nos debe una explicación, al igual que todos estos malhechores.

>>Sabine, puedes levantarte y no sé quién es ese —dijo señalando a Helmo.

—Es el guía turístico con el que me tenía que encontrar hoy, es de confianza. En cuanto a Jaume, sí, nos debe una explicación al igual que todos

estos. Hoy me dirán quién mató a mi hermano.

>>Sabine, quítale la pistola a Clara.

Su amiga hizo lo que Carlos le pidió, Klaus le dio una patada al revólver de Joan que fue a parar al otro extremo de la sala.

—Ahora vais a empezar a decirme la verdad, me da igual quién responda, pero me diréis la verdad —comenzó diciendo Carlos con rabia—. Supongo que si alguno de aquí es el asesino de mi hermano no lo va a confesar.

Nadie habló.

—Lo que me esperaba. Decidme cuántos de aquí pertenecéis a la tontina y cuántos miembros tenía.

Ninguno contestó.

—Empezaré por ti entonces —dijo mirando a Jaume—. ¿Por qué estabas siguiendo a Klaus y dónde has estado los últimos días?

—Después de nuestro último encuentro —contestó algo nervioso—, regresé al hotel como os dije. Al día siguiente, me compré un móvil y fui a verte a tu piso, pero no estabas. Por la noche le hice otra visita a Jürgen y le pedí explicaciones de por qué no había hecho nada para buscar a Vicente. Me echó de allí, así que regresé a tu piso, tampoco estabas, le dejé una nota a tus vecinos, con mi dirección y mi nuevo número de teléfono y les dije que te la entregaran en cuanto volvieras, pero se ve que no me entendieron.

>>Como ayer no me llamaste hoy fui a verte, tampoco estabas, esperé en el coche un tiempo por si regresabas, cuando me iba a ir vi a tu amigo subir, luego bajó y se fue antes de que pudiera hablar con él, lo comencé a seguir para que me dijera dónde estabas.

—¿Eso es cierto Klaus, regresaste a mi casa? —le preguntó a su amigo.

—Eh, sí, es que se me olvidaron los cartuchos de la escopeta —se excusó Klaus—. Pero diga lo que diga éste, no me fío de él. Con que me hubiera dado ráfagas de luces para que me parara y me hubiera contado esto... no, tampoco

me hubiera fiado de él.

—Te creo Jaime, ¿pero sabías que tu secretaria estaba metida en esto, qué era un miembro de la tontina?

—Clara, ¿es eso verdad?

La mujer no respondió, seguía sin mostrar ninguna emoción.

—Entonces supongo que no era Ángel quien quería la información sobre la tontina... ¿tienes algo que ver con la muerte de Ramón? —le preguntó el abogado incorporándose.

La mujer no respondió, ni siquiera lo miró.

—Maldita seas tú y tus malas artes, ¡DIME si has tenido algo que ver con la muerte de mi hermano! —gritó a su lado.

—¡He abogado, al suelo! —le ordenó Klaus.

—Jaume, haz lo que te dice Klaus, hoy espero que encontremos al asesino de nuestros hermanos —intentó tranquilizar Carlos.

>>Tenéis que hablar los demás, decidme la verdad sobre la tontina, lo que buscabais con ella, los nombres de todos los miembros, ¿alguno de vosotros es el asesino? —preguntó exigiendo explicaciones.

—Carlos, Carlos, te estás equivocando de preguntas —respondió tras un largo silencio Joan—. Te lo dije hace mucho, no te debes fiar de nadie, todos te dirán mentiras o cuanto menos te ocultarán la verdad.

—Entonces habla tú, dime los nombres de los siete miembros de la tontina, Vicente me dijo que fue Wiegand quien quería que fuera ese número, él me lo negó, los dos me dijeron que no conocían a todos los miembros. Tú mismo nunca me has dicho por qué estás en esto. Ahora tienes la oportunidad de ganarte mi confianza —le dijo a Joan apuntándolo directamente con el revólver.

—Si es eso lo que te interesa te lo diré. Todos tienen algo de razón y como

te he dicho muchas veces, no vales como detective, sino ya lo hubieras adivinado. De todas formas me caes bien y no quiero que tengas el mismo destino que tu hermano.

>>La tontina la formó Juan, al principio ninguno conocía al resto de los miembros que la formaban, yo fui uno de ellos, no me importa ahora confesarlo. Éramos seis miembros al principio, tu hermano, Ramón, su hermano —dijo señalando al abogado—, Vicente, Clara, Wiegand y yo, en la última reunión nos dijo que habría un séptimo miembro, era crucial para llevar a cabo su plan, nadie lo entendió y creo que fue ahí cuando empezaron los problemas.

>>Desde entonces investigué a tu hermano y a los demás miembros, no me fío de nadie demasiado, por eso sé quién es este abogado. Creía que era él el séptimo miembro, pero luego lo descarté y pensé en ti, pero no sabías nada, así que pensé que tu hermano se había inventado un séptimo miembro para llevarse más beneficios. Tuve el error de contárselo a Vicente, ese maldito fue directo a tu hermano a pedirle explicaciones, luego se lo contó a Ramón y comenzaron los problemas.

—Espera un momento —lo interrumpió Carlos—. ¿Cuál era el objetivo de la tontina?, Vicente me dijo que invertisteis mucho dinero, vuestros ahorros, que Wiegand aportó un millón de euros...

—¡Ja!, un millón, Wiegand ya querría tener ese dinero —respondió irónicamente el detective.

—Pero es uno de los empresarios más exitosos de Alemania, lo investigué y además... su mansión...

—Todo es apariencia —interrumpió Joan a Klaus—, él fue uno de los que quería conseguir más dinero, va a tener que cerrar sus empresas, está prácticamente arruinado. Si lo hubierais investigado a conciencia no os hubierais tragado sus mentiras.

—Mentiroso me llamas, si hubieras cumplido tu cometido no hubiésemos llegado a esto —se quejó Volker desde el suelo.

—¿Entonces qué buscabais con la tontina y cuánto invertisteis? —le preguntó a Joan.

—Buscábamos oro, Carlos, monedas de oro —respondió el detective—. A tu hermano le había llegado una información de un alijo de oro que había cruzado la frontera de Suiza hacia Alemania, era oro que no había sido declarado ni controlado en la frontera, oro procedente de traficantes de drogas que habían detenido en España, en la Costa del Sol. El oro tenía que llegar a un almacén en Pfeffenhausen para ser analizado por la policía alemana y debían devolver algunas piezas de coleccionistas a sus propietarios.

>>Por eso necesitábamos a Wiegand, queríamos un pellizco de ese oro, y Volker tenía en su poder todos los almacenes donde iba a ser guardado.

>>¿De dónde le vino la información a tu hermano?, no lo sé, pero su plan era perfecto, con cinco personas podrían hacerse pasar por los que transportaban el oro, Wiegand se encargaría de meternos en los almacenes, cogeríamos sólo una caja que no había sido numerada. Yo no me creía la información, pero el negocio me iba mal y era demasiado tentador.

>>Todo fue bien, demasiado bien. La caja la guardaría tu hermano hasta pasado un año y seis meses, el tiempo en el que la instrucción de la causa llegaría a su final y no habría peligro de sospecha sobre nosotros.

>>Pero la reunión se anuló, la anuló tu hermano. Nos dijo que había encontrado un problema con el séptimo miembro, en cuanto lo arreglara nos diría cuándo quedaríamos de nuevo. Nunca más volvió a contactar con nosotros o al menos conmigo.

>>Me enteré de la muerte de Ramón poco después —continuó en cuanto Wiegand e incluso Clara asintieron ante la información que estaba contando—, luego mataron a tu hermano.

—Y tú, por supuesto, no tuviste nada que ver —lo interrumpió Carlos.

—No, Carlos, no intervine en la muerte de tu hermano, ni en la del tuyo —se dirigió a Jaime—. Primero sospeché del séptimo miembro, pero conforme fue avanzando el tiempo, comencé a sospechar del resto de miembros, de

Wiegand, de Vicente incluso de Clara.

—Entonces ¿quién es ese séptimo miembro? —preguntó Carlos con impaciencia.

>>Tú Carlos, creo que tú eres el séptimo miembro, tu hermano quería repartir contigo las ganancias de la tontina, pero algún otro no estaba muy de acuerdo con eso.

—Yo —dijo mientras se miraba las manos como si las tuviera manchadas de sangre—, pero entonces quien mató a Eduardo, a mi hermano, a Ramón, tiene que ser uno de vosotros... o Vicente.

Carlos le entregó el revólver a Sabine, necesitaba digerir toda aquella información y pensar.

Su amiga se puso a apuntar a Joan.

—Vicente, tú me hablaste de él, es el único que falta. Carlos, llamemos a la policía, con estos datos ellos serán capaces de llegar al fondo de la cuestión, meterán a todos estos ladrones en la cárcel y sabremos quién mató a nuestros hermanos —le suplicó Jaume.

—¿Ladrones?, no somos ladrones, sólo cogimos lo que nos pertenecía, ese oro lo habían robado drogadictos, así que era bueno que llegara a ciudadanos de verdad, a gente que supiera usarlo para hacer algo por la sociedad —replicó Wiegand.

—No me cae bien, pero creo que sería buena idea que llamáramos a la policía —le pidió Klaus.

Carlos miró a Clara, la secretaria de Jaume seguía sin hablar, era la única que no había dicho nada y él tenía la convicción de que sabía algo.

—Cuando comencé a investigar fue porque Eduardo me convenció y fui yo mismo quien encontró su cuerpo. Joan, dime ahora la verdad, ¿sabes quién era la mujer de Eduardo?, estoy seguro de que también lo investigaste a él, ella pudo saber quién era el asesino —dijo después de un rato pensativo.

—Sí, lo investigué, y no estaba casado ni tenía pareja —contestó el detective.

Carlos cayó en la cuenta entonces de por qué le sonaba la voz de la secretaria de Jaume.

—¿Fuiste tú quien me llamó para hacer que descubriera el cuerpo de Eduardo? —le preguntó con rabia a Clara.

La mujer no respondió, le sostuvo la mirada, pero no hizo ningún ademán de responderle.

—Helmo, dime dónde está la caja que me dejó mi hermano, creo que encontraré ahí la últimas pistas que me acerquen al asesino.

El guía turístico se acercó a él y le susurró al oído el lugar exacto donde se encontraba una pequeña caja de metal, justo debajo de una banqueta de piedra en la torre más alta de Neuschwanstein.

—Klaus, que no se muevan, Sabine sigue apuntándolos —le cambió la pistola que le habían quitado a Clara por su revólver, se sentía más cómodo con el peso del revólver.

Sus dos amigos asintieron. Se dirigió a la puerta, antes de pasar por el umbral, las luces se apagaron, se quedó clavado, pensando que quizás Vicente, el último miembro de la tontina, había llegado al castillo.

De repente, a su espalda, oyó un grito, luego tres fogonazos acompañados por tres detonaciones. Sintió un empujón y escuchó a alguien bajar por las escaleras, luego otra persona se lanzó sobre él y comenzó a forcejear para quitarle el revólver de las manos. Logró darle una patada en la entrepierna y así zafarse de su agresor, se puso en pie y disparó hacia donde creía que estaba quien se había echado sobre él. La detonación lo dejó casi sordo, aunque le pareció escuchar el quejido de dolor de un hombre.

La luz se volvió a encender, Carlos, que estaba mirando hacia donde había disparado, vio a Toni estremeciéndose en el suelo, taponándose una herida en

el muslo. Miró a su alrededor, vio a Bastian que intentaba reanimar a su jefe, Volker Wiegand yacía en el suelo sobre un charco de sangre, apenas se movía y éstos cada vez eran más apagados. La columna donde debería estar Clara estaba vacía, ella u otra persona había cortado sus cuerdas y había escapado. Joan estaba apoyado en otra columna, tapándose una herida en el cuello, tenía sangre por todo el chaleco, aunque no parecía estar muy afectado por ello. Klaus y Jaume estaban apoyados espalda contra espalda tras otra columna, ambos parecían estar intactos.

Echó a correr hacia donde estaba Helmo, el guía turístico estaba encima de Sabine que no se movía, preocupado apartó a Helmo para ver a su amiga.

—Creo que estoy bien, Carlos —le dijo al verlo.

La inspeccionó y le vio algo de sangre en el brazo, no parecía una herida muy importante, pero su amiga no quería moverse y estaba muy pálida.

—Sabine, ¿sólo te han dado en el brazo? —le preguntó muy preocupado.

—Sí, pero no me quiero mover, alguien me ha tirado al suelo y creo que me he partido algo —respondió con gestos de dolor su amiga.

La ayudó a levantarse, Klaus había salido de detrás de la protección de la columna y había cargado de nuevo su escopeta, apuntaba ahora a Joan.

—Creo que Clara se ha ganado el título de asesina por sí sola —dijo el detective en cuanto Carlos se acercó a él—. Y tu maldito amigo tenía que aprender a disparar a quien sea un peligro de verdad, me ha estado a punto de destrozarme el cuello.

—¿Estará colaborando con Vicente? —preguntó Carlos.

—Puede ser, pero no puedo creer que tras tantos años trabajando para mí no me dijera nada —le dijo Jaume.

—Esa maldita puta, la mataré, ha matado al señor Wiegand, no pararé hasta matarla con mis propias manos —Bastian parecía mareado, estaba lleno

de sangre y se fue directamente hasta la puerta.

Carlos no lo detuvo, le indicó a Klaus que lo dejara ir, tenía que llegar a la torre y necesitaba que se quedara allí vigilando a Toni y a Joan.

—Yo iré a por la caja, quedaos aquí —le dijo antes de salir de la sala del trono.

Bajó por las escaleras vigilante, había dejado que Bastian saliera para que si llegado el momento se encontraba con Clara, pudiera contar con que Bastian atacaría a la mujer antes que a él.

Anduvo con cuidado por los pasillos del castillo, no escuchó nada ni vio a nadie, Neuschwanstein parecía desierto. Subió las escaleras de la torre con cuidado, esperando encontrarse en cada recoveco con Vicente, con Clara o con Bastian. Llegó al final, recibió un golpe de aire frío mezclado con gotas de aguanieve al salir al aire libre. Se agachó buscando la caja bajo el banco de piedra, la encontró a la primera, dejó su arma en el suelo y buscó la llave que había encontrado junto a la carta de su hermano, no la tenía. El único sitio donde se le podía haber caído era en la sala del trono.

No demasiado preocupado por la caja y más intranquilo por la presencia en el castillo de Clara y Bastian, bajó por las escaleras más rápido de lo que había subido, luego, vigilando sus pasos, regresó a la sala del trono.

Cuando entró vio frente a él a Clara, Bastian y Toni, estaban juntos; Klaus y Sabine, junto con Helmo y Jaume estaban en el ábside de la sala, Joan seguía apoyado en la misma columna. Todos estaban desarmados.

—Arroje su arma al suelo y deje la caja tranquilamente —le ordenó un hombre que no conocía desde el otro extremo de la sala apuntándolo con una pistola.

—¿Quién eres? —preguntó.

—He dicho que deje el arma y esa caja en el suelo.

Carlos obedeció, se agachó y lentamente dejó el revólver y la caja en el suelo. Vio la pequeña llave de metal entre de la sangre que había derramado Toni.

—Ponga sus manos en la nuca y diríjase al fondo de la sala.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar Carlos.

—Soy el inspector Alder Schmidt, de la comisaría número seis de Múnich. Ahora hágame caso y vaya hacia el otro extremo de la sala.

—Gracias a Dios, es una larga historia, pero creo que se la podré...

—Guarde silencio y diríjase al otro extremo de la sala. Haga lo que yo le ordene sin más preguntas.

Carlos obedeció y se puso junto a Sabine y Klaus. Su amiga había recuperado el color normal de su cara y Klaus aparentaba estar muy preocupado y nervioso, había perdido su seguridad a la vez que había dejado en el suelo la escopeta.

—Maldita sea, me va a costar mucho limpiar esto —comentó el policía en voz baja—. ¿Alguien es un agente literario? —preguntó en voz alta.

Carlos miró a su alrededor, nadie parecía comprender por qué el inspector había preguntado eso hasta que Jaime se adelantó.

—Yo soy tu agente literario —dijo.

—Acércate, ¿esto es lo que querías?

Jaime asintió y se acercó al policía, Carlos miró a Klaus, pero su amigo tampoco daba visos de entender lo que estaba pasando.

—A ellos tres los quiero vivos —dijo el abogado tras recoger la caja del suelo—. A ella...

—Ya me has hecho el pago, creo que lo mejor es que te encargues tú mismo de limpiar esto —le respondió Alder.

—¿Cómo, tú también me vas a traicionar?

El policía dejó de apuntar a Carlos y apuntó directamente a la cara de Jaume.

—Con entregarte a Jürgen tengo suficiente, al descubrirte has cometido el peor error de tu vida.

—¡Aaaaah! —gritó Clara, la secretaria de Jaume se lanzó encima del policía justo antes de apretar el gatillo, pero no evitó que le disparara a ella, aun así ambos rodaron por el suelo.

El abogado reaccionó rápido y cogió el revólver de Carlos, apuntó al policía y le disparó dos veces a quemarropa.

—Maldita sea, uno no puede fiarse hoy en día de nadie —dijo volviéndose hacia Carlos.

Apartó a Clara de encima de Alder, la mujer sangraba abundantemente por el pecho y la vida se le escapaba rápidamente.

—Es una pena, hubiera disfrutado mucho contigo —le dijo antes de que su secretaria espirara su último aliento.

—Oh, mierda, abogado, tú eres el séptimo miembro —dijo desde el suelo Joan.

—Bravo, gran detective, creo que nos has iluminado a todos con tus investigaciones. Una lástima que no supieras ver más allá de lo que tú mismo querías creer.

>>>Sabes, me ha gustado esta sensación, nunca había matado con un arma de fuego, no se disfruta tanto como al hacerlo lentamente, pero es más efectivo...

—Llama a una ambulancia o mátanos ya, mi amigo se está desangrando —

dijo Bastian que abrazaba a Toni con fuerza.

Jaume se acercó a ellos, miró al herido, le apuntó a la cabeza y disparó, luego, antes de que Bastian pudiera incorporarse le disparó y acabó también con su vida.

Todos lo miraban en silencio, el abogado levantó el revólver y lo miró casi reverenciándolo.

—Creo que os mataré a todos menos a Sabine, a ella la quiero viva, ya tengo lo que es mío y me pertenece, así que vosotros ya no me sois útiles, pero ella... oh, es toda una belleza y la quiero para mí.

—¿Por qué haces esto Jaume?, yo confié en ti, alguien mató a tu hermano y lo queríamos coger.

—¿Alguien?, Carlos, lo maté yo mismo. Me quería quitar parte de lo que me pertenecía, algo que era mío. Yo le dije a tu hermano lo del oro, un cliente mío me lo confesó, sería mi pago si lograba que no entrara en la cárcel, me esforcé y conseguí lo imposible, no entró, pero al salir, antes de que me pudiera pagar, lo mataron.

>>Así que busqué socios para intentar recuperar mi pago, tu hermano y ese sucio Vicente fueron los mejores candidatos. Me hice muy amigo de ellos y mi hermano quiso también participar, pero para alejarme de sospechas, yo no participé en recuperar lo que era mío, tu hermano se lo ocultó al resto de la tontina.

>>Nos costó mucho hacerlo, pero lo conseguimos y cuando hablé con tu hermano para saber el oro que había para repartir... Me insultó, me dijo que no era lo que esperaba, que tenía que hablar con todos para intentar otro reparto y no quiso decirme dónde lo había guardado.

>>Así que antes de la reunión del reparto fui a ver a mi hermano, era la mano derecha de Juan, le intenté sacar la información, pero decidió serle fiel antes a Juan que a mí.

>>Intenté quedar con tu hermano, pero él no quiso, sospechaba de mí, así

que me hice pasar por Wiegand para quedar con él en Ceuta. El muy inconsciente se lo creyó y viajó a África para encontrarse conmigo, bueno conmigo no, con Wiegand, pero pagó su falta de confianza con su vida.

>>Pero tampoco confesó, así que tuve que contratar a Eduardo para que investigara por mí, tenía que volver a mi trabajo y evitar sospechas y el muy terco se acercó demasiado, te convenció para que investigaras, algo que le agradeceré toda mi vida, pero estuvo a punto de desenmascaramme, así que tuve que matarlo a él también.

>>Sabía, porque conocía a tu hermano, que no habría escondido el oro sin dejar a alguien información de dónde encontrarlo. Esperaba y creía que fueras tú y el tiempo me lo ha confirmado.

>>Después de que me sirvieras en bandeja a Vicente con tu plan de Marienplatz sólo me quedaba matar a Wiegand y a Joan. La pobre Clara siempre me fue fiel, una lástima que haya muerto hoy.

>>A ti te tenía reservado el honor de matarte lentamente —se dirigió a Joan, que seguía echado sobre una columna—, pero no os puedo llevar a todos conmigo, has sido uno de los más esquivos y ahora que estás aquí tendré que matarte.

Jaume se acercó al detective y lo apuntó directamente a la cabeza.

—¿Vas a gastar la última bala del revólver conmigo?, vamos, alguien tan inteligente como tú lo habrá pensado y está el asunto de la caja, por como la manejas, no parece que ahí haya mucho oro. Imagina que le hubiera dejado un mensaje que sólo Carlos entendiera, si lo matas a él no podrás conseguir nuestro oro.

—Detective de tres al cuarto, primero me adulas y luego me adviertes, debería matarte ahora mismo, pero tienes razón, aunque no en todo. El oro me pertenece sólo a mí, vosotros sólo fuisteis la herramienta para conseguirlo.

El abogado retrocedió y miró la caja.

—¿Dónde tienes la llave? —preguntó a Carlos.

—No la tengo aquí. La escondí por si pasaba algo como esto —respondió él intentando transmitir seguridad.

—Tendré que matar a tu amigo primero.

El abogado retrocedió hasta el cuerpo del policía, se agachó sin perderlos de vista y buscó la pistola del policía en el cuerpo de Alder.

Klaus reaccionó y al grito de “no podrás matarnos a todos” salió corriendo hacia Jaime, Carlos lo siguió, sonó un disparo y ambos amigos se echaron encima del abogado. Otra detonación se produjo, Klaus se apartó de pronto cayendo al suelo a un lado, tenía sangre en el costado, esa imagen provocó la furia en Carlos. Forcejeó con el abogado, era más corpulento, pero no significó una ventaja, Jaime le golpeó con la rodilla en el costado, Carlos se arriesgó a soltar la mano con la que sujetaba el arma para darle un puñetazo con todas sus fuerzas en la cara, Jaime se tambaleó, retrocedió y se trastabilló con el cuerpo de su secretaria, lo apuntó y le disparó antes de caer al suelo, pero la bala impactó en la lámpara del centro de la sala.

Carlos aprovechó para tirarse encima de él y arrebatarse el arma, lo golpeó de nuevo y el abogado estuvo a punto de perder el conocimiento.

—Ya basta, suelta el arma —le ordenó desde atrás Joan, que lo apuntaba con un pequeño revólver que nadie había visto hasta entonces—. Quiero preguntarle un par de cosas antes de matarlo.

El detective se había levantado y se había acercado a la pelea. Carlos arrojó la pistola al suelo.

—Apártate —le ordenó.

Jaime se estaba recuperando de los golpes, su nariz rota goteaba sangre, el pómulo hinchado y morado le desfiguraba la cara, aun así, cuando vio a Joan apuntándole con un arma le sonrió.

—¿A cuántos has matado? —le preguntó Joan.

Jaume no respondió, seguía sonriendo.

—Así que el asesino frío sólo sabe sonreír. Cuando tenga el oro en mi poder pensaré en lo bien que lo estarás pasando en la cárcel...

—¡ESE ORO ES MÍO! —gritó Jaume a la vez que se levantaba y saltaba encima del detective.

Joan no disparó, lo esquivó en el último momento y golpeó al abogado lanzándolo contra una de las columnas, Jaume cayó inerte al suelo.

—Dame la caja Carlos —le pidió Joan.

—Así que es lo que queréis todos, el oro...

—Tú sólo querías atrapar al asesino, ahí lo tienes, te lo entrego. Haz con él lo que quieras y explica como deseas lo que ha pasado aquí a la policía, pero yo, como último miembro de la tontina me voy a llevar lo que nos pertenecía a todos. Dame esa caja —le pidió una vez más.

—Tira tu arma —dijo entonces desde su espalda Sabine.

Su amiga parecía haberse recuperado, estaba apoyada en Helmo que temblaba nervioso a su lado, sostenía la escopeta de Klaus y amenazaba con disparar a Joan.

—Oh, no puedo ser más descuidado —el detective arrojó la pistola al suelo—. Te daré un último consejo Carlos. Llama a la policía, carga todos los crímenes a este asesino sin escrúpulos y no le cuentes nada del oro, si lo haces todas las muertes no habrán valido la pena. Yo no diré la verdad y corroboraré todo lo que digas y te aseguro que este perro tampoco lo hará, quiere demasiado ese oro. No digas que las armas son vuestras, decid que vinisteis desarmados.

—¿Nos ofreces ese consejo sin querer nada a cambio? —preguntó Carlos que se había acercado hasta Klaus para ver cómo se encontraba.

—Sólo te pido mi parte del oro, una séptima parte de lo que tu hermano guardara, y si me das algo más, me encargaría de vigilar a este asesino sin

escrúpulos —le respondió el detective.

Carlos pensó en la posibilidad, ayudó a Klaus a ponerse en pie, sólo tenía una leve herida en el brazo aunque se quejaba como si hubiera recibido varios disparos. Luego miró a Sabine, su amiga no aprobó ni rechazó la oferta de Joan. Se agachó y recogió la llave que se le había caído anteriormente encima del charco de sangre, con la caja en las manos y confiando en que Sabine vigilara a Joan, se acercó a las escaleras del ábside de la sala y se sentó en los escalones.

Abrió la caja, dentro de ella halló una nota y otra llave.

Carlos, espero nuevamente que seas tú el que esté leyendo esta carta. Si has llegado hasta aquí es que quieres participar en mi proyecto.

Hace unos meses consulté a un abogado de Barcelona cómo podía reducir mis deudas con los bancos, me ha ido mal en los últimos años, y mi amigo Ramón, no lo conoces, pero te encantará, es alguien en quien se puede confiar. Fue él quien me recomendó que fuera a ver a su hermano, es un gran abogado y él es quien nos metió en este negocio.

Lo que me recomendó fue que para pagar la deuda me hiciera con una fortuna. Nos habló a mí y a su hermano de un alijo de oro sin declarar que podía ser nuestro, un antiguo cliente suyo le había hablado del lugar donde sería almacenado, al menos una caja no se contabilizaría y esa caja podía ser nuestra. Sólo tendríamos que convencer de los beneficios a Volker Wiegand, propietario del almacén donde sería guardado el alijo, luego necesitaríamos a un par de hombres más para que nos ayudaran. Jaume nos dio dos nombres, uno el de su secretaria, Clara, nos dijo que nos sería útil para convencer a Wiegand y el otro el de un detective que estaba pasándolo mal, Joan Ramón Sánchez.

Ramón me convenció para aceptar lo que me proponía Jaume, se lo dije a Vicente y viajamos a Alemania para convencer a Volker. Como era evidente, después de escuchar el plan, todos aceptaron, el oro se repartiría en seis partes, yo los convencí para que fuera en siete partes, una para cada

uno de los que estábamos allí, más otra para Jaume, aunque obvié darle su nombre. Sólo Ramón y yo sabríamos ese nombre para evitar que la policía, en el caso de que nos cogieran, dieran con la fuente de la información.

Fue Wiegand quien propuso la formación de una tontina, una vez perpetrado el robo yo guardaría el oro hasta que nos reuniéramos un año y seis meses después para repartir el botín.

Ese tiempo ya ha pasado y creo que la idea del oro ha enloquecido a algún miembro del grupo, espero equivocarme, pero hace unos días Ramón fue asesinado, he evitado desde entonces reunirme con cualquiera de los miembros de la tontina. Hoy he contactado con Wiegand, he quedado lo más lejos que he podido de Alemania, donde seguro podría montarme una encerrona, en Ceuta, allí guardé el oro en un lugar secreto hace unas semanas y no lo quiero recuperar hasta que sea yo el que decida repartirlo. Esperaré hasta que al menos me digas si quieres unirme a nuestra sociedad. Ramón está muerto y dado que el botín iba a ser repartido en siete partes, quiero que una de las partes sea tuya.

Me gustaría confesarte el lugar donde guardé la caja con el oro. Pero antes debo advertirte que tengas cuidado con cualquier miembro de la tontina, no te fíes de nada de lo que te digan y evítalos si es posible hasta que me encuentres.

Jaume Ruiz Moreno, Joan Ramón Sánchez, Volker Wiegand, Vicente Delgado, Clara (de ella desconozco el apellido, no te fíes de su aspecto seductor) y yo, esos son los miembros de la tontina que quedamos con vida.

Espero que me llames pronto y nos veamos en Almería cuanto antes.

Para acceder a la caja del oro tendrás que ir al mirador de Santa Isabel de Ceuta, tienes que bajar y en el muro sobre el que está construido encontrarás una señal, tres ladrillos rojos, uno amarillo y luego otro rojo, el siguiente lo tienes que sacar, en el hueco dejé otra llave y otra nota. Después sólo tienes que ir a la oficina de correos de Ceuta, preguntar por el apartado de correos número siete, la llave del mirador es la del apartado de correos y la que te permitirá abrir la caja con el oro que hay dentro.

Espero verte antes de que nos desvalijes.

—¿Alguno tiene un mechero? —preguntó Carlos después de leer la nota de su hermano y pensar un largo rato en las posibilidades que tenían de salir indemnes de todo lo que había sucedido esa noche.

Se guardó la llave y rompió la carta, Helmo se acercó a él y le dejó un mechero.

—Klaus, llama a la policía —le pidió a su amigo mientras prendía fuego a los restos de la carta—, diles que hemos atrapado al asesino de Carmen y Vicente y que no hemos impedido que mate a Volker Wiegand. Di que ha sido gracias a la colaboración del detective Joan Ramón Sánchez.

EPÍLOGO

Carlos observaba maravillado el horizonte, desde la proa del ferry tenía una vista espectacular del Estrecho de Gibraltar, el mar estaba en calma y el clima, aunque algo frío, acompañaba en tal ocasión. El viaje hasta allí había sido muy distinto al de su primera visita a Ceuta, no tuvo problemas en el aeropuerto, no hubo aglomeraciones en el puerto y no había apenas viento en el Estrecho, aquello era lo más parecido a un plácido crucero.

Entró en el interior en cuanto el barco dejó atrás Gibraltar y se sentó al lado de su equipaje, leyó una vez más la crónica del TZ de Múnic, en particular el artículo al que le habían dedicado la portada hacía ya varios días, “Noche sangrienta en Neuschwanstein, Blutstein, el descuartizador de Múnic ha sido atrapado”. En él se contaba todo lo sucedido esa noche según la versión oficial de la policía haciendo hincapié en que el asesino al que le habían puesto como sobrenombre Blutstein había sido capturado.

Según esa versión, Jaume, un abogado español con serios problemas de conducta, había retenido en el castillo de Neuschwanstein contra su voluntad al magnate Volker Wiegand, a dos de sus escoltas y a seis personas más, de todas ellas se daban las iniciales de sus nombres (incluidas las de él). No aclaraban cómo habían entrado en el castillo de noche ni por qué esas personas estaban reunidas, sólo hacía hincapié en que “Blutstein” los había ejecutado uno a uno hasta que Alder, un valeroso policía que sospechaba del inmigrante español llegó en rescate de los secuestrados. No pudo evitar las muertes de Wiegand ni de otras tres personas, pero gracias a él y a la heroica actuación de uno de los rehenes que era un detective retirado pudieron someter al asesino.

En el periódico lamentaban la muerte del policía en la refriega y alababan la sangre fría del detective y de los demás rehenes ante el baño de sangre que se había producido ante sus ojos.

Más tarde llegaría el joven inspector Brandeis, compañero de Alder (trabajaban en la misma comisaría) junto a dos patrullas de la policía y se encargarían de aclarar los hechos y de detener al único culpable hasta el momento de la matanza de Neuschwanstein. Según Brandeis, tras dos días de investigación, se podía afirmar que Jaime Ruiz Moreno, cuyo hermano había muerto en extrañas circunstancias, había matado, al menos, a cuatro personas más y que era el “descuartizador de Múnich”, sobrenombre que le pusieron algunos medios al asesino de una prostituta días antes. Además había matado a una mujer extranjera, a un español (sus nombres no habían trascendido) y al comisario Jürgen Lehner que había sido encontrado muerto en un edificio de apartamentos atado a una cama, se había desangrado por culpa de varias heridas.

El periódico hacía referencia a que el caso seguía abierto, según el inspector Brandeis, no se descartaba que el asesino pudiera haber matado a más personas, tampoco se podía obviar que el asesino pudo no actuar en solitario.

Tampoco estaba claro el móvil de los crímenes, aunque todo hacía indicar que era de origen económico.

El resto del artículo mitificaba la figura de Volker Wiegand como un hombre que lo había conseguido todo a partir del trabajo constante y la honestidad.

En páginas interiores se podía leer los escabrosos relatos de los periodistas que pudieron ver la escena de los crímenes antes de que la policía retirara todos los cuerpos. También se analizaba la vida del asesino y se apuntaba a que antes de los crímenes de Neuschwanstein, el abogado podría haber matado a diez personas más, entre ellos a su hermano, a un periodista español y a otras ocho víctimas cuyos casos seguían abiertos y cuyos cuerpos habían aparecido descuartizados entre Francia, Alemania y España. El nombre de Juan no salía en ningún sitio, aunque Carlos había informado a Brandeis de ello. De hecho al final de la página de noticias se hallaba una última frase del inspector en la que decía que no se podía afirmar ni negar nada hasta que la investigación avanzara y pudieran hacer colaborar al criminal, el cual se había negado a realizar cualquier declaración en los interrogatorios.

Carlos dejó de leer el periódico al llegar a un artículo que intentaba, no con demasiada fortuna, relacionar el crimen de Wiegand con envidias de otros empresarios alemanes y extranjeros.

Se relajó y comenzó a pensar en lo que sucedió después de que la policía llegara al castillo.

El inspector Brandeis se presentó y ordenó el traslado de todos los supervivientes a dependencias policiales después de escuchar las distintas versiones (aunque muy parecidas ya que pactaron decir lo mismo) de cada uno de ellos. Klaus, Sabine y Joan tuvieron que pasar antes por el hospital, su amigo tenía una herida leve en el brazo y Sabine tenía un esguince en un tobillo y una herida leve en el hombro, el detective sólo tenía un rasguño en el cuello. A Carlos sí lo llevaron a la comisaría, allí fue interrogado por Brandeis, él le contó todo desde que llegó a Ceuta por primera vez, sólo omitió la última conversación con Joan y el objeto último de la tontina. El inspector lo creyó, sobre todo la parte del asesinato de su exnovia. Tras interrogar a sus amigos y a Joan, Brandeis los dejó libres pero les aconsejó que no salieran de Múnich.

Al día siguiente, les informó que habían encontrado el cadáver de Jürgen en un bloque de apartamentos, les dijo que sospechaba que el asesino tuviera a alguien dentro de la policía alemana y que había encontrado pruebas de que su antiguo compañero colaboraba con Jaume y con Volker Wiegand y que había cerrado la investigación sobre la muerte de Carmen desechando todas las pruebas. Todavía no tenía pruebas de que Alder colaborara con Jaume, aunque ya habían detectado ingresos extras sin justificar en sus cuentas bancarias, no tardarían mucho en encontrar la relación de ambos policías con el abogado. Después de eso, Brandeis les dijo que volvieran a sus antiguas vidas y que se olvidaran de esos hechos hasta unos meses después cuando comenzara el juicio contra Jaume, ellos serían testigos claves ya que el abogado se negaba a colaborar. A Carlos le recomendó que regresara a España, el inspector se había puesto en contacto con las autoridades españolas y un comisario de la ciudad de Sevilla se quería entrevistar con él para que le diera datos de las

muerdes de su hermano y del periodista Eduardo Escobar para intentar reabrir ambos casos.

Aceptó la oferta del inspector y viajó directamente a Sevilla, allí se vio con Alberto Rodríguez quien, tras escuchar los hechos, le prometió que reabriría los casos y se encargaría de que Jaime, de ser el asesino, fuera juzgado en España por ambos crímenes.

De la ciudad andaluza partió directamente hacia Algeciras para ir hasta Ceuta, después de ir a África viajaría hasta Almería para estar con su hermana, la había mantenido alejada de todo lo relacionado con el asesinato de su hermano y ahora quería explicarle todo lo que había sucedido desde entonces.

El ferry llegó al puerto, Carlos bajó con paciencia y le compró un colgante a una joven que vendía todo tipo de collares a los recién llegados. Pidió un taxi y le indicó que lo llevara directamente al mirador de Santa Isabel. No tardaron demasiado en llegar hasta ese lugar. Carlos le dijo al taxista que no tardaría, sólo quería hacer unas fotos de la panorámica de la ciudad africana.

Siendo justos, al final Carlos realizó algunas instantáneas con la cámara de su teléfono móvil, las vistas eran increíbles desde allí, se veía toda la ciudad, con Marruecos a la derecha, a la izquierda Gibraltar y el litoral español y en el centro la ciudad de Ceuta con el monte Hacho justo enfrente.

Descendió del mirador para buscar la pista que le había dejado su hermano, encontró los tres ladrillos rojos seguidos por uno amarillo y otro rojo, tenían que ser esos a los que se refería su hermano en la carta. Probó a mover el siguiente, al principio parecía bien fijado a la pared, pero tras un intento empujando un poco más de fuerza, logró moverlo. Lo extrajo con cuidado, en el hueco del ladrillo encontró un sobre blanco. En su interior halló una nota y una llave.

Autorizo a mi hermano Carlos Aguilar Hernández a que retire toda pertenencia de mi propiedad del apartado de correos número siete de Ceuta.

Su hermano finalizaba esas pocas palabras con su firma.

Regresó al taxi y le dijo que lo llevara a la oficina de correos de Ceuta.

Cruzó la ciudad entera hasta llegar al centro, a la oficina de correos, un gran edificio encajado en una pequeña plaza,

Aguardó su turno con paciencia, cuando le llegó, le entregó al trabajador la nota de su hermano y le enseñó su DNI, el trabajador le señaló a dónde debía ir.

Carlos había visto los apartados de correos de otras oficinas, normalmente son pequeños y sólo se usan para recibir correspondencia, así eran en su mayoría los apartados de correos de aquella oficina, salvo algunos que ocupaban mucho más espacio, uno de ellos era el número siete. Introdujo la llave y encontró una gran caja de metal en su interior, la sacó y con la misma llave la abrió.

El reflejo de la luz en aquellas monedas y lingotes de oro lo sorprendió pese a que ya se esperaba encontrar aquel tesoro. No se imaginaba que fuera de ese tamaño. Una nota escrita con la letra de su hermano yacía sobre el oro.

Espero que estemos abriendo esto entre los dos, si no es así, confío en que me estés robando.